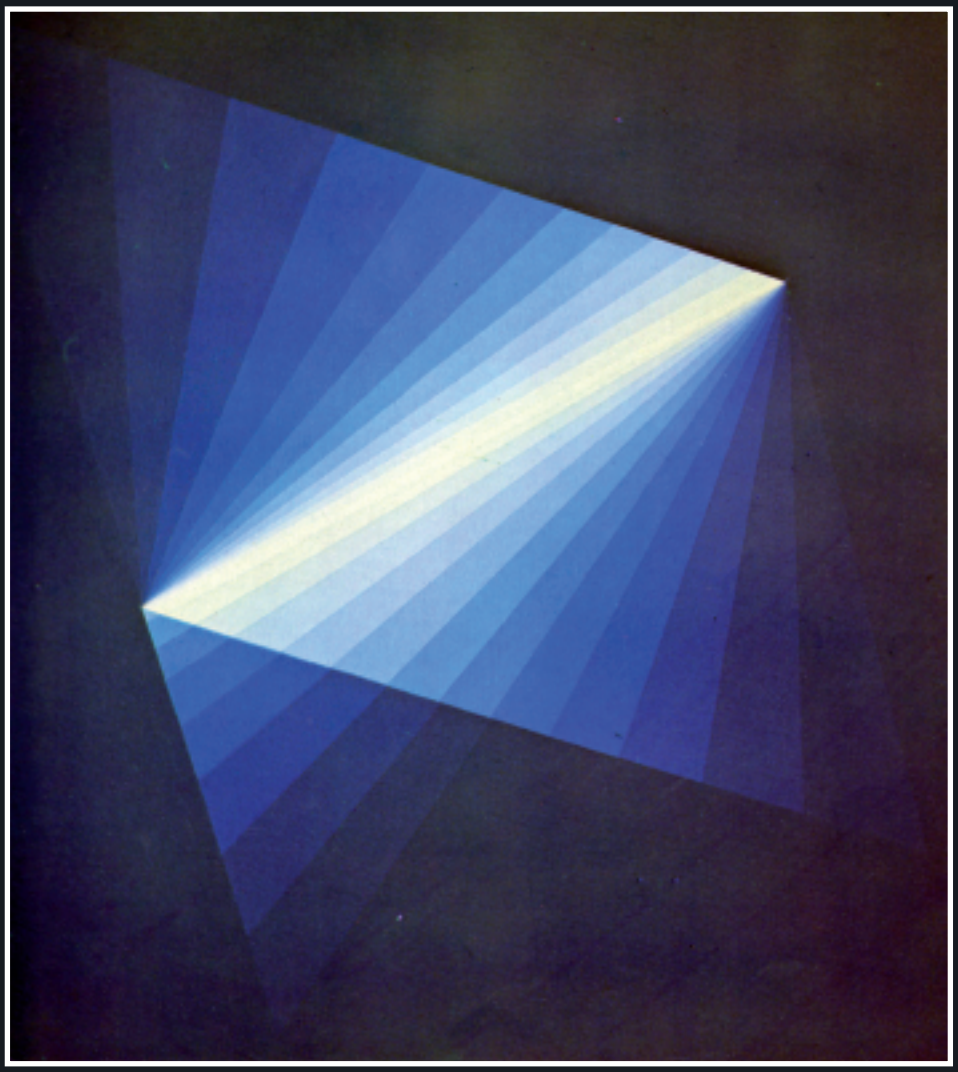
Jaime L. Kleidermacher

EDITORIAL
Victoria Ocampo

CORTAR EL CIELO



FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO

Jaime L. Kleidermacher

CORTAR EL CIELO

Versión Digital

EDITORIAL
Victoria Ocampo

Ilustración de tapa: ***Estudio*** de **Ary Brizzi** (acrílico, 1978. 0,30 x 0,30 m.)

Primera edición: 2013.
Edición digital: 2023.

© Jaime L. Kleidermacher
© de la presente edición:
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
Sin fines de lucro

www.victoriaocampo.com
fundacion@victoriaocampo.com

Queda hecho el depósito que prescribe la Ley N° 11.723
Impreso en la Argentina –Printed in Argentina.

Kleidermacher, Jaime
Cortar el cielo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2013.
356 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1198-59-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863



Jaime Leonardo Kleidermacher nació en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, en 1964. Abogado de profesión ha publicado diversas obras, tales como ***Franchising*** (Ed. Abeledo Perrot) y ***Lecciones de Derecho Concursal*** (Ed. Ad-Hoc) y más de una docena de trabajos y ponencias –algunas de ellas premiadas– sobre aspectos del Derecho Comercial, publicados en diversos medios.

A la Literatura dedica buena parte de su tiempo, tal como acreditan muchas de las distinciones que ha recibido:

Mención de Honor 11º Concurso Nacional de Poesía y Cuentos Río de la Plata 2005, organizado por Editorial Baobab y auspiciado por la Secretaría de Cultura de la Nación, por el Cuento ***Incomunicación.***

Segundo Premio de Honor del Concurso Nacional de Poesía Alfosina Storni organizado por Editorial Sedusa (2006). Premio publicación del libro: ***Sentires y Pareceres*** (**2007**).

Segundo Premio del Concurso Cuentos Fundación Victoria Ocampo Nelly Arrieta de Blaquier 2009, por el cuento ***Habitación 424.***

Primer Premio XV Certamen Internacional de Relato Breve Julio Cortázar (2012) Univer-sidad de la Laguna, Tenerife, España, por el cuento ***Obsesión.***

Mención Especial Concurso El Decir Textual (2013), organizado por Editorial De Los Cuatro Vientos, por el cuento ***Largo Viaje.***

Finalista de diversos concursos nacionales e internacionales.

Autor de tres novelas y dos ***nouvelles*** inéditas, Cortar el Cielo es su primera novela publicada. El autor vive en la Ciudad de Buenos Aires, con su esposa y sus dos hijas.

A mi mujer, Sandra.
A mis padres, Arnoldo y Lilian.
A mis hijas, Michelle y Nicole.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CÁPITULO UNO 9
CÁPITULO DOS..... 14
CÁPITULO TRES 23
CÁPITULO CUATRO 28
CÁPITULO CINCO..... 35
CÁPITULO SEIS 40
CÁPITULO SIETE 47
CÁPITULO OCHO 53
CÁPITULO NUEVE 59
CÁPITULO DIEZ 68
CÁPITULO ONCE 72

SEGUNDA PARTE

CÁPITULO UNO 80
CÁPITULO DOS..... 90
CÁPITULO TRES 98
CÁPITULO CUATRO 108
CÁPITULO CINCO..... 113
CÁPITULO SEIS 126
CÁPITULO SIETE 134
CÁPITULO OCHO 142

TERCERA PARTE

CÁPITULO UNO 147
CÁPITULO DOS..... 152
CÁPITULO TRES 157
CÁPITULO CUATRO 169
CÁPITULO CINCO..... 177
CÁPITULO SEIS 188
CÁPITULO SIETE 202
CÁPITULO OCHO 216
CÁPITULO NUEVE 224
CÁPITULO DIEZ 239

CUARTA PARTE

CÁPITULO UNO 252
CÁPITULO DOS..... 264
CÁPITULO TRES 269
CÁPITULO CUATRO 275
CÁPITULO CINCO..... 292
CÁPITULO SEIS 299
CÁPITULO SIETE 306
CÁPITULO OCHO 320
EPÍLOGO 328

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Recuerdo vagamente a mi padre. Se llamaba Juan Schmidt. Mantengo la impresión de que era muy alto, pero debiera admitir que todos los adultos me parecían enormes desde la estatura de mi niñez. A mi madre, en cambio, la recuerdo muy bien, se llamaba Dorotea. Era rubia, de piel blanca, brazos regordetes, talle amplio y voz amable. Me cuesta extender ese carácter amable al resto de su persona. Era más bien retraída, lánguida y la suavidad de su voz resultaba una derivación de sus formas distantes. Cuando debía imponerse, su autoridad sólo podía concebirse como una delegación de la fuerza rigurosa que irradiaba la figura paterna, consistente aun en su ausencia. "Pórtate bien o se lo diré a tu padre". Hasta allí llegaba la severidad de mi progenitora, una frase disponible sólo para las escasas oportunidades en que debía reprenderme. Es que yo era, en general, un niño atento y de buenos modales. De tanto en tanto rompía las rodilleras de los pantalones al escalar un árbol que desafiaba mis dotes atléticas, o dejaba restos de comida sobre la mesa en alguna incursión nocturna y no autorizada a la heladera, pero mis travesuras no se alejaban demasiado de aquellos extremos.

Nunca conocí a mis abuelos. Habían quedado en Europa, atrapados por una gran guerra, sobre la que en mi casa nada se comentaba. Aquellos recuerdos hacían descender sobre mis padres una sombra de enlutada angustia, y un inocultable escalofrío los recorría por entero. Una prima soltera de mi padre, que también había logrado escabullirse del infierno bélico, de nombre Greta, completaba el cuadro familiar. Mi padre la había protegido, trayéndola a vivir con nosotros, y colaboraba con mi madre en las tareas de la casa. Si bien no era tan alta como su hermano, andaba siempre encorvada. Sus ojos celestes, acuosos, habían perdido brillo y vitalidad. Recuerdo algunas tonadas, probable-

mente canciones de cuna, en un idioma extraño, que ella me cantaba mientras pretendía que conciliase el sueño. Muchas veces me pregunté si aquellas melodías, cargadas de una emoción que nunca comprendí, de una densidad que navegaba entre la dulzura, la nostalgia y el desasosiego, no habrían sido en parte responsables del insomnio crónico que me persiguiera durante toda mi vida.

Vivíamos en un solar grande en las inmediaciones de Benavides, al norte de la provincia, a dos días de auto de la capital. Así decía mi padre, y así entendía yo la geografía y las distancias que nos concernían. En verano hacía mucho calor, y las amplias ventanas de la casona se dejaban abiertas de par en par para que el más mínimo frescor fuera atrapado por el efecto "corriente" y nos trajera algo de alivio. En esa época el aroma a jazmín era intenso y a mi madre se le arrebataban sus pálidas mejillas. Poco a poco los amplios salones del hogar se fueron abarrotando de muebles y adornos, a medida que mi padre iba progresando en su trabajo como exportador de cacao. Pero al principio, cuando era más pequeño, los vacíos de la casa eran extensos y me gustaba correr y patinar de una estancia a la otra, mientras las paredes desnudas devolvían el eco de mi voz y los rayos de sol entraban a raudales.

El invierno no me gustaba. El aire frío se colaba por los intersticios de las habitaciones mal calefaccionadas y los días se hacían más cortos. Una institutriz me impartía la instrucción escolar, porque mis padres consideraban que el programa de la única escuela pública de Benavides era demasiado pobre para un niño con mis capacidades. Se llamaba Helga, y la habían traído especialmente de la capital. Dormía en uno de los cuartos de la casa, y salvo cuando se dirigía a mí para enseñarme matemática, geografía, gramática, alemán y francés, no se la escuchaba nunca. Tenía una edad indefinida. Era menuda y extremadamente delgada. Vestía de gris y peinaba canas en un discreto rodete, pero su cutis lucía aun lozano. Gozaba francos los sábados y domingos, pero salvo para ir a misa, parecía preferir quedarse en la casa, leyendo a los clásicos: La Iliada, La Odisea, La Eneida, Vidas Paralelas, La Divina Comedia, entre otros; lectura que no se me per-

mitía, porque "no tenía edad aun". Igual a mi no me apetecían los libros, no en aquella época.

A mi madre le gustaba cocinar. La cocina era su lugar predilecto. Allí se sentía a sus anchas, se arremangaba su blusa, siempre blanca, siempre discreta, se abotonaba un delantal con un generoso bolsillo al frente y se pasaba el día preparando los manjares con que obsequiaba a su marido a la hora de la cena. Circunstancialmente recibían amigos; quizás una vez al mes. Se trataba de visitantes que arribaban desde Europa. Yo no podía compartir la mesa cuando venían las visitas. En general hablaban en alemán, y como mi conocimiento del idioma era todavía bastante precario, la mayoría de las conversaciones se me perdía. Pero se los oía hablar con nostalgia de tiempos mejores que se habían evaporado y a veces cantaban canciones muy parecidas a las que solía entonar Greta, tal vez un poco más enérgicas. He dicho ya que el invierno no era de mi agrado. Y el desagrado fue peor aun en el invierno en que cumplía mis once años. Mi padre había salido de viaje al norte, a recorrer plantaciones para incorporar productos a su oferta de exportación. A los pocos días, uno de sus asociados interrumpió su gira y se acercó a la casona. Su ceño fruncido y su gesto consternado preanunciaron la noticia. Mi madre se sentó en un sillón entelado de azul, como si desfalleciera, cubriéndose el rostro con sus manos blancas, aun antes de escucharlo hablar. Luego todo fue llanto y desolación. Muchas de las personas que alguna vez viera cenar en casa, concurrieron a dar su pésame. Yo sonreía con timidez cuando jugueteaban con mi cabello azabache y rebelde. No comprendía la absoluta irreversibilidad de la muerte y, de alguna forma, esperaba que mi padre me reprendiera pronto por alguna travesura. Tardé muchos años en comprender.

Pero lo cierto es que numerosos cambios se sucedieron en nuestra vida a partir de ese momento. Mi padre había sido un hombre muy ordenado y previsor y había anticipado lo que mi madre debía hacer si él fallecía. Todas las instrucciones estaban en una carta que le había dejado a Greta en un sobre color crema, prolijamente cerrado. "Abrir en caso de mi muerte", decía el anverso del sobre.

En pocas palabras, según supe después por mi tía, mi padre sugería que vendiéramos la casa y su parte de la empresa exportadora. Incluso sugería el precio y los posibles compradores. La casa a una empresa desarrolladora que alguna vez le había presentado una oferta de compra, y las acciones a uno de sus socios, Ulrico Schneidel, un hombre que había llegado de Europa poco después que mis padres. Algo mayor que ellos, el Sr. Schneidel era un hombre de baja estatura y regordete, hombros cargados, ojos acerados, carácter hosco y pocas palabras. Era viudo, aparentemente había perdido a su mujer en la guerra.

El dinero de las ventas debíamos utilizarlo para comprar un pequeño departamento, y el saldo depositarlo en una cuenta bancaria, donde mi padre contaba ya con algunos ahorros. Con los intereses tendríamos para comer y vestir dignamente. Pero, al final de la carta, mi padre indicaba que si con el tiempo yo alcanzaba la madurez como para empezar a trabajar, con seguridad habría de augurar mejor destino para nuestras vidas. La carta estaba escrita a máquina, pero al pie, con letra manuscrita, le decía 'te amo" a mi madre. No había ningún mensaje para Greta. Tampoco lo había para mí. Así como indicó mi padre, así se hizo.

A los tres meses estábamos mudados a un discreto departamento a pocas cuadras del centro de Benavides, que contaba de una pequeña cocina, una sala grande que oficiaba de estar y comedor y donde se situaba un rústico sillón cama que Greta usaba para dormir, un baño sin bidet ni bañera -sólo una precaria ducha rodeada de una tela plástica que había conocido tiempos mejores–, y dos habitaciones. Mi madre ocupaba una de ellas, con vista a la calle arbolada del frente, y yo la otra, que miraba tras una estrecha ventana a un depósito gris y sucio.

Tomé las cosas como venían, con el asombro propio de un niño para el cual todo es nuevo en su vida, pero mi madre era una sombra de tristeza. Adelgazó rápidamente, hondas ojeras rodeaban sus otrora vividos ojos celestes y su piel blanca mostraba ahora una palidez preocupante. No quería salir a ningún lado, pese a mis insistentes invi-

taciones a respirar aire puro, aire que escaseaba en la superficie exigua del departamento, de metraje opresivo en comparación con la vieja y amplia casona. La profunda desazón de mi madre me cohibía.

Dos veces al mes Ulrico venía a cenar. Traía paquetes con fiambres y confituras, porque mi madre ya no cocinaba. Ulrico preguntaba cómo estábamos, a lo que mi madre contestaba con un lacónico "bien". Poco más se hablaba en aquella mesa.

La situación de mi educación parecía no interesarle a nadie. Como no había dinero para que siguiera con mis lecciones con Helga, muy pronto, al finalizar el verano, la institutriz se volvió a la capital. Su despedida consistió en un apretón de manos y, para mi sorpresa, me regaló sus ejemplares de la Ilíada y la Odisea. "La muerte de tu padre te ha hecho hombre" me dijo, "así que puedes comenzar a leer". Era la primera vez que alguien me trataba con tanta solemnidad y el impacto de la emoción me dejó mudo.

Greta la acompañó a la estación de micros y tuve la certeza de que nunca más sabría de ella.

"Un hombre", había dicho Helga, y pasé toda la noche pensando en ello. El insomnio es tierra fértil para las ideas más disparatadas.

A la mañana siguiente, mientras untaba con manteca una rodaja de pan negro, les comuniqué a mi madre y a Greta que intentaría tomar clases en la escuela pública de Benavides, y conseguir algún trabajo.

Ninguna de las dos opuso la menor resistencia a mi audaz proposición. Es más, la decisión que me había llevado horas de elucubraciones y que me alimentaba más miedos que los que mi espíritu podía procesar, no suscitó el menor comentario. Greta se limpiaba con una servilleta la comisura de sus labios delgados y mi madre miraba fijamente la taza de café que había dejado de humear.

Cuando concluí el desayuno me acerqué a la puerta, casi temblando ante la inminencia de enfrentarme al mundo, solo con mis temores, di media vuelta y les pregunté:

–¿Saben para qué lado queda la escuela?

CAPÍTULO DOS

Algo de desesperación debe haberse filtrado entre los pliegues de mi voz trémula, porque Greta se apiadó de mí. Me pidió que las esperara dos minutos, terminó su desayuno, tomó su cartera y me acompañó hasta el instituto, un edificio amplio y mal mantenido que se encontraba frente a la plaza del pueblo, como todos los edificios públicos que tenían alguna importancia para la vida de los habitantes de Benavides: la Intendencia, el Banco de la Nación y la Iglesia. Era la hora de la siesta de una primavera de aire tórrido, anticipando un verano que prometía ser sofocante. No nos cruzamos con nadie en las siete cuadras que nos separaban de la Plaza, y eso que siete cuadras en Benavides era mucho decir. Cuando el calor apretaba, la siesta se respetaba. Se podría coincidir en que ese era un axioma paradigmático consensuado en Benavides. La plaza no estaba cuidada con esmero, pero la vegetación crecía sola en la tierra buena de la provincia y la exhuberancia de sus verdes, y la alegría de las flores y frutos coloridos en expansión la mostraban en su esplendor. El encargado del edificio nos miró con curiosidad cuando tocamos a la puerta. No nos conocía y el horario de clases había concluido. La firmeza y la desgarbada e imponente estatura desde la que Greta le informó que debíamos hablar con el director, fue mucho para él y nos franqueó el acceso. Tras subir una larga escalera de peldaños erosionados por el uso centenario de varias generaciones de alumnos, nos enfrentamos con el despacho del director, que nos recibió con gesto solemne.

–¿Qué puedo hacer por ustedes? –nos preguntó, mirando fijamente a Greta, quien le llevaba más de una cabeza, encorvada y todo como estaba. El director se llamaba Luis Peralta, "Profesor Luis Peralta" aclaró, sin dejar de mirar a Greta.

–El muchacho es mi sobrino, Christian Schmidt, y debe estudiar aquí –contestó mi tía con autoridad.

–¿Qué edad tiene el muchacho? –Greta me miró.

–Once años –contesté, luego de carraspear e intentar emitir la oración completa tres veces.

–¿Y de qué colegio viene?

–De ningún colegio. Ha tomado clases de la mejor calidad con una institutriz de la gran ciudad –Greta retomó el diálogo luego de advertir mis limitaciones.

–Pero imagino que ha rendido anualmente los exámenes de equivalencia...

–Me temo que no. No ha rendido nada.

–¡Pero es muy grande para comenzar en primer grado!

–¿Y quién dijo que debería ir a primer grado? Es probable que el muchacho sepa mucho más que cualquiera de los granujas que asisten a esta escuela, ¡buenos para nada! Que los veo siempre holgazaneando por ahí. Estoy segura de que el muchacho, al menos, está para ir a un curso con compañeros de su misma edad.

Peralta no pareció muy a gusto con las observaciones de Greta. Lo pensó unos minutos y luego dijo:

–Tengo una idea. El postulante –así me bautizó, sin mirarme, como si yo no estuviera allí, me hubiera desvanecido en el aire –dará un examen que prepararé yo mismo sobre todas las asignaturas obligatorias de nuestro programa. Si lo pasa, podrá incorporarse a las clases de sexto grado, que sería el que le correspondería.

–Y si fallo… –quise saber.

–En tal caso no podrá asistir a esta escuela a ningún grado. ¿Qué le parece? -gruñó el Profesor Peralta hacia mi tía, desafiante.

–¿Es como si fuera un reto? –preguntó Greta.

–Bueno, puede tomarlo como una justa del saber.

–Me encantan los retos –dijo Greta, cuyos ojos se habían iluminado por primera vez en años, y parecía haber rejuvenecido de pronto–, ¿cuándo sería la prueba?

–A ver... –dijo Peralta, hojeando su agenda, como si no hubiera

decidido de antemano el horario exacto de los exámenes —nuestra única alternativa es el 30 de octubre próximo.

–Pero eso es la semana que viene... –intenté protestar.

–El treinta estaremos aquí a primera hora de la mañana –dijo Greta, sin dejarme opinar– necesitamos los programas, los temas de estudio, alguna bibliografía –agregó, mientras se erguía.

–Mañana podrán pasarlos a buscar por aquí en este mismo horario.

–Hecho –dijo Greta y estrechó la mano que le ofrecía Peralta como si se tratara de alguna especie de pacto, una diversión que entre ellos se establecía, una forma de quebrar sus respectivas, aunque diferentes, rutinarias modorras.

–¿Estás loca, Greta? –Le pregunté cuando nos alejábamos de allí–. Pensé que querías ayudarme, no hundirme.

–Los desafíos son buenos para solidificar el temple de una persona. La competencia ayuda a crecer. Además eras tú el que quería venir al Colegio, no yo.

–Bueno, sí, lo acepto, pero no sé si puedo dar seis años de estudio, con solo unos días de preparación.

–No te preocupes, ni te desmerezcas. Confío en ti. Eres de la familia y debes estar listo para los grandes desafíos. Además, imagino que Helga debe haber hecho un buen trabajo contigo.

Y así fue como me pasé los siguientes diez días encerrado, estudiando y bufando como un energúmeno. Como los días eran tan escasos, me tracé un férreo cronograma de trabajo. Los programas contenían temas que me eran muy familiares en cuestiones como matemáticas, geografía, historia universal, ciencias naturales e idiomas. Pero yo no sabía casi nada de historia nacional o de la literatura folklórica, o de gramática española. Así que dediqué mis esfuerzos a estas tres asignaturas. Concurrí de la mano de Greta a la Biblioteca Municipal y me quedaba allí sentado desde que abrían, hasta el anochecer. La bibliotecaria me miraba como a un bicho raro. Todas las jornadas era el único concurrente, salvo los martes por la tarde, fijado como día de lectura para los no videntes. Era la bibliotecaria,

Erminda Núñez, quien estaba a cargo de la lectura. Por la forma en que me recibía y despedía, me daba cuenta que estaba encantada de que concurriera a diario. Por fin algo nuevo sucedía en la biblioteca. Erminda era una mujer jovial y simpática de algo más de cincuenta años. Parecía muy leída y se ofreció entusiasta a ayudarme en los estudios, una vez que le explicamos nuestro propósito.

Greta declinó la oferta. Se tomaba la cuestión en forma muy personal, e intuyo que quería ser ella y no otra persona quien me auxiliara en la contienda trabada. De esa forma, si yo triunfaba, y lograba ser admitido en la escuela, sería un éxito de ambos. En cambio, si fracasaba..., bueno, Greta no admitía otra hipótesis que la del triunfo.

Los últimos cinco días fueron una sola y larga jornada. Es que Greta era muy voluntariosa, pero de lengua e historia nacional no sabía nada. Así que una tarde en que ella no lo notó, le expliqué la situación a Erminda Núñez. Ella se compadeció de mí, y se comprometió a ayudarme. Me preparó prolijos apuntes, con resúmenes muy prácticos y completos, escritos con letra grande y redondeada, sobre los aspectos salientes de cada materia, remarcados con marcadores de colores y con cuadros gráficos de las asignaciones en donde se me presentaban mayores dificultades, y varias reglas mnemotécnicas al pié de las clasificaciones o listados de nombres más complicados. Me pasaba las hojas en la biblioteca en forma disimulada cuando devolvía los manuales y libros de texto sobre los que habíamos estado estudiando con Greta. Luego de la cena, yo me acostaba en mi cuarto, y cuando me aseguraba que mi madre y Greta dormían, encendía mi velador y estudiaba hasta la madrugada los apuntes de la bibliotecaría.

El día esperado del examen llegó. Estaba realmente tan nervioso que los maxilares me castañeteaban como si estuviéramos en el Círculo Polar Ártico y las rodillas me temblaban en espasmos esporádicos. Era un sábado, y el cielo azul amaneció diáfano. Greta me acompañó hasta la escuela, pero no pudo entrar al edificio. Una multitud de chicos se agolpaba en la puerta, observándome como quien analiza a una especie en extinción. No sé si me admiraban por la

valentía y el esfuerzo de dar en un sólo intento un examen de equivalencia por seis años de escolaridad, o si les llamaba la atención mi imbécil vocación de ingresar por voluntad propia al lugar del que justamente pretendían salir. Otros envidiarían, tal vez, la manera misteriosa en la que yo había podido esquivarle el bulto al incordio escolar durante un período significativo de tiempo. Por otra parte, téngase en cuenta que, para el tamaño de Benavides, mi gesta excedía los límites de la monotonía del pueblo con creces, convirtiéndose en el acontecimiento del mes, y probablemente del año, sino hubiera sido por la renuncia a los hábitos del Padre Ignacio, sacristán de la iglesia, para poder casarse con la hija de Don Rosendo Inchausti, la María de las Mercedes, quien aparentemente estaba embarazada de tres meses, según me había enterado en la Biblioteca, por boca de la siempre bien dispuesta Erminda Núñez; la misma que, con toda seguridad, había echado a rodar la noticia de mi contienda con el Saber.

En fin, ingresé al edificio de la escuela, y ni bien traspasé las gruesas puertas de hierro, un espeso silencio me rodeó. Oía el eco de mis pisadas encaramándose de manera pesada por los desgastados peldaños de la escalera.

Con esfuerzo repté hasta la oficina del Director, quien me recibió satisfecho. Me estaba esperando.

–Debo confesarle, jovencito, que abrigaba más de una duda respecto de que tuviera finalmente la valentía de venir.

No supe que contestarle, así que me mantuve en silencio.

–Acompáñeme, por favor –me dijo.

Lo seguí por un largo pasillo de techos altos, que a la izquierda balconeaba a un patio central. Allí, en lo alto del mástil, ondeaba tersa la insignia patria. Al final del pasillo llegamos a una amplia aula. Sobre el primer pupitre descansaba un manojo de hojas mimeografiadas.

–Siéntese cómodo, Schmidt. ¿tiene una pluma?

–Sí, señor director –contesté solemne, cumpliendo la orden y acomodándome en el segundo pupitre.

–Muy bien –continuó Peralta– Aquí tiene las preguntas que conforman el examen –señaló, acercándome la pila de hojas–. Se trata de interrogantes y problemas que abarcan las diferentes asignaturas de curso obligatorio en nuestra escuela primaria, según el decreto reglamentario726/34 de nuestro Ministerio de Educación. He pedido autorización a la Inspección de Escuelas Provinciales, y el amplio espectro de temas allí abarcados –agregó, señalando nuevamente las hojas que ahora se encontraban frente a mí– de resultar satisfactoriamente aprobado por usted, le permitirá acceder al curso regular del año lectivo en rigor. ¿Ha comprendido, Schmidt?

–Creo que sí, señor –respondí, balbuceante.

–Bueno, que dé comienzo el examen, entonces. Tiene cinco horas para trabajar. Yo me sentaré aquí, para controlarlo. Si quiere ir al baño, me avisa, pero no habrá ningún otro tipo de interrupciones ¿está claro?

–Sí señor.

–Adelante, entonces. ¡Tiempo!

A medida que pasaba las hojas mimeografiadas con las preguntas, fórmulas y problemas, los nervios iban pasando y una pasmosa tranquilidad se apoderó de mí. Nunca me había sucedido nada igual. Sentía que disfrutaba al resolver una ecuación de regla de tres simple, o colocar correctamente los nombres de los principales ríos, montañas y capitales de Europa sobre el mapa respectivo, o resumir brevemente el argumento del Lazarillo de Tormes, o diseccionar gramaticalmente una oración bimembre con sujeto desinencial y subordinadas complejas, o calcular el volumen de una figura cilíndrica con base piramidal. Me llevó menos de cuatro horas llegar hasta la última página. Ni siquiera me había levantado para ir al baño. Tenía la espalda sudada y el pie izquierdo un poco dormido, pero por lo demás me sentía de manera espléndida. Subí la mirada y me enfrenté con los ojos rojizos de Peralta, que me observaba atónito.

–¿Me queda algo de tiempo? –le pregunté, y ahora mi voz sonó limpia y clara.

–Una hora –me contestó Peralta; me pareció que algún otro

carácter se adosaba a su timbre, pero no supe distinguirlo en el vértigo de aquel momento. Pensé después que por ahí era admiración. Pero tal vez era miedo.

En el plazo remanente disponible me dediqué a releer mi examen y efectuar las últimas correcciones. Me di cuenta que había sido muy elemental, de franciscana pobreza mi desarrollo en el área de historia, sobre todo en relación a la epopeya castellana de Cristóbal Colón y el descubrimiento de nuestro continente. Así que me detuve un momento y me permití florear el relato con algunos detalles que recordaba de los apuntes de la Sra. Núñez. Me tomé las cinco horas completas y cuando el Sr. Peralta se levantó de su silla, acomodé las hojas que ostentaban mi letra ordenada y prolija, y se las entregué.

–¿Puedo saber cuándo estarán los resultados? –Inquirí. Peralta ya estaba ojeando mis primeras respuestas.

–En una semana –me contestó–Imagino que en no más de diez días tendrá su clasificación.–Peralta carraspeó– Ah, Schmidt..

–¿Si...?

–Buen trabajo.

Greta me esperaba bajo las escalinatas. No parecía preocupada, sino ansiosa, anhelante.

Vio o adivinó en mi rostro la tranquilidad de quien no ha fracasado, y de pronto me dio la sensación que se incorporaba unos centímetros, como dejando atrás su encorvada postura, ahora henchida de orgullo. Miró con una sonrisa de triunfo por encima de mis hombros, y entendí que dedicaba ese gesto al profesor Peralta que esperaba detrás de mí, en el rellano de la escalera. En ese momento un cansancio tremendo se apoderó de mi cuerpo. Los diez días de esfuerzo y la tensión del examen hacían mella y dejaban un surco de agotamiento en mi atribulado espíritu. Le dije a Greta que no daba más, que quería descansar un poco y nos fuimos a casa, sin pronunciar palabra. Tal era mi cansancio, que mi fiel insomnio se vio derrotado por un par de noches. Soñé que mi padre me acompañaba a recibir la nota consagratoria, y me felicitaba por mi trabajo. Mi madre, tomada de su brazo, mostraba un rostro iluminado por la emoción,

sin rastros de la apatía que vulneraba su ánimo en los últimos tiempos. En el sueño nos cocinaba a todos, incluidas Greta, Helga y la Sra. Núñez, un gran festín, y volvíamos a la casa donde había nacido. Mi padre, benevolente, me alentaba a trepar a los árboles y jugaba conmigo como premio por tantas satisfacciones.

Mi madre me despertó con un magro desayuno. Tenía que limpiar y airear mi habitación. Ningún comentario ni pregunta ni curiosidad deslizó respecto de mi examen.

Los días que restaban hasta que me informaran el resultado se me hicieron largos, laxos, como impregnados de una contextura gomosa, inacabable. Para matar el tiempo, concurría a la Biblioteca. La Sra. Núñez me recibía con una sonrisa y recomendaba alguna lectura. Con asiduidad me hacía preguntas sobre mis padres, la casa donde vivíamos, si conocí a mis abuelos, de dónde veníamos. Me di cuenta que buscaba información para engrosar su patrimonio chismográfico. Pero no creí que lo hiciera por maldad. Ella era así. Además me trataba con tanta amabilidad, que estaba dispuesto a consentir ese pequeño defecto. De todas formas, mucho no sabía acerca de mi familia o de nuestro pasado, así que mis parcas respuestas debieron resultarle bastante desalentadoras; sin embargo, su amabilidad nunca mermó y ello confirmaba mi apreciación respecto de su persona. Le conté que mis únicos dos libros eran la Ilíada y la Odisea y se horrorizó.

–Esa no es lectura para un muchachito de once años –exclamó.

–Pero es que desde que murió mi papá yo soy un hombre –repliqué, con seriedad. La Sra. Núñez dejó escapar una risa estentórea.

–Es probable, es probable. De todas maneras, hay algunos relatos que te van a gustar más. Estoy segura que esas versiones del original te deben resultar un tanto aburridas, ¿no es cierto? –tuve que admitir que la bibliotecaria estaba en lo correcto. Varias veces había comenzado la lectura de esos libracos, y no había logrado pasar de la segunda o tercer página y estaba convencido de que la literatura no era para mí.

–Ven, toma estos ejemplares y después me cuentas –Agregó, y me acercó unos tomos viejos, en rústica, de Veinte Mil Leguas de Viaje

Submarino y Miguel Strogoff de Julio Verne, y las Aventuras de Tom Sawyer, de Mark Twain.

–Gracias –dije–¿le molesta si los leo aquí?

–Por supuesto que no, muchacho, estamos para eso.

Nunca estaré lo suficientemente agradecido a la Sra. Núñez. Ella me abrió la puerta a un universo maravilloso que amplió mis horizontes hasta lugares recónditos, donde la fantasía y el placer por lo desconocido tejieron estructuras perennes que me acompañarían y me sostendrían por siempre. Por el momento diré que durante una semana vagué por la estepa rusa junto a un ciego correo del zar, me interné en las profundidades del océano en máquinas maravillosas junto al Capitán Nemo y celé profundamente la amistad que Tom gozaba de un muchacho desaliñado pero de gran entereza como Huckleberry Finn.

Apenas me faltaban un par de capítulos para terminar el último libro, cuando el profesor Peralta hizo avisar en casa que estaba listo el resultado de mi examen. Nos esperaba a la mañana siguiente para darnos las notas. Esta vez, mi madre, intuyo persuadida por Greta, decidió acompañarme. Creo que fue la primera vez en mucho tiempo que salía a la calle para concurrir a algún sitio que no fuera el almacén. Se vistió con un trajecito verde agua que le quedaba un poco grande, se puso zapatos de taco alto y una cartera haciendo juego. Creo que hasta se maquilló. Greta tampoco le fue en zaga y se lució con un solero de color oscuro que jamás le había visto. Su cabello resplandecía, y tuve la impresión que había recibido auxilio de la peluquería que estaba a la vuelta de casa.

Estaba dispuesto a caminar las seis manzanas que nos separaban del colegio, cuando me sorprendí al ver a Ulrico Schneidel esperándonos abajo con un automóvil reluciente.

Parecía que alrededor de mi examen se había tejido un verdadero evento social. Ulrico bajó del auto, y le abrió la puerta a mi madre, que le sonrió. Greta y yo nos acomodamos atrás. Hacía mucho que no viajaba en auto, pero por algún motivo no disfruté de la breve travesía. No me había gustado aquella sonrisa que no había sido dirigida a mí.

CAPÍTULO TRES

La hosquedad que me había despertado la inusual visita de Ulrico y su oferta de transporte, enseguida se desvaneció cuando tomé conciencia de que estaba sentado en un automóvil, como los que se veían en las revistas, un Pontiac '52 espacioso, con asientos de cuero relucientes, que parecía recién salido de la fábrica. El viaje se me hizo escaso hasta la plaza, mientras mi curiosidad me hacía tocar todos los botones y abrir los ceniceros y las ventanillas como un poseso. Cuando llegamos al colegio, el encargado se nos acercó y nos informó que nos esperaban en el salón de actos. Hacia allí nos encaminamos.

El pequeño salón estaba atestado de gente. Una muchedumbre se había apretado en los asientos, los pasillos y el fondo. Un rumor creciente dio cuenta de que habíamos arribado. El Profesor Peralta, vestido con el que debía ser su mejor traje –un poco abrigado para la época–y perfumado con agua de colonia, nos recibió en la puerta de entrada y nos dio la bienvenida. Mientras nos acercábamos a la primera fila, donde nos habían reservado asientos, Peralta, siempre dirigiéndose a Greta, nos informó que asistían al acto un delegado de la Inspección Provincial de Escuelas, el Secretario de Cultura y Educación de la Intendencia, los coordinadores docentes de la escuela y un periodista del periódico local. Greta asentía, complacida. Entre la multitud de desconocidos que se distribuían por el resto del salón, distinguí a varios alumnos también sentados, pero sus caras de no muy buenos amigos sugerían que estaban claramente a disgusto.

Enseguida el Profesor Peralta pasó al frente, se acercó a un micrófono de pie, carraspeó, saludó a todos los asistentes, deteniéndose uno a uno al referirse a las autoridades, y nos dirigió unas breves palabras.

–Quienes hemos dedicado la vida a enseñar, a educar a las nuevas generaciones, a entrenar las mentes de los próximos ciudadanos de nuestro querido País, no podemos sino congraciarnos ante la revelación del talento, del genio, de la inspiración. Y más aun nos sobrecoge el entusiasmo, cuando advertimos que a ese talento se lo riega con el esfuerzo y el sacrificio que el estudio conlleva. Debo decir que en estos diez días me he visto sumergido en ese entusiasmo maravilloso, gracias a que la encantadora Srta. Greta Schmidt –y aquí Peralta hizo una mueca un tanto extraña, dirigida a Greta– quien ha traído hasta nuestras puertas a esta joven revelación, Christian Schmidt, para una harto difícil tarea. ¡Aprobar de una sola vez nada menos que seis años de educación formal! Y debo decir con orgullo para el pueblo de Benavides, que este joven, oriundo de nuestra bella ciudad, ha cumplido con exceso su cometido. –Al hablar, Peralta alargaba el cuello, y parecía que una vena se henchía, como si fuera a explotar– En efecto, con el consentimiento de nuestra querida Inspectora Suárez, aquí presente –y la Señora Suárez, una mujer casi obesa parapetada en la segunda fila, intentó sonreír tras la gruesa capa de maquillaje que cubría sus fláccidas facciones– hemos preparado un examen de alta complejidad técnica, que incluye temas propios no sólo de los seis primeros años de la escuela, sino hasta séptimo grado inclusive. La idea era armar un modelo, útil para nuestro bienamado Ministerio de Educación, que sirviera también para aquellos inmigrantes que, llegados a nuestro bendito suelo, alguna vez pretendieran rendir equivalencia de toda la escuela primaria. Pues bien, nuestro joven destacado, aquí presente, Christian Schmidt, no sólo ha aprobado todo el examen, sino que lo ha hecho sin un solo error –una exclamación sorda comenzó a crecer en el pequeño salón de actos, a mi espalda, y yo me arrellané incómodo en mi asiento– y además, haciendo gala de una prosa sintética pero elegante, ha incorporado en temas de literatura clásica, por ejemplo, pasajes que muestran una notable erudición. Sus conocimientos de historia antigua y geografía europea desafían, incluso, los límites de nuestros programas de estudio nacionales, de manera que hemos debido realizar interconsultas para poder cali-

ficar en forma adecuada la calidad y profundidad de conocimiento que presenta nuestro meritorio alumno.

Peralta se tomó unos segundos para respirar y secarse la frente. Las luces elevaban la temperatura del proscenio y el traje de invierno lo estaba matando. En este punto advirtió el profesor que el murmullo de la sala se había tornado incipiente griterío y que varias manos y brazos me apretaban y sacudían en señal de aprobación. El periodista local me apuntaba con su cámara la que, al disparar, encendía un poderoso flash que me dejaba ciego por varios segundos y los alumnos del fondo se removían en sus asientos en señal de su para entonces claro y evidente encono.

–En definitiva –se apresuró a concluir Peralta, agravando la voz para dotar de énfasis a sus palabras finales, en el afanoso intento de que el acto no se le fuera de las manos– esta escuela provincial número 27, de la localidad de Benavides, se enorgullece en otorgar el diploma de honor que acredita no ya la mera equivalencia con sexto grado, sino la definitiva conclusión de sus estudios primarios, al alumno Christian Schmidt, el más joven estudiante que se hace acreedor de tal galardón. Además, me permito hacerle entrega de una carta de recomendación para la Escuela Secundaria Nacional de la Ciudad de San Nicolino, cabeza de nuestro Departamento, para asegurarle una vacante, así puede seguir estudiando. Auguramos que muchas cosas buenas escucharemos de este joven, a quien invito a pasar a recibir su diploma.

Lo que siguió fue un verdadero caos. Me levanté de mi sillón al escuchar la convocatoria de Peralta, pero una nueva foto me cegó. En esa negrura momentánea, mi paso se hizo vacilante y me topé con un cuerpo, luego supe que era el de la Inspectora Suárez, que también se había levantado para felicitarme; en mi tropiezo me agarré de su cabello, la hice trastabillar y caímos los dos sobre Peralta, quien en su desesperación, ante el considerable peso que se le venía encima –no tanto por mi, sino por el voluminoso cuerpo de Suárez–, buscó el sostén del micrófono de pie, arrastrándolo en su propia caída. El cable del adminículo se tensó primero e hizo que varias personas que se

había acercado al frente del saloncito, no sé si para saludar, o ya para ayudar, se tropezaran con él y también terminaran en el suelo. El cable tironeado no aguantó más y todo el equipo de sonido cayó al piso con gran estrépito; primero un duro acople resonó, agudo, por los altoparlantes y luego, del equipo destrozado saltó una chispa que encendió los pesados cortinados que cubrían la ventana más cercana. Peralta se sacó de encima a la Sra. Suárez como pudo e intentó apagar el fuego incipiente con el agua de uno de los floreros que descansaban sobre el escritorio. Pero se resbaló con una de las hojas del discurso que había pronunciado, el agua dio contra el fotógrafo, cuya cámara cayó sobre el fuego incipiente, alimentándolo; el jarrón también se le fue de las manos a Peralta y aterrizó sobre Ulrico, quien con su pequeño cuerpo intentaba cubrir y proteger a mi madre, que miraba impávida la dantesca escena. Ulrico, con un moretón sobre su calva reluciente y el fotógrafo empapado, enfurecido por la pérdida de su cámara se le fueron encima a Peralta, que retrocedía frente a la potencial gresca, hasta el límite del fuego que crecía a sus espaldas. No sé que hubiera sido de él si finalmente Greta no se interponía entre el director y sus agresores potenciales pidiendo calma a los gritos. Los ruidos, los lamentos de dolor de la gente que se amontonaba en el suelo en una amalgama humana, el humo y el fuego ahora notorio hicieron que el resto de los asistentes se dieran a la fuga a gran velocidad.

Algunos alumnos aprovecharon el tumulto para también tirárseme encima, y golpearme repetidas veces en el estómago y en el rostro.

–¡Alemán de mierda! ¡Nazi presumido! No te queremos en Benavides, ¡Mejor desaparece! –me susurraron en el oído. Creo que intenté devolver alguno de los golpes, pero mi puñetazo dio en la nariz de la Sra. Suárez, justo cuando la madura mujer procuraba reincorporarse y volvió a caer de cola, mirándome incrédula.

El portero del edificio llegó con un matafuego enorme y controló el incendio. Poco a poco, los asistentes que quedábamos en el salón nos fuimos poniendo de pie, arreglándonos como podíamos las pren-

das arrugadas, rotas o simplemente sucias de polvo y cenizas. Todos tosíamos. Peralta abrió los ventanales y entonces se percató de que el diploma de honor se había hecho trizas. Me prometió que pronto confeccionarían uno nuevo y me lo harían llegar. La Sra. Suárez, tal vez en represalia por mi certero puñetazo, se aseguraría una larga demora en la entrega del duplicado. Pero eso fue después.

En ese momento, como podíamos, intentábamos alcanzar la puerta de salida. Peralta nos acompañó, y tengo la imagen del profesor susurrándole algo a Greta, algo que no pude escuchar, pero a lo que ella asentía.

Antes de entrar al auto, Ulrico me estrechó la mano, como felicitándome y recuerdo que me dio repugnancia su palma sudorosa.

Mi madre, más por obligación que por convicción, me dijo:

–Bueno, mira el lío que has armado. Ahora imagino que estarás feliz por este importante logro, ¿no es así, hijo?

–No sé –respondí, con absoluta sinceridad– Esto significa que no podré asistir a clases, y lo cierto es que simplemente quería que me dejaran ir al colegio, eso era todo.

Mi madre suspiró, en señal de incomprensión, o fastidio.

En apenas cinco minutos, estuvimos de vuelta en casa.

CAPÍTULO CUATRO

Me llevó algunas semanas reponerme de los acontecimientos ocurridos alrededor de mi examen. Tuve que dar reportajes a una radio y al periódico departamental, "La Voz de Benavides", que editaron la historia pintándome como a un verdadero fenómeno. A mi no me interesaba para nada mantenerme en el ostracismo, ni pretendía preservar mi intimidad. Necesitaba contacto humano y ocupar mi tiempo en algo. Pero la fugaz fama no me trajo nada de ello. Intenté acercarme al colegio un par de veces, pero los muchachotes de séptimo grado me gritaban de todo; "obsecuente de mierda" y "nazi hijo de puta" eran los epítetos más populares, así que decidí, en prudente resguardo de mi integridad física, mantenerme alejado de ellos.

Pregunté a Greta qué significaba ser "nazi" y por qué me insultaban de esa manera.

Me miró con cara de espanto.

–No les hagas caso a esos vagos ignorantes; no saben lo que dicen –me dijo– Tú ocúpate de tus cosas –y a continuación me preguntó, como para cambiar de tema– ¿Seguirás estudiando?

Tenía en mi poder la carta de recomendación para ir al colegio secundario de San Nicolino pero, por el momento, estaba fuera de mis posibilidades siquiera pensar en concurrir allí. Recién había cumplido mis doce años –un solitario cumpleaños con mi madre, Greta y Ulrico, festejado con sándwiches de lewerbutch–, y la ciudad cabeza de Departamento quedaba a 120 kilómetros de Benavides. Imposible ir y volver todos los días, y no tenía allí dónde quedarme.

Una tarde, aburrido y malhumorado, decidí darme una vuelta por la Biblioteca y visitar a la Sra. Núñez.

Me olvidé de que era martes, así que tuve que esperar a que concluyera su lectura al grupo de no videntes del pueblo.

Se trataba de una historia de amor no correspondido entre un encantador de serpientes desocupado y la asistente de un tirador de cuchillos de un varieté mal entrazado en algún lugar del trópico. El melodrama era de una tristeza infinita, pero el tono de la narración era ligero. Lo más llamativo era la preocupada detención del autor en la descripción cromática de los escenarios donde transcurría su historia. Tratándose del trópico, era imaginable el uso de una paleta multiforme pletórica de colores y matices. Pero el autor incluso pintaba los semblantes, los sentimientos, las actitudes y más de una acción. Las mejillas eran carmesí, los gritos tornasolados, la melancolía azul y el protagonista sufría un ardor bermellón que le quemaba el pecho.

Cuando la sesión de lectura concluyó, le comenté a la Sra. Núñez que me parecía un tanto cruel la elección de la historia. Su rostro se tensó en un porqué cargado de asombro. Era una buena mujer y nada más lejano de su vocación el perpetrar vileza alguna en forma intencional. Le comenté que imaginaba difícil para un grupo de no videntes seguir una trama signada por una denotación tan dependiente de los colores. Abrí el libro que tenía en sus manos y le leí un par de ejemplos. No hesitó en coincidir con mi apreciación.

–No me había dado cuenta, tienes razón, fíjate –fue su comentario. Y se quedó tildada, pensativa–. Tengo una idea –dijo al rato– ahora no tienes nada que hacer, ¿no es cierto?, digo, por este año.

–Es verdad –accedí.

–Bueno, ¿por qué no me ayudas con las tareas de la Biblioteca?. La verdad es que los años no vienen solos, pronto cumpliré 60 y ya estoy pensando en jubilarme. Vendría muy bien que alguien vaya tomando la posta. De hecho, incluso tengo un montón de ideas que se podrían poner en práctica para potenciar el uso de esta biblioteca, pero no tengo el tiempo ni la fuerza para llevarlas a cabo. Podrías cobrar algún dinerillo, como ayudante. ¿qué te parece la idea?

–Pero, ¿Qué tendría que hacer? –quise saber, aunque en realidad la propuesta me entusiasmaba incluso si sólo tuviera que barrer el piso. Cualquier cosa me vendría bien, con tal de tener alguna actividad que llenara los huecos de mi vida.

–Bueno, pues, tendrías que terminar con el catálogo de las obras y textos que tenemos en la biblioteca, hace años que está desactualizado. Podrías ocuparte de la relación con las editoriales, sería bueno que nos envíen nuevos libros, y echarle un vistazo a las donaciones y legados que recibimos, revisar los volúmenes, si están completos, si los lomos coinciden con sus páginas interiores, no quieras saber las porquerías que a veces se esconden detrás de una fachada respetable. ¡Hay que acomodar este lío, compañero! Además, cuando te canses, puedes leer lo que te plazca, que ya he visto cómo te entusiasma la lectura. ¿Qué dices, eh? ¿Lo intentamos?

–Bueno, Sra. Núñez, me parece una excelente idea.

–Vale, entonces, yo me ocupo de pedirle la autorización a tu madre. Pero, eso sí, vas a tener que tener presente una condición imprescindible para la armonía laboral.

–¿Cuál?

–De ahora en adelante nada de Señora Núñez. Que me llamo Erminda.

No me sorprendió la lacónica aceptación de mi madre a la propuesta de trabajo en la biblioteca. Sí, en cambio, me llamó la atención que se preocupara por una eventual contraprestación económica. "No quiero que trabajes gratis", me señaló. Durante la siguiente cena que compartimos con Ulrico, cuya periodicidad se había extendido a una vez por semana, nuestro recurrente invitado deslizó algunos comentarios como al pasar, luego de ingerir generosas porciones de salchichas con chucrut y beber un abundante porrón de cerveza, sobre la cultura y la responsabilidad del trabajo, las bondades del ahorro, y la importancia de colaborar con los gastos del hogar.

Casi sucumbo a la tentación de mandar mi nuevo trabajo y a la Señora Núñez al demonio, pero de alguna forma resistí aquella poderosa fuerza y el siguiente lunes, a primera hora de la mañana y rebosante de entusiasmo, me presenté a trabajar.

El tiempo que dediqué a la Biblioteca Municipal de Benavides,

fue uno de los períodos más valiosos de mi vida y, con toda seguridad, uno de los que recuerdo con mayor benevolencia.

Desayunaba temprano y llevaba una vianda para almorzar allí mismo, un edificio gris de dos plantas legado por Don Eusebio Jiménez Conde, el intendente que por 20 años había gobernado Benavides, hasta su muerte. Era una residencia de amplias estancias, que había sido utilizada como vivienda hasta que fuera heredada por Jiménez Conde y luego transferida al Municipio. Contaba en planta baja con un amplio ambiente, que debió ser utilizado como comedor y estar. Hoy funcionaba allí la sala de lectura. En la misma planta había una cocina y un baño, que seguían siendo utilizados para idénticos menesteres, y un escritorio, que hacía las veces de despacho y archivo administrativo, donde usualmente trabajábamos Erminda y yo. En la planta alta había cuatro dormitorios y otro baño. En dos de los dormitorios se habían amurado anaqueles, donde descansaban los libros en uso. Los otros dos dormitorios y el baño se escondían tras sendas puertas cerradas con llave, abrumados por un caos inclasificable de cajas llenas de volúmenes sin revisar y documentos que nunca habían sido analizados.

A estas labores ordenatorias y registrales me aboqué con ahínco en mis primeras semanas de trabajo. Las cajas contenían, sobre todo, manuales y textos de estudio, pero encontré también una buena cantidad de volúmenes de poesía, de autores como Amado Nervo, Rubén Darío, Ramón del Valle Inclán, Juana de Ibarbourou, Antonio Machado, Gabriela Mistral y León Felipe y varias novelas extranjeras traducidas al español, que entusiasmaron mucho a Erminda, como Moby Dick, de Herman Melville, Madame Bovary de Gustave Flaubert, Ulyses de James Joyce, y el Gran Gatsby, de Scott Fitzgerald.

Los documentos eran copias de las primeras ordenanzas dictadas por la Comuna, algunas muy antiguas, que estaban pasadas en papeles oficiales en letra manuscrita. Traté a aquellos documentos con sumo cuidado, guardándolos en folios cubiertos con plástico, conciente de que era probable que estuviera protegiendo una parte de la

historia en favor de los futuros estudiosos de nuestra coyuntura. De todo tomaba nota y registraba en fichas por estricto orden alfabético que guardaba en un armario del despacho de la planta baja. Cuando concluí con las cajas nuevas, pasé revista en los anaqueles que ya estaban en uso para verificar su estado y extender el nuevo sistema de archivo. Gracias a tal meticulosidad, varios volúmenes que Erminda había dado por perdidos, fueron recuperados. Erminda estaba particularmente complacida por los hallazgos, porque se trataba de libros bastante requeridos, tal vez porque eran los que ella más recomendaba, como Por Quién Doblan la Campanas, Lolita, Niebla y Cumbres Borrascosas.

Pronto me hice cargo por completo de la rutina del establecimiento, dado que Erminda, relajada al apreciar en mi a un buen continuador, comenzó a detectar artrosis, lumbagos, várices y cólicos varios que minaban su físico y su espíritu, luego de años de esforzada tarea, en general de pie. Me resultó natural establecer pautas de organización para aprovechar el día. Por la mañana, bien temprano, limpiaba, ordenaba y administraba. En un par de horas había concluído con tales menesteres y me dedicaba a leer. Con entusiasmo descubrí más obras de Mark Twain y Julio Verne entre los anaqueles del segundo piso, y al poco tiempo ya buscaba nuevos horizontes y me convertí en devoto de las aventuras pergeñadas por Alejandro Dumas y Emilio Salgari. Soñaba con los espadachines franceses y los piratas y corsarios de exóticos mares asiáticos. En alguna oportunidad matizaba mi devoción narrativa con historias de detectives, siendo Hercule Poirot y Sherlock Holmes mis personajes favoritos.

Con esfuerzo abandonaba esos universos perfectos, donde la trama se mostraba henchida de acción y de lógicos encastres de relojería, cuando a la tarde concurrían los escasos lectores habituales de la biblioteca, algunos alumnos en dificultades o periodistas, inquietos por alguna investigación pendiente.

A las cinco comenzaban los cursos de lectura. A los tradicionales horarios de los martes, para los no videntes, y los jueves, que incorporáramos juntos Erminda y yo con singular éxito, para los jubilados

del pueblo, agregué tres nuevas propuestas: los lunes, lectura y comprensión de los textos para los alumnos de sexto y séptimo grado de la escuela Municipal de Benavides; los miércoles, cuentos infantiles para chicos en edad preescolar, y los viernes dictábamos seminarios cortos, abiertos al público en general, donde leíamos textos diversos, desde los mal denominados libros de autoayuda, hasta novelas históricas, crónicas periodísticas y grandes biografías de personajes de la historia.

Las propuestas resultaron un verdadero suceso. Recuérdese que en Benavides no había mucho que hacer. Así que cuando a los cuentos infantiles les agregamos algunos títeres, la sala comenzó a colmarse de madres que concurrían con sus párvulos entusiasmados por el show, y se permitían un recreo de un par de horas, para tomar un café, charlar con una amiga, y muchas, de paso, hojeaban o se llevaban algún libro que les recomendábamos o resultaba de su interés. Pero el verdadero revuelo se producía los viernes. Me había ocupado de generar una red de publicidad respecto del contenido de nuestras futuras lecturas, tanto en el periódico como en la radio local, y también con pegatinas en los tres bares del pueblo. Muchos habitantes de Benavides, más de los que me hubiera imaginado, no sabían leer, y concurrían encantados a la biblioteca para acceder a información o entretenimiento que de otra forma les estaba vedado.

Algunos traían a sus amigos, o familiares, o novias, y también aquí se daba el efecto de la difusión, porque cada tanto estos acompañantes se enganchaban con la lectura, o pedían algún libro sobre otro tema, y así, en el transcurso del primer año de trabajo, quintuplicamos el movimiento bibliográfico de la biblioteca, para sorpresa y euforia de Erminda.

Los sábados y domingos también me daba una vuelta por las estanterías para elegir y preparar los textos que leería la siguiente semana. Al principio, Erminda me supervisaba con celo y buen criterio; con el tiempo, cada vez me fue dejando más libre en mis selecciones.

Disfrutaba de pasearme por los anaqueles y estantes, sólo en com-

pañía de los libros antiguos, en su mayoría, ajados y restaurados con técnicas precarias, no sólo por el afecto creciente que sentía por ese mundo pletórico de las experiencias vitales que se me negaban en Benavides, ni por que yo fuera un devoto del trabajo sin descanso, sino porque, además, no me gustaba mucho quedarme en casa. Ulrico ya cenaba dos veces por semana con nosotros y el aire del estrecho departamento se me hacía irrespirable. Supongo que a Greta tampoco le agradaba la situación en demasía, porque comenzó a excusarse señalando que había hecho un grupo de amistades en el Club Social y que le había dado por jugar al bridge con estas señoras. Anonadado me quedé cuando un viernes, luego del agitado y extenso debate que motivara la lectura del libro: "El poder del Dinero en la Pareja", que nos obligó a cerrar la Biblioteca pasadas las nueve de la noche, observé a lo lejos en la calle, apenas iluminados por la escasa y difusa luz de los esporádicos faroles de nuestro pueblo, la silueta de una despareja pareja caminando, tomados de la mano: ella, alta y robusta, levemente inclinada; él, delgado y de pequeña estatura, el rostro delicado, con forma de aceituna. En efecto, se trataba de Greta y el profesor Peralta.

Boquiabierto, tardé un momento en aceptar la contundente evidencia. Peralta se detuvo, se puso en puntas de pie y le susurró algo al oído a Greta, que se agachó a medias para escuchar el discreto mensaje. Posó suavemente el dorso de su mano sobre sus labios y emitió un asordinada risa. Luego, lo besó en la pelada y siguieron caminando.

Yo miraba, semiescondido, detrás del platanero que cubría la puerta de acceso a la Biblioteca. Greta no me vio.

No sin cierta sensación de acritud arañándome el estómago, pensé que si Greta no quería contar nada de sus andanzas, no sería yo quien cortara la red que tejía su silencio.

CAPÍTULO CINCO

Pasó el verano y apenas tomé conciencia del cambio de estación. Vivía sumergido en el trabajo. Los cursos se estaban haciendo tan populares, que para la temporada siguiente, al iniciarse el otoño, en la Biblioteca nos estábamos quedando sin novedades literarias. Se me ocurrió pedir a los asistentes que adquirieran un bono contribución para asistir a las lecturas de los viernes, y las funciones infantiles de los miércoles. Con ese dinero podía comprar nuevos volúmenes. Conseguí, a través de Roberto Jáuregui, el múltiple periodista, redactor, corrector, y editor de la Voz de Benavides, los datos de tres editoriales de la Capital: Horizonte, ENEPÉ y Ediciones Vernáculas, a quienes les escribí, con prolija caligrafía, solicitándoles catálogos y novedades.

Las tres me enviaron a sus viajantes. Horizonte a un hombre maduro, circunspecto y de pocas palabras, llamado Llerena, que me atiborró de información, y de quien me llamó la atención el paradójico contraste entre sus modos y actitudes tan serios, con su forma de vestir. De gesto adusto y circunspecto, gustaba de andar en bermudas, sandalias y musculosa de motivos hawaianos, que dejaba ver sus antebrazos fláccidos; ENEPE envió al Señor Hernández, un hombre pequeño de modales nerviosos, que parecía apurado, como si siempre tuviera algo más importante que hacer, y Ediciones Vernáculas tenía como representante a un tipo de lo más exuberante, corpulento, de gran cabeza totalmente rapada, que apareció vestido con un traje cruzado de color amarillo y un sombrero panamá de ala ancha. Se llamaba Ordóñez. Traspiraba profusamente y le costaba moverse por su gran voluminosidad, pero exhibía un notable buen humor que refrendaba con un vozarrón grueso e inquietante.

Durante mucho tiempo trabajaría con los tres, y su visita regular se convertiría en un nexo importante entre la realidad del gran mundo y mi pequeña visión de Benavides. Pero al principio de nuestra relación, en la primera entrevista que mantuviera con ellos, profesionales al fin, todos se sorprendieron al ver que los recibía un muchacho de apenas quince años, todavía lampiño, al frente de una pujante Biblioteca. Negocié con cada uno de ellos que le compraría tres libros al mes, si me agregaban dos volúmenes de anteriores ediciones, discontinuos, de regalo. Todos consultaron con sus casas matrices y aceptaron mi oferta, pero me exigieron alguna carta que me convalidara como interlocutor.

Así que envié una carta al intendente de Benavides, el Dr. Ronconi, para que me recibiera, explicándole lo que necesitaba. Le avisé la situación también a Jáuregui para que me apoyara. Quince libros por mes para la biblioteca constituían un objetivo extraordinario que se encontraba al alcance de mis manos y no quería que ningún detalle se me escapara.

El Dr. Ronconi me recibió en su despacho un martes por la mañana. La oficina era amplia y luminosa. Los muebles, un escritorio de madera de guatambú, varias sillas y dos silloncitos de cuerina color habano, eran modestos, pero lucían limpios y bien ordenados. La única evidencia de ajetreo que percibí, radicaba en varios expedientes que descansaban sobre una mesita ratona bajo la ventana que daba a la plaza, con vista a la Iglesia de Benavides. La insignia patria y el escudo provincial coronaban el sillón con apoyabrazos del funcionario.

–Me han hablado mucho de usted, Schmidt –me dijo el intendente al extenderme su mano fuerte y firme. Ronconi era estanciero, y tenía la piel curtida del hombre de campo. Más allá de las circunstancias de la política, era un vecino reconocido de Benavides, respetado, que se había labrado su porvenir trabajando como peón en sus años mozos. Tenía una mirada oscura y penetrante pero calma, que despertaba confianza, igual que su apretón de manos. Un bigote negro y espeso cubría su labio superior. La única nota disonante la daba su voz algo chillona. Tal vez por eso no era muy proclive a dar discursos.

–Espero que le hayan hablado bien…

–Sí, muy bien. Dicen que está haciendo un trabajo espléndido en nuestra biblioteca. Se lo agradezco mucho –Claro, le estaba haciendo un favor. En esa época de ingenuidad no era aun consciente de que los servicios municipales que mejoraban elevaban la nota del candidato frente a los nuevos comicios electorales y todo el pueblo estaba comentando las cosas buenas que estaban pasando en la biblioteca– Pero aun me cuesta verlo tan joven. ¿Cuántos años tiene? ¿16?

–Quince años, doctor. Justamente por eso lo molestaba. Tenemos la posibilidad de incorporar nuevos títulos para la biblioteca, libros que necesitamos, pero las editoriales con las que estoy negociando me ven así, tan imberbe, y quieren una carta que me avale como responsable del área.

–Pero si nosotros no tenemos fondos. El presupuesto está agotado. Los subsidios por la sequía se han llevado lo poco que quedaba. ¿Con qué dinero va a comprar obras? ¿Con qué autorización?

–No se preocupe, Doctor. No le estoy pidiendo dinero. Lo recaudaremos de aportes de nuestros lectores.

–¿Cómo de los lectores? ¿de qué manera? –me escrutó Ronconi.

–A través de un bono que adquirirían.

–Pero ese dinero, como la biblioteca es municipal, debería ingresar a rentas generales, y luego la biblioteca pedir autorización de partida, para el presupuesto del año que viene. Así es el procedimiento. Ustedes no pueden manejar dinero, aprobar presupuestos, etcétera, sin ninguna auditoría ni control.

Se me fue el alma al suelo. Ronconi me estaba liquidando el proyecto. Si el dinero de los bonos contribución ingresaba en las arcas de la Intendencia, pintaría canas antes de conseguir que el presupuesto me liberara el dinero para libros, con tantas carencias que había en el pueblo. Al verme desmoralizado, terció en mi ayuda Roberto Jáuregui, el periodista, redactor, corrector, y editor de la Voz de Benavides.

–Eladio –dijo dirigiéndose a Ronconi por su nombre de pila–, no le compliques la vida al joven. Si los bonos que emite la biblioteca

son procontribución para la compra de libros, no tienen por qué entrar en rentas generales. Además, es muy poco dinero para la Intendencia en comparación con el beneficio que te trae el buen resultado de la gestión en la Biblioteca.

–Pero con eso sólo no me cubro…

–Haz una consulta a la asesoría letrada de la Intendencia y pídele al Dr. Sánchez Sucinto que te elabore un dictamen específico que te diga que la Biblioteca puede emitir un bono de estas características, debiendo utilizar el ciento por ciento de lo recaudado para sus fines específicos y rendir cuentas a la Contaduría General al cierre del ejercicio fiscal.

–Así podría funcionar, pero…

Ya estaba mareado con la explicación y los movimientos burocráticos, pero entendí que Jáuregui había abierto una rendija en la monolítica visión política de Ronconi y que allí tenía una brecha para reforzar mi posición. Así que suspiré profundo y me animé a interrumpirlos.

–Si no tenemos más fondos, voy a tener que suspender todas las actividades nuevas programadas en la biblioteca. No tenemos más material de lectura; a los pequeños ya les hemos leído hasta cinco veces los mismos cuentos. No podemos seguir así –dije y mi voz sonó desafiante.

–Eladio, si suspendes lo que este joven está haciendo, vas a obtener una muy mala imagen de cara a las próximas elecciones. Y las actividades culturales que se están desarrollando son de buena calidad. Se están comentando incluso a nivel departamental.

–Es cierto, mis dos nietos van a ver la función de títeres todos los miércoles. Mi nuerita está fascinada…Pero eso no resuelve el tema de la autorización ni de la firma... ¡Schmidt tiene 15 años!

–Autorízalo a que gestione la operación en nombre la Biblioteca, pero que la recepción de los remitos o conformación de facturas los debe hacer la bibliotecaria, la Sra. Núñez

–Pero, ¿no está enferma?

–Guarda reposo, es cierto, pero puede firmar –Traté de informar;

entre ellos hablaban como si yo ya no estuviera ahí, como si mi presencia se hubiera diluido ante una barrera generacional invisible pero de rubicunda contundencia.

–Bueno, muy bien. Me han convencido. Que los bonos contribución sean redactados bien clarito, estableciendo que constituyen aportes destinados a la compra de libros. No quiero problemas con ésto. Yo me encargo de pedirle el dictamen a Sánchez Sucinto. Y respecto de la nota autorizando al joven como interlocutor al frente de la Biblioteca de Benavides, dado que la tienes tan clara, Roberto, prepáramela tú, para que yo la firme. Sabes que estamos escasos de personal.

CAPÍTULO SEIS

Rosa Hernández era rellenita y retacona. Su cara redonda estaba herida de un acné tardío y era un poco bizca. Pero para mi se trataba de la mujer más hermosa del mundo y me había enamorado perdidamente de ella, cuando, a mis 16 impetuosos años, Rosa me llevó a su cama.

Ella tenía 24 años y era viajante de la editorial ENEPÉ S.A. de la capital. Había reemplazado a su padre, Esteban Hernández, quien por las quejas de su corazón extenuado y enfermo había recibido la recomendación de su médico cardiólogo de dejar de viajar. No me sorprendió mucho de Hernández; su carácter hosco y su malhumor permanente necesariamente debían converger en una mácula a su corazón sufrido. Para no perder la clientela, Esteban designó a su hija para que la siguiera atendiendo, y nuestra Biblioteca de Benavides quedaba dentro de su área de influencia. Rosa pasaba una vez por mes para dejarme los nuevos catálogos, traerme los libros adquiridos, tomarme los pedidos para el próximo viaje y cobrarme las facturas vencidas. Era buena vendedora, se ocupaba de estar al tanto de las novedades, me anticipaba lo que aun no estaba en el catálogo –sobre todo si sabía que se trataba de alguna obra de mis autores preferidos–, me sintetizaba los argumentos de las obras que desconocía y me daba conversación. Era muy simpática. Al principio, me pareció que su buen humor y su interés estaban sólo vinculados con su trabajo, que entre otras cosas consistía en mantener un contacto ameno con sus clientes. Pero poco a poco las pláticas se fueron animando, y la visita de Rosa se extendía el día entero. Tomábamos un café, o almorzábamos, o simplemente, cuando el tiempo traía el aroma a glicinas del verano litoraleño, caminábamos a la vera del río Saucedo, compartiendo una bolsa de maníes y contemplando el reflejo del sol sobre

las aguas pardas del río y el entramado yuxtapuesto de las cañas de pescar de los pescadores amateurs que le robaban unas horas al día para disfrutar de la placidez de la siesta. En general hablábamos de libros, pero a veces Rosa me hacía comentarios sobre la situación política de la Capital, o se regodeaba compartiendo algún rumor sobre las estrellas del cine del momento. Me preguntaba sobre mí o sobre mi familia, pero, bueno, yo no tenía mucho para contar. Siempre me interrogaba sobre las novedades del romance de Greta y Peralta, pero ellos eran muy discretos, y trataban de no dejarse ver juntos. Greta nunca había comentado nada acerca de su relación. A veces me gustaba adivinar sobre su estado de ánimo según el color de su pelo o el tono de sus mejillas.

A pesar de lo poco que tenía para contar, a Rosa igual le gustaba escucharme. Me decía que tenía una voz muy profunda, muy de hombre para mi edad, y que tenía un físico privilegiado. El pecho se me henchía de orgullo y comencé a mirarme como nunca antes lo había hecho. Pasaba tiempo frente al espejo, me afeitaba mis primeras barbas, me peinaba con esmero y cuidaba mi vestuario cuando sabía que Rosa estaría al llegar en su viaje mensual. Siguiendo los consejos de una revista de actualidad que le tomara prestada a Erminda, comencé una rutina de ejercicios y salía todas las mañanas a correr. Trotaba alrededor de 45 minutos y luego hacía flexiones, tijeras y abdominales. La rutina llevaba una hora adicional, pero valía la pena. Pronto comencé a verificar en mis músculos adolescentes en expansión las bondades del esfuerzo.

Una tardecita, mientras recorríamos la plaza del pueblo, Rosa me dijo:

–Hoy estoy muy cansada para manejar. Reservé una habitación en la pensión de Benavides. Me parece mejor descansar esta noche y salir mañana temprano. ¿qué te parece?

–¿Ya reservaste?

–Sí, temprano, ni bien llegué.

–¿Cómo sabías que ibas a estar cansada por la tarde?

–Sabía, tonto, una sabe esas cosas.

–Ajá –señalé, sin entender mucho.

–¿Me acompañas?

Por supuesto, como caballero que me consideraba, acompañé a mi amiga a la pensión. Me pidió que la siguiera a su cuarto, que quería enseñarme algo y subí tras ella. La Señora Jiménez, que cuidaba el establecimiento me miró con gesto ceñudo, pero no le hice caso.

Al llegar al cuarto, Rosa me pidió que me sentara en la cama. Sin demasiados rodeos, se plantó frente a mí y se quitó el solero a lunares que vestía, revelándome su cuerpo desnudo, con absoluta ausencia de pudor. Era el primer cuerpo femenino que veía en su forma natural. No podía quitar la vista de sus pezones grandes, ni de la maraña de vello púbico que coronaba su entrepierna.

–Esto es lo quería enseñarte, Christian –me dijo, ante mi asombro ávido, tomando una de mis manos y llevándola hacia uno de sus pechos blancos. Como cuando uno toma una medicina en demasía que genera el efecto adverso al esperado, el calor que me abrumaba tensó mis nervios vitales y me ganó la timidez. No podía hablar ni moverme.

–Déjame que te ayude –me susurró en el oído. Me quitó la ropa y comenzó a acariciarme y a incitarme con sus manos cálidas que sabían qué hacer. Mi cuerpo respondía, pero no tenía la menor idea acerca de cómo debía comportarme. Rosa advirtió mi inexperiencia, que parecía divertirla, y asumió con firmeza y precisión la iniciativa; feliz, le dejé el mando.

Rosa me decía que yo era el amante con quien siempre había soñado. Que era abierto, flexible y atento. Sus visitas comenzaron a hacerse más continuas y duraderas, a veces hasta tres veces al mes y se quedaba por tres jornadas completas. Rentaba siempre la misma habitación de la pensión de la Sra. Jiménez y nos pasábamos el día paseando por la ribera del río, comiendo bocadillos que preparábamos nosotros mismos luego de visitar el almacén de los hermanos Huidobro y luego nos revolcábamos entre las sábanas de la habitación. Eran días muy felices.

Por supuesto, mi conducta varió en sumo grado. Por casa aparecía poco. Mi madre parecía mantener su indiferencia, pero algo en sus silencios, más densos y a veces hasta hoscos, me decía que desaprobaba mi mirada bobalicona y ausente. Greta me observaba con franco desdén. Un día en que regresé de mañana, tras pasar una dilatada noche con mi amante, preguntó, mirando al cielo raso: "¿Qué es ésto? ¿Un hotel? "Por supuesto, no hice caso a ninguna de sus objeciones desinenciales. Mi sangre latía con pasión y la concupiscencia me nutría de una satisfacción tan plena, que mientras Rosa recalaba en Benavides, no podía hacer otra cosa que estar con ella. Apenas partía con la promesa de su retorno próximo, comenzaba a extrañarla con un anhelo inconmensurable que me paralizaba e impedía que desarrollara ninguna otra tarea en forma eficiente. Sólo el timbre del teléfono, cuando suponía que sería la voz de Rosa la que encontraría al otro lado del magneto, lograba ponerme en alerta y devolverme al tiempo presente. Mi trabajo en la Biblioteca pronto se vería resentido. A veces, incluso, dejaba de concurrir a cumplir con mis obligaciones, y cuando asistía, se trataba solo de una presencia hueca de espíritu, pues era claro que mi mente navegaba por aguas teñidas por otros intereses que los literarios; por fin dejaba de ser *voyeur* de los amores de los héroes de mis dramas románticos para ser protagonista absoluto de mi propia historia y, ahora, entre las paredes de la biblioteca, que otrora semejaran las pantallas abiertas disponibles para miles de viajes a un universo maravilloso, amplísimo e inexplorado, me sentía aprisionado, desganado y melancólico. El tiempo era cansino y nada de lo que allí sucedía parecía digno de concitar mi interés. Con mi mente puesta en las asimetrías y las adyacencias del cuerpo de Rosa, me ganaban la distracción y la torpeza y cometía numerosos errores y negligencias en mis quehaceres rutinarios.

Una tarde me olvidé de organizar la jornada del taller para los más pequeños. Cuando llegaron las madres con sus vástagos, dispuestas a que se los recibiera con lecturas infantiles o funciones de títeres, deseosas de un rato de tranquilidad para departir amablemente con otras

madres con quienes compartían experiencias y tribulaciones, se encontraron con el silencio de una solemne biblioteca municipal que nada había organizado para la ocasión. Traté de explicar que había sido una semana muy difícil y argüí vagamente algo acerca de una gripe mal curada, pero no alcanzó. La hija mayor de uno de los dueños del almacén del pueblo, Pepe Huidobro, la Victoria, rumoreó acerca de mis últimos avatares sentimentales, dado que atendía a veces el negocio familiar donde Rosa y yo solíamos adquirir algunas vituallas. La mayoría del corrillo femenino sonrió con complicidad ante la noticia que explicaba mi inhabitual olvido, mas quiso la mala suerte que una de aquella madres fuera la sobrina del Dr. Ronconi, el intendente de Benavides, Estela Ronconi. Estaba furiosa conmigo y exigió presentar una queja formal y exigir mi renuncia a mi inmediato superior, que seguía siendo la sufrida señora Núñez, aquejada por su creciente lumbago, y prácticamente ausente de los quehaceres cotidianos. Otras madres, que venían con su segundo o tercer bebé y sabían que antes de mi gestión la Biblioteca del pueblo había sido un páramo sin vida, intentaban defenderme y apaciguar a la furiosa y quejosa progenitora, pero no pudieron evitar que la mujer continuara con su reclamo y exigencia, actitud beligerante que obligó a que, por fin, para acallarla, fueran a buscar a la Sra. Núñez. Erminda llegó a los diez minutos con cara de dolor y, fundamentalmente, con un gesto de preocupación que nunca le había conocido.

La señora Núñez le pidió a Estela Ronconi que la acompañara al cuartito donde llevábamos la administración de la biblioteca y cerró la puerta. Victoria Huidobro las acompañó. Estuvieron allí encerradas por algo más de un cuarto de hora. Cuando salieron, no pude dejar de reparar en la sonrisa de satisfacción –algo cruel, se me antojó–que se dibujaba en el rostro de Estela Ronconi. La señora Núñez pidió a todas las mujeres que se retiraban, lo que resultó un alivio, porque los niños más grandes, sin entretenimiento, correteaban por toda la sala a los gritos y amenazaban con iniciar una guerra sin cuartel entre ellos, divididos en dos bandos, utilizando las novelas de la serie Robin Hood como gruesa munición de campaña.

Cuando quedamos solos, me miró con tristeza, y me dijo:

–Christian, sabes que te quiero como a un hijo. Has embellecido esta casa cultural con una capacidad y un amor por los libros infrecuentes, y has hecho feliz a esta vieja mujer en los últimos días de su vida, con tu dedicación y esmero. ¿Cómo es posible que quieras tirar todo eso por la borda? ¿Qué es eso de andar metido en la cama de una mujer mayor y forastera, a la vista de todo el mundo, y en un pueblo pequeño como éste? Trabajas con niños, Christian; hay cosas que no puedes hacer. Y encima con tu olvido y desinterés das la excusa justa para que te impongan un castigo social. Hay mucha gente que te tiene reparos; no te olvides de que te consideran raro, tu familia nunca se ha integrado; eres brillante, una caso excepcional y nunca has ido a la escuela. Es mucho para nuestra gente…

–Gente mediocre… –interrumpí.

–Seremos mediocres –dijo la Sra. Núñez, enfatizando el "seremos", por lo que enseguida comprendí que había cometido otro error–pero es lo que somos. Es nuestro pueblo, y aquí es donde has elegido vivir.

Iba a contestar "yo no elegí", pero un milésimo de segundo antes de hacerlo, tuve la epifanía de que estaba por cometer un nuevo error, en una cadena que se agravaba. De todas formas, no pude evitar que esa enunciación no exteriorizada, esa ausencia de elección, me calara hondo en algún lugar de mi conciencia, y que allí, sin saberlo aun, anidara protegida por años de sinsabores, soledades y extrañezas, y de tales alimentos se nutriera para crecer como una convicción interna pronta a madurar. En vez de esbozar otra respuesta inoportuna, señalé:

–Es en este pueblo donde he contribuido a mejorar la cultura de sus habitantes. Podrían darme algún crédito por ello. Además, ¿qué tiene de malo que me enamore?

–Eso no es amor, es libidinaje. Con una mujer mayor, de la capital, con quien ni siquiera tienes una relación formal… Te lleva casi diez años ¿no te das cuenta?

No contesté.

–En fin, he logrado que no te sancionen, ni te inicien ningún sumario. Pero tendrás que ser muy cuidadoso de aquí en adelante. A cambio, he prometido que tomaría a otra persona, también como asistente, con quien compartirás las responsabilidades de la Biblioteca. Han sido muy expresos los requerimientos de que esta nueva persona sea quien tenga a cargo el taller para niños. Creo que puedes considerar que la has sacado barata, por esta vez. Me gustaría que reflexiones sobre lo que ha ocurrido y sobre el futuro.

Claro que reflexionaría, pensé. Pero me limité a asentir, cabizbajo, y me dirigí a casa sintiendo dolor en los nudillos de mis puños apretados por la desazón y la furia juvenil que me habitaban.

CAPÍTULO SIETE

–Pueblo de mierda –fue el ácido comentario de Rosa, cuando le comenté lo sucedido en su siguiente visita. Le había pedido que nos encontráramos directamente en la pensión.

–Mentes chiquitas y pueblo de mierda –enfatizó, mientras su cara regordeta se enrojecía bajo la luz temblorosa del cuarto alquilado.

Tenía razón, por supuesto, pero su descarnado comentario me hirió. De una manera oblicua, tangencial, indeterminada estaba refiriéndose a mi pueblo, también. Era conciente de que nunca me había integrado sustancialmente a sus gentes, empero las calles empedradas y prolijas de Benavides, sus casas bajas de fondos largos, la ribera fresca del río Saucedo, la esmeraldina y frondosa vegetación que en primavera explotaba de colores en sus jacarandaes y azaleas; todo ello me pertenecía y consolidaba la textura de quien era: Christian Schmidt, bizarro récord estudiantil y bibliotecario determinante de la vida cultural del pueblo en los últimos años.

Pero no pude responder a Rosa, ni enfrentarme a su brutal comentario lleno de verdad. Una cosa era pensar yo esa verdad, adueñarme y protegerla, y otra muy distinta era escucharla de otro, de afuera. Por eso me sumí en una amargura profunda y vergonzante que tiñó de acritud mis gestos. Fue evidente mi disgusto al responder con desgano a los besos húmedos de Rosa, que intentaba arrastrarme a la cama con esfuerzo, mientras el escaso sol que se filtraba por una ventana apenas disimulada por cortinados viejos y gastados, dibujaba un rectángulo polvoroso sobre el extremo inferior del enredón tejido a mano en un color indefinido entre verdoso y beige que cubría el colchón.

–No seas tonto –me dijo, tratando de vencer mi apatía–, ¿vas a dejar que te afecten los cotorreos de vieja?

–¿Y qué hay si me afectan? –la enfrenté–. ¿No te das cuenta que yo vivo acá? La Biblioteca es mi mundo. Si todos se ponen en contra mía, ¿dónde voy a encajar? No es tan sencillo para mí, ¿acaso no lo puedes ver? –Le quité las manos que se entretenían con mi cabello y le dí la espalda, ofuscado, acercándome a la ventana y fingiendo que algún barullo lejano de la calle, que se extendía con la soledad de la siesta a mis pies, había llamado mi atención..

–Bueno, bueno, mi principito –me arrulló Rosa, acercándose y abrazándome por detrás, mientras me besaba el cuello–. No me hagas caso, claro que lo entiendo. Si quieres dejamos de salir por el pueblo; hasta que todo se calme vengo más esporádicamente y nos encontramos sólo aquí, en esta habitación, lejos de las miradas de los demás. Será nuestro refugio, nuestra fortaleza. Aquí nadie nos inquietará, nadie estará autorizado a molestarnos.

Rosa me seguía acariciando y susurrando a mis oídos y la excitación impetuosa comenzó a crecer y a expandirse. Pronto estábamos haciendo el amor. Pero esta vez fue distinto. Esta vez otra fuerza distinta me dominaba. Esta vez yo dirigí los movimientos y la sometí con violencia. A Rosa pareció gustarle, gritaba y se contorneaba, como tratando de plegarse a la nueva danza como una compañera dúctil y creativa y no como una mera partenaire eficiente. Mas no le permití ese acceso, como si la cópula fuera un punto de conexión casual, irrelevante, y fuera posible dirigir la evolución de la excitación hacia el orgasmo en esferas completamente diferentes, espaciadas en dimensiones casi autistas. Terminé exhausto, mis músculos relajados de la tensión que los dominaba. La languidez era la misma, pero el placer había sido diferente, y no podía decir que me hubiera gustado más.

Me resultaba imposible definirlo con precisión, en aquel entonces; sin embargo de alguna forma comencé a intuir que en la vida todo era una transacción, como un acuerdo de compraventa. Cada instante de felicidad tenía como contraprestación uno de dolor. Un

tomaydaca metafísico y omnipresente. La infancia feliz se pagaba con la muerte de mi padre; un examen exitoso significaba la entrada en la vida familiar del sudoroso Ulrico Schneidel y del patético Peralta; y el descubrimiento del sexo, con el mal de amores y la inquina y desaprobación social que el pueblo de Benavides me arrojaba a la cara como una bofetada.

Los encuentros con Rosa mutaron a una versión más sórdida, pero no por eso eran menos esperados por mí. Ya no había paseos tomados de la mano, ni largas charlas, ni frases románticas. La vera del río Saucedo dejó de ser el escenario lacónico de atardeceres abrazados bajo la protección de los sauces y el murmullo cantarín de las aguas que avanzaban por suavidad y nos devolvían la imagen de nuestros rostros despreocupados y felices. Por imperio de la convención, el marco de nuestros paréntesis amorosos se transformó en pura alquimia carnal. Nos entregábamos a la danza sexual con rigor y desesperación bajo la luz tenue de la habitación de la pensión, sin dejar que entrara en ese escenario nada externo que nos distrajera. Nos probábamos respectivamente nuestros límites y nos permitíamos, sin estridencias ni escándalos, todas las exploraciones que se nos ocurrían. Rosa ya no se quedaba tres días ni hablábamos mucho por teléfono; apenas de tanto en tanto un aviso para confirmar el cronograma de nuestros encuentros. Pero sus visitas eran periódicas y cada dos semanas nos permitíamos jugar y liberarnos de ataduras en un cuarto de tres por tres; un espacio de libertad inusitada demarcado por nosotros dentro de otro, Benavides, cruzado de restricciones y censuras impuestos por una sociedad pacata.

Una tarde de verano, mientras el único sonido que rompía la monotonía de la biblioteca era el movimiento indolente de las aspas de nuestros viejos ventiladores de techo, recibí la visita de la Sra. Núñez, quien me trataba con una amabilidad desusada en nuestra relación, una amabilidad distante y algo fría que había logrado inventarse luego del episodio que impusiera sobre mí la insignia de la inquina, y de haber

constatado de que mis encuentros, ahora furtivos con Rosa, continuaban. Desde aquella amabilidad que le permitía demostrarme que me seguía queriendo pero que no estaba bien lo que hacía, me anuncio que, después de mucho buscar, la Intendencia había conseguido una voluntaria para que asistiera en la Biblioteca.

–Hace seis meses que está suspendido el taller para los niños pequeños –me explicó, mirando al aire– y el hecho de que tú no lo puedas dirigir no debe ser óbice para seguir considerándolo una buena idea. La liga de madres pidió a la Intendencia que apuraran la designación. Y ya está hecho. Imaginarás lo pesada que se puso la Estela Ronconi con su tío.

–¿Se sabe quién será? –pregunté, disimulando mi interés y los celos que me ganaban.

–Se trata de una muchacha joven, se llama Judith Schwartz; puede ser paisana tuya. Tiene apellido germano.

–¿Usted la conoció?

–No, aun no. Me mandaron la ficha. No es de aquí. Es de río arriba, de Sarastro. En dos semanas se mudan con su familia y comenzará con nosotros. El padre tiene algún contacto con el Intendente – pese a que mantenía el tono distante y hablaba mirando al techo, la Sra. Núñez no podía evitar sumergirse en su pasión por la conversación. Quería contarme algo más de mi "nueva compañera" o de su familia, pero no la dejé. Sentía que ella y todo el pueblo eran muy ingratos conmigo y la presencia de esta sustituta me haría intolerable seguir trabajando en la Biblioteca. Era como si me impusieran convivir con mi sanción.

–Erminda, si me permite, quisiera aprovechar que usted ha venido unas horas, e irme a casa. No me he sentido muy bien en estos días – tomé un libro que estaba leyendo, El Proceso, y me largué con gesto adusto. Afuera, el sol bramante de la calle me recibió con beneplácito.

Apenas unos días más tarde, mientras descansábamos luego de hacer el amor con Rosa, y le acariciaba la espalda desnuda subiendo y bajando por la redondez plena de sus nalgas, le dije:

–Llévame contigo.

¿Qué? –me preguntó mi amante, girando hacia mí y fijando su vista en mis ojos. La forma brusca de su giro, interrumpiendo las caricias, y el tono de su pregunta indicaban que su interrogante no se basaba en que no hubiera escuchado bien mi propuesta, sino que no le había gustado en lo absoluto.

–Que me lleves contigo, que me saques de acá. Que me lleves a la Capital.

–Bueno, yo… no sé… eres un chico todavía.

–La semana que viene cumplo 17 años. Y en la cama no me tratas como a un crío. Sé trabajar, puedo colaborar en la Editorial. Conozco de libros, de números. Puedo ayudarte, acompañarte en tus viajes.

–Pero qué dices…

–Sería maravilloso, ¿no te parece? Estaríamos juntos todo el tiempo, sin nadie que nos observe, sin ataduras.

–Y tu madre, ¿qué dirá?

–No le importo, nunca le importé demasiado. Ahí seguirá, con la mirada perdida, y las visitas esporádicas de Ulrico Schneidel; tal vez le esté haciendo un favor, incluso, saliendo de su vida. No creo que tenga ningún inconveniente.

–No puedes estar hablando en serio.

–Nunca he sido más serio, Rosa. Este pueblo no me quiere. La única persona que me considera eres tú, nos amamos, así que ¿por qué no?

–¿Qué sabes tú del amor? Ni siquiera eres mayor de edad. El amor no es sólo sexo en una habitación de una pensión. Es otra cosa, proyectos compartidos, valores comunes, hijos.

–Bueno, pero todo eso podemos ir planificándolo juntos. Tenemos todo el tiempo del mundo y si nos queremos, podremos vencer todas las dificultades…

–Todo el tiempo… ¡qué cosa! ¿no? Hablar así, del infinito. A veces uno no dispone de todo el tiempo, hay decisiones, plazos–. Rosa ya no me miraba, sino que su vista estaba clavada en un viejo

florero vacío de cristal azul que descansaba sobre la cómoda de madera. Ahora parecía no hablarme a mí, como si estuviera recitando las líneas de un libreto impuesto, y que estaba grabado en algún rincón de su conciencia.

–No te entiendo, Rosa, ¿qué te sucede? ¿De qué me hablas?; Rosa ¡mírame, por favor! –Recién entonces, su mirada algo bizca se volvió a posar en mí– No comprendo, qué tiene que ver el infinito con nosotros…

–Es que sales de la nada y me sugieres compromisos, cuando justamente aquí hemos construído un espacio de libertad. Te refieres a planes y vencer dificultades, cuando nos hemos empeñado en edificar un templo para la consagración del placer más puro. Hablas de amor como si fuéramos personajes de una novela. Pero la vida afuera es otra cosa…

–Sigo sin entenderte. Yo solamente quiero estar contigo.

Rosa suspiró. Se levantó lentamente de la cama, cubriéndose con la sábana, como si de pronto le importara su desnudez. Se miró al espejo, y se arregló el cabello con la mano que tenía libre.

–Discúlpame, Chistian. No es nada. Te prometo que me lo voy a pensar muy seriamente. Y ni bien se me ocurra algo, te llamo, ¿te parece?

Le dije que sí, y ella volvió hasta el lecho, donde recibí su abrazo fuerte, dulce y cariñoso, y la sábana que la cubría se deslizó hasta el suelo, y ella entonces me amó con una ternura que hasta entonces no le había conocido, como si me quisiera decir algo que no podía enunciar con palabras.

CAPÍTULO OCHO

Fue uno de los peores cumpleaños de mi vida. Cuando me desperté Greta no estaba en casa, seguramente se había quedado a dormir en lo de Peralta, como sucedía con cierta regularidad en los últimos tiempos; y Ulrico estaba desayunando en la mesa del living.

El ex socio de mi padre no pernoctaba en nuestro pequeño departamento –una señal de delicadeza que yo no podía apreciar–; pero sus visitas se habían tornado cotidianas y se sucedían en distintos horarios. No lo saludé, y él tampoco se molestó en darme los buenos días. Debía concederle al menos esa virtud, que no pretendía ser hipócrita. Me senté a la mesa y mi madre se me acercó, me dio un rápido beso en la mejilla, me deseó felicidades y me sirvió un gran tazón de café con leche. Me preguntó si tenía algún plan especial para ese día y le contesté que no. Eso fue todo nuestro intercambio. Ulrico comenzó a leer el diario y yo unté manteca sobre una galleta sin sal. En la suave tensión de nuestro silencio, el repiqueteo del teléfono sonó como la sirena de un transatlántico arribando a puerto.

–Es para ti –Me anunció mi madre.

Corrí a atender a su habitación y cerré la puerta; esperaba una llamada personal. La voz de Rosa confirmó mi sospecha y mi anhelo.

–Feliz cumpleaños, Christian.

–Gracias, Rosa. No sabes cómo esperaba tu llamado. Es el mejor regalo.

–Bueno, no es para tanto.

–¿Vendrás pronto? ¿Has pensado en lo que te propuse la semana pasada? ¿podré irme contigo?

–Christian, no puedo contestarte a todas tus preguntas a la vez.

–Pero, Rosa, entiéndeme, necesito tu respuesta.

–Es tu cumpleaños, no quería hablar de esto, ¿no puedes esperar?

–No, no puedo.

–Es que han surgido otras cosas …

–¿Qué cosas?

–En fin, si es así como quieres, te lo diré: mi padre me ha dicho que se ha recuperado de su infarto y que quiere volver a su actividad, a recorrer los caminos, como él dice, así que desde la próxima gira será él quien estará yendo a visitarte.

–Pero tú, ¿cuándo vas a venir a verme? ¿cuándo nos reuniremos?

–¿Es que no entiendes castellano? No voy a volver a Benavides.

Sentí como si me hubieran golpeado el pecho con un bate de béisbol; el pecho se me comprimió, el corazón se detuvo, mis pulmones se quedaron sin oxígeno. Tardé unos segundos en reaccionar.

–No puede ser, me estás mintiendo.

–¿Ahora me vas a llamar mentirosa?

–No, Rosa, discúlpame, pero es que no entiendo. Puedo comprender que tu padre quiera volver a trabajar, pero en Benavides no hay solo trabajo, estoy yo. Si no vienes nunca más, ¿cuándo volveremos a vernos? ¿o es que quieres que viaje para la Capital ahora mismo?

Un gran suspiro y una pausa viajaron por cientos de kilómetros de magnetos y cables para traerme demorada la voz de Rosa, algo más grave, que asumía un tono didáctico, como el que yo usaba para explicarles a los chicos de la biblioteca algún pasaje complejo de las narraciones que les leía.

–Mira Christian, no quería decírtelo, y menos por teléfono. ¿Cómo me iba a imaginar que una mujer como yo iba lograr que un muchacho como tú se enamorara de ella? Siempre fui gorda y retacona. La última en ser distinguida por mis amigos. La víctima de las burlas, la rechazada. Y tú, alto y musculoso, brillante y culto. La distancia me dio el ánimo para ser impulsiva contigo, quise tener una aventura, imaginarme que era otra. Si me rechazabas no pasaba nada. No tendría testigos de un nuevo papelón. Y sin testigos ni evidencias, ni el pecado ni el delito existen, ¿verdad?

–¿De qué estás hablando, Rosa? No alcanzo a comprenderte.

–Pero no, tenía que suceder lo impensado; el muchachito de 17 años, el semidiós de mis sueños de adolescente no sólo iba a aceptarme sino que además iba a enamorarse de mí. Y no lo puedo aceptar.

–¿Con quién hablas?

–Contigo, conmigo, con el mundo. ¿Qué importa? Tengo novio, Christian. Hace un año que mis padres me presentaron al hijo del dueño de la papelera que provee a nuestra editorial. Es un muchacho un poco lento de entendederas, pero buena gente. Y nos comprometimos. Con fiesta y todo. Vino mucha gente. La semana pasada. Y como soy rellenita, nadie lo ha notado aun.

–¿A qué te has comprometido? ¿Qué es lo que nadie ha notado Rosa?

–Pues … –y la voz de Rosa se quebró un poco, como si se lentificara un tanto, intentando recuperar densidad en sus propios ecos– pues hablo de mi vientre, claro. Tú tampoco te has dado cuenta, ¿verdad? está más grande, un poco más duro; de atrás no se nota, pero está creciendo. Y está bien que así sea; por eso estoy muy emocionada y contenta –y Rosa lloraba, ahora, abiertamente y entendí que el tono de su voz era de llana amargura–. Espero que lo sepas comprender, tal vez eres un poco joven para eso, pero estoy segura que con el tiempo lo entenderás.

–¿Qué me quieres decir Rosa?

–Pues que estoy muy feliz, que a lo que me he comprometido es a casarme, de blanco y por iglesia y todo eso, y que estoy embarazada y que pronto tendré una niña. Porque creo que será una niña. Es por eso que ya no podré viajar más, Christian, y es por todo eso que no podrás venir aquí, con nosotros. Es así, resultará muy, muy difícil que podamos vernos en el futuro. Pero mi querido, no te preocupes. Estoy segura que me olvidarás, y que con los años seré sólo una anécdota en tu vida. Ojalá me recuerdes bien. Adiós. Y Feliz Cumpleaños.

Quise preguntarle más cosas, transmitirle la angustiosa trenza de emociones y desasosiegos que me crecía en la nueva soledad a la que me asomaba con su adiós. Pero Rosa había colgado y sólo el sonido apagado del tono sonaba en el auricular. Creo que ni llegó a escu-

char cuando la despedí con un melodramático "te amo y nunca te olvidaré".

Salí de mi casa pronto y en silencio. Quise llorar y no pude. Dí un largo paseo por la ribera del río. Me senté a tirar piedras al agua y observar en silencio los círculos concéntricos que se alejaban del punto exacto donde los irregulares proyectiles impactaban sobre la superficie. Las ramas de los sauces me protegían del sol cada vez más agresivo en su ascenso hacia el mediodía. Rosa nunca me había amado, yo era sólo una aventura, un objeto desechable. El hijo que latía en su vientre era de su nuevo novio y por eso lo elegía a él. "El". ¿Quién sería? Un tonto, había dicho. ¿Cómo podía preferir a un tonto? Porque era mayor, porque tenía dinero, porque lo aceptaban sus padres. Ardía de furia y de impotencia. Me levanté sujeto a un súbito impulso y me dirigí al colegio del Pueblo. Los vagos mayores sabían esperar en la puerta a que salieran las chicas de séptimo grado. Estaban recostados sobre sus camionetas y sus motos haciendo nada. Tal como lo preví, me llenaron de insultos. "¡Nazi de mierda! "¡Lameculos sabelotodo!" Uno de ellos me escupió. Eran cuatro o cinco. Me abalancé sobre el grupo con fiereza temeraria. No buscaba ganar la pelea. Solamente quería luchar, necesitaba derramar la lava encendida que navegaba por mis venas. Mis brazos se multiplicaban en un remolino sin pausa. Mis piernas pateaban con ahínco y mis dientes mordían en la búsqueda del sabor de la sangre. Daba codazos y cabeceaba, sin dar ni esperar cuartel. Recibía duras respuestas, claro que sí, pero esos golpes me nutrían más de lo que me vencían. A cada puñetazo respondía con dos y los gritos de dolor de mis adversarios aceleraban los latidos de mi corazón, y sentía que la adrenalina me hacía indestructible. No sé cuánto tiempo duró la batalla; supongo que la sorpresa actuó de mi lado porque quedé en pié, sujetado por seis brazos fuertes de la policía local. Mis rivales yacían todos lagrimeantes y balbuceantes en el piso. Sus cuerpos estaban marcados por la violencia que les había impuesto.

–A ver si ahora quieren seguir insultándome, ¡cagones! –les gritaba una voz que no era la mía, que me sonaba a miles de kilómetros de distancia, pero nacía de mi estómago. Uno de los muchachotes se levantó como pudo, su nariz destrozada, y en su mirada encontré no sólo desconcierto, sino miedo. Me tenía miedo. Y si no me hubieran estado sujetando con pericia policial, me hubiera vuelto a abalanzar sobre él.

Terminé en el calabozo de la comisaría local. Me lanzaron adentro, cerraron la puerta y me tiraron agua helada con una manguera a presión. Me ahogaba, me dolía cada articulación del cuerpo, pero seguía resistiendo, con los ojos cerrados, oponiéndome a la fuerza de ese fluído que me mantenía aprisionado contra la pared. Era un combate inútil y pronto caí al piso, extenuado.

Al cabo de unas horas pude serenarme, cuando ciertas ideas lograron abrirse paso entre mi atribulado espíritu. Tal vez Rosa sí me quería, tal vez me estaba protegiendo de una vida que no conocía. Tal vez Rosa estaba alcanzando algún sacrificio por mí. Tal vez esa niña que esperaba fuera mía. Eran muchos "tal vez", ninguna certeza, pero la mera existencia de los pliegues y los dobleces de otras posibilidades, más ambiguas, sutiles y complejas, fueron suficientes para menguar el odio que se había apoderado de mí, odio que fue cediendo paso a otras emociones como la melancolía, la tristeza y una enorme frustración. Pero de alguna manera supe que podía convivir mejor con el dolor de la decepción que con la furia que me producía el despecho y el desamor. No podía tolerar más desamor en mi vida.

El hermano menor del comisario Vargas, a cargo de la Comisaría No.1 de Benavides, llamado Eusebio, era ciego y un habitué inclaudicable de los talleres de la Biblioteca. Muchas veces era el propio comisario Vargas quien acompañaba a su hermano Eusebio y lo esperaba en nuestra sala de lectura. Al salir me saludaba con una media venia, rozando su gorra de oficial con su gran manaza curtida y me agradecía: "Bien hecho, muchacho, buena tarea".-

Cuando el comisario Vargas verificó que me había calmado, me hizo salir del calabozo, me prestó unos pantalones de fajina y una

camisa de poliéster mal lavada para que me cambiara, me enseñó el baño y el vestuario de suboficiales y me dijo:

–Cuando termina de asearse, se me va para su casa. No habrá cargos. Podría dejarlo tras las rejas varios días, pero no voy a hacerlo. Usted se ha ganado sus créditos, Christian, pero hoy se lo has gastado. Espero que lo haya entendido. No quiero verlo más por acá. Hay otros lugares donde es más útil.

–Por supuesto –asentí con un vago gesto afirmativo. Me cambié y volví a casa, para concluir la jornada de mi cumpleaños viendo una vieja película por televisión, en un pequeño aparato que Ulrico había obsequiado a mi mamá.

CAPÍTULO NUEVE

Odié a Judith sin siquiera conocerla. La mera confirmación de la Sra. Núñez de que mi reemplazante en la coordinación de los talleres de la Biblioteca estaba designada, y que comenzaría a trabajar a la brevedad, promovió mi rechazo más visceral contra la nueva asistenta. Rumiaba mi malestar en silencio y dirigía furtivas miradas oblicuas a la puerta de la sala cuando cualquier mujer joven entraba y me imaginaba que podía ser la artera sustituta.

Cuando por fin llegó el día del comienzo de sus actividades, la esperaba pertrechado con un aluvión de cínicas observaciones e indeseables comentarios, preparados para ser lanzados como venenosos dardos contra su persona ante la menor posibilidad de ataque. Había preparado frases que juzgaba magistrales para defenestrar su forma de hablar, de caminar, de dirigirse a los niños, de organizar la actividad, su escaso conocimiento sobre literatura infantil, sus dificultades en la lectura, su deficiente cultura general. Imaginaba que su dicción era deficiente y que seseaba al hablar; que era grosera y tenía mal aliento y que confundía a los niños con su ignorancia y que su vestir era cruelmente indecoroso e inapropiado para su función. Rogaba que como mujer tuviera un carácter sibilino e intrigante, o una personalidad histérica e intratable, o una vanidad mayúscula y competitiva y en cualquiera de tales versiones le resultara imposible a Graciela Ronconi tolerarla y finalmente me pidiera de rodillas que la perdonara, porque tanto los niños como sus madres sólo querían seguir escuchándome a mí. Disfrutaba al anticipar mi gesto magnánimo, condescendiente, al aceptar con una leve inclinación de cabeza el reiterado pedido de disculpas y aceptar regresar a mis tareas completas en la Biblioteca, último reducto donde podía sentirme a mis anchas.

Dos horas antes del inicio del taller, una joven rubia, esbelta, de

ojos verdes, tez rosada y firmes labios color bermellón, abrió la puerta de la sala y se dirigió con andar resuelto y grácil hacia mí.

–Soy Judith –me dijo con voz melodiosa– la nueva asistente. Tal vez no me recuerdes, he venido un par de veces a la biblioteca acompañando como baby sitter a los niños de los Alcántara. Me quería poner a tu disposición para lo que necesites.

Quedé completamente desarmado. Inerme. El cinismo y los infundios habían pasado a la historia sin siquiera presentar batalla. Miré a la Sra. Núñez como buscando auxilio, pero me sostuvo la mirada con sorna durante un par de minutos, y luego se dedicó a otra cosa.

–Hola –contesté con cierto balbuceo inevitable–. Soy Christian –atiné a agregar, y sin apartar los ojos de la Sra. Núñez, informé–: ¡Llegó la nueva coordinadora del Taller!

–Me doy cuenta –Dijo la Sra. Núñez–. Bienvenida, querida. Christian te va a explicar tus nuevas funciones. Yo los dejo.

Y se fue, y nos dejó sólos a Judith, a mí, y a mi creciente incomodidad.

–¿Tienes preparada la lectura de la tarde? –logré preguntarle luego de varios lentos minutos.

–No, ¿es que tenía que preparar algo? Sólo me dijeron que sería tu asistenta, así que la verdad es que no preparé nada –me contestó con un aire compungido–. No me dijeron –reiteró–. Sólo sé que debo ayudarte en ciertas tareas. Espero hacerlo bien y estar a tu altura. Creo que la tarea que has desarrollado en esta Biblioteca es extraordinaria y te admiro por ello. Siempre quise decírtelo, pero no me animaba. La gente en el pueblo está muy orgullosa de la actividad de su Biblioteca, y eso se debe a ti.

Me ardía el rostro. Imagino que mis mejillas parecían próximas a estallar. De pronto, sentía vergüenza. Sabía que Judith debía dar la lectura. Las mujeres de Benavides no tolerarían que fuera yo el encargado de llevar adelante la jornada, y menos después del incidente que había dado conmigo en la comisaría. Todo el pueblo había hablado de ello durante semanas. No sé si Judith era conciente de su rol, pero

sí era evidente que la Sra. Núñez había preparado muy bien su estrategia. Como pude recuperé mi postura y con la mayor naturalidad de la que fui capaz me convertí en guía o instructor de una obediente discípula.

En el juego vincular, con su disposición y actitud, la propia alumna le fue enseñando al maestro a transformarse en tal. Yo carecía de noción alguna en el arte de impartir conocimientos. Sin embargo, la relación con Judith lo fue haciendo fácil. Ella me guiaba a mí con sus dudas y preguntas y poco a poco me fui soltando y entusiasmando.

Primero, dediqué las horas que restaban a facilitarle textos simples para leer a los niños. Le expliqué que debía impostar de diferentes formas la voz para ayudarlos a distinguir a los distintos personajes que aparecían en los diálogos y a realizar pausas sugerentes, con miradas sostenidas de intención cuando debía generar el clima previo a una escena significativa del relato. Le dí un par de pautas para manejar situaciones de disturbio, de niños molestos, o llantos, y le prometí ayudarla si alguna situación se salía de control.

Cuando llegó la hora y decenas de niños llegaron a la reapertura del taller luego de tanto tiempo de suspensión forzosa, me pertreché detrás del mostrador en una posición distante a los ojos de las madres, que me dedicaban aun una mirada llena de reparos y reprobación. Pero lo distante de mi posición podía considerarse una mera convención geográfica. En realidad estaba expectante, cerca de cada uno de los detalles de la performance de Judith. Me sentía nervioso, responsable por su actuación, como si su éxito o fracaso fueran directa consecuencia de mi pericia o impericia. Mis labios se movían acompañando su dicción en una mímica que debí interrumpir cuando alguna madre advirtió mi concentración. No quería que pensaran que me estaba volviendo más loco de lo que barruntaban.

Incluso hacía fuerza con mis brazos cuando los personajes personificados por la dulce voz de Judith debían levantar una viga en la fantasía del relato que iba cobrando vida en aquella sala atiborrada de pequeños, que parecían hipnotizados por el hechizo que les imponía la bella juglaresa.

Al concluir la jornada, Judith fue saludada con un entusiasta aplauso, del que tuve el pudor de excluirme, porque el mío hubiera sido el clamor más estruendoso.

Las madres ni se volvieron a mirarme para dedicarme su neoclásico gesto de repugnancia al salir de la biblioteca, como si la sola presencia de Judith hubiera abierto una nueva etapa, donde mi función rectora fuera aceptable.

Con el correr de los días mi ánimo cambió por completo. Judith concurría dos veces por semana a la Biblioteca, para coordinar el Taller para niños y para ayudar en la tareas generales y preparar su lectura con tiempo.

Su presencia se me tornó imprescindible. El sonido de su voz, el perfume que la perseguía y que luego impregnaba las estancias haciendo notoria su ausencia, y la luz que irradiaban sus ojos me eran necesarios. Hasta la forma desagradable en que estornudaba, o cómo comía con la boca abierta y cómo transpiraba con profusión cuando se ponía tensa eran características que se hacían adorables cuando acompañaban el conjunto de lo que era Judith.

Así pasó un año completo.

Muy pocas cosas pasaron en ese tiempo dignas de mención: La Señora Núñez finalmente se jubiló, Ronconi fue reelegido como intendente del pueblo, y como yo había cumplido mis dieciocho años, fui designado formalmente bibliotecario municipal. Pedí que Judith, con quien compartía cada vez más tareas en la biblioteca, fuera designada asistente de primera.

Juntos –para esa época bastaba un gesto para entendernos– nos esmeramos y preparamos una gran fiesta de despedida para la Señora Núñez, con torta de chocolate, sándwiches y patatas fritas y casi todo el pueblo vino a saludarla.

Al terminar el festejo, mientras Judith ordenaba el caos que habíamos dejado en la sala de la biblioteca, la Sra. Núñez se me acercó y me dijo:

–Gracias, Christian, por tanta compañía y tantas dichas. Has sido

un gran compañero y ésta ha sido una hermosa fiesta. ¿Sabes? Es la primera fiesta de mi vida. Le dí un gran abrazo y ella me sonrió, emocionada.

La primavera llegó con perfume de azaleas.

Una tarde Judith trajo una guitarra a la Biblioteca y luego de la lectura les cantó a los niños una hermosa canción en un idioma que desconocía. No entendía la letra, pero en el suave rasgueo de la guitarra y en la ternura que le impuso Judith a las estrofas que cantaba, me perdí, igual que todos los niños que nos acompañaban. Cuando concluyó la melodía, quedé suspendido en la atmósfera que Judith había creado, como un limbo suave y edulcorado. Judith me miró y percibí una inmensa y cálida sensación de bienestar. En ese momento preciso, todavía acunado por la dulzura de las estrofas que entonaba, me dí cuenta de que la amaba. Nunca había comprendido la verdadera profundidad de ese sentimiento. No se trataba de una pasión irrefrenable. Simplemente necesitaba proyectar mi vida con ella y sentía que en ella me completaba y adquiría sentido. Su presencia se convertía en la sustancia de un elemento esencial como el agua o el oxígeno.

Cuando los niños se fueron, por primera vez le pregunté si podía acompañarla a su casa. Me aceptó con un fugaz recelo.

Caminábamos al mismo paso, compartiendo el sabor de la sincronía cansina del paseo.

–Esa canción que cantaste, ¿en qué idioma es?

–Es hebreo. Es una vieja canción que me gusta mucho que me enseñó mi madre, que me cantaba cuando era chica.

–Es muy hermosa, la disfruté mucho, de verdad –dije, recordando las canciones duras que me cantaba Greta– ¿y conoces de qué trata su letra?

–Sí, claro. Es la voz de un ave que alienta con amor a su pichón a volar, con la tristeza de saber que tal vez no vuelva a verlo. Y desde ese amor y ese dolor inextricablemente unidos, o a pesar de ellos, la

madre alienta a su hijo y lo entusiasma con el desafío, no sin dejar de advertirle de los peligros que le esperan más allá. "Elévate y corta el cielo" le dice la madre y me gusta esa significación que juega con la excitación de volar y la ambivalencia del término "cortar" el cielo.

–¿Por qué lo dices?

–No sé, imagínate cortando el cielo, es como encumbrarte en la excitación de la altura y la velocidad; por un lado la metáfora alude a ello: pero por otro lado, la palabra "cortar" me suena a herida, a dolor, como sí ambas sensaciones se fundieran en un breve trazado.

–Y ¿qué más dice la canción?

–Luego de alentar a sus hijos a despegar, el ave se vuelva a su pareja y le pide que la abrace, que la proteja en el nido, y le promete que juntos envejecerán felices. A mi me gustaría que me hicieran una promesa así. Suena tan auténtica, ¿no es cierto?

Era fácil conversar con Judith. Me contó acerca de su familia, de cómo habían sus padres escapado de los campos de concentración en Polonia. De sus hermanos mayores, Arón y David que trabajan junto a su padre en el taller donde armaban muebles. También supe que estaba estudiando por su cuenta para dar las equivalencias del colegio secundario el próximo semestre en San Nicolino, pero que le era difícil pensar en poder seguir porque debía cuidar a su madre que estaba muy enferma.

Cuando llegamos hasta la esquina de su casa, un impulso me arrebató y le dí un breve beso en los labios. Judith se dejó. El brillo en sus ojos me dijo que no iba a ser el último. Me despidió alzando la mano y corrió hasta su casa y desapareció tras la puerta.

Nuestra relación fue creciendo con calma y profundidad. La convivencia en la biblioteca nos daba el marco adecuado, nos veíamos antes y después de su jornada. La ribera del río Saucedo fue el escenario perfecto para centenares de picnics que Judith preparaba con esmero. Me sentía tan cómodo en su presencia. Como tenía apenas

quince años me cuidaba mucho de avanzar en lo sexual. No era necesario que Judith me dijera nada. Sabía que si la apresuraba, la perdería. Debía respetar sus tiempos y ello formaba parte del amor que le profesaba, aunque ardía de deseo. Sólo abrazar su talle diminuto me electrificaba, lo mismo que cualquier contacto, aun casual, con su piel.

Conversábamos por horas, y el tiempo resultaba siempre escaso.

Los meses se sucedieron y comenzamos a tejer proyectos. Me encantaba jugar a ser el arquitecto que dibujaba los planos de nuestro futuro común. Judith me alentaba.

Tendríamos una pequeña casa en las afueras del pueblo. Yo la ayudaría a recibirse de maestra, mientras continuaba como bibliotecario de Benavides. En algún momento podríamos tener una pequeña editorial propia para permitir a los escritores de la zona acceder a la letra de molde y editar una revista con las noticias de Benavides. Ese era nuestro sueño. Judith también habló de niños y gocé de la imagen de verla acunando en sus brazos a una criatura que sería nuestra. La besé largamente.

Sin embargo, el terreno familiar era resbaladizo. Para mi era claro por qué no quería llevarla a mi hogar. Mi madre la miraría con apatía, desdén o indiferencia, y eso siendo optimista en el arco de opciones, y a mí no me generaba ningún interés presentarle a Ulrico. Greta era apenas algo más que una imagen devuelta por el espejo del corredor de nuestra sala. Imaginaba que en el departamento de Peralta había dejado un número mayor de cosas que su cepillo de dientes. No me quedaba claro, en cambio, por qué no quería Judith presentarme a su familia, tan adorada y querida por ella. Alegaba que todavía era pronto, que estábamos todos tan ocupados, excusas fáciles ante mi escasa insistencia. Por otro lado, yo tampoco estaba demasiado apurado en la formalidad, al menos no en ese momento.

Un día se nos hizo verdaderamente tarde y llegamos a su casa casi al anochecer. Su padre, al que enseguida reconocí por las descripciones de Judith, un hombre de estatura mediana y barriga prominente, enrulado cabello gris y mirada severa, esperaba en la puerta. Al verlo, Judith soltó mi mano.

–¿Estas son horas de llegar?

–Perdóneme, papá. No me dí cuenta –contestó Judith y percibí temor en su respuesta.

–¿Usted no sabe que su madre está enferma y la necesita?

–¿Pasó algo? ¿mamá está bien? –Judith ahora estaba alarmada.

–Está bien, pero podría haberle pasado cualquier cosa, y no hubiera habido nadie para ayudarla. Vaya para adentro y que no vuelva a ocurrir.

Judith ni me saludó y entró en su casa impulsada por un rayo.

El padre, entonces, me interpeló:

–Usted es Schmidt, ¿verdad?

–Así es señor –intenté mantenerme firme y respetuoso, para dar una buena impresión.

–Escúcheme bien lo que le voy a decir. Su gente mató a la mitad de mi familia allá en Europa… ¿me entiende lo que le digo?

–Mi gente… ¿de qué gente me habla Señor?

–Su gente, los nazis, no se haga el inocente, Schmidt. Así que no voy a tolerar que siga dando vueltas alrededor de mi hija. ¿le queda claro? Espero por su bien que lo haya comprendido. No quiero que vea a mi hija nunca más.

Dicho esto, y sin darme mayores explicaciones, se dio vuelta y me dejó en la calle, rumiando mi estupefacción.

Judith vino el Jueves a la Biblioteca muy desmejorada. Tenía un hematoma en la cara, debajo del pómulo izquierdo, como si hubiera recibido una bofetada. Los ojos estaban hinchados y colorados probablemente de tanto llorar. Advertí que su hermano David la esperaba afuera y observaba la escena con atención, tras la escalera.

–Christian, en mi casa me requieren, mi mamá está muy enferma, no voy a poder seguir viniendo. Aquí te dejo mi carta de renuncia.

–Pero querida….

–Es indeclinable, por favor acéptala. –La voz de Judith no sólo era firme, era un ruego.

–Judith, qué sucede, no podemos hablar…. –intenté interceder, tomarla de la mano. Judith se me alejó, esquivándome.

–Por favor, Christian, no te acerques. No es sólo por mí. Es por tí también.

–No puedo dejarte ir, necesitamos hablar… –dije y la perseguí porque Judith abandonaba el edificio casi corriendo.

David, el hermano que había divisado tras la ventana lo sucedido, se interpuso entre Judith y yo; quise apartarlo, forcejeé con él y en ese momento sentí que una masa dura, consistente, se estrellaba contra mi nuca. Vi todo negro y mis rodillas se aflojaron. Antes de perder el conocimiento, mientras una lluvia de puntapiés buscaba el destino de mi cuerpo, escuché por última vez a Judith gritar:

–¡Nooo! Arón, déjalo, por favor, déjalo. Le prometí a papá que no lo volvería a ver, ¿no es suficiente? Por favor, déjalo, déjalo….

Desperté en mi cama. Me dolía todo el cuerpo, pero la nuca me latía con rigor lacerante.

Mi madre me miraba desde una silla, lejos de la cama.

–Ya era hora que despertaras –me dijo–. Debes dejar de pelearte con todo el mundo. Un día no contarás el cuento.

Cualquiera hubiera esperado un poco más de ternura de su madre. Algo de calor, un abrazo, una caricia. Yo no esperaba nada. O sí, tal vez algo de sinceridad. Entonces, por primera vez, me animé a preguntarle a ella, la pregunta que desde hacía años debí haberle formulado:

–Mamá, ¿nosotros somos nazis? ¿Nuestra familia fue nazi?

Mi madre me miró con sorpresa al principio, luego con algo indescifrable, como si la pregunta le hubiera causado gracia, como si fuera producto de un humor algo diabólico.

–Nazis ¿nosotros? ¿Nosotros nazis? ¿Nosotros…?

Y comenzó a reír y me dejó sólo, inmensamente sólo, en la inmensidad de mi cuarto.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando a la mañana siguiente concurrí a la biblioteca, estaba resuelto a ir a lo de los Schwartz a pelear por Judith. No sabía lo que el padre de Judith podía o no saber de mi familia o de mis antepasados; pero yo no era nazi, nunca lo había sido, jamás había sido educado en tal concepción del mundo. En mi casa no se hablaba de la guerra, ni del pasado ni de Europa. Así que deberían entrar en razones. Judith y yo nos amábamos y teníamos un futuro juntos. Se trataba de un futuro que había sido concebido y diseñado hasta en sus pequeños detalles.

Cuando entré en la Sala de la Biblioteca, me encontré con el sobre que me había dejado Judith. "Es mi renuncia indeclinable", me había dicho. Abrí el sobre pero adentro no había tal resignación. En una hoja de color lila, aun húmeda de lágrimas, Judith me había escrito, en su prolija letra cursiva:

"Amor mío: por favor, no intentes ninguna locura. Espérame, iré a tu encuentro. El sábado o el domingo, que no hay talleres, intentaré escaparme y llegar a la biblioteca. Trata de tener las persianas bajas luego de las cinco de la tarde, como si ya hubieras cerrado. Te quiero. Judith".

El domingo a las cinco y media de la tarde, cuando la ansiedad carcomía todo resto de tolerancia y paciencia de mi atribulado espíritu, dos golpes suaves a la puerta me confirmaron el valor de las promesas de Judith. Cuando entró, la observé, tensa y resuelta. Estaba hermosa.

Nos besamos apasionadamente.

–Vámonos –le dije–. Vámonos juntos de este pueblo. Vámonos ahora mismo. Escapémonos si es necesario.

Judith me miró con ternura. Entendí que su mirada contenía interrogantes sin respuesta; o tal vez certezas que yo no quería aceptar.

–No se adónde –seguí fabulando–. No sé qué haremos ni de qué viviremos. No he tocado nunca mi sueldo, que se acumula en el banco, así que tendremos para comer unos meses, después veremos... Hemos diseñado un futuro, si no se da ese, podemos planear otro, será divertido.

–Amor mío, quiero que sepas que no me importa de qué viviríamos, ni bajo qué techo habitaríamos. A tu lado me sentiría siempre segura y protegida. Pero no me puedo ir, debes saberlo.

–¿Por qué no? –pregunté a su rostro ensombrecido por tal determinación.

–No puedo abandonar a mi familia, no puedo dejar a mi madre. Está muy enferma, su salud declina a diario, y me necesita. Mi padre y mis hermanos trabajan todo el día, apenas si podemos costear su tratamiento médico. Jamás podría ser feliz, ni hacerte feliz arrastrando la culpa de haberla abandonado. Eso es imposible.

–Pero tenemos que poder vernos, no resistiré la vida sin ti.

–Sí, pero mi padre…

–¡Al diablo tu padre! Jamás he sido nazi, se lo probaré si debo hacerlo.

–No lo conoces. Él tiene esa certeza, se le ha metido en la cabeza y no hay forma de razonar con él.

–¡Pero no puedo jugar nuestro futuro a las suposiciones sin fundamento de tu padre! Debes coincidir conmigo en que es una locura.

–No lo sé, pero si nos vuelve a ver juntos, te golpeará o te matará, o me echará de mi casa, me desconocerá como hija; "estarás muerta para mí", me lo ha dicho.

Y Judith comenzó a llorar. Entendí que la sola perspectiva de hacerla abandonar a su familia era demasiado abrumadora para ella. Yo no tenía ataduras ni vínculos que sostener. A ella le sucedía exactamente lo contrario. Si la obligaba a seguirme, tal vez me obedeciera, pero ya no sería Judith, sería otra persona, y la culpa y la recrimi-

nación nos perseguirían por siempre y terminarían por destruirnos. La abracé hasta aquietar su llanto.

–Pero yo no puedo retenerte, Christian. Si tienes que irte, hazlo. Siempre tendrás mi amor. Tal vez, con el tiempo, las cosas cambien, y pueda liberarme. Si así fuera, tuyo es mi corazón, y estaré aquí esperándote.

Mi cabeza era un remolino. ¿Qué hacer? Sólo imaginar la opción de quedarme en Benavides, sin Judith, me producía asfixia. Ella lo puso en palabras.

–Te conozco, Christian. Aquí vegetarás, te irás desdibujando, desvaneciendo. Crecerás en la impotencia y en la angustia. Debes irte, debes partir. Por eso lo pensé bien. Quiero ser tuya esta noche. Enteramente tuya. Quiero que nos amemos, para recordar esta noche para siempre. No sé si te volveré a ver, y solo a ti te pertenezco. Debe ser así, esta noche. Te juraré amor eterno y te entregaré a ti mi cuerpo y espíritu, como en esas novelas que leemos juntos. Y aquí, en este marco –dijo, y su mano señaló los anaqueles atiborrados de los volúmenes de obras que nos custodiaban, como guardianes de un amor eterno, que había nacido con Adán y Eva y continuaba alimentándose de leyendas y narraciones, y que hoy replicaba en nosotros–sellaremos el aquí y ahora, que en mi vivirá por siempre, aunque mañana ya no estés y nunca vuelvas.

–Mi amor…

–Shhh…. –con sus labios, Judith selló mi boca–no más palabras, no más juramentos, está todo dicho.

Cuando desperté, desnudo, por la mañana, Judith ya se había ido. El frío de las primeras horas del avanzado invierno se colaba por las hendijas de la puerta de la Biblioteca. Todo era silencio. Me vestí con lentitud. Ordené algunos libros que esperaban ser devueltos a su lugar y registré algunas entradas atrasadas.

Sabía que debía organizar mi partida. Era un hecho; en cuestión de horas o días abandonaría Benavides. Miré con cariño los muros y

los estantes de la Biblioteca. Pasé mis manos por los lomos de los libros que me habían acompañado tanto tiempo. Era como si también la acariciara a Judith. Y en esa caricia comencé a despedirme.

CAPÍTULO ONCE

Una vez que la decisión principal estuvo tomada, las restantes pequeñas definiciones que debía asumir resultaron sencillas, como si una ecuación física las ordenara, seleccionándolas naturalmente detrás de la decisión fundamental. Debía irme, ergo, necesitaba dinero. Concurrí al banco, consulté el estado de la cuenta y retiré el efectivo, que, para mi sorpresa, era bastante más de lo que me imaginaba. Claro, tantos años de salarios acumulados en una caja de ahorro, a una razonable tasa de interés, sumaban una bonita cifra. No me moriría de hambre por un tiempo.

El siguiente tema a considerar era comunicar la decisión de la partida a mi madre. Estaba firme en mi determinación, así que me armé de coraje y la encaré a la mañana siguiente.

–Madre, lo tengo decidido. Me voy.

–¿A dónde?

–A la Capital.

–¿Cuándo?

–Pronto, esta semana, si puedo.

–¿Por cuánto tiempo?

–Indefinido. Hasta que me sienta bien, o necesite volver. Tal vez nunca.

–Hazme saber dónde estarás, ni bien lo sepas, por si hay alguna emergencia. Y precísame el día de tu partida, así te doy un beso de despedida.

–Por supuesto, así lo haré, madre.

A veces la mejor solución es la más sencilla o la más meditada. En este caso, creí que la mejor forma de salir de Benavides surgía de reto-

mar la idea que había tenido cuando le pedí a Rosa que me llevara con ella. No había cuajado ser su asistente como viajante de comercio, pero tenía una buena relación con los restantes viajantes, los representantes de la Editorial Horizonte, y Ediciones Vernáculas y podía intentar con ellos. Los esperaba a ambos al día siguiente, así que los abordaría para ver si les interesaba el trato. Si ninguno me aceptaba, me iría sólo.

Recibí primero a Llerena, de Horizonte. A pesar de su vestimenta demasiado informal para su gesto parco y su actitud madura y serena, Llerena me inspiraba confianza. Ni bien llegó, y aun antes de que desplegara los nuevos folletos con las novedades editoriales sobre la mesa de la biblioteca, le manifesté mi vocación de dejar Benavides y mi propuesta de acompañarlo como asistente.

–Al principio, o hasta que usted lo considere adecuado, ni siquiera tengo pretensiones salariales. Iré aprendiendo el oficio. Soy callado y eficiente; bueno, usted ha visto cómo he trabajado aquí, y , en fin, algo sé de libros y literatura. ¿Qué dice?

Llerena se quedó callado. Al poco rato le comenzó a salir sangre de la nariz, tal vez como resultado del esfuerzo que realizaba para contener las convulsiones que evidenciaba el movimiento involuntario y eléctrico de su pierna y brazo derechos. Su ojo izquierdo pestañeaba en forma compulsiva y me asusté porque a su rostro le ganaba una palidez verdosa. Le pregunté si quería un vaso de agua. Con el brazo izquierdo en alza me indicó que no y que le diera unos minutos para recomponerse.

Luego de un rato, su piel recuperó su color habitual y dejó de sangrar, aunque seguía con el tic en el ojo. Llerena, con un hilo de voz que apenas distinguí, me dijo:

–Discúlpeme, pero este trabajo tiene carácter terapéutico para mí. El médico me lo ha aconsejado y debo evitar cualquier compromiso traumático o estresante. Le agradezco la distinción de su propuesta que debo declinar y será hasta la próxima vez.

El viajante tomó con prolijidad los brochures que había retirado de su portafolio, y se fue. Y así abortó mi primer intento de libertad, sazonando la frustración con un regusto grotesco y amargo.

Cuando llegó Ordóñez, el voluminoso agente de ventas de Ediciones Vernáculas, con su expansiva silueta sudorosa y su calva lustrosa, guardadas bajo su arrugado traje amarillo, su panamá floreado, y su voz estentórea, dudé en insistir con mi propuesta. Si con el sobrio Llerena había obtenido tamaña reacción, ¿qué me esperaba de este personaje que parecía salido de una revista de historietas?

Pero, como he señalado, habiendo tomado la decisión troncal de mi alejamiento de Benavides, todas las otras decisiones subordinadas, si se quiere, debían alinearse con facilidad. Entre intentar o no, lo lógico era hacerlo.

Simplemente, fui más cauto. Recibí a Ordóñez con un té frío, que bebió de un sorbo. Parecía que el propio vaso desaparecería dentro de esas fauces descomunales.

Le pedí que se sentara, y llevé la conversación lentamente del mercado editorial, hacia la realidad de su trabajo. Lo agotador y solitario que debía ser el emprendimiento de sus vastas giras. El mal estado de los caminos y lo cada más engorroso de su tarea, con la cantidad de competencia que le había salido y el papeleo creciente con las exigencias impositivas que había impuesto el Gobierno últimamente.

Ordóñez suspiraba, asintiendo.

–En efecto, muchacho, cada vez se me hace más difícil. Aun cuando me veas tan joven y tan ágil, detrás de este mozalbete se suman muchos años recorriendo los senderos de la patria y los estadíos de la vida.

Por supuesto, yo asentía y poco a poco fui introduciendo en el diálogo lo monótono que se me hacía la vida pueblerina, en contraposición con la panorámica vista que se le ofrecía a Ordóñez, y cómo, tal vez, mis ímpetus juveniles se veían dilapidados en un escenario que requería poco esfuerzo, como nuestra biblioteca municipal. Me bastó entrecerrar los ojos y señalar cómo me gustaría asistir a alguien de experiencia para seguir aprendiendo lo mucho que la vida tenía para ofrecerme y salir al mundo con tal protección, que todo daría sin pedir nada a cambio por ese privilegio, para que Ordóñez me sugiriera acompañarlo en su tarea de viajante, como si fuera una relam-

pagueante idea que a él sólo acabara de ocurrírsele. Se sorprendió un tanto, eso sí, ante lo resuelto, vertiginoso y definitivo de mi aceptación.

–¿A qué hora partimos? –le pregunté.

–Pero, ¿cómo? ¿no tienes nada que preguntarle a tus padres, ordenar tus cosas, preparar maletas?

–La verdad, estoy listo. Puedo partir ya mismo –le dije con seriedad.

–Ah, veo que la marea del entusiasmo crepita bajo la proa de tu navío, y los bríos de tu corcel ya son difíciles de dominar…

–Decía….

–No nada, muchacho, yo me entiendo. Iré a cenar, dormiré un poco en la pensión, y mañana salimos después de desayunar. ¿Estás seguro de que tienes 18 años, verdad?

–Casi 19.

–Bueno, mañana te pasaré a recoger temprano, digamos a las 8:30 de la mañana. Te pediría que tengas tu documento de identidad contigo. No traigas mucho equipaje, me gusta viajar liviano, y el automóvil no resistiría mucho peso más, en realidad, pronto lo verás. Ah, otra cosa, querría conocer a tus padres antes de salir.

–Mi padre falleció hace muchos años, pero mi madre estará aquí, cuente con ello –prometí, sin mucha certidumbre.

El resto de la jornada lo dedique a escribir una carta a la Señora Núñez. Le expliqué que no había lugar para mí en Benavides, que los padres de Judith desaprobaban nuestra relación, y que trataría de labrarme una posición para que cuando Judith fuera mayor de edad y pudiera tomar una decisión por sí misma y ser mi esposa, estuviera en condiciones de hacerme cargo de ella, con seriedad y responsabilidad. Mientras tanto, descontaba que Judith sería una excelente bibliotecaria, seguramente mejor que yo, si la señora Núñez la guiaba y aconsejaba por un tiempo. Sabía que estaba jubilada, pero apelaba a su generosidad y amabilidad proverbial para este favor. Siempre le estaría agradecido.

Coloqué el papel en un sobre de la biblioteca y volví a casa. Mi madre dormía. Empaqué parte de mi ropa y unos pocos artículos de limpieza personal en un viejo bolso azul marino que perteneciera a mi padre (una de las pocas cosas que quedaban de él) y esperé a que Greta llegara de su paseo.

Como imaginaba, apareció como a las tres de la madrugada. Estaba desaliñada, pero su rostro y sus ojos tenían una expresión vivaz, divertida. Le expliqué lo que haría.

–¿Se lo has contado a tu madre?

–Por supuesto.

–¿Y qué opinó?

–No mucho. Quiere que le indique dónde estaré en caso de emergencia y que le avise cuándo parto para despedirse.

–Ay, mi pequeño Christian –me dijo y se acercó y me abrazó. Creo que era la primera vez que lo hacía desde que fuera un pequeño al que le cantaba canciones de cuna para que se durmiera–. Te deseo lo mejor. No he sido la mejor tía del mundo, pero espero que algún día lo puedas entender.

–Entender qué…

–Nada. Nada. Discúlpame. Es que no sé si volveré a verte. Yo sé que no apruebas mi relación con Peralta, pero tal vez ahora puedas entender que mi alternativa era pudrirme en la desazón y el desasosiego, envejecer sin nada, al lado de … –no terminó la frase por delicadeza–. Así, al menos vivo, respiro, sueño, me divierto…

–No tengo nada que aprobar Greta –le dije, de pronto comprendiendo lo injusto que había sido con ella; que tal vez las hendiduras en la única relación familiar que podía haber mantenido con solidez fueron objeto de las muescas talladas por mi incomprensión, mi rencor, mis celos.

–Mañana despiértame a mí también, ¿vale? Yo también iré a saludarte.

Me fui a dormir, no sin antes pedirle a Greta que ella se ocupara de darle a la Sra. Núñez la carta que había escrito para ella, y otra que había escrito para Judith, mientras las horas de la noche alimentaban

mi vigilia. Tras abrumadores esfuerzos y varios borradores que atiborraron el cesto de basura, la carta a mi amada solo decía: "Amor: Volveré por ti. Espérame. Te quiero. Ch.".

–Por favor, tía –le imploré– es crucial que sean recibidas.

–Serán entregadas a sus destinatarias. Te lo prometo –me tranquilizó.

A la mañana siguiente, en la puerta de la Biblioteca estábamos mi madre, vestida con un ligero vestido de color negro, Greta, con largas ojeras y algo encorvada y yo con mi maleta. Ordóñez llegó con 30 minutos de retraso. Saludó a mi madre y a mi tía con una teatral reverencia, quitándose el gran panamá floreado con tal efusividad que casi trastabilla y cae. Preguntó a mi madre si ella estaba de acuerdo con mi decisión de conocer mundo, a lo que mi madre respondió con un lacónico sí.

"Sabia decisión, excelsa síntesis" exclamó Ordóñez, besando la mano de mi madre, que poco faltó para que la retirase, un poco asqueada. Ordóñez me pidió mi documento y lo estudió un poco, antes de asentir con fuerza. "Perfecto, todo en orden y armonía con el universo que nos cobija", dijo.

Me indicó que su auto estaba estacionado en la puerta de la pensión, que lo acompañara para buscar su equipaje, cargar el vehículo y "emprender nuestra nueva y venturosa travesía".

Era el momento. Greta me abrazó afectuosamente y mi madre me dio un corto beso en la mejilla. "No olvides avisar dónde te encuentras" me dijo, cuando Ordóñez me indicaba seguirlo hacia la esquina, en dirección a la pensión de Benavides.

Recuerdo que un ramalazo del sol que subía me pegó en los ojos y debí desviar la mirada. Cuando volví la vista atrás, un poco acuosa por el golpe solar, mi madre y mi tía habían desaparecido de la vereda.

–Un poco más rápido, Christian, por favor. Que debemos sacar máximo provecho de la jornada que se nos brinda.

El automóvil de Ordóñez sólo podía ser llamado así por algún exceso de generosidad del lenguaje. Se trataba de un Plymouth C/7 modelo ´47. Estaba repintado de color amarillo, haciendo juego con el exótico traje de su conductor. Era un descapotable. El techo de lona roja estaba desteñido y desflecado, mostraba gruesos remedos que intentaban, con más fracaso que éxito, tapar agujeros irredimibles. La puerta derecha estaba abollada y no se podía abrir, así que para ingresar uno debía saltar por arriba de la ventanilla si el capot se encontraba recogido, o deslizarse por el otro lado haciendo malabarismos y contorsiones.

Para abrir el baúl, Ordóñez utilizaba una llave inglesa que guardaba en uno de sus gigantescos bolsillos, haciendo palanca. El baúl se abrió con un gran chirrido. No alcancé a ver lo que guardaba allí, pero juro que pensé que algo se movía. Un olor a humedad me ganó, justo antes de que guardáramos en esa oscura profundidad, las cajas que Ordóñez tenía en la pensión y mi escuálido bolso.

Me arrellané como pude en el asiento del copiloto y sentí cómo el auto descendía varios centímetros cuando Ordóñez se acomodó tras el volante que le presionaba el abdomen.

–Mundo, ¡Allí vamos! –gritó.

Y debo admitir que unos cuantos pedregullos se agitaron en mi interior cuando dejamos atrás las últimas casas del pueblo y ganamos la ruta hacia lo desconocido. Era la primera vez en mi vida que abandonaba Benavides.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO UNO

–¿Crees en Dios, muchacho? –me espetó Ordóñez como si me disparara a quemarropa. Dí un respingo. Con el tiempo me habría de habituar a sus interrogatorios incisivos que provenían de la nada más plácida, de la quietud más extrema. Con el tiempo aprendería a distinguir los esporádicos momentos de distensión de Ordóñez, de aquellas calmas chichas aparentes, que sólo disfrazaban la descomunal actividad de su enorme cerebro, o, al menos, del cerebro que albergaba su enorme cabezota calva. Siempre luego de la aparente quietud, una tormenta relampagueante de preguntas como rayos me llovía encima, mientras la voz tronante de mi voluminoso acompañante urgía mis respuestas vacilantes. Con el tiempo aprendería a habituarme, pero entonces la sorpresa me sacudió.

–¿Qué?

–Que si crees en Dios. El Todopoderoso, Jehová, la Divinidad, el Único, el Infinito, el Espíritu Santo, Alá... ¿te suena alguna de estas denominaciones? ¿Es una pregunta tan difícil? ¿Tienes Fé? ¿Profesas alguna religión?

Con un gesto vago de la mano le pedí que esperara, que me diera tiempo.

Hacía apenas dos horas que habíamos abandonado Benavides. El sol caía a plomo sobre el capot del Plymouth y hacía del auto un invernadero irrespirable. La ventanilla de mi lado funcionaba defectuosamente y no quise insistir en el esfuerzo para no quedarme con la manivela rota entre mis dedos.

Afuera, mientras devorábamos kilómetros del defectuoso asfalto nacional, lleno de grumos, grietas y parches cóncavos que hacían percutir con dolor los viejos amortiguadores del automóvil, el verdor de

la vegetación exuberante de la provincia explotaba en los mil matices que la luz generosa les arrancaba.

Me sequé el sudor cuya caída demoraban mis tupidas cejas con el puño de mi camisa celeste y traté de contestar con el entrecejo fruncido.

–Espero no desilusionarlo con mi posición, Señor Ordóñez, pero lamentablemente no soy una persona de Fé. Tampoco podría decirle con convicción que soy ateo, porque nunca he sido de profundizar en reflexiones sobre la divinidad; en realidad carezco de formación religiosa.

–¡Qué raro! En nuestro país, tan profundamente católico, que no hayas encontrado un abrigo seguro en ninguna Iglesia…

–En algún momento, cuando me sentía sólo, a decir verdad, concurrí a misa. La señora Núñez, la bibliotecaria del pueblo, me invitó varias veces. Pero desconocía el rito, los jóvenes de mi edad siempre me han hecho a un lado y me rechazaban y al final me sentía peor allí que en la Biblioteca. Hace años que no piso una capilla. Espero que no se moleste por lo que le cuento, pero es la verdad…

–Molestarme… ¿cómo iba la verdad a molestarme? Al contrario, mi sincero copiloto, lo que me turbaría es que resultaras a la postre un insoportable chupacirios. Imagínate a mí teniendo que lidiar con los sacramentos a esta altura de la vida. Imposible, mon cherrie. Es en realidad un alivio saber que no tendré a un monaguillo escrutador mirando sobre mi hombro con la severidad de la Santa Iglesia, juzgando con el metro de la inquisición la volubilidad de mis espontáneos actos.

Dicho esto, Ordóñez volvió a sumirse en la conducción y las evoluciones y curvas de la carretera, que hacía una pronunciada incisión sobre las laderas de las Sierras de la Santa Madre y le obligaba a una concentración adicional para no perder el control de la diletante dirección del Plymouth. Volví la mirada sobre las laderas selváticas del morro que se erguía a mi derecha. Preferí no profundizar demasiado en el contenido de sus comentarios. Simplemente suspiré aliviado por no haber provocado su indisposición, y, sobre todo, por-

que el enojoso y abrumador cuestionario había concluído. Al menos, por el momento.

Arribamos a nuestro primer destino cerca del anochecer. La ciudad de Coronel Bustos era una de las principales del noroeste del país. Tenía casi treinta y cinco mil habitantes, un tamaño que superaba en más de tres veces las dimensiones de mi Benavides. En su centro comercial se elevaban varios edificios que ya habíamos divisado desde la carretera y sus calles principales estaban asfaltadas. La avenida 23 de Julio, día de la independencia nacional, asiento de los edificios municipales y de los tribunales provinciales, lucía un boulevard muy cuidado, enmarcado por orgullosas y altas palmeras y embellecido con azaleas coloradas y amarillas que la tornaban muy alegre. El acceso a la ciudad desembocaba en esa arteria vital, y el humor de Ordóñez mejoró en forma ostensible. Comenzó a silbar un bolero de Armando Manzanero y me volvió a dirigir la palabra:

–Ahora vamos a ir a comer algo, y luego a dormir a la pensión. Mañana trabajamos. ¿Tienes hambre?

–Y… sí. Un poco.

La verdad es que mi estómago gruñía, famélico. Nunca había tomado tanta conciencia de la existencia de mi aparato digestivo como aquel día. Ordóñez se la había pasado comiendo galletas de grasa que tenía en una bolsa de papel en el asiento trasero de auto. Aunque me había convidado, no había podido pasar más de dos. Él se debía haber deglutido más de tres docenas, que bajaba con grandes dosis de café negro endulzado que bebía directamente de un par de termos, que también descansaban en el asiento trasero. La mera visión de Ordóñez besando de manera impiadosa la boca del termo, mientras su nuez de Adán subía y bajaba al ritmo frenético de su deglución, bastaron para que me negara de manera delicada a su oferta de bebida. Sólo en dos oportunidades detuvo su andar, para cargar gasolina y revisar el líquido del radiador, que perdía un poco, momentos que aproveché para visitar los sanitarios y tomar una

buena dosis de agua. Ordóñez compró unos dulces y chocolates y volvió a llenar los termos de un café casi transparente en los mal provistos kioscos de las gasolineras. Todas las golosinas habían desaparecido antes de arribar a Coronel Bustos. y yo no había tenido participación en tal desvanecimiento.

–Bueno, conozco un buen restaurante. Vengo aquí todos los años, así que me conocen bien. Comerás conmigo y será una buena oportunidad para que vayamos definiendo los términos de nuestra relación y tus responsabilidades en este tránsito de aprendizaje que has emprendido.

–Entendido –contesté, mientras el estómago se me comprimía un poco, motivado por la imagen de suculentos platos que mi mente anticipaba.

El restaurante era pequeño, pero estaba bien decorado. Parecía un barco: mucha madera, listones que cruzaban el techo, las mesas tenían la forma de grandes timones y las ventanas eran ojos de buey. De la pared colgaban barómetros en desuso, modelos de nudos marinos y cuadros con motivos navales. El mozo que se nos acercó, pequeño y morrudo, con un fuerte acento gallego, estaba vestido con una casaca de la marina y un gorro de grumete. Trató a Ordóñez con sumo respeto.

–¿Cómo está señor Ordóñez? Es un gusto recibirlo nuevamente en nuestro humilde establecimiento.

–El gusto es mío, Pepe –le contestó Ordóñez con familiaridad, colocando su gran manaza sobre el hombro del camarero–. ¿Cómo han ido las cosas desde mi última visita? ¿Mucho trabajo?

–No nos podemos quejar. Nuestros habitués nos siguen, pero los precios se han ido al demonio –contestó Pepe, en una conversación que se me hacía debía ser un juego de repeticiones concéntricas, un rito dialogado que jugaba a eternizarse en cada nueva visita de Ordóñez–¿Le preparo la misma mesa de siempre? ¿le sirvo lo habitual?

–Por favor, Pepe, voy a necesitar una mesa un poco más grande.

Como verás, esta vez estoy acompañado –dijo Ordóñez y se apartó un poco en el estrecho pasillo, para que el camarero pudiera distinguirme detrás de la masa voluminosa y amarilla que él representaba. Pepe me miró y asintió, tal vez complacido de la pequeña alteración en el guión que representaban quién sabe desde hacía cuántos años.

–Será un gusto darles mayor comodidad. Síganme por aquí, por favor –dijo y, mientras nos guiaba, volvió a preguntar–: Y ¿que les puedo servir?

–Por favor, tráenos lo habitual, pero para dos.

–¿Seguro, señor Ordóñez? –preguntó, un poco sorprendido, el tal Pepe, tratando de medir mi tamaño.

–Es que tenemos apetito. No hemos probado nada en todo el día, salvo algunos bocadillos. Y para beber tráeme ese Merlot que me encanta y un poco de agua.

–Enseguida.

Jamás imaginé que una persona pudiera comer tanto. Con lo que significaba una sola orden, yo podría haber comido tres días seguidos, almuerzo y cena. Pepe y una asistenta depositaron en nuestra mesa alrededor de diez variedades de platos, multiplicados por dos. Como entrada, llegaron fiambres, embutidos y quesos. Luego unos hongos y unas tartas y pastelillos calientes. Más tarde dos variedades de pasta: lasagna con salsa blanca y tallarines con salsa bolognesa. Y, al final, carne asada con papas al horno y carré de cerdo con puré de manzanas. En todo momento, cada plato acompañado con diversas ensaladas y distintas variedades de pan. De postre, unas fresas con crema chantilly.

Con los abundantes fiambres y las tartas yo estaba listo, satisfecho, no daba más. Así que Ordóñez dio cuenta de lo suyo y de lo mío. Casi sin respirar. De vez en cuanto se rociaba el garguero con el buen vino, miraba hacia el cielo raso, eructaba y luego seguía comiendo. No podía evitar mirarlo, estupefacto. Era un fenómeno paranormal. Al concluir, dijo, mirando los platos vacíos:

–Bueno, jovencito, ¡has comido muy bien! Parece que eres de buen apetito, ¡eh! Te digo, entre tú y yo, que yo también soy de buen

comer, no sé si lo has notado, así que creo que nos llevaremos de maravillas.

La ambigüedad de su tono me impidió detectar si hablaba en serio o en broma, y esa ausencia de sarcasmo para reconocer tamaña demostración de gula alimentó más aun mi estupefacción. Tratando de maniobrar con mi boca abierta en grotesco diámetro por la sorpresa, logré asentir.

Ordóñez se tiró para atrás en su silla, alejándose de la mesa, se desabrochó el cinturón y se desabotonó los dos primeros botones del pantalón, que le aprisionaban el abdomen en expansión. Con una servilleta se secó el sudor que acariciaba sus anchas mejillas coloradísimas, la frente generosa que se confundía con su calva lisa y el diámetro generoso de su cuello fornido y luego le pidió al mozo que le trajera una botella del licor de la casa.

–Aquí preparan el mejor lemoncello del país –me dijo, incitándome a probar el delicioso néctar, así lo definió, misión imposible para mi a aquellas horas de la noche cuando había ingerido más alimentos y bebidas que en una semana entera.

Se bebió la primera copa de un trago, se restregó el dorso de la mano sobre sus labios y suspiró "ajhhhhh" largamente, en señal de aprobación. Se sirvió otra medida que bebió con mayor lentitud, disfrutándola sorbo a sorbo y luego pidió dos cafés, esta vez sin preguntarme. Cuando ambas infusiones humeaban sobre la mesa, me guiñó un ojo y me dijo:

–Este es el momento en que los hombres mantienen sus grandes conversaciones.

Asentí, una vez más, ahora expectante. Tenía serias expectativas de poder alcanzar un diálogo productivo, aunque pensaba que Ordóñez no estaba en condiciones de decir nada interesante luego de lo que había comido. Yo no había probado más que un pequeño porcentaje de la pantagruélica cena que se nos había servido, y el mundo entero giraba sobre mi cabeza dolorida, aquejada por una migraña de proporciones rocambolescas. Pero necesitaba hablar, desde que había tomado conciencia de que estaba en el medio de un universo desco-

nocido, en compañía de un excéntrico personaje del que nada sabía, comprometido por un acuerdo laboral tan flaco e incierto como un mero enunciado de voluntades. Yo no conocía mucho de convenios, salvo aquellos documentos que había sabido ordenar y registrar en la biblioteca, pero al menos regulaban más detalles sobre aquellos en los que Ordóñez y yo nos habíamos detenido. ¿Cuál era nuestro entendimiento? Que yo lo asistiría en sus viajes como vendedor de la Editorial y él me enseñaría el oficio. Básicamente que viajaríamos juntos. Profundizando en lo esencial, que me sacaría de Benavides y, a cambio, yo lo ayudaría. Por cuánto tiempo, dónde dormiría, si tendría dinero para gastos, o al menos si cubriría mis necesidades básicas, cuáles eran mis responsabilidades, si tendría derecho a algún descanso, si nos detendríamos en algún lugar alguna vez, o si nuestro viaje resultaría una odisea perpetua, un periplo infinito, eran algunas de las preguntas que me había ido formulando mientras el Plymouth había comido algunos kilómetros por la carretera estadual, sin que mi voz se animara a enunciarlas en voz alta. Todas estas dudas atizaban mi curiosidad y me obligaban a estar atento por si se diera la vana y esperanzada hipótesis de que Ordóñez mantuviera un mínimo hálito de lucidez y pudiera pergeñar aun un pensamiento de lógica cuadratura. Por eso hice caso omiso a mi migraña y me mantuve atento a lo que Ordóñez pudiera revelar, en este momento mágico de las conversaciones entre hombres. Y Ordóñez me sorprendió, como lo haría tantas veces durante nuestra vida común. No sólo me dirigió la palabra con sentido, sino que parecía escudriñarme con la mirada y saber exactamente lo que pasaba por mi mente.

–Mi amable efebo, te estarás preguntando tantas cosas, ¿verdad? Tu mente debe ser en estos momentos como un carrusel que gira a alta velocidad en un mar de interrogantes. No conoces tu destino, pues nunca me lo has preguntado. Solo sabías que debías partir, conocías tu origen y necesitabas un Virgilio que te mostrara el sendero hacia otro destino. Me gusta pensarme como Virgilio, ¿sabes?

–Pero no me mostrará el infierno, quiero imaginar.

–¡Bravo! No solo eres valiente, sino que conoces la Divina

Comedia. Es verdad, Virgilio no es buen ejemplo, aunque ciertas escenas que Dante imaginó para su Infierno, las suelo encontrar en mayor o menor medida en muchas esquinas de los pueblos y ciudades que visito a diario, ya lo verás por tú mismo. Mientras pienso en un nombre mejor para esta figura de mentor y guía que deberé representar para ti, lo que llevará algún tiempo dado que los efluvios etílicos generan densidad en los procesos de búsqueda a que obligo a mi fatigada memoria, ¿por qué no tratamos de ordenar un poco esta relación que llevaremos en el devenir, mientras te asisto en la metafísica búsqueda de tu lugar en el mundo? ¿estás de acuerdo?

–No sé muy bien con qué debo estar de acuerdo, si en permitir lo de la búsqueda metafísica o encontrar orden en nuestra relación futura.

–¡¡Jajajaja!! –La risa de Ordóñez era estentórea, tan desmesurada como él y floreada como su barroco decir– me encanta tu sentido del humor muchacho, me encanta. Es cierto, a veces me desmadro un poco. Pensemos juntos. A ver, te conozco un poco de tanto visitarte en Benavides, sé que eres un muchacho meticuloso. Que te gusta lo sistemático, el orden. Por qué no intentas tú enunciar los temas sobre los que deberíamos tener un entendimiento y sobre ellos yo te diré cómo procederemos. Toma una hoja y un lápiz del bolsillo de mi chaqueta y apunta, si estás de acuerdo.

Saqué un anotador y una hermosa lapicera Párker del enorme bolsillo y escribí, mientras los enunciaba en voz alta, los grandes temas que me preocupaban. Ordóñez asentía y me explicaba cómo procederíamos en cada cuestión. Estaba implícito en nuestro mecanismo de entendimiento que no estábamos negociando. El contrato primigenio estaba cerrado y Ordóñez se limitaba a llenar las lagunas de una vinculación que había nacido con precipitación, pero no por ello debía ser anárquica. Si las condiciones no me gustaban, podía, en todo caso, pedirle que me regresara o me permitiera volver a Benavides. Pero, por el momento, sus definiciones serían irrebatibles.

Luego de una hora, llegué a tener una idea bastante clara del mundo al que habría de atenerme en el tiempo por venir. Las giras

de Ordóñez llevaban alrededor de cinco meses. Y hacía dos por año. Los primeros cinco meses viajaba por el norte del País, recorriendo cerca de doscientas localidades, entre ciudades y pueblos. Luego descansaba un mes en la capital donde se hacía de las noticias ocurridas en su ausencia y nuevo material de la editorial, y viajaba hacia el sur, donde visitaba otros cien poblados. Eran menos urbes, pero las distancias más largas y las dificultades de los caminos mayores, por ello la rutina le llevaba otros cinco meses. Descansaba un mes, y otra vez al ruedo. Dormía en pensiones y hoteles de bajo costo, la economía de la editorial no daba para más, me explicó. Sus clientes eran las librerías y bibliotecas de los pueblos y ciudades pequeñas y las distribuidoras de las ciudades más grandes, como Torres o Coronel Zamudio. En estas ciudades se comunicaba con la administración de la Editorial, le confirmaba las compras, y la editorial enviaba los pedidos por encomienda, sin tener que esperar a su regreso. El sistema, en general, funcionaba bastante bien. Yo debería compartir la habitación con él, pediría una cama adicional. Todas las comidas y el hospedaje serían a su cargo, pero por el momento no podía costearse ningún salario; vería con el tiempo, pero mejor que no albergara muchas ilusiones por el momento. La economía de la editorial no daba para mucho, insistió. Ordóñez imaginaba que podría delegar en mí todo el papeleo, que lo aburría bastante. Yo tomaría nota de los pedidos y tal vez podría llevar alguna estadística sobre los gustos de cada librería o biblioteca para que él pudiera estar mejor preparado en su tarea de vendedor. Por supuesto, cargaría con las cajas de los folletos y las maletas y llevaría registro de los gastos y copias de los comprobantes de facturas y recibos para rendir cuentas a la editorial a nuestro regreso. No porque hiciera falta, desde lo social, me aclaró, sino por cuestiones tributarias. Ya me explicaría mejor este aspecto. Ahora se estaba cansando. Tenía un poco de sueño. Hablando de descanso, solo podría pensar en vacaciones cuando estuviéramos en la Capital, el mes inmediato posterior a cada gira. Enero y julio de cada año. Diez o quince días en cada oportunidad. Podría volver a Benavides o quedarme allí, como prefiriera.

–Si está todo claro, muchacho, me gustaría irme, estoy exhausto. Y a ti te vendrá bien dormir un poco, que temprano tendrás tu primera experiencia con un cliente. Si te queda alguna pregunta, me la formulas mañana, ¿quieres? Que podremos evacuarla con la mente fresca y despejada luego del desayuno, ¿vale?

–De acuerdo –asentí, mientras un bostezo dibujaba una o de diámetro perfecto en mis labios. Terminé de escribir los términos de nuestro acuerdo y guardé las hojas en mi chaqueta. Le devolví a Ordóñez su Párker y el anotador.

Ordóñez pidió la cuenta y pagó en efectivo. Le pedí el comprobante para su debido registro, justo cuando se lo introducía en forma desprolija en el bolsillo del pantalón. Sonrió.

–Te lo había anticipado, ¿no?, creo que nos llevaremos bien –Me dijo, con un guiño, alcanzándome la boleta.

–Otra cosa, Ordóñez. Hoy tuve hambre mientras viajábamos y usted se la pasó comiendo porquerías. ¿Qué le parece si le pedimos aquí a la cocina que nos guarde lo que sobró? Con el pollo y los fiambres puedo preparar unos emparedados y tenerlos listos para cuando abordemos de nuevo la carretera.

–Lo dicho, niño, estoy convencido de que nos llevaremos muy bien –me contestó mientras su mano rechoncha, blanca y delicada hacía un vago gesto en el aire, autorizándome la moción.

Fui y volví de la cocina con los paquetes de comida mientras Ordóñez todavía luchaba por levantarse y volver a abrocharse su ajado cinturón.

CAPÍTULO DOS

Mi primera venta resultó una experiencia decepcionante.

Había dormido bastante mal, entre la acidez que me había provocado la abultada ingesta de la víspera y los ronquidos sinfónicos de Ordóñez. Nunca había escuchado algo así y la unicidad del momento quedaría grabada para siempre en mi memoria, por la casi idéntica reiteración de sus avatares a lo largo de nuestra experiencia común, en una rutina a la que habría de acoplarme con el tiempo. ¿Cómo describir tales ronquidos? La habitación entera vibraba al ritmo de su apnea rubicunda. Los ciclos comenzaban con una serie de suspiros en un andante calmo, pero tenso, que luego se iban elevando de forma progresiva en un cantábile sincopado, de una armonía dudosa, hasta alcanzar un clímax ronco, gutural. La primera vez me asusté, pensé que se estaba muriendo. Me acerqué a su cama con sigilo, blanco de miedo, tratando de despejar las ideas por si efectivamente esta aventura concluía antes de comenzar, cargando con un cadáver elefantiásico en un cuarto de pensión desconocida. Luego de la explosión de la tos, pareció dejar de respirar. Acerqué un espejo a su boca, como había leído hacer a Tom Sawyer, para ver si su aliento empañaba el cristal. Cuando constaté de manera científica que Ordóñez seguía vivo, los suspiros iniciaron el segundo movimiento del concierto nocturno y supe que mi sueño, las hilachas de mi sueño aquejado por la sempiterna compañía de mi insomnio, había entrado, de ahora y para siempre, en una nueva dimensión.

Busqué algodón, sin suerte, en el pequeño baño de la habitación. Así que con papel higiénico improvisé unos tapones bastante disfuncionales con los que aislé un poco mis oídos de la polifonía reiterativa de Ordóñez y así atravesé las horas que me separaban del alba.

El despertar de mi voluminoso compañero también constituía un espectáculo caótico, que alimentaría la rutina cotidiana futura.

En el esfuerzo por levantarse de la cama, pateaba con sus piernas y revoleaba sus brazos como aspas, lo que provocaba una estampida de sábanas, frazadas y colcha que volaban por todo el cuarto en remolinos de grotescas formas, mientras vociferaba improperios, malenquistándose con su familia, con la editorial, con los clientes, con el Gobierno, con la pensión y con Dios Todopoderoso que no lo dejaban seguir durmiendo y descansando como su sufrido y penitente cuerpo merecía.

Su visita al baño le llevaba cerca de una hora. Toda serie de ruidos escatológicos surgían tras la puerta que cerraba cuidadosamente con doble seguro. Luego oía cómo abría los grifos del agua e insultaba primero porque estaba muy fría y luego porque se quemaba. Cuando alcanzaba un punto térmico que toleraba, comenzaba a cantar... arias de ópera. Tenía voz de barítono, agradable, pero desafinaba en forma muy agresiva.

En su repertorio se destacaban Il Pagliaci, El Barbero de Sevilla y Aída, pero a veces mechaba con algunas zarzuelas también, sobre todo con La Verbena de la Paloma.

Salía perfumado y de mejor humor.

–¡Ah, muchacho! Un nuevo día nos sonríe. El universo nos da una nueva oportunidad. ¿No es maravilloso? Vamos, vamos, que la vida no está hecha para los perezosos, ¡movimiento, movimiento! No se me quede rezagado.

Mientras yo ordenaba su desorden, trataba de asearme y vestirme, él se abotonaba una camisa limpia y se embutía en unos de los tres trajes amarillos iguales que cargaba, y que constituían su marca de fábrica. Mientras bajábamos a desayunar, y luego salíamos a enfrentar la jornada de trabajo, la gente de la pensión le limpiaba y planchaba el que había usado el día anterior.

El desayuno era corto, pero no por ello frugal. Café con leche y medialunas. Lo que pasa es que mientras yo comenzaba con la primera factura, Ordóñez ya había engullido media docena y se zampaba su segunda taza de café.

–Vamos, Christian, que no podemos quedarnos aquí todo el día –me azuzaba.

Yo tomaba las cajas que debíamos llevar para visitar al cliente y trataba de seguir su paso veloz y ostentoso por las calles de la ciudad hacia nuestro destino comercial.

Como señalé, mi primera experiencia comercial fue mediocre, tirando a mala.

Nuestro destino era una librería de respetables proporciones y muy bien ubicada, en el propio boulevard 23 de Julio, frente al Teatro de la Independencia, un lugar muy concurrido por los lugareños, al decir de Ordóñez. La librería estaba decorada con esmero. No conocía los dictados de la moda en cuestiones de mobiliario, texturas y colores, pero algo me decía que el salón había sido diseñado por un arquitecto con buen gusto. Dos mesas exhibían las novedades literarias del mes, y los anaqueles estaban repletos de libros de arte e historia en lujosas encuadernaciones, obras caras que jamás había podido adquirir para mi humilde biblioteca de Benavides.

Ordóñez se presentó con toda la pompa a una señorita que ordenaba unos talonarios de facturas detrás del mostrador de color habano:

–Excelsa damisela, voy a sustraerme del impulso que me lleva a elogiar los hermosos ojos suyos que me dirigen tan prístina mirada y a perderme de forma irremediable en su azabache profundo, porque tareas más urgentes y elevadas requieren nuestra urgente atención –dijo casi sin respirar, y quitándose el panamá con gesto teatral– necesito hablar con urgencia con el señor Uriarte, dignísimo administrador de esta noble casa de la cultura.

–Ordóñez –dijo la muchacha, sin inmutarse ni un ápice ante la verborrágica presentación de mi mentor; más bien pareció emitir una exhalación de fastidio-, ya le dije la semana pasada cuando hablamos por teléfono que el señor Uriarte iba a estar muy ocupado estos días y que no necesitamos ningún libro de su catálogo. Uriarte me fue muy específico en este aspecto. Me pidió que le diga que todavía tenemos todos los libros de la anterior compra sin vender.

–Bueno, mi querida doncella, esas son minucias que no tienen por qué entorpecer el importante y digno intercambio de opiniones personal y estrecho que dos personas de prosapia y alcurnia, que se tienen en tan alta estima, como el Sr. Uriarte y un servidor, se merecen mantener. Los intercambios personales son ricos y nos nutren en lo espiritual y también, por qué no, en el devenir empresario. ¿No podría el excelentísimo Señor Uriarte dedicarnos unos minutillos?

–Es que expresamente me dijo que no necesitaba nada, para no hacerle perder el tiempo.

–¡Ah, mi enternecedora jovencita!, realmente me conmueve su cálida preocupación por mi tiempo; pero deje que me preocupe yo por la correcta administración de tan inelástico recurso. Sin bien mis minutos son escasísimos y vivo amedrentado por la velocidad con que corren las manecillas del reloj, a veces mi escasa inteligencia se torna trascendente y me ayuda a entender que nunca mejor invertido mi tiempo que cuando lo dedico a cultivar las relaciones con aquellas personas, como el Señor Uriarte, cuyo trato me dignifica.

–Pero mire que no le va a comprar nada…

–Ah, si todo girara alrededor del vil metal, cuán pequeños seríamos al final del camino. Permítame que le informe que nuestros mutuos intereses con el Señor Uriarte van mucho más allá del simple comercio. Por otra parte, tengo novedades de tipo literario que tornan aun más vasto e interesante nuestro fondo editorial y también exhibo novedades desde el seno mismo de nuestra estructura comercial. Verá aquí al joven que me acompaña –agregó Ordóñez, haciendo un ampuloso gesto que me abarcó de la cabeza a los pies–, récordman absoluto en el mundo académico nacional, al punto que la legislación de la Patria fue modificada en su honor, que se ha incorporado a nuestras huestes societarias, con gran esfuerzo económico de nuestra parte. De tal manera seguimos evidenciando nuestra ciega confianza en el crecimiento pujante de nuestra economía, y queremos exhibir la consolidación de nuestro proyecto editorial a nuestros clientes, que continúan apostando y creyendo en nosotros.

–Bueno, Señor Ordóñez, si tienen tiempo y quieren esperarlo, es

su decisión –exclamó la joven dependiente, desanimada por la derrota y exhausta por la larga esgrima verbal.

–¿Sería tan amable de indicarnos dónde podemos sentarnos a esperar al señor Uriarte?

–Bueno –nos contestó y creí detectar un brillo de malicia en sus ojos oscuros– aquí no tenemos comodidades; si quieren esperarlo, van a tener que hacerlo de pié.

–Como los árboles, moriremos de pié –parafraseó Ordóñez y se apoyó en un tabique del local, acomodándose para una larga espera. Con una leve inclinación de su cabezota y una mirada intencionada me sugirió que hiciera lo mismo, pero preferí recorrer la librería y ojear los hermosos libros que allí se exhibían.

Mis dedos acariciaban con sensual concupiscencia la lujosa portada grabada a todo color y con letras en relieve bañadas en oro de una portentosa edición de las Mil y Una Noches, cuando Uriarte entró en su librería. Casi se para en seco al divisar a Ordóñez, como reflexionando si todavía estaba en condiciones de dar media vuelta y huir, sin que su actitud lo colmara de vergüenza, pero el voluminoso corpachón se había incorporado con una agilidad pasmosa e impensada y se dirigía alegremente hacia él. La fuga se había tornado imposible. Uriarte dirigió una mirada furibunda a su empleada, quien abrió sus brazos en clara señal de que nada había podido hacer.

–Ordóñez, te dije varias veces que no puedo comprarte nada por ahora –le espetó, en una ráfaga que no tuvo siquiera el prolegómeno de un "buen día".

–¿Quién habló de comprar? ¿Yo hablé de comprar? ¿Acaso en algún momento siquiera mencioné la palabra "vender"? –Ordóñez se mostraba ofendido– Uriarte, tantos años que nos conocemos y me estás clavando un puñal en el corazón.

–¡Un puñal! ¿Qué puñetero puñal puedo estar clavándote en el corazón? ¡Necesitaría un sable de dos metros de largo para atravesar tu diámetro y alcanzar tu músculo vital!

–Ahora me agredes… –Ordóñez parecía estar haciendo un puchero, sus labios curvados hacia abajo en grotesca deformación de su bar-

billa– a mí que solo pasaba a saludarte y presentarte a nuestro nuevo oficial de cuentas, un extraordinario muchacho, un verdadero genio que aprobó todos sus cursos de grado en un solo examen, con sobresaliente, mereciendo todos los elogios y recomendaciones de nuestro gobierno nacional. – En este punto Uriarte tomó conciencia de mi presencia tangencial, casi en sordina, al fondo del local, con el grueso volumen de los cuentos de Sherezade en mis manos y pareció vacilar en su irritación arrogante. Ordóñez vió el hueco y no vaciló en seguir hurgando en ese intersticio que le brindada una oportunidad– míralo, tan joven, orgullo de las nuevas generaciones ¿quién sabe qué futuro brillante le reserva el destino a Christian Schmidt? tal vez figura prominente de nuestro política en los años por venir, y hoy aquí, en tu presencia gracias al notable esfuerzo de nuestra editorial. ¿qué imagen quieres presentar? En este momento, tú eres la primera persona influyente que conoce de Coronel Bustos. Tu persona representa a toda tu comunidad. ¿Y así tratas al humilde visitante? ¿Esta la forma de respetar a un viejo amigo?

–Bueno, les pido disculpas…

Y allí se produjo la certificación de la derrota de Uriarte. Ordóñez lo tenía tomado del cuello y ya no lo soltaría. Le habló durante dos horas de tantos temas que terminó abrumándolo. Uriarte nos hizo pasar a una pequeña oficina que tenía en el entrepiso del local, y nos escuchó pacientemente, apoyando los codos en su escritorio y sosteniendo con ambas manos su rostro, que mostraba la frente fruncida por la impaciencia o la frustración. En determinado momento nos convidó con sendos cafés y aprovechó los diez segundos que a Ordóñez le ocupó beber su infusión, para pedir prestado el uso de la palabra.

–Queridos amigos, permítanme disculparme, pero tengo una reunión dentro de unos pocos minutos y los voy a tener que dejar. ¿Por qué no me muestras tu catálogo y veo las novedades, Ordóñez?

Ordóñez me pidió un folleto de la caja que yo llevaba y lo extendió con ampulosidad sobre el escritorio de Uriarte, desordenando papeles y carpetas, sin pedir permiso ni esperar autorización.

A Uriarte le bastaron treinta segundos para observar las novedades.

–Ordóñez, ¿tus únicas novedades son "los Viajes de Gulliver" y "Mujercitas"? ¿Ésto es todo lo que tienes para ofrecerme? Te he dicho la última vez que viniste que hay decenas de editoriales de todo el continente que ofrecen estas obras. De hecho, tengo varios tomos de ellas abajo…

–Pero ninguna editorial tiene el cuidado ni el buen gusto que nosotros ponemos en la edición. Además, son clásicos… ¿Qué mejor inversión podrías hacer? Pasará el tiempo y nunca te cansarás de vender los clásicos.

–Sí pero la gente quiere novedades. Ya te lo he dicho mil veces.

–Bueno, estás apurado, entiendo, tienes una reunión. No te preocupes; podemos esperar a tu regreso para explicarte con detalle las diferencias entre nuestras obras y las de la competencia, y dar a tus empleados un pequeño curso de entrenamiento que he pergeñado para capacitarlos a fin de vender los clásicos. Y te lo brindaré en forma gratuita.

–Nada de eso, por favor –la voz de Uriarte parecía una súplica que naufragaba ante la perspectiva de tenernos a bordo toda la jornada completa–Mira, haremos lo siguiente: Te compraré tres ejemplares de cada título de tus novedades y te extenderé el cheque ahora mismo. Con dos condiciones:

–Dime –ví cómo a Ordóñez se le iluminaron los ojos de sólo oir la palabra "cheque".

–Nada de cursos por hoy y en el próximo viaje no me visitas si no tienes verdaderas novedades.

–Hecho, nos vamos, no molestaremos más –dijo Ordóñez, mientras me pedía el talonario de pedidos y el de facturas y le hacía la cuenta a Uriarte para fuera preparando el cheque.

Fuera de la librería, le pregunté a Ordóñez si una venta de seis ejemplares no era magra para una librería de tan importantes proporciones… En la biblioteca de Benavides comprábamos más.

–Una venta es una venta, mi joven Christian. Siempre hay que celebrarla. Pronto lo aprenderás.

Efectivamente, la lección fue aprendida con prontitud. Comimos unos hot dogs en la plaza de la ciudad, y durante la tarde fuimos a visitar las otras dos librerías de Coronel Bustos. En la primera nos hicieron esperar tres horas y media, es decir, nos cansaron bien. Cuando el empleado del lugar nos dijo que el administrador se había ido de viaje, que no volvería por dos semanas y que dejáramos los folletos con las novedades que con gusto se comunicaría con nosotros a la brevedad para materializar su pedido en forma telefónica, supe de inmediato de que se trataba de una mentira. Pero Ordóñez, tras haber permanecido de pie bajo el sol durante la calcinante matinée, estaba tan cansado que no pudo siquiera desenvainar su arma predilecta e invencible: su prodigiosa verba barroca. Hizo una breve inclinación, rozó con sus dedos anular y mayor el ala de su ancho sombrero, e hicimos mutis hacia un bar donde reposamos por un rato, mientras ingeríamos unos jugos y unos bocadillos tostados de queso.

En la última librería nos fue peor. El local era tan pequeño que el dependiente estaba casi afuera, sobre la acera. Nos divisó, o mejor dicho, divisó a Ordóñez –tarea no muy difícil– unos cincuenta metros antes de que llegáramos. Veloz, cerró el local y bajó la persiana metálica.

–Lo siento –dijo, cuando acaloradamente golpeamos el enrejado de hierro forjado– ya hemos cerrado. Pueden venir mañana por la tarde, si lo desean –nos despidió, detrás de la puerta.

–Bueno –me dijo Ordóñez, después de diez minutos de inútil pataleo, cuando nos alejábamos hacia el hotel– demos por concluído el día con satisfacción. Hoy hemos cerrado y cobrado una transacción. Chico –me sonrió– me estás trayendo suerte.

Su sonrisa y su optimismo me levantaron el ánimo.

–Vamos a festejar –agregó– ¿te parece que cenemos en el mismo lugar de ayer? Si no, conozco una cantina de mariscos que tienen unas paellas para chuparse los dedos…

CAPÍTULO TRES

–Hoy cumplimos dos meses juntos, muchacho. Quiero que me digas en una prieta síntesis que no dure más de cinco minutos qué es lo que has aprendido en este tiempo.

Era cierto, parecía mentira, pero los días se habían desvanecido con la velocidad con que Ordóñez se despachaba una galletita. Dos meses. Por una parte, parecía ayer que me había despedido de Benavides, aquella mañana calurosa, para subirme a este Plymouth al que tanto me había encariñado. Por la otra, mi percepción del tiempo había adquirido otra densidad. Las jornadas no se me deslizaban con la parsimonia del jaguareté en la siesta del pantano, como cuando poco pasaba en la levedad del pueblo. Con Ordóñez todo era vértigo. Pese a su corpulencia, la quietud lo incomodaba hasta la irritación. Necesitaba el movimiento. Parecía incansable. Siempre el despertar precedía al alba y jamás nos acostábamos si nuestros relojes no anunciaban la medianoche. En cada pueblo o ciudad conocía un restaurante, una cantina, un bar o una taberna que exigían la degustación de sus manjares. Cada localidad merecía dos o tres visitas: locales comerciales, bibliotecas públicas, círculos de lectores; o meras bibliotecas escolares o pertenecientes a hospitales, dispensarios, hoteles o pensiones; todo valía la pena.

Recuerdo en particular una pequeña villa, una explotación agropecuaria escondida tras las alturas de Clariata, en un valle corto bendecido por las aguas trasparentes que bajaban de los morros, que también protegían los cultivos de los vientos salitrosos que soplaban desde el Océano. Allí le vendimos varios volúmenes de clásicos al hacendado que comandaba la explotación; un hombre solitario, tosco, de mirar receloso, algo retraído, de poca pero cortés conversación. Matizaba el arreo de sus reses y la siembra de la cebada y el maíz

con horas de dificultosa lectura. Nuestra visita fue extraordinariamente bienvenida. Casi un acontecimiento social. Dormimos en la propia villa, rodeados de pequeños lujos que gocé con beneplácito, como una buena dosis de natación en una bella piscina rodeada de palmeras, una habitación con baño privado, que alivió mi insomnio y me permitió un aseo más sosegado, y un secado soñado con suaves toallones que excedían en mucho la calidad estándar de las pensiones que frecuentábamos.

La estadía hubiera sido por completo maravillosa y hubiera insistido con tenacidad en prolongarla, si una mañana tibia y soleada, luego del desayuno con pan casero y dulces preparados en el lugar, el hacendado no me hubiera invitado a dar una caminata por las plantaciones de mandioca, y en forma inopinada me hubiera colocado su brazo sobre mi hombro, mientras me hablaba suave cerca de mi mejilla, con aliento que sabía a lavanda y deslizando intrascendentes comentarios acerca de las propiedades medicinales de los labrantíos, pero dejando tamizar entre sus palabras una intención pegajosa que despertó mi intuitivo y visceral rechazo y un apresurado retorno al caserón. De manera tal que en aquella oportunidad fui yo quien aceleró la despedida y el retorno a las rutas. Ordóñez pareció divertido ante mi urgencia y me pareció descubrir en él una faceta de malintencionada picardía.

En mi memoria también supe albergar nuestro paso mundano por la muy católica localidad de Santa Ana, con su bonita catedral esplendorosa de guirnaldas de ceibos para recibir la misa; por la frenética ciudad de Morán, con su moderno edificio gris donde funcionaban los tribunales del distrito, abarrotado de leguleyos acompañando a sus clientes, oliendo a miedo, excitación y expectativa ante las espirales de conflicto que allí se discernían; y por el humilde poblado de Sierra Mansa, apenas un ranchería, donde nos albergaron en la casa del jefe comunal, un indio callado y de ojos profundos, que nos dejó su habitación para ir a dormir en una carpa montada sobre el esquilmado jardín, huérfano de flores por la mala seca y el calor irrespirable sin humedad.

Tan así era, en apenas dos meses de aventuras.

–Bueno muchacho, estoy esperando… ¿acaso es tan difícil contestar qué es lo que has aprendido en estos sesenta días? ¿O acaso no has aprendido nada?

–Estaba asumiendo que cumplimos dos meses juntos. No estaba contando los días.

–Pues más te vale que empieces a llevar la cuenta; eso es algo que también debes incorporar a tus costumbres. La determinación del tiempo pasa por nuestra propia mensura. No hay tiempo si nosotros no estamos para contarlo. Es nuestro deber hacerlo. Toma nota. Ahora, antes de que me exaspere, ¿qué has aprendido conmigo? Te devuelvo a Benavides, si no puedes extraer alguna lección inteligible de estas jornadas juntos.

–A ver –dije entrecerrando los ojos, disfrutando de la expectativa que creaba en Ordóñez que necesitaba regar su ego con mi lista de conocimientos extraordinarios adquiridos merced a su gracia y erudición–. He aprendido a taparme con tapones de cera los oídos de noche, para no escuchar sus ronquidos de gigante espantado; a cuidarme de no acompañar sus atracones de comida y privilegiar mi aversión al pecado de la gula en vez de dejarme tentar por su generoso convite; he logrado dominar el arte de aprovechar las sobras de sus opíparas cenas para armar bocadillos para los largos viajes y aprovisionarnos de agua; he aprendido a limpiar un automóvil y reprimir mis ganas de orinar hasta que a usted le parezca que es el momento adecuado; he aprendido a manejar mis tiempos para utilizar los servicios sanitarios en los breves intersticios que usted me deja, a llevarme siempre papel higiénico de los baños de los hoteles, porque los de la carretera nunca tienen y a ordenar el vendaval desordenado que acecha su paso; he aprendido a distinguir las intenciones aviesas de un seductor masculino que me pretende, ya que no puedo contar con usted para defenderme…

–¡Eso es injusto! –me interrumpió Ordóñez, quien para mi sorpresa se reía a mandíbula batiente, haciendo corcovear al sufrido Plymouth–. Yo desconocía tus inclinaciones sexuales. Pero está bien,

es una buena lista la que has confeccionado. Me has hecho reir, muchacho. De todas formas, aunque sabes que mi intención era otra, si te detienes un poco en tus propias argumentaciones, verás que un delgado hilo las conduce, las armoniza y les da sentido, como si fuera un intertexto algo oculto, pero evidente si sabes hurgar un poco.

–No lo veo.

–Es simple. Has aprendido a adaptarte a otro. Has alcanzado un máximo de eficiencia para amoldar tus necesidades a la matriz inflexible que te era impuesta. Has sorteado un escollo muchas veces infranqueable con singular éxito. Si me permites compartir un secreto, te diré que no hay tanta gente que me tolere bien. – y Ordóñez dejó explotar otra de sus estentóreas carcajadas que hizo que el Plymouth de nuevo se zarandeara mientras subía la cuesta del camino a Cañada Verde y una brisa sutil nos traía los rumores del mar que no estaba muy lejos.

–Pero permíteme que te diga lo que creo que has aprendido.

Asentí, mientras me imaginaba el romper de olas espumosas y gigantescas y reprimía el deseo de pedirle a Ordóñez que se callara, que no quería que su vozarrón se hendiera en los juegos de mi imaginación que dibujaba un mar perfecto, un mar soñado, un mar que nunca había podido conocer.

–En este tiempo has descubierto la fuerza incontrastable del mundo capitalista; has conocido la simplificación del arte en su estado más expuesto, como simple mercancía y los avatares nada espirituosos de quienes comerciamos con él; has visto los pequeños caprichos, las súbitas negociaciones y el alma voluble del mercader. Debieras haber comprendido el aliento a justa deportiva, a pequeña batalla que da contexto a una transacción venturosa y el sabor a éxito que entraña una venta obtenida y cobrada; así has medido el signo notable del intercambio de mercaderías por dinero, motor de transacciones y oxígeno de la vida mercantilista. Hoy has crecido, miras el mundo de otra forma, menos inocente, tal vez, pero más maduro, más preparado….

–Ordóñez, ¿usted hablaba de motores?

–Sí, claro, mi muchacho, en sentido figurado, el motor de la economía moderna, la divisa monetaria, el gran traccionador de nuestro universo…¿ por qué preguntas?

–No, porque escucho algo raro en el motor del auto, no sé, como si tosiera, fíjese…

Ambos aguzamos el oído, pero en rigor de verdad, no hacía falta extremar el sentido auditivo. El motor no tosía, sino que expectoraba rabiosamente, como si le hubiera dado una alergia mortal, y el capot se contrajera como un pulmón enfermo, ennegrecido de nicotina y a punto de colapsar en un neumotórax de condición terminal. El auto se retorcía al ritmo de las convulsiones del motor y Ordóñez se puso pálido.

–Nunca le había pasado algo así.

–Bueno, deténgase antes de que explote. Busque un claro, hombre, por favor.

Ordóñez estacionó tras una curva, en una hondonada bajo unos pinos de copa esmeraldina. El motor seguía gimiendo, a pesar de que Ordóñez había quitado la llave de encendido, como si estuviera dando sus últimos estertores. Amenazante humo blanco salía por el capot.

–¿Qué hacemos? –pregunté.

–Vas a hacer autostop. Tú sólo; a mí nadie me va a levantar. Irás hasta el próximo pueblo que es Hortiguera, y pedirás ayuda en la estación de servicio. Seguramente enviarán un remolque. Yo te esperaré aquí.

–¿Está seguro? Mire que pronto llegará la noche, y no sé si estaré de vuelta antes con la ayuda.

–No te preocupes. Sé cuidarme sólo. Hasta ahora nunca tuve un ayudante. Si tú no estuvieras, debería caminar hasta el poblado, dejando el auto aquí, a la intemperie y en riesgo. Mira qué gran ayuda has resultado. ¿quedó algo de comer?

–Sí. Tiene un par de pastelillos y agua en el termo.

–Bien. Toma algo de dinero, por si te piden un anticipo en la Estación de Servicio –me dijo, alargándome un par de billetes arru-

gados–Y trata de memorizar dónde estamos parados, para dar bien las coordenadas al remolque cuando venga por mí. Y ahora, ándale, ponte al borde de la carretera y has el gesto apropiado con el dedo hacia tu destino, que sino nadie se detendrá.

No fue tan fácil. Los automóviles pasaban como bólidos y me dejaban como estaca lista para muesca de carnaval. La rigidez de un calambre inusitado me iba ganando la musculatura mínima del pulgar, rígido en la recurrencia del autostop a que lo había condenado, cuando un inmenso camión con acoplado clavó los frenos en un chirrido ensordecedor. Un morochazo de oscurísima y enjambrada cabellera bajó la ventanilla del acompañante con esfuerzo, me observó con detenimiento y dirigiéndome una amplia sonrisa, me saludó:

–Tenga buena víspera, compadre. ¿Qué le ha sucedió con la chatita? –dijo, señalando con un dedo largo coronado de uña de guitarrero al Plymouth estacionado.

–Me parece que está al borde de la extremaunción -le contesté–. Si no le viene mal, ¿me alcanzaría hasta Hortiguera? Ahí pediré un remolque.

–Cómo no compadre, nadie está exento de que las fieles monturas a veces se empaquen. Y para eso estamos los compadres de la carretera, para ayudarnos cuando es preciso, ¿no es cierto? Venga nomás. Súbase que es seguro.

Un pequeño retorcijón me frunció el intestino superior, cuando la puerta se abrió, saludé a Ordóñez con un abanico del brazo y continué sólo con mi nueva compañía, en un gran vehículo de transporte de carga, cuyo arranque fue suave como una caricia de brisa matutina.

La tarde recién comenzaba y Hortiguera no quedaba lejos.

El conductor me sugirió que me acomodara; el asiento era mullido y me convidó un café muy decente que me permitió servirme de un termo plateado.

Era un gran conversador y muy rápido habíamos dejado atrás los temas del tiempo, el estado de las carreteras y el fútbol.

La actitud de Savino –así se llamaba mi providencial rescatista– me llamó la atención de inmediato. Existía un doblez en su discurso que no podía terminar de calificar. Era amable y despreocupado. Su voz pequeña era atenta y tenía una sonrisa fácil, con la que acompañaba un decir cálido, con una inquietud curiosa, pero respetuosa, respecto de Ordóñez y de mí. Sabía construir un diálogo ligero y en poco tiempo tuvo todas las piezas listas del rompecabezas que debíamos constituir el voluminoso Ordóñez y yo, estacionados en un viejo y ostentoso Plymouth a la vera de la carretera principal del Estado. Pero en determinado momento un automóvil lo traspasó en una curva en una mala maniobra y Savino, de manera instantánea, lo imprecó en diez formas distintas. Y entonces me dí cuenta. No por los insultos en sí, sino por el tono en que fueron proferidos y toda la transformación gestual que se operó en su físico. Sus ojos se achinaron y destellaron un brillo maligno, sus labios se afinaron y se pusieron blancos y su musculatura se puso tensa; tuve la profunda impresión de que era un hombre capaz de matar. En forma instintiva me arrellané en mi asiento y Savino, alerta, se percató de mi cambio. Su voz se aterciopeló y volviendo a su actitud –ahora lo sabía– preocupadamente despreocupada, me contó un cuento muy simpático sobre su familia, cultivadores de cacao en el Norte. Sonreí con medida simpatía, y le conté que mi padre había sido exportador de cacao. Me preguntó por él, y le dije que había muerto hacía muchos años.

–¡Cuánto lo siento, muchacho! –me dijo, con una sinceridad que parecía auténtica, y siguió interrogándome sobre la difícil, imaginaba, viudez de mi madre. Pero yo ahora sabía y él sabía que yo sabía.

No puede reprimir la pregunta:

–¿Qué carga transporta este camión?

–Menos pregunta Dios y más perdona –me contestó, enigmático y no volvimos a conversar hasta media hora después, cuando me dijo:

–Vamos a hacer una parada aquí, en una estancia.

–¿Una estancia?

–Le dije que mejor no pregunte nada. Usted quédese sentado, sin

decir agua va, ni mirar, ni nada, que enseguida seguimos para Hortiguera.

Por supuesto que ni me moví. Parecía una estatua de piedra. Savino dobló hacia la derecha y tomó un camino rojizo casi oculto por los pinares y álamos de frondosa hojarasca y subió por el encrespado sendero hacia atrás del morro, estacionando bajo un destartalado galpón de chapa. El zinc hacia horas que se estaba calentando bajo el sol del trópico, así que el calor era pegajoso y constante. Pero creo que yo sudaba más por el temor que por la alta temperatura.

Savino bajó del camión y tres personas salieron de atrás del galpón. Se encontraron a mitad de camino protegidos por la sombra de una gran palmera. Hablaron entre ellos en voz baja. Pero agucé el oído y pude entender más o menos lo que decían.

–Buenas compadre, ¿todo en calma?

–Todo en calma y con la encomienda pronta–respondió Savino.

–No es hombre de compañías usted, mi amigo, pero veo que ha decidido no viajar sólo en esta manga. –Dijo el más bajo del trío, el único que hablaba, señalándome con un golpe de cabeza.

–Es verdad, la que más aprecio es la compañía del camino, pero –dijo y bajó la voz– me encontré a un par de personas con un auto averiado y como el Comandante supo por un soplido que había gente de Charadía tratando de ubicarnos, me pareció útil subirme el pequeño al vehículo y agenciarme información. Está limpio, no sabe nada. Lo dejo en Hortiguera y se terminó.

–Obtenida la información, inútil el informante, así pensamos por acá. No nos gustan los cabos sueltos. Si quiere faena, los muchachos lo ayudan con gusto, compadre… –La que había hablado era otra vez la más baja de las tres siluetas. Se rió con malicia y sus segundones imitaron mal la risotada, pero el efecto de esas carcajadas desprovistas de humor era aun superior a la malicia; era siniestro.

–No hace falta la faena, aunque se agradece. El blanquito es divertido y me ameniza el viaje. Como una mascota. –la respuesta de Savino tardó como un siglo para mí. El corazón se me había detenido por completo y sentía que la parca había acordado la partida defi-

nitiva hacia mi destino final y que sus sicarios me traían la tarjeta de ingreso. Sólo puede volver a respirar cuando fui recategorizado como animal doméstico. Una respuesta diferente, un segundo de hesitación de Savino, hubiera significado mi fin.

–Una mascota, ¡Ja, ja! –volvió a reír el hombre bajo, y sus secuaces insistieron con su coro, huérfano de toda alegría–. Vamos, Savino, basta de introducciones. ¿Trajo nuestros paquetes?

–Por supuesto, con un regalo del Comandante para usted. A ver si me ayudan.

Y los cuatro caminaron hacia atrás del remolque. Seguí su paso por el espejo retrovisor, hasta que desaparecieron de mi alcance. Sentí puertas que se abrían y cerraban y bultos pesados que chocaban contra el piso apisonado del galpón, ruidos duplicados por el eco de las chapas de zinc. Otras voces y sonidos se superponían, pero ya la distancia era mayor y no pude distinguir lo que decían.

Al rato volvieron a aparecer las cuatro siluetas en el espejo retrovisor del camión.

–¿Seguro que no quiere contar, Savino?

–Seguro. Si usted lo dice, debe estar todo aquí –dijo Savino elevando un poco su brazo derecho que ahora cargaba una mochila color caqui cerrada.

–Bueno, déle mis saludos al Comandante y dígale que espero lo mismo la semana próxima.

–Serán dados los saludos y el mensaje, pierda cuidado.

Sin estrecharse las manos, las siluetas se separaron. El trío llevaba dos grandes baúles. El hombre bajo, al medio, cargaba los extremos centrales de ambos, y los más corpulentos, cada uno el extremo alejado de cada baúl. Caminaban con dificultad y formaban un dibujo grotesco hasta que desaparecieron tras el galpón. Savino se subió al rodado. Guardó la mochila en un armario con doble llave que se encontraba disimulado en el piso, bajo la alfombra a sus pies, puso en marcha el motor y con mucha suavidad desandamos el camino del morro y volvimos a la carretera con destino a Hortiguera, cuando el sol iniciaba su inclaudicable descenso al ocaso. Era conciente del

ruido que producía el castañeteo de mis dientes, pero no lo podía evitar. Savino me alcanzó otro termo con agua fresca y me invitó a que me sirviera. Lo acepté pero el temblor de mi mano hizo que me volcara la mitad. No dije nada y Savino tampoco.

A la hora llegamos a Hortiguera. Una Estación de Servicio custodiaba la entrada al villorrio. Algunos autos y camiones circulaban por la calle, pero nadie parecía reparar en nosotros. Savino detuvo el camión en la cuadra de enfrente. Pasó su brazo por delante de mí, mirándome fijo a los ojos. Abrió mi puerta sin dejar de mirarme.

–No me conoces, no has visto nada hoy. Jamás me recuerdes. Y bájate.

Mis piernas, débiles, apenas me sostuvieron. Savino cerró la puerta, aceleró y se perdió de vista antes de que yo cruzara la calle. Sin llegar a hablar con nadie, me escurrí dentro del baño hediondo del lugar y coloqué la traba. Vomité durante largo rato. Me mojé la cabeza y esperé hasta que el mareo pasara. Entonces salí y me dirigí hacia el encargado del taller de la estación para pedir por el auxilio mecánico. Le dí el dinero apretado en mi bolsillo sudado y las coordenadas donde esperaba el Plymouth. Ya comenzaba a oscurecer. Ordóñez hacía rato que esperaba y debía estar preocupado.

CAPÍTULO CUATRO

Por supuesto que pensaba en Judith. Todo el tiempo. Le escribía apasionadas cartas y poemas de amor en una redonda caligrafía muy esmerada. Primero luchaba con borradores que sufrían embates furiosos porque las ideas no se consolidaban con el talento que mi amada merecía. Cuando el agotamiento me ganaba y creía que el producto de mi esfuerzo había alcanzado algún grado de inteligibilidad, intentaba pasar en limpio lo que había pergeñado. A veces Ordóñez me ayudaba, pero en general desechaba sus ideas porque le resultaba difícil dirigirse al otro, al sujeto amado. Su florida prosa se engolaba en la descripción de SU sentimiento, de SU sufrimiento, de SU nostalgia. Un poco de ego podría ser aceptable, pero yo prefería destacar la nobleza del perfil de mi Judith, el perfume anhelado de su presencia, el recuerdo de la dulzura de voz, la plenitud que me forjaba su abrazo, la humedad de sus besos apasionados. Y allí Ordóñez no me era de ninguna utilidad. Allí estaba sólo. Entonces, dejaba correr la tinta sobre un block de hojas que había comprado en una fina librería de la ciudad de Colón y un estado de ensimismamiento me permitía acortar los tiempos de las grandes distancias que recorríamos en el Plymouth. Y después, cuando al final lograba pasar algo en limpio, retiraba con esmero la hoja del block, la leía una vez más pensando con intensidad en Judith, y como si a ella acariciara, la doblaba prolijamente y colocaba en un sobre que guardaba dentro de otro que dirigía a mi madre y a mi tía, con la consigna, el pedido, el ruego, de que se la hicieran llegar a mi querida. Era conciente de que si el padre o los hermanos de Judith llegaban a ver una carta remitida por mí, ella sufriría con dolor las consecuencias. A mi familia le contaba en prieta síntesis los caminos recorridos y lo amable que era Ordóñez

conmigo y les pedía que me escribieran a la Capital, al domicilio de la Editorial, estimando el tiempo de mi arribo, que ahora no parecía tan lejano.

Extrañar me dolía un poco, así que las intempestivas interrupciones de Ordóñez con sus debates comenzaron a ser bienvenidas.

–¿Qué opinas de la democracia, Christian?

–¿A qué se refiere, Ordóñez? ¿A la democracia de nuestro país? ¿O a la democracia en general, como sistema de gobierno?

–La democracia es una mierda, muchacho, en cualquier hipótesis.

–¿Qué dice Ordóñez? ¿cómo puede decir una cosa así?

–Así lo digo. Estoy harto de que me hablen de la democracia de aquí, del pueblo, de la libertad y tanto. Al final tenemos a los gobernantes que elige un pueblo bárbaro, ignorante y haragán, que cada vez es más bárbaro, ignorante y haragán porque así lo van convirtiendo los gobernantes que esperan seguir siendo votados. Es un círculo vicioso que no tiene remedio.

–¿Y los valores de la Democracia no le importan?

–¿De qué valores me hablas, muchacho? ¿Aquellos que se mancillan todos los días? ¿De la honestidad acallada por la corrupción? ¿De la Justicia comprada por los poderosos? ¿De la libertad de prensa amordazada por los grandes intereses económicos o por la censura más violenta?

–Pero ¿por qué está tan escéptico hoy? ¿La cena le dio acidez?

–Mis eructos no tienen nada que ver con aquellos pensamientos que acuno en mi espíritu libre desde siempre –declamó Ordóñez con actitud de tribuno romano, mientras yo bajaba la ventanilla a toda velocidad para airear el interior del auto–. La democracia no es el Gobierno de la mayoría, sino de la minoría más artera y astuta que sabe ganarse a la mayoría. No es lo mismo.

–A mi juicio, la democracia no es perfecta, pero es el más perfecto de los sistemas existentes.

–Pero eso es una paparruchada, una frase hecha que no tiene el menor valor. No puedes repetirla como si fuera una definitiva verdad revelada. Al menos, espero algo más de ti.

–Entonces, ¿qué prefiere? ¿un Gobierno aristocrático? ¿una oligarquía? ¿o acaso una tiranía?

–Me extraña, jovencito, que lo tomes tan a la ligera. Debieras estar a la altura de alguien con tu cultura de origen, tus ancestros.

–¿A qué se refiere? –dije, colocándome a la defensiva.

–Me refiero a tu gran pueblo, a Nietzche, a Wagner, al superhombre, a las Valkirias, los Nibelungos, a la fuerza de la raza.

–Pero déjese de joder, hombre. Yo no tengo nada que ver con eso, yo soy de Benavides. Soy de acá.

–Bueno tu documento dice que eres nacionalizado. Debes haber venido de pequeño.

–¿Cómo, qué dice?

–Sí; ¿recuerdas cuando te pedí la copia de tu documento?; en ese momento quería saber si ya tenías los dieciocho. Sin embargo, cuando lo tuve a la viste y lo estudié me llamó la atención que habías nacido en Düsseldorf. En el año 1942, plena expansión alemana en aquella época.

Me quedé mudo. Nunca había tenido conciencia de que había nacido en suelo alemán. Mis padres nunca me lo habían dicho. Yo jamás había pedido copia de mis documentos, así que me había mantenido en una completa ignorancia. Sacudí la cabeza.

–Bueno, debo haber llegado de muy pequeño, porque mis primeros recuerdos ya son en Benavides. No tengo ningún registro de haber siquiera conocido otro lugar hasta que me subí a este Plymouth –dije, un poco agresivo.

–Muy bien, muy bien. No tienes por qué tomártelo a la tremenda. De todas formas tus padres te deben haber inculcado su cultura, su forma de apreciar la vida, las bondades del orden, del rigor, de la eficiencia, del factor trascendente de un líder.

–Usted está loco Ordóñez, nunca me inculcaron nada de eso, y si lo hubieran hecho les hubiera escupido en la cara y me hubiera ido mucho antes de mi casa. Yo no soy nazi, si es lo que usted piensa insinuar. Mis padres nunca fueron nazis.

–Yo no insinúo nada. Pero deberías coincidir conmigo que a tu

madre no le ha debido gustar mucho tu relación con esta niña, Judith, de la que tanto hablas; así como al padre de Judith no le ha venido en gracia el amor que la muchacha te profesa.

–Pero, pero, ¿cómo es que terminamos hablando de ésto? ¿qué tienen que ver los nazis, mi mamá y Judith con los valores de la democracia?

–Todo tiene que ver con todo, Christian, este es un mundo interconectado, todo está relacionado.

–¿Y ahora me va decir que además de antidemocrático, usted es filonazi y antisemita?

Ordóñez lanzó una de sus habituales carcajadas.

–No se trata de lo que diga de mí. A veces me gusta jugar al juego de las apariencias. Tal vez aquí lo importante es saber lo que tú piensas. Averiguar quién eres de verdad.

–Usted me exaspera, Ordóñez, me tiene harto.

Las últimas estaciones de nuestro periplo, resultaron las más provechosas en términos de venta. Las ciudades más alejadas o los pueblos más pequeños eran los menos visitados por los representantes de las editoriales, tal como pasaba en Benavides, y entonces la transacción comercial se tornaba más sencilla. Torres, Arrecifes, Zimbra, los poblados se sucedían con velocidad y las características de cada uno de ellos comenzaron a confundirse en mi memoria.

La vegetación era deslumbrante, y el sol, a medida que subíamos hacia el ecuador, se había hecho más intenso. En varias oportunidades había sentido la presencia cercana e inquietante del mar, y le había pedido a Ordóñez que me permitiera pasar unas horas en la playa.

–Quiero que tu primera cita con el océano sea todo lo esplendorosa que la ocasión merece. Será tu primera vez, y las playas arcillosas de la costa de Meluacato no son el marco adecuado para tan glorioso momento, cuyo recuerdo te acompañará por siempre. Ten un poco de paciencia y te prometo que cuando arribemos a Metapa las

altas olas de un más cálido mar acariciarán tu cuerpo, y la arena tibia dará cómodo cobijo a tu descanso de una forma que jamás olvidarás. Yo también espero allí guardarme unas horas de ocio y regocijo que tanto necesito, antes de emprender el regreso.

CAPÍTULO CINCO

Finalmente llegamos a Metapa, cerca de las navidades. La ciudad era pequeña, pero muy concurrida en esta época dada su proximidad al mar. Varias comunidades no sólo de nuestro país, sino de nuestros vecinos la utilizaban para allí pasar sus períodos vacacionales. Todavía era demasiado pronto para que los contingentes de turistas vinieran en masa, pero los primeros adelantados, sobre todo los que no tenían párvulos en edad escolar, habían dado comienzo a la temporada estival.

Los hoteles y pensiones estaban recién pintados y los bares y restaurants ofrecían nuevos menús y muchos mostraban, orgullosos, sus sillas y sillones retapizados o luces renovadas para iluminar sus estancias y salones, como resultado del trajín del principio del verano.

–Aquí no haremos ventas –me informó no sin cierta solemnidad Ordóñez–, aquí venimos a divertirnos.

Llevamos el Plymouth hasta el estacionamiento de un hotel, el Gran Conquistador, que contaba con un edificio moderno de apreciables dimensiones y ciertos detalles de lujo que, por cierto, no había apreciado en ninguno de nuestros anteriores hospedajes. La sala principal, o Lobby, como ampulosamente ostentaban los carteles que la distinguían, era espaciosa, y estaba decorada con buen gusto; una gran lámpara pendía del techo ornamentado con incrustaciones, sillones de cuero reluciente, jarrones con flores del día (delgadas, altas y sofisticadas y coloridas madreselvas) y mesitas ratonas con periódicos y revistas actuales. Sobre un alto mueble oval, de base y tapa de gruesa madera de roble que descansaba sobre la pared lateral, depositaban constantemente jarras con jugos y café, y platitos con frutas secas para los huéspedes. Ordóñez se dirigió a la recepción y yo me quedé pasmado ante el enorme ventanal que daba al contrafrente y

que enmarcaba el más hermoso y azul mar que nunca hubiera visto. Es que el hotel estaba estratégicamente ubicado sobre un promontorio elevado, y desde sus adyacencias se dominaba toda la extensión de la bahía de Metapa.

Ordóñez me tuvo que llamar tres veces para que reaccionara. Había terminado el check-in y debía ayudarlo a subir nuestras maletas y bártulos a la habitación. Pero me era difícil apartarme del espectáculo que el mar me ofrecía. Con esfuerzo me alejé del ventanal, cogí el equipaje y subí con Ordóñez al elevador que nos llevó hasta el último piso del hotel. Allí me cupo una nueva sorpresa.

–Esta es la llave de tu habitación. Yo estaré en la contigua. Por tres días dormirás sólo. Te lo has ganado. Yo tal vez tenga cierta compañía y tú puedas hacer lo propio y hay ciertas promiscuidades que afectan mi sentido del buen gusto.

–¿En serio? –No daba crédito a lo que oía.

–De verdad. Te lo has ganado. y ahora, voy a dormir una siesta. Estoy un poco cansado del viaje. Tú puedes bajar a la playa. Toma, ten algo de dinero. Cómprate un bañador y protector solar en la tienda del hotel. Vuelve aquí al bajar el sol, báñate y acicálate, que a las ocho salimos de parranda. Te voy a enseñar la otra cara de Ordóñez.

Con ese halo de misterio merodeándome, cumplí con las instrucciones de Ordóñez. Me compré el bañador, de un azul eléctrico ilustrado con grandes flores violetas, unas hawaianas, una toalla, un protector solar, unos lentes oscuros y un pequeño bolso playero. Salí por la puerta trasera del hotel y accedí a la playa privada por un sendero de tablones de madera que zigzagueaba entre los médanos. Había muchas tumbonas de plástico de un amarillo tenue, vacías. Me senté en una de ellas y enseguida un mozo del hotel se me acercó para traerme una colchoneta que patrocinaba una marca de cosméticos que allí estampaba su estilizado logotipo. Me recosté, me unté bien con el protector, me calé las gafas y me recosté rumiando el placer cosquilleante que me producía la vista plena de la bahía. Había poca gente en la playa. Algunos trotaban al borde del mar, otros tomaban

sol, unos pocos leían. Una pareja jugaba a la pelota paleta en una zona donde la arena parecía más apisonada y varios jóvenes jugaban al voleyball en una cancha administrada por el hotel. En el océano, lejos, se veía el pasar distinguido de barcos de porte y cruceros gigantescos y una isla pequeña recortaba el horizonte exhibiendo orgullosa un puñado de palmeras erguidas. Cada tanto la paz se interrumpía con el rugir vertiginoso de los motores fuera de borda de una lancha multicolor que cruzaba la bahía. Me parecía oír por encima del rugido, las risas de las muchachas hermosas que se recostaban sobre sus cubiertas con un gin tonic en sus manos. Pero seguro que eso era la parte de la escena que mi imaginación adosaba, porque era imposible distinguir nada sobre aquellas lanchas y muchos menos escuchar sonido alguno a la distancia, teniendo en cuenta lo que bramaban sus motores. Sin embargo, me gustaba imaginar que todo era diversión y esparcimiento y, sobre todo, me gustaba imaginar a las muchachas.

En algún momento, mi mente me trajo a Judith y desee intensamente que estuviera allí conmigo, y poder abrazar su cintura mínima mientras la empujaba hasta el mar, y ella se oponía, más por juego que por otra cosa, y le besaba el cabello y la seguía arrastrando y finalmente llegábamos a la orilla y allí nos caíamos, chapoteando y jugando y dejando escapar libres carcajadas de felicidad. Un perro ladró, me percaté del vacío de Judith y mi soledad se hizo ostensible y me dolió. Me prometí esa misma noche escribirle una carta.

Sin poder despegarme de cierto desasosiego, me acerqué hasta la orilla. El agua estaba helada. Me interné sólo hasta que el borde fluctuante alcanzó el límite máximo de mis rodillas. Las olas llegaban y me salpicaban y no me animaba a adentrarme más, porque la corriente era fuerte y no sabía nadar. Al retirar el agua, mis pies se hundían en la arena blanda y perdía un poco el equilibrio. Con el reflujo, recuperaba balance y en ese juego inocente me abandoné por un largo rato, hasta que me empezaron a arder los hombros y los sentí teñirse de un colorado intenso. Dí media vuelta y me compré un helado de fresa en un pequeño chiringuito a pocos metros de la entrada del hotel. Me volví a recostar en la reposera, me puse la toalla

sobre los hombros calcinados y continué oteando el horizonte hasta que el sol, a cargo de una sinfonía policromática excelsa, se despidió de mí en un sereno atardecer.

Ordóñez estaba realmente excitado. Caminaba a gran velocidad y me obligaba a trotar para no perderle pisada.

–Vamos, vamos –me urgía, con su voz entrecortada por la agitación.

–¿Pero dónde vamos?

–Ya lo verás. Paciencia.

–Tengo paciencia, pero me gustaría saber adónde vamos.

–¿Tienes miedo a la muerte?

–¿Qué? –Otra vez la irrupción repentina de un inopinado interrogatorio.

–Eso, nada tan complicado, pequeño. ¿Qué piensas de la muerte, la parca, el Nigromante? ¿Crees en un más allá? ¿Le temes? ¿Te tienta la idea del Edén? ¿Te acicatea la noción del Averno? El Averno ó el Hades ó como quieras llamarlo. Imagino que alguna vez has permitido liderar tus pesadillas a tan curioso y poderoso personaje como Lucifer, Belcebú, Mefistófeles o el Príncipe de las Tinieblas.

–¡Ah! Usted habla del Diablo y el infierno… ¿Qué pasa? ¿Estamos por cometer algún pecado? ¿Su espíritu padece de algún problema de conciencia?

–¿Por qué no puedes contestar una simple pregunta? ¿Desde cuándo te has convertido en un dechado de suspicacias?

–Primero, no me ha formulado una simple pregunta y segundo… no lo sé, tal vez sea el resultado de tantos interrogatorios.

–Bueno, muchacho, ¿tienes o no miedo a la muerte?

–La verdad es que no lo sé. Depende…

–¿De qué?

–De cómo y cuándo venga.

–¿Podrías ser más explícito?

–Depende de cuánto dolor la acompañe y cuantos sueños y pro-

yectos deje truncos. Esa será la medida del dolor que me imponga –supongo–. ¿Satisfecho?

–Es una buena respuesta, un poco egoísta, me parece, pero aceptable.

–No necesariamente me refería a mi dolor o a mis sueños –repliqué.

–¡Touché! –exclamó Ordóñez, por fin complacido y por un rato cerró su gran bocaza.

Nos estábamos alejando del centro de Metapa. Habíamos pasado por restaurants, bares y teatros que ofrecían diversión, música en vivo y baile, que me habían llamado la atención por las coloridas decoraciones y lo animado de su ambiente. Nos detuvimos frente a uno de ellos y pensé que entraríamos, pero Ordóñez solamente se entretuvo allí unos minutos para saludar con familiaridad a un barman vestido con chaleco y palomita fucsia, que preparaba tragos tras una amplia barra, y enseguida seguimos camino.

En una calle lateral, subiendo unos doscientos metros, Ordóñez por fin concluyó su marcha. Dio cuatro golpes fuertes a una gruesa puerta de concreto que parecía disimularse tras dos enredaderas tupidas que daban una flor pequeña y estilizada color naranja que no conocía. Tras unos treinta segundos de espera, repitió los cuatro golpes, y luego dos más. La puerta se abrió sin una sola queja. Dentro había un estrecho hall. Una de las paredes era espejada y Ordóñez sonrió en esa dirección, indicándome que desde el otro lado nos estaban mirando. "Escudriñando" fue la palabra que usó.

Desde un altavoz oculto, una voz distorsionada dijo: "Bienvenidos", y otra puerta en el extremo opuesto por donde habíamos ingresado, se abrió.

Una música ensordecedora nos recibió aun antes de traspasar el umbral. Un morocho alto y musculoso enfundado en un smoking impecable salió a nuestro encuentro. Detrás de él pude divisar varias pistas donde la gente bailaba boleros con luces tenues, mientras el humo de los cigarrillos y los cigarros cubanos tejía densas volutas que abrazaban a los danzarines.

–¡Ordóñez! Encantado de verte –dijo el morocho, mientras extendía a mi cicerone la mano para un enérgico apretón a modo de saludo, y le sonreía con diez mil dientes perfectos que brillaban en la media penumbra del salón– Es un gusto tenerte de nuevo con nosotros, tan puntual, un año exacto desde tu última visita.

–Luisito, es enteramente mío el placer –contestó Ordóñez, devolviéndole una sonrisa de una más auténtica alegría.

–¿Vienes acompañado? –quiso saber Luisito, al dirigirme una mirada que me traspasó, sus ojos abiertos en un alerta profesional y acerado, aunque la sonrisa se le mantuvo inalterable en los labios. Me recorrió un escalofrío.

–Pues sí, hombre. Te presento a Christian Schmidt. Mi acompañante desde hace cinco meses. Se ha portado muy bien conmigo, ha hecho un excelente trabajo y creo que se merece este pedazo de paraíso como premio a su esforzada gestión –no me esperaba tamaño elogio de Ordóñez, pero puse cara de merecerlo y respondí al triturante apretón de manos de Luisito con esforzado estoicismo.

–Bueno, pues bienvenido Christian. Los amigos de Ordóñez son nuestros amigos. Siéntanse como en su casa.

–Gracias, amigo –dijo Ordóñez, y parecía emocionado.

–Y ¿qué prefieres? ¿Un poco de atención femenina primero, o vas directamente a las mesas? –Quiso saber Luisito.

–A las mesas. Vamos a las mesas ya. Y envíame whisky, del que me gusta, sabes, etiqueta roja.

Una rubia platinada enfundada en un pequeño vestido de lentejuelas brillantes nos guió por el salón, primero a través de las pistas de baile, donde la música acaramelada incitaba a la fusión de los cuerpos que bailaban, abstraídos del mundo, y luego a través de un laberíntico juego de pasillos, con varias puertas cerradas, hasta dar con una que abrió para nosotros, luego de tocar cuatro veces. Se corrió a un costado para dejar pasar al voluminoso cuerpo de Ordóñez, y luego a mí, no sin antes dedicarme una sugerente caída de ojos que alcancé a apreciar.

Nos encontrábamos ante un vasto recinto cuadrangular de techos bajos, decorado en forma bizarra con oropeles ostentosos e innecesarios, abarrotado de humo y olor a tabaco. Había tres secciones bien diferenciables llenas de mesas y gente, pero los límites eran virtuales.

–En aquella sección se juega a la Ruleta. Ésta que está frente a nosotros es para Black Jack. Y aquella allí a la izquierda es para jugar al Pócker. Sabes jugar, ¿verdad?

–Nunca jugué en mi vida, Ordóñez. Sé cómo se juega a la ruleta, una vez la biblioteca de Benavides participó en una kermesse organizada por la parroquia y había un bingo y una ruleta. Yo no jugué, pero no es muy difícil entender el mecanismo. He leído novelas sobre el pócker, pero desconozco sus reglas. Al black no sé cuántos jamás lo conocí...

–Black Jack, así se llama. Es increíble la poca vida que tienes, jovencito. A tu edad yo era un experto. En fin. Hoy estoy demasiado sediento de jugar, así que mañana te enseñaré un poco del juego de barajas. Hoy tú le darás a la bola, mientras me dedico al Pócker – con un gesto imperativo llamó a un hombre blanquísimo, casi albino, de escaso cabello transparente que paseaba entre las mesas con una libreta negra en la mano.

–Cómo le va, señor Ordóñez –saludó con voz seca, diminuta –¿va a jugar?

–Por supuesto, a eso vinimos. Por favor déle cien en fichas de ruleta aquí a mi amigo, y a mí lo usual de apertura para el pocker.

El hombre garabateó algo en su libreta y se la ofreció a Ordóñez para que la firmara, quien lo hizo con una mano temblorosa por los nervios y la excitación que lo dominara desde que saliéramos del hotel. Ansioso, se abrochaba y desabrochaba el botón del saco amarillo, se apretaba el nudo de la corbata, hasta dejarlo pequeño y duro y se secaba las palmas sudorosas con un pañuelo azul que llevaba en el bolsillo superior izquierdo, mientras esperaba el regreso del hombre blanco, que había ido por las fichas. Cuando hubo regresado con su preciada carga y nos hizo entrega de los plásticos, Ordóñez me dijo:

–Vé a la mesa que tiene más gente. No juegues de entrada hasta

que no salga un número impar mayor a 22 y en la primera mano juega sólo números pares menores a 20. Haz durar las fichas que tienes. Si llegas a ganar más del doble de lo que tienes, dejas de jugar y me esperas. Yo voy a saciarme de póker. No me desees suerte, no te pierdas sólo por ahí porque es peligroso, y si terminas antes que yo, no te me acerques ni te me pongas a la espalda. Quédate en la barra, allí al fondo del salón. Yo te buscaré. ¿has entendido?

–Creo que sí –dije, tratando de memorizar lo del 22 y el 20.

–Pues bien, ¡a jugar, se ha dicho!

Lo ví dirigirse hacia una mesa de fieltro verde que mantenía una silla vacía. Aún antes de sentarse pidió a gritos un bourbon y su vozarrón logró llegar hasta el bar, pese al griterío y los ruidos de fichas, pasos precipitados, risas nerviosas y frases rituales de los croupiers que dominaban la gran estancia. Me volví lentamente hacia la zona de las ruletas y obtuve un amplio paneo sicodélico del casino ilegal. La adrenalina circulaba como una corriente eléctrica que cargaba de tensión el aire. En las mesas de naipes, esa tensión era reconcentrada y se advertía en gestos pequeños, en los mínimos tics de la gente que jugaba. Un hombre mayor de sombrero texano se atusaba de manera constante su largos bigotes , el jóven elegante de traje de corte italiano abría y cerraba su encendedor Zippo sin siquiera darse cuenta; una muchacha se sacaba y se volvía a ajustar en el dedo mayor de su mano izquierda una sortija con un gran zafiro; un hombre pequeño con un tatuaje en el cuello, cuya ilustración no se lograba distinguir íntegramente, pero parecía un camello o un dromedario, se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de seda verde cada quince segundos. En las mesas de naipes no se hablaba mucho y podía distinguirse el susurro de las barajas nuevas sobre el fieltro reluciente y el paso del sabeau al final de cada cambio de banca. En la ruleta, en cambio, el nerviosismo se traducía en frenesí y vértigo en estado puro. Los jugadores se gritaban cosas, se mordían los labios, tiraban las fichas sobre la mesa, a veces como posesos, sin orden. Se acercaban y se alejaban, se

molestaban unos a otros. Quienes venían en pareja se sugerían o recordaban a viva voz que apostaran por determinado número o línea. Los croupiers gritaban el "no va más" con dura autoridad, y parecían disfrutar de ese mínimo poder de impedir una última jugada a quien sospechaba que podía estar perdiendo la chance de un pleno. La gente también iba de mesa en mesa, observando los resultados, monitoreando los vaivenes de los números que salían y parecían tener ciertas rutinas sujetas a la suerte que endilgaban a los croupiers. Dos ceros seguidos cantados en una mesa generaban un éxodo masivo e improperios nada elegantes. Después de cada canto, los ayudantes del croupier levantaban y ordenaban las multicolores y multiformes fichas perdedoras y pagaban las ganadoras con una velocidad pasmosa, que causaba un embeleso hipnótico entre los jugadores. Allí el tiempo se suspendía por escasos segundos, hasta que, al grito de "abran juego", el vértigo volvía a ganar el ánimo de los participantes.

Con timidez me acerqué a la mesa menos concurrida. El croupier me preguntó si quería color. Como no entendí lo que me decía, le dije que quería jugar y le mostré el papel que me había extendido el albino. Me miró con una suficiencia devastadora, con una mueca de desprecio que me demolió y me hizo descender varios niveles en la escala animal, emparentándome con una cucaracha o una ameba de feo aspecto. Hice caso omiso del desaire y saqué pecho cuando me acercaron una flaca hilera de muy pequeñas fichas de color naranja.

Tal como me había indicado Ordóñez, no jugué hasta que no salió un 25. Entonces jugué a pares menores de 20. El croupier cantó 33 y en 10 segundos había perdido todo. El croupier me dirigió una torva sonrisa. Parecía que se había divertido en grande conmigo. Incluso me pareció que me decía adiós, en voz baja.

Me encogí de hombros y dí media vuelta. Esperaría a Ordóñez en el bar, pensé.

En el giro me topé un hombre de estatura media, tirando a baja, pero fornido. Pese al calor vestía una casaca caqui. Su cabellera canosa, enrulada, contrastaba con la piel cetrina y brillosa. Su mentón firme y gigantesco semejaba el …. de un barco de porte, y determi-

naba el carácter formidable que se desprendía de su aura magnética. Fumaba un puro gigantesco. Sus ojos profundos, carismáticos, eléctricos, que parecían veteranos de mil infiernos, me divisaron, me leyeron, me midieron y me abandonaron en una durísima mirada que no duró más de tres segundos, pero cuyo efecto devastador aun percibo. Tosí un poco, inmerso en la humareda y olor a tabaco que dejaba su cigarro como una estela náutica. Cuando dejé de toser y el humo se disipó, me enfrenté con Savino. Lo reconocí enseguida.

–Veo que te ha impresionado el Comandante, muchacho –me dijo, con voz cálida; estaba en su versión amable–. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Dudé un minuto antes de responder, y ese lapso quizás hiciera toda la diferencia.

–No, Señor. Usted se equivoca, no he tenido el gusto de conocerlo. Pero para lo que guste servirlo, estoy a su disposición –repliqué, con la voz hecha un hilo de seda.

Savino me estudió con detenimiento. Estaría pensando si estaba frente a un deficiente mental, o a alguien que se tomaba al pie de la letra sus instrucciones. Para ayudarlo a tomar una decisión, agregué:

–Estoy realmente de paso por esta zona. Tal vez me confunda con otra persona. Yo sólo vendo libros. Pero si le puedo ser útil, por favor hágamelo saber.

–¡Muy bien! –me dijo Savino, una sonrisa leve bailoteaba entre sus labios, como si realmente se estuviera divirtiendo–. Tal vez me confundí, es cierto. Pero de todas maneras, creo que nos hemos entendido y aprecio eso; déjame estrecharte la mano.

Extendí mi derecha, y al estrecharla sentí que algo pasaba a ella. Savino hizo como que agregaba algo a su saludo y me susurró al oído:

–Vé en paz; sé que no has hecho ninguna denuncia. Y ésto es para compensarte el miedillo de la otra tarde.

Miré mi mano, y allí me encontré con una ficha dorada gigantesca. Ni sé cuánto valdría. Cuando levanté la cabeza para decirle a algo a Savino, había desaparecido detrás de su Comandante.

Decidí que no quería la ficha. Quién sabe cuántos muertos repre-

sentaba. Me acerqué a la primera mesa de ruleta que había a mi izquierda y la deposité en el color rojo, el de la sangre. Me parecía coherente. "No va más" escuché cuando todavía no había retirado del todo mi brazo. Un rumor de admiración y excitación recorrió la mesa al ver el brillo dorado, apostado con desidia sobre un color, a todo o nada.

–Colorado el cuatro –anunció el croupier, y simplemente no lo pude creer. Una montaña de fichas se sumó a mi rectángulo dorado. Estaba tan absorto en la sideral cifra que había ganado, que dejé todas las fichas en el mismo lugar donde estaban depositadas, hasta que el croupier que me observaba fíjamente, mirándome con respeto, volvió a cantar el Novamás. Quería abandonar la mesa pero una fuerza cósmica me retenía preso en el lugar. "Colorado el nueve" fue la melodía entonada entonces. El murmullo de admiración se convirtió en auténtica batahola al haber vuelto a ganar, y un sinnúmero de brazos se amontonó para palmearme la espalda con efusión, no sé si para felicitarme o para adueñarse un poco del estado de gracia con que el azar me había beneficiado en ese preciso momento y lugar. Con un movimiento brusco salí de mi letargo zen y retiré todo lo ganado. Las manos no me alcanzaban para juntar el premio, y para guardar las fichas hube de utilizar todos mis bolsillos. Le dejé un par al croupier, como había visto que hacían otros jugadores cuando salían beneficiados de sus apuestas y me alejé de la mesa, mientras la gente se hacía a un lado, como las aguas del Mar Rojo, para dejarme libre el paso. Allí había un mensaje; el dinero volvía a mí, pero el por qué, no lo podía adivinar.

Nunca me había sentido tan mareado en mi vida. En el bar no servían otra cosa que bebidas alcohólicas de distinta graduación y me bebí tres tragos de nombre exótico para saciar la sed creciente que el juego, los nervios y el ambiente tenso y cerrado me habían generado. Al rato seguía tan sediento como antes, con otra copa en la mano pero con la visión un poco nublada y una hilaridad fácil poco frecuente en mí. Ordóñez tardó todavía una hora más en venir a bus-

carme. Venía trastabillando, también víctima de los efluvios etílicos que corrían, que galopaban, en rigor de verdad, por sus venas. Se abrazaba al albino, que lo sostenía como podía.

–Perdí todo, ¡Ja, Ja! –rugía alegre Ordóñez–. Todo. No me ha quedado una moneda– Y entonces se largó a llorar–. ¿Cómo puede ser? Lo tenía ahí, tenía el póker de sietes, y el andrajoso ese me birló el pozo con una cuarteta de reinas. Justo en esa mano. ¡Tú tienes la culpa! –me gritó cuando me vió.

–¿Yo? –pregunté, riéndome del llanto de Ordóñez, que hacía unos pucheros que me parecían harto cómicos entre sus facciones monumentales–. ¿qué tengo que ver yo?

–Si no te hubiera dado parte de mi crédito, me hubieran quedado unos pesillos para una mano más y me podría haber recuperado completamente –argumentó Ordóñez mientras gruesas lágrimas corrían entre sus mejillas rubicundas.

–Seguramente hubiera perdido eso también –contrargumenté, doblándome de la risa–. ¿Y cuánto perdió, exactamente? –inquirí, en un hilo de voz.

–Cincuenta mil –contestó Ordóñez, ahora contagiado por mis carcajadas, y presa de sus propias convulsiones–. ¡Casi la mitad de lo que vendimos en esta gira!

–¡Ja, Ja! ¿y para qué nos rompimos el traste? ¡Tanto esfuerzo!

–No lo sé… Soy un hombre de gustos caros ¡Ja, ja! –Y Ordóñez seguía llorando, pero ahora de la risa, y yo me destornillaba a carcajadas a su lado.

–Sabrán disculpar que les interrumpa la diversión, pero... –el albino nos hablaba con una voz grave, dura como el titanio– ¿cómo pagará su estado de cuenta, Ordóñez?

–La cuenta, qué gracioso… ¡ja, ja! Mañana le traemos los cheques, ¿le parece bien?

–Lamentablemente no, no me parece bien. Hemos cambiado la política de la casa. Aceptamos sólo efectivo, Ordóñez. O su auto. O su vida. Si prefiere.

–¡Cómo le voy a dar el Plymouth! es un regalo de mi padre, su

legado –respondió airadamente Ordóñez, dejando de lado con indiferencia la amenaza concreta del albino, que ahora estaba secundado por un grandote fornido, cuyo traje apenas le cerraba, marcando su gruesa musculatura, y que había aparecido de la nada, llamado por una seña que nos pasó desapercibida en nuestra payasesca pantomima, y dejando en evidencia que la paciencia del albino estaba llegando a su fin.

–No se preocupe, Ordóñez –intercedí; la suma del tono amenazante del albino y la presencia del matón me habían producido cierto espabilamiento y un hipo grave– a mi me fue bien con la ruleta, se vé que tengo la suerte del principiante ¡Hic! –agregué y Ordóñez entonces volvió a reir, ahora de mi hipo, y casi se descompone de sus descomunales risotadas cuando comencé a descargar las fichas que guardaba en mis bolsillos sobre la barra, entre mis vasos vacíos de alcohol.

–¡Suerte de principiante! ¡Este es mi muchacho! ¡El genio de Benavides! –barbotaba, mientras contábamos las fichas y yo luchaba contra mi hipo. Al ver Ordóñez que las fichas desparramadas sobre la barra -que no eran todas–alcanzaban para pagar su cuenta y sobraba un poco, se envalentonó.–Y me trae tres chicas y un automóvil que nos vamos a celebrar. Con eso deberá alcanzar para todo -dijo-, señalando la montaña plástica multicolor.

–Cómo no, señor Ordóñez –dijo el albino, y me pareció que estaba aliviado de que hubiéramos podido cancelar la deuda sin pasar a mayores; a fin de cuentas, estimaba a Ordóñez, quién lo hubiera dicho–. Ahora ordeno su pedido, esperen en la recepción, aquí mi amigo los acompañará. Y los espero mañana, no dejen de venir –agregó y se alejó con su paso elástico y suave. El mono que lo secundaba nos guió hasta la salida.

–¿Tres muchachas, Ordóñez? ¡Hic!

–Dos para mí y una para ti, Christian; cuestión de tamaño, como comprenderás ¡Ja, ja! Pero tú eliges… Y cada uno en su cuarto, eh, nada de cosas raras…

CAPÍTULO SEIS

Cuando abrí un ojo, el sol galopaba por mi habitación y estaba solo y desnudo. Lola –o Lupita o Lulú, no recordaba cuál de las tres señoritas de alegre compañía me había tocado– se había ido. Las sienes me latían con violencia y sentía que algo pesado estaba incrustado sobre mi frente. Tuve náuseas y fui corriendo al baño, pero no pude vomitar. Me dolía el brazo derecho, tal vez producto de una mala posición, y me lo frotaba inútilmente. Abrí el grifo y puse mi cabeza bajo el agua fría y me calmó un poco la migraña. Llamé al servicio de habitación y con una voz pastosa que apenas reconocí como mía pedí un café y pan tostado y un par de aspirinas. Mientras llegaba el pedido, ordené la habitación y me dí una ducha helada. Una mucama entrada en años, con un rodete tirante y canoso, tocó a mi puerta y me dedicó un gesto reprobatorio cuando le franqueé el acceso mojado y con una toalla ceñida a mi cintura como única vestimenta. Me dejó una mesita rodante con la orden y me hizo firmar un talonario. Esperaba una propina que no le quise dar. No me había gustado su reprobación.

Después de comer y tomarme las aspirinas con el café, me sentí mucho mejor.

Miré el reloj. Era cerca del mediodía y me pareció prudente llamar a Ordóñez, a su habitación. Imaginé que estaría en el quinto sueño y me sorprendió su voz jovial al otro lado de la línea.

–¡Ah! ¡Ya estás despierto, muchacho! Duermes poco, ¿eh? Quizás los hados de la noche no te son propicios. Espérame unos minutillos que enseguida estoy contigo.

A los quince minutos Ordóñez tocaba a mi puerta, vestido con su

traje amarillo recién planchado, una camisa limpia y olor a perfume de lavanda sobre su rostro prolijamente afeitado. No le pregunté cómo la había pasado la noche anterior porque ello implicaría una tácita y anticipada autorización a que me requiriera en reciprocidad idéntica información, me inquiriera por detalles y me daba pudor involucrarme en revelaciones íntimas.

–Escucha, Christian. Quería agradecerte por el aporte de anoche. Sabré recompensártelo. Ahora voy a salir por unos asuntos particulares que tengo por aquí. Así que tómate la tarde libre. Por la noche tengo intención de volver al casino, como despedida, digo, ya que mañana partiremos de regreso. Si te parece bien, a las 9 de la noche paso a buscarte.

–Le agradezco, Ordóñez, pero la verdad es que no me apetece ir de nuevo. Y usted tampoco debería ir. Permítame decirle, pero usted juega mucho; ayer estuvimos muy cerca de pasar un mal momento.

–Tú en eso no te metas –me dijo, repentinamente exaltado– yo sé muy bien lo que hago. No puedo tener tan mala suerte dos noches seguidas. Hoy me resarciré de la pérdida y te devolveré tu parte.

–¿Y si le vuelve a ir mal?

–No seas pájaro de mal agüero.

Su semblante ahora denotaba recelo. Me miraba con extrañeza, como si de pronto lo hubiera traicionado.

–¿Quién me manda a hablar contigo de estas cosas? El primer día te pregunté si serías un monaguillo moralista. Me dijiste que no. Así que métete en tus cosas y déjame tranquilo. ¿vale?

–De acuerdo. Haga como más le plazca.

–Okay, entonces. Nos vemos mañana. Nos encontramos a las doce en el restaurante del hotel, almorzamos y luego partimos. Y no me desees buena suerte porque eso atrae sólo a la mala.

–Entendido. Que la pase bien entonces.

Tenía lo que quedaba del día para mí. Lloviznaba, así que la playa dejaba de ser un lugar apetecible. Me acomodé en el lobby del hotel

un rato y me entretuve observando el mar embravecido con colores de tormenta, tras el grueso cristal del ventanal que me protegía del clima moderadamente inclemente.

Música clásica bajaba de los altoparlantes del estar, creí reconocer la tercera sinfonía de Brahms y algunas sonatas de Beethoven y el movimiento versátil de las aguas, en su ir y venir constante pero a la vez siempre diferente me invitó a perderme en mis cavilaciones. La imagen de Judith se colaba por entre sus intersticios y ahora un nuevo sentimiento acompañaba su aparición: la culpa. Pensaba en ella y me veía la noche anterior, perdido en los brazos de Lulú, Lupita o Lola, medio borracho e incitado a la concupiscencia fácil y me sentía culpable. ¿Debí haberme negado? ¿Debía mostrar una entereza de espíritu más significativa, una madurez que no tenía? Quería ser condescendiente conmigo mismo y perdonarme. Tenía apenas 20 años y hacía medio año que estaba sólo, recorriendo el país con un compañero al menos excéntrico; había atravesado momentos difíciles, peligros que me habían dejado sin aliento y tenía necesidades, era un hombre a fin de cuentas, ¿no me merecía un recreo, una tregua con mi destino, un paréntesis de placer que alivianara mi tránsito? Tomé unas hojas para envío aéreo y un bolígrafo con el logotipo del hotel y quise escribirle a Judith, como si el engarzar letras en oraciones que significaran párrafos cargados de sentido fuera una forma de construir un puente de fidelidad hacia su recuerdo, una forma de dotar de densidad al espíritu de nuestro amor y evitar que se desagarrara en jirones espectrales y evanescentes; como si escribirle a Judith, en definitiva, fuera un modo de expiación. No pude. No logré hilvanar una sola frase. No me salía. Había descendido a un estado de impureza que me tornaba inhábil para pretender el acceso a lo más puro que guardaba en mi memoria. Me ganó la frustración y me sentí furioso con el que había sido anoche. Tomé los papeles mal garabateados y tachados con violencia y los arrojé a un recipiente de residuos muy discreto que descansaba junto a la maceta de una palmera enana. Una niña pecosa que jugaba a un solitario, todavía enfundada en su albornoz rosado, seguramente a la espera de que el tiempo mejorara y

pudiera regresar a la playa, me miró con curiosidad. La ignoré. Me abrigué y pregunté al *concierge* cómo llegar al centro. Me apetecía una larga caminata.

El centro comercial de Metapa se desarrollaba en el extremo opuesto de la zona por la que habíamos transitado la noche anterior con Ordóñez, la zona de bares, restaurants y antros de juerga. Si bien no era muy extenso, en alrededor de cuatro manzanas el centro de Metapa ofrecía al turista una gran variedad de locales de vestimenta de alta gama, en general de afamadas marcas europeas, como Chanell, Christian Dior o Cartier. Se ofrecían también lanas peruanas, vinos chilenos y cueros argentinos. Había decenas de peluquerías para damas, que aprovechaban el ocio para sus tinturas y tratamientos de manos y pies y perfumerías que no sólo vendían esencias y colonias, sino también cremas y líneas cosméticas cuyos precios, carísimos, me sorprendieron. Me entretuve en las tres tiendas de juguetes que exhibía la ciudad. En Benavides no había jugueterías. Los pocos muñecos y juegos que se comercializaban se encontraban en un pequeño sector del almacén y bazar de los hermanos Huidobro. Mis padres nunca me habían comprado juguetes y el niño que dormitaba anestesiado en un hueco lejano de mi alma, se extasió con los artículos importados de mil colores que allí se exponían. Automóviles a escala de colección: Bentleys, Mercedes Benz, Ferraris, Cadillacs, Fords, Chryslers; hasta había un Plymouth idéntico al de Ordóñez. También encontré rifles y revólveres que disparaban balas de fogueo o cebitas, dardos para tirar al blanco, pistolas de agua, muñecos del Far West, indios pieles roja o cowboys vestidos con sus trajes míticos. Había algunos que vestían como El Llanero Solitario, con su máscara inconfundible y otros que decían ser Roy Rogers. En mi recorrida me topé con algunas carpas indias de tamaño natural y caballos de madera de la altura de un pony. En el fondo vendían disfraces de Superman, en unas cajas desde donde sonreía el malogrado George Reeves, el actor que lo interpretara en una serie de la que todo

Benavides hablaba. Para las niñas había muñecas y accesorios que iban desde la ropa y las carteras en miniatura hasta casas enormes, con cuartos amoblados y baños de los que salía agua de sus grifos,a partir de pequeños tanques disimulados en su base. Juegos de mesa, dominós, ruletas, loterías, barajas de póker y españolas. Navegaba entre las góndolas en un estado que mezclaba fascinación y nostalgia por la infancia que no había tenido y que nunca recuperaría. Adquirí un Plymouth rojo bermellón un poco por la vergüenza que me daba estar allí tanto tiempo y no comprar nada, y otro poco para quedarme con un recuerdo de aquellos días, y me pareció que el automóvil, sobre el cual habían transcurrido tantas horas de mi experiencia reciente, era un buen símbolo.

La caminata, el aire fresco, el pequeño vehículo en mis manos y una limonada que me tomé con patatas fritas en un bar decorado al estilo de los cuarenta, me mejoraron el ánimo.

Al salir del bar, me enfrenté pasmado ante un gigantesco cine, el Majestic, una construcción de frente amplio, columnas de bronce a la entrada y puertas giratorias que flanqueaban la boletería protegida por gruesos cristales. Una enorme marquesina anunciaba el estreno del mes: "Los cañones de Navarone", con David Niven y Anthony Quinn. Nunca había ido al cine. Mis rodillas comenzaron a temblar, anticipando la emoción que me embargaba al estar prefigurando la percepción de una experiencia extraordinaria y que deseaba desde hacía muchos años con verdadero fervor, sólo atemperado por la censura que le imponía mi conservadora protección a la frustración de los sueños lejanos, de las ilusiones imposibles. ¿Cuándo vendría un cinematógrafo a Benavides?

Con Erminda Núñez era inevitable estar al día con los corrillos de Hollywood, las novedades cinematográficas y las vidas privadas de sus estrellas. Para Erminda hablar de esas cuestiones era algo tan natural y necesario como respirar, y tenía una colección de revistas, LIFE y COSMOPOLITAN en español, que le brindaban el material que necesitaba para sus ejercicios de divulgación. Los datos que no obtenía directamente de las fuentes gráficas, se lo proporcionaban la

radio, la televisión o sus amigas del pueblo. Así que durante años estuve actualizado sobre los datos de la meca del cine, sobre Elizabeth Taylor y Richard Burton, sobre Rock Hudson y Doris Day, sobre Henry Fonda, Cary Grant, Bette Davis, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Humphrey Bogart, Ingrid Bergman, James Stewart, Kirk Douglas, Deborah Kerr, Fred Astaire, Ginger Rogers, Burt Lancaster, Alan Ladd, Rita Hayworth, Clark Gable, Marlon Brando, Vivian Leigh y tantos otros.

Pensar en la señora Núñez me produjo el destello de una remisión melancólica; parte de su presencia, a pesar y precisamente desde la distancia temporal y geográfica, anidaba en mi memoria y me constituía de algún modo. El lazo afectivo que nos unía, aun dentro de su intermitencia, me generaba patrones positivos; el recuerdo de la oferta de su protección y amistad, contraponía armonía y cierto sosiego en los espacios donde anidaban las ausencias y las pérdidas. Ese equilibrio placentero que sentí al ver los afiches de la película que mostraban a Gregory Peck en plena acción, con la certeza de que pronto estaría sumergido en la negrura del cinematógrafo con una bolsa de palomitas de maíz sobre mi regazo, se constituía con claridad en el núcleo de una sensibilidad que adivinaba perdurable. Esa perennidad se la debía a Erminda, sin duda.

Encaré el camino a la boletería con firme resolución, sabiendo que de alguna forma llevaba de la mano a la bibliotecaria.

–Un boleto, por favor, para la próxima función–le pedí al joven con grandes mostacholes, peinado engominado y uniforme azul que atendía tras el cristal.

–¿Para qué película, señor? –me preguntó y me desarmó.

–¿Cómo para cuál? Yo pensé que estaban dando Los Cañones de Navarone.

–En esta sala sí, es cierto. Pero nuestra compañía tiene dos cines más en la ciudad, y antes del inicio de la temporada centralizamos la venta en esta única boletería.

–¡Ahhh! y ¿puedo saber qué películas exhiben en las otras salas?

–Cómo no. Aquí tiene un programa completo –dijo, mientras me

alcanzaba por el espacio abierto bajo el vidrio, una hoja con información de la cartelera–. Elija tranquilo mientras me permite seguir atendiendo, por favor. ¡El siguiente!

Me escabullí hacia un costado y leí con atención el programa, patrocinado por una empresa que vendía fonógrafos. La Compañía de cines, en efecto, contaba con tres salas en Metapa. El Majestic, frente al cual estaba, el Atlas, que exhibía Desayuno en Tiffanys y el Metropolitan, que ofrecía Amor sin Barreras, que en inglés, aclaraba, se llamaba West Side Story.

Cavilé un buen rato, no lograba decidirme y, un poco en homenaje a la Sra. Núñez, opté por la que creí hubiera sido su elección: Amor sin Barreras.

Volví a hacer la línea, compré mi boleto, le pregunté al vendedor dónde se encontraba el cine, y seguí sus precisas instrucciones para encaminarme hacia allí, a pocas cuadras de distancia.

Todavía guardo en un cajón de recuerdos, junto al pequeño Plymouth de juguete, la entrada al Metropolitan para la función vespertina de West Side Story, un rectángulo de cartón arrugado y de bordes ajados que resiste con estoicismo el paso del tiempo. Es un homenaje a ese primer hechizo, ese brote infeccioso que tuvo lugar aquella tarde en Metapa para ya no abandonarme nunca más. Cómo narrar la vibración que sentí hasta en los huesos cuando las luces de la sala se apagaron y la oscuridad nos ganó, mientras el telón nos enseñaba una pantalla que se convertiría en el pasaporte a otro universo. Un mago encendía un proyector y la banda de sonido se desparramaba por la sala y se apoderaba de nuestros tímpanos. Mientras, las imágenes nos ganaban, nos atraían y nos subyugaban disolviendo por unos instantes nuestra identidad, que se amalgamaba con la de los otros espectadores en una masa única, una experiencia colectiva que potenciaba emociones, ritmos, sensaciones. Nuestras mentes parecían víctimas de un embrujo definitivo y extático, disociadas de la cotidianidad y empujadas hacia una aventura categórica, inyecta-

dos de una energía ficcional que nos hacía oscilar desde la plenitud hasta el vacío, desde la diversión extrema hasta el dolor más brutal.

Y tal como aun guardo en un cajón de recuerdos el boleto del Metropolitan, de la mismo forma guardo los últimos fotogramas con el rostro sufriente de una joven y bella Natalie Word en mis retinas, y los ritmos latinos y la dulzura de "María" en la partitura inmortal de Leonard Bernstein.

Aplaudí de pié al finalizar la función, como esperando que mis palmas batientes , coloradas de emoción y agradecimiento llegaran a los oídos de Robert Wise, director de la vista, hasta que los acomodadores me sugirieron con amabilidad que era hora de abandonar la sala. Supe entonces que había sido inyectado con una sustancia adictiva que, como la literatura, me sería ineluctable por el resto de mi vida.

Salí del cine en un estado de ingravidez, y Metapa giraba a mi alrededor pero al mismo tiempo a miles de kilómetros de distancia, abyecta y fuera de foco.

De alguna forma instintiva, volví sobre mis pasos y regresé al hotel, muy entrada la noche. El estómago me gruñía de hambre pero no le presté atención; mi ahíto espíritu de alguna forma lo saciaba.

CAPÍTULO SIETE

Habíamos quedado con Ordóñez en encontrarnos a las doce en el Lobby, y no aparecía. Pasaban los minutos, el día lucía magnífico y soleado y la playa, tentadora. Pero estaba atado en la recepción. No quería irme justo cuando él bajase. Cerca de la una decidí subir a buscarlo. Golpeé repetidamente a la puerta de su habitación, pero no me contestó. Escuché ruidos extraños y entonces le pedí a la severa mucama del rodete canoso y estirado, aquella a quien conociera la mañana anterior, que me abriera la puerta. Le mostré mi preocupación y accedió. Fue a buscar un enorme manojo de llaves maestras y me franqueó el acceso, para luego desaparecer con sorpresiva discreción. El cuarto era un verdadero caos. Ordóñez lloraba quedamente sobre el lecho. Tenía el llanto de un niño asustado. Hipaba y la espalda se le arqueaba en mínimos espasmos. Era grotesco el contraste entre el enorme corpachón y el desasosiego frágil que mostraba, como si esperara que su mamá lo viniera a abrazar para consolarlo. Al verme, se incorporó, me tomó las manos y se las llevó a su frente, mientras se mecía en un impensado acto de contrición.

–Perdí todo; otra vez, perdí todo…

–¿Cómo…?

–Merezco morir, perdóname, otra vez, perdí todo.

–¿Cómo que perdió todo Ordóñez?, hable claro, hombre.

Ordóñez miraba al piso. De su nariz descendía una mucosidad blanca. Me dio asco. Le arranqué de las suyas mis manos, que recuperé para apoyarlas sobre mis caderas, en franca actitud recriminadora.

–Deje de farfullar y llorisquear, Ordóñez, que no es un chico. ¿qué quiere decir exactamente con que perdió todo?

–Eso, que perdí todo. No queda nada. Me limpiaron… cinco

meses de trabajo perdidos al póker… Un desastre, Christian. No queda nada… –Con un vago gesto señaló la caja donde guardábamos los cheques pagados y las nuevas órdenes de pedido firmadas por los clientes. La caja estaba vacía.

–No entiendo… ¿perdió los cincuenta mil pesos que habíamos cobrado?

–Peor, perdí noventa mil. Se quedaron con las órdenes de compra en garantía del pago del saldo.

–Pero las órdenes de compra superan los doscientos cincuenta mil pesos… El saldo sería de cuarenta mil apenas –dije en un rápido cálculo.

–Yo les dije lo mismo, pero se lo quedan como garantía. La deuda tiene intereses, y no son módicos. Si no les envío en cuarenta y ocho horas el dinero, cederán las órdenes de compra a otra editorial. Entonces estaré perdido…

–¿No tiene ese dinero? ¿Lo despedirán?

Ordóñez se echó a reir. Una risa amarga y violenta.

–No entiendes, ¿verdad? Bueno, no tienes por qué hacerlo. No conoces toda la historia.

–Cuéntemela, entonces –le dije, desafiante–. Me he deslomado tanto como usted para hacer estas ventas. Creo que merezco conocer cualquier historia que exista.

Ordóñez se levantó, fue al baño, orinó, se lavó las manos y la cara y volvió a sentarse en la cama y me contó. La Editorial Ediciones Vernáculas había sido fundada por su padre. Hacía algunos años había fallecido y él y su madre lo habían heredado y se habían quedado al frente de la pequeña empresa. Los negocios eran mínimos. Su madre se encargaba de la imprenta y las cuestiones administrativas y él de la venta.

–¿Te imaginas a un servidor vegetando detrás de un escritorio? Me moriría –me señaló, recobrando en el relato visos de su ampulosidad–. Por eso decidí salir a las rutas, a los caminos que surcan nuestro bendito país, para expandirme y solazarme con las experiencias que me dictan las peripecias cotidianas.

–Sí, entiendo, interesantes experiencias suyas, como jugarse todo a las cartas… muy maduro.

Toda la ampulosidad de Ordóñez volvió a desaparecer en una fracción de segundo. Su rostro se ensombreció.

–No tengo ninguna posibilidad de juntar cuarenta mil pesos en dos días. Perderemos todas las órdenes de compra, las cederán por nada , seguiré debiéndoles dinero y ya me han dicho que ellos tienen otras formas de cobrarse las deuda de juego, que son deudas de honor…

Ordóñez se puso a llorar de nuevo. Seguramente la expectativa de su propia muerte lo sumía en una profunda tristeza, pensé, advirtiendo un cinismo que no me conocía. Ver a este grandote gimiendo con angustia y desesperación, producto de su propia incontinencia adictiva por un juego que juzgaba estúpido y en el que había comprometido el destino de su empresa, de su madre y su mismísima chance de futuro, no sólo me pareció patético, sino que percibí además que la situación pintaba canas a mi espíritu. Mi jefe estaba allí, casi a mis pies, despatarrado, bloqueado y sin capacidad de reacción, y de una manera no explícita, casi desinencial, me tocaba asumir la decisión de los pasos a seguir. Fue como si se tendiera frente a mí la escalera virtual de la madurez y en un santiamén subiera varios peldaños, de dos en dos. Debía tomar decisiones, y pronto. Y crucé ese umbral con naturalidad. No me sorprendió escuchar mis voz, un par de tonos más grave, preguntar y dar indicaciones, firmes, seguras.

–¿Cuánto dinero cree que le pueden prestar en el Hotel presentando su tarjeta de crédito?

–Y… no más de cinco mil pesos.

–Y ¿cuánto le darían en una casa de empeño por su Rolex?

–Entre dos y tres mil pesos… imagino –dijo, mirando su muñeca como si fuera la primera vez.

–Veamos, qué más tenemos… Su cigarrera es de plata, ¿no es cierto? –Ordóñez asintió, refregándose con una mano los mocos que le salían por la nariz, y un pequeño brillo surgía del fondo de sus ojos

enrojecidos por el llanto– y su juego de lapiceras debe tener cierto valor también, si no me equivoco…

–¡Las lapiceras no! Es un recuerdo de mi padre…

–No se me haga el sentimental ahora, Ordóñez. Pone a toda la empresa de su padre en riesgo y ahora no se quiere desprender de las lapiceras… vamos. No sea ridículo. Además, las empeñamos. Después trataremos de recuperarlas. Con todo tenemos cerca de veinte mil pesos. Yo le presto cinco mil. Tal vez con eso sea suficiente. Vamos para el casino.

–¿Y de dónde sacarás tú cinco mil pesos?

–Algo quedó de lo que gané en la ruleta el otro día. Además, cuando salí de Benavides, retiré del banco y traje mis sueldos acumulados y ahorros. Ya me los devolverá. –En realidad tenía más que eso, casi treinta mil, pero no quería quedarme sin nada y menos por este patético hombre. De todas formas, Ordóñez abrió los ojos como cacerolas, ojos que se volvieron a llenar de humedad, y me dio un abrazo que me comprimió la anatomía a su mínima expresión.

–¡Gracias muchacho! Te los devolveré con creces.

Volvimos a hacer el camino hasta el casino en silencio. Previamente habíamos hecho escala en la única casa de empeños de Metapa. Una mujer de edad indefinida y voz dura, que jamás nos miró a los ojos, nos dijo el precio de cada canje y se rehusó a negociar ni un céntimo en cada caso. Nada pareció serle de interés. Los valores obtenidos fueron bastante cercanos a lo que imaginamos en su conjunto –un poco más por la cigarrera, un poco menos por las lapiceras–así que no pretendí iniciar una negociación que no nos llevaría a ningún lado. Guardé el dinero y volvimos al camino. Ordóñez rumiaba a mi lado frases inaudibles, hasta que de pronto algunas palabras resonaban en voz alta. "Volveré" "Revancha" y "Mucho Dinero" eran las que más se distinguían. Dichas así, sueltas, fuera de contexto, parecían la expresión de un enajenado que alucinaba en un autismo crónico. La gestualización espástica, el desaliño notable y las sombras profundas que surcaban el

rostro de Ordóñez subrayaban tal impresión. Como si estuviera tratando a un niño le pedí que no me acompañara, que se quedara tomando un café en uno de los tantos bares que flanqueaban nuestros pasos. Le dije que era por su bienestar y su seguridad. En realidad temía que su verborragia alterada por su estado de ánimo, y su desesperación y miedo nos jugaran en contra. Se dejó convencer con facilidad. Lo dejé comiendo unas medialunas y llegué solo al casino. La luz del día lo tornaba menos siniestro. Tomé valor y repetí el ritual de los cuatro golpes, y los dos, hasta que la puerta se franqueó.

Una mujer que parecía de limpieza, al menos portaba una escoba en su mano izquierda, salió al exterior.

–¿Si?

–Vengo a ver a Luisito. De parte de Ordóñez. Es para pagar una deuda.

–Espere.

Esperé. Todavía era temprano y el sol apretaba. Comencé a sudar. Al rato vino a buscarme el inconmensurable guardaespaldas que solía secundar al albino y me permitió entrar. Traspasado el pasillo de paredes espejadas, en el salón de baile el aire acondicionado funcionaba y me sentí mejor. El grandote me señaló con un gesto la barra y allí me acomodé. Un barman con el torso desnudo y un cigarrillo en los labios me ofreció algo para tomar. Tenía la boca pastosa, descubrí en ese momento. Le pedí agua. El salón estaba vacío, salvo por la mujer que me había abierto la puerta, que efectivamente estaba limpiando, barriendo y ordenando. Sin las luces psicodélicas, el humo de los cigarrillos y la música estridente, el lugar parecía el salón de actos del colegio de Benavides. Había perdido todo el glamour.

Hubieron de transcurrir todavía varios minutos hasta que el albino se dignó a hacer acto de presencia. Tal vez tuviera mucho que hacer, o tal vez se tratara de una deliberada táctica para hacerme saber que no necesitaban nuestro dinero. Si se trataba de una táctica, debí reconocerla exitosa porque me había puesto muy nervioso.

El albino me tendió la mano. Era floja. Le dí un buen apretón y me sirvió para ganar confianza.

–No esperaba verlo a usted. No esperaba verlo hoy –fue su saludo enigmático.

–Traje dinero. Y necesito las órdenes de compra.

–¿Sabes cuánto debe Ordóñez?

–Me dijo. Cuarenta mil.

–Hoy son cuarenta y dos mil. Intereses. ¿Los has traído?

–Tengo veintidós mil. El resto se los haré llegar entre treinta y sesenta días. Necesitamos las órdenes para generar el dinero con que pagaremos el saldo de la deuda.

El albino se echó a reir.

–Pero ¿qué te crees? ¿Qué ésto es un Banco Comercial? Pero mira que tienes cojones. ¿Cómo sabes que no te sacaremos el dinero que tienes y mantendremos igual toda la garantía? ¿Por qué debería creer en ti y en el badulaque de tu jefazo?

–Porque soy hombre de palabra –dije, jugándomela en la respuesta que había anticipado ante una situación como la que se presentaba, rogando que no hubiera tenido que utilizarla–. Porque la gente del Comandante sabe que soy hombre de palabra, y que es bueno confiar en mí. Si quiere confirmarlo, llámelo a Savino.

El albino no se puso pálido porque era albino. Pero su tez pareció tornarse transparente; la sola mención del Comandante y de Savino le borró el gesto entre amenazante y socarrón que dominara sus facciones. Yo imaginaba que una figura como la del Comandante generaría al menos respeto, tal vez temor. Solo me quedaba rogar que tal temor resultara tan significativo que ni se molestaran en convalidar mis dichos, o que, si lo hicieran, el destinatario de la llamada fuera Savino y me siguiera guardando la misma estima que me había demostrado al regalarme la ficha dorada.

–No sabía que conocía al Comandante –me dijo ahora el albino, abandonando con velocidad el tuteo.

–Digamos que a través de Savino hemos ingresado a su círculo de confianza –me apresuré a agregar, advirtiendo que había generado el impacto deseado.

–Un minuto, le pido unos minutos y ya estoy con usted –señaló

el albino, chasqueando los dedos para que el Barman me sirviera lo que yo pidiera.

En seguida estuvo de regreso, acompañado por Luisito, que parecía recién levantado, el pelo mojado y oliendo a lavanda. El muchacho de la sonrisa prodigiosa me obsequió un caluroso saludo.

–Está en su casa, joven Christian. Así me había dicho que se llamaba, ¿verdad?

–Correcto. Y si me perdonan, con Ordóñez debemos viajar pronto a la Capital, y no puedo demorar mucho más. Asuntos impostergables, ustedes comprenderán –presioné, sacando el dinero del bolsillo. Tantos billetes también ayudaron a cerrar el golpe de efecto–. Aquí está lo que pude reunir, como había anticipado, veintidós mil pesos. Necesito un recibo, y yo les firmo un documento por el saldo.

–Bueno –retomó la palabra el albino, sacando un cuaderno y la planilla en que llevaba las cuentas de los anticipos y deudas de sus clientes–, permítame señalarle señor Christian, que en atención al Comandante hemos decidido no cobrar intereses, así que el cálculo exacto es el siguiente. Anoche en el juego de Póker, Ordóñez quedó con una cuenta corriente negativa de ochenta y nueve mil doscientos pesos. Pagó con cheques de bibliotecas y librerías la suma de cincuenta y dos mil trescientos pesos. El saldo exacto a hoy sin intereses es de treinta y seis mil novecientos pesos. Si usted nos paga ahora veintidós mil, el remanente a pagar a treinta y sesenta días es de dos cuotas de siete mil cuatrocientos cincuenta pesos. ¿Le parece correcto?

–Correctísimo –dije, tratando de controlar mis emociones y que no se me notara el alivio, la felicidad y la disipación del miedo atroz que venía aguantando–. Mientras confecciona los papeles y recibos y me reintegra nuestras órdenes de compra y cuenta el dinero, no me indicaría dónde se encuentra el toilette, si es usted tan amable.

De regreso, busqué a Ordóñez en el Bar, donde seguía ingiriendo alimentos, ahora una porción de cheese cake con salsa de moras. Le dije que había arreglado la situación de la deuda, que en la consoli-

dación el saldo irresoluto era menor y le señalé en qué forma debía cancelarse y le mostré la instrumentación firmada y las órdenes de pago recuperadas por más de doscientos cincuenta mil pesos. Omití con rigor toda mención al Comandante.

–Muchacho, esta vez te has superado. Si sigues así, llegarás muy lejos en nuestra Editorial, Ediciones Vernáculas –concluyó, con voz grave, aunque algo entrecortada, y premonitoria, posando su brazo pesado sobre mi hombro y mirando hacia delante, hacia al futuro, como si estuviera pronunciando un discurso para la posteridad.

CAPÍTULO OCHO

–¿Cuál es tu peor defecto? –Ordóñez volvía con sus preguntitas. Estábamos atravesando el país camino a la Capital. Metapa había quedado definitivamente a nuestras espaldas y en nuestra memoria. Nuestra relación había cambiado. Al concluir los seis meses de campaña algo se había alterado en forma definitiva. Traté de recordar al joven que había sido al frente de la Biblioteca de Benavides, atendiendo al voluminoso y calvo vendedor de Ediciones Vernáculas y al respetuoso y hasta temeroso asistente que saliera a las rutas en aquella mañana de verano, montando al Plymouth por primera vez. Casi nada de ellos quedaba en quien hoy era, tremendamente irritado ante la sempiterno retorno a la inquisición de Ordóñez, tal vez desesperando por retornar a la relación de fuerzas habida entre nosotros, y que, igual que yo, intuía perdida.

–No me rompa, Ordóñez, no tengo ganas de pensar en mis defectos ni en mis virtudes. Mejor concéntrese en los suyos. Sus propios defectos, digo.

–Otra vez el monaguillo. Me habías prometido que te guardarías tu moralina ¿recuerdas? Pero no, no has podido. Ahí podrías tener un defecto, ¿lo ves? No saber guardar tus promesas.

–No sea molesto, Ordóñez, déjeme disfrutar del paisaje. –Era cierto, o, al menos, lo intentaba; el panorama era magnífico. Bajábamos hacia la Capital por la autopista interbalnearia y observaba las playas y el océano a mi derecha. El sol comenzaba su descenso al ocaso y el cielo se organizaba en colores pastel, lilas y rosas, para brindarle adecuada despedida. Una suave brisa nos llegaba desde el mar y el Plymouth ronroneaba tranquilo a buena velocidad. Estas rutas estarán intransitables en apenas un mes, pensé. Pero ahora el tráfico era benevolente. No tenía ninguna gana de dejarme arrastrar por la dialéctica tramposa de Ordóñez.

–Otro defecto tuyo podría ser la irritabilidad. Te enojas con demasiada facilidad y frecuencia. Deberías escucharme. Es muy bueno conocer los propios defectos. A veces creo que se podría dividir a los hombres entre aquellos que conocen sus defectos y quienes no los asumen. Por supuesto, quienes toman conciencia de sus límites y errores tienen mejores chances de ser felices. Creo con firmeza que la Vida no es otra cosa que una gran oportunidad para ser mejores, una chance finita y milagrosa para poder lidiar y vencer nuestros defectos.

–Es increíble, Ordóñez. Usted es increíble –le espeté, mirándolo fijo.

–No sé por qué tu apelativo no me resulta elogioso.

–En una sola frase usted ha resumido lo peor de las pretensiones pseudointelectuales. Ese deseo sinteticista y soberbio de querer resumir en una frase genial el origen y el destino de la humanidad. Quiénes somos y cuál es el secreto de la vida. Odio eso. Odio cuando alguien escribe 'el mundo se divide entre quienes aman a los animales y quienes no' o 'hay dos tipo de hombres: los que saben elegir un buen vino para acompañar la cena y los que solo toman agua'. ¡Genial! ¿no? Mejor aun, están los que sin ambages nos enseñan que 'la Vida es el arte de caminar hacia adelante sin mirar atrás' o 'la Vida es el sendero donde debemos dejar nuestra huella'. Otro pensamiento soberbio, ¿no le parece?

–Lo dicho, estás enojado.

–Claro que estoy enojado. ¿Cómo no voy a estarlo? Casi nos perdemos a las cartas cinco meses de trabajo. Y hasta podríamos haber muerto.

–La palabra clave en tu reflexión es 'casi'. No hemos perdido la vida ni nuestro trabajo. Estamos haciendo un viaje maravilloso con una vista hermosísima y tú estás tan bravo. Créeme, no logro comprenderte.

–No hace falta que me comprenda. Me basta con que no me enseñe cómo se divide la humanidad y cuál es el sentido único de la vida. Créame que me bastará su compromiso en este sentido para sentirme mejor.

Dicho lo cual, callé y miré de nuevo hacia el océano. No quería admitir que algo de razón tenía.¿ Cuál era el origen de mi insatisfacción? No lo sabía. Estaba haciendo lo que había buscado. Me había alejado de Benavides, estaba conociendo el país y pronto llegaría a la capital. Sin embargo, algún regusto amargo dominaba la boca de mi estómago. Quizás extrañaba a Judith, tal vez sentía cierto desarraigo en el 'retorno' a una ciudad que no era la mía. Quizás vislumbraba que Benavides quedaba en mi pasado y a partir de ahora no pertenecía a ningún lado; nadie me esperaba en destino. Tal vez me irritara reconocer que Ordóñez era lo más cercano a un amigo que yo tenía en el mundo. Muchos tal vez y muchos quizás y muy pocas certidumbres.

–Ordóñez…

–¿Si?

–Me gustaría que me enseñe a conducir. Al final, han pasado seis meses y sigo sentado aquí, del lado del acompañante. Creo que me gustaría entrar en la Capital al comando del Plymouth. ¿Cree que sería posible?

–Muchacho… si conservamos aun el Plymouth es gracias a ti. Permíteme decirte, entonces, como el genio liberado de la lámpara, "Aladino, tus deseos son órdenes para mí".

Resulté un pésimo alumno. Y Ordóñez un excelente profesor, con una paciencia y un sentido del humor tan voluminosos como su aspecto. Su generosidad en la enseñanza fue tal que no pude evitar reconciliarme con él.

Durante los cuatro días que demoramos en llegar a la Gran Ciudad, nos detuvimos dos horas por la mañana y dos por la tarde en cada pueblo que Ordóñez juzgaba adecuado por su trazado y por su densidad poblacional para impartirme sus lecciones. 'Suave con el acelerador, flexible con el embrague, firme con el volante y atento con el freno', fueron sus máximas. No se enojó cuando en Fray Ortíz incrusté el guardabarros en un conteiner de basura, ni cuando perdí

la óptica trasera al intentar estacionar .por tercera vez el automóvil en el aparcamiento del Hotel de Manzanares, nuestro último destino antes de arribar a la Capital.

Al concluir la cena, Ordóñez pidió dos copas de champagne. Alzó la suya y brindó:

–Por ti Christian. Porque hace seis meses fui yo quien te condujo fuera de Benavides y ahora serás tú quien me llevará de regreso a mi casa. Bien hecho.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO UNO

A veces sueño con disfrazar mi entrada a la gran Ciudad con ropajes grandilocuentes, no exentos de cierta heroicidad. Me miento que ingresé por la avenida principal, adornada con arreglos de azaleas y hortensias, a bordo del Plymouth que lucía reluciente e impactante, con los vidrios bajos y la música sonando a gran volumen, mientras sonreía a babor y estribor, una sola mano al volante, al ritmo del Gran Elvis o Los Beatles, y las señoritas sonreían a mi paso triunfal. Como la mayoría de las veces, el espejo de la realidad opacó en gran medida la fastuosidad de mis ilusiones. Poco después de abandonar Fray Ortiz el auto comenzó a toser de nuevo, tal como nos había sucedido poco antes de llegar a Barrientos. El humo salía del capot en nubes gomosas de densidad muy oscura. No podíamos ver el camino y nos detuvimos en la banquina. Era una zona suburbana, pero bastante poblada; sus caseríos no se separaban más de media hectárea unos de otros y enseguida nos socorrieron. Ordóñez prefirió pedir un auxilio que nos remolcara hasta su taller de confianza en la Capital, dado que faltaban pocas horas para llegar. Así que ingresamos por una calle periférica, muy entrada la noche, sentados al lado del conductor del remolque; el cuerpazo de Ordóñez aprisionándome contra la puerta lateral. Por la ventanilla solo divisé grandes depósitos, lotes vacíos, viejos edificios grises, abandonados y de puertas tapiadas y un tráfico que sólo consistía en camiones, rastrojeros y acoplados.

Primero recalamos en el taller y dejamos allí el automóvil. Ordóñez se saludó con afecto con el mecánico, que esperaba nuestro arribo para poder cerrar, y le pidió que tratara a su pequeño con el mismo cariño de siempre. Así se refirió al Plymouth 'mi pequeño', y lo entendí. Después de tanto tiempo yo también le había cobrado un enorme afecto a ese trasto fiel, que me había permitido

conocer todo el norte de la República. Desde el taller fuimos caminando hasta la casa de Ordóñez, que se encontraba situada sobre la editorial, según mi compañero me indicara. Estaba cansado e intenté protestar. Ordóñez deshilachó mi contrariedad aun antes de que pudiera pronunciarla. 'Es poca distancia y no tenemos ni para un taxi', señaló.

Que teníamos poco dinero era verdad. Pero lo de la distancia exigua era mentira. Tuvimos que cargar las valijas y los cajones y material comercial por más de diez cuadras.

Estaba asustado; la noche era cerrada y se podía oir el eco de nuestros pasos; de vez en cuando escuchaba gritos y exclamaciones obscenas que provenían de cualquier parte. Los edificios eran oscuros y de muchos departamentos por piso; me sentía amenazado por sus siluetas ampulosas. Algunos vehículos pasaban a nuestro lado a gran velocidad, mientras los conos de sus luces abrían por apenas milésimas de segundos la gran negrura que se abría a nuestro alrededor, y dejaban a su paso una hendidura rasgada con violencia, por donde supuraba la miseria noctámbula de la urbe, los deshechos de la basura y los mendigos que rebuscaban entre los pastos algún trofeo impensado. Aquella noche, exhausto, no distinguí el glamour ni la belleza de la gran ciudad, sólo la parte de atrás de su decorado, sus lúmpenes y suciedades, sus historias marginales que pocos cuentan, sus olores a refritos y escasez. Intenté aislarme del vértigo degradado y vil que percibía, como guardándome para un debut mejor con la Ciudad, quizás mañana, como si ella y yo nos lo mereciéramos. Y así deambulé, sólo concentrado en mi pesada carga de maletas y bártulos, hasta que llegamos a la editorial que se ubicaba en los extremos del barrio industrial.

Se trataba de un edificio pequeño, de tres plantas, que mostraba una cortina metálica carcomida por el óxido de alrededor de tres metros de ancho, cerrada y herida por decenas de graffitis superpuestos. A su derecha, se encontraba una puerta de madera que alguna vez debió estar barnizada, aunque hoy no lo pareciera. Ordóñez se arrimó hasta ella y se detuvo.

–Chistian, hemos llegado –me anunció, mientras extraía una llave de su bolsillo enorme–. Estamos en casa –dijo, no sin cierta emoción, al inroducir la llave en la cerradura, que se le resistió un poco; al abrir la puerta, y por el estrecho resquicio que me permitió observar el perfil desusado de Ordóñez, distinguí otra puerta, de vidrio oscuro, que se acomodaba a la izquierda, y unas oscuras escaleras que se elevaban hacia los pisos superiores–. ¡Mamá, llegué! –gritó entonces Ordonez a lo alto, transformando en amplificador a su gran manaza–. Ya estoy en casa… ¡y muero de hambre!

Ingresé tras él y ambos subimos por la escalera de gastados y crujientes peldaños de madera tironeando de nuestros bultos y equipaje. En el primer descanso, Ordóñez se paró en secó, sin que pudiera evitar que la fuerza inercial que me empujaba hacia arriba me incrustara en su anchísima anatomía. Ordóñez ni se dio cuenta, estaba demasiado ocupado abrazando, estrujando, creo sería la palabra más adecuada, a una mujer mayor: -¡Mamá! – saludaba a su progenitora, mientras la levantaba en andas.

No sé qué esperaba yo como madre de semejante criatura. Sin duda, esta pequeña mujercita, que apenas alcanzaba el metro y medio de estatura y los cincuenta kilogramos de frágil peso, que ostentaba una piel blanca transparente, sin maquillaje alguno, cabello totalmente cano peinado con una media cola desprolija y vestimenta negra, ajada por el tiempo y el uso, estaba muy lejos de la imagen que una lógica expectativa podría haberme generado. Pero ahí estaba, la madre de Ordóñez, levitando en el aire, sujetada sin esfuerzo por su hijo, sonriendo con tesón, como si el único ser que pudiera lograr arrancar una leve alegría a esos labios finos, tenues, secos, fuera su enorme vástago. Sus ojos oscuros, tristes, también le guardaban a Ordóñez una calidez y una ternura maternal singulares, como si lo arroparan con el lenguaje inmemorial que sólo las madres pueden cifrar y descifrar a sus hijos.

De inmediato me sentí celoso. No de Ordóñez, sino de esa relación de cariño tan profunda que yo nunca había tenido ni nunca disfrutaría.

El abrazo de bienvenida duró todavía unos minutos más, hasta que Ordóñez depositó con delicadeza a su madre en el rellano. Recién entonces la mujer posó sus tristes ojos azabache sobre mí y Ordóñez carraspeó para explicarle quién era yo. Mientras subíamos los dos pisos que nos separaban de la planta más alta del edificio, Ordóñez se explayaba con su habitual grandilocuencia acerca de la proverbial y milagrosa cadena de circunstancias que me habían llevado a ser su asistente durante este largo viaje. En la hiperbólica pintura de situaciones que su talento de orador urdía, yo me convertí en una suerte de héroe caballeresco que llevara orden a su caos, fortuna a sus desgracias y compañía a su soledad. Puso especial énfasis en cómo lo había rescatado del peligro en la carretera con un auxilio mecánico cuando el Plymouth casi feneciera, y apenas se refirió al rescate de las órdenes de compra en Metapa, aludiendo al incidente en forma vaga como un "préstamo de honor" que le efectuara ante una delicada situación de conflicto por diferencias entre hombres. En esta última parte del relato me hizo un gesto para evitar que yo divulgara nada acerca de sus inclinaciones al juego.

La madre veía a través de los ojos y entendía el mundo en el relato de su hijo. Y en su mirada entendí que me había adoptado.

–Los amigos de Teófilo, son bienvenidos en esta humilde casa –dijo, con solemnidad.

"Teófilo", pensé, reteniendo y saboreando en el paladar las resonancias del nombre. Nunca lo había identificado a Ordóñez con su nombre de pila. No es que lo ignorara, muchas veces lo había visto en la documentación correspondiente a la editorial durante el viaje. Pero era la primera vez que escuchaba que se dirigieran a él de esa forma. Se me hizo increíble la trascendencia que el nombre, la palabra, la denominación alcanza en la comprensión de aquello que significa. Colgarle a Ordóñez su nombre de pila, adosarle el mote de Teófilo le daba historia y antecedentes a su presente. Ordóñez era mi rubicundo y verborrágico compañero de ruta, sibarita desproporcionado y jugador contumaz. Teófilo había sido un niño y un adolescente, había tenido una familia, había perdido a su padre, había ido

a la escuela, tal vez había tenido amigos, novias, amores y decepciones. Nada sabía de todo aquello, un anecdotario misterioso que se pertrechaba detrás del nombre Teófilo. Me propuse indagar sobre ello un poco esa misma noche, durante la cena.

CAPÍTULO DOS

Ordóñez se mostró encantado de contarme la historia de su familia, mientras engullía una fuente gigantesca de spaghetti alla scarparo, manjar que, según se aseguró que yo comprendiera, nadie preparaba como su madre.

El padre de Ordóñez descendía de una familia de origen español que había llegado a nuestro país hacía muchas décadas. Era un hombre inquieto, interesado por las letras y las novedades europeas desde muy pequeño. Ordóñez me mostró su foto en sepia, que mostraba a Don Enrique –tal su nombre–elegante, enfundado en un traje impecable, la frente amplia que hablaba de una inteligencia serena. Don Enrique, sin embargo, tenía una contextura que no regalaba nada, más bien lucía un físico esmirriado. Ordóñez debió adivinar mi inquietud en el entrecejo fruncido, porque enseguida me explicó que su padre había tenido un hermano, un único hermano, el tío Adalberto, que llegó a medir dos metros de altura. Me mostró una fotografía en la que se veía a los dos hermanos apoyados sobre la pared de la que fuera la casa de sus padres. Adalberto era el triple de Enrique y Ordóñez con toda claridad portaba el código genético de su tío.

La madre de Ordóñez, en cambio, provenía de Italia, se llamaba Antonella Sierri. Había llegado en los albores del siglo, escapando de la hambruna y la violencia que desembocarían pronto en la Primera Gran Guerra. Sus padres sólo habían podido ahorrar el importe correspondiente a un único pasaje y ella fue la elegida entre seis hermanos para abandonar el infierno y abrazar la promesa del paraíso que América encarnaba en las ilusiones de los postergados y los marginados del Viejo Continente. Luego de un larguísimo viaje en barco, acompañada por una prima lejana que le llevaba varios años, desem-

barcó en el puerto de Santa María. Tenía un contacto, un nombre, una dirección, de un paisano de su padre, que se había instalado en la Capital hacia algunos años. Comiendo pan viejo, y haciéndose entender como podía, demoró casi diez días en llegar a la ciudad, mitad caminando mitad apretujada como en lata de sardinas en carruajes olorosos, tirados por caballos cansados y escuálidos, repletos de gentes que migraban de ciudad en ciudad, de poblado en poblado. Rodando por los caminos oscuros y sin reparo, le robaron su equipaje y casi pierde dos veces su honra, tal como contaba Antonella, y más detalles no daba. Con resolución se aferró al papel ajado donde le habían apuntado la dirección de Don Giusseppe, como si fuera su tabla de salvación en medio de una fiera tormenta embravecida. No perdía las esperanzas, pero a veces se preguntaba dónde estaba el paraíso que le habían pintado sus padres. Finalmente llegó a destino. Don Giusseppe, un hombre afable la recibió con afecto, y la ubicó en una pensión junto a media docena de muchachas que, como ella, esperaban la ocasión de hacer algún dinero para traer a sus parientes y reunir pronto a la familia. Antonella trabajó de sol a sol, y a veces unas horas más también. Limpiaba, cocía, cocinaba, tejía, planchaba, hacía paquetes. Todos los trabajos le eran aceptables. Dormía en la pensión y nunca tenía tiempo para descansar o para aprovechar el ocio, conocer la ciudad, hacer amigos. Al cabo de unos meses logró juntar dinero para un pasaje. Don Giusseppe hizo los arreglos y al cabo de un tiempo su hermana menor, Gina, llegó a la Ciudad.

La alegría de Antonella era inmensa. Pensó que su vida comenzaba a cambiar. Tenía tantos planes. Trabajando con Gina lograrían en la mitad del tiempo traer a toda la familia, tiempo, además, que se tomaría mucho más disfrutable contando con su compañía. Pronto hubo Antonella de advertir su error. A Gina no le gustaba trabajar como a ella. Era una hermosa muchacha que atraía con facilidad a los hombres y enseguida quiso sacar provecho de esa ventaja. Volvía muy tarde por la noche y dormía luego hasta el mediodía. Ninguna tarea le venía bien. Sostuvieron muchísimas peleas. Antonella pretendía

que Gina recapacitara. No hubo caso. Don Giusseppe amenazó varias veces con echarla de la pensión. Era un pésimo ejemplo para las otras internadas. No hizo falta que la expulsaran. Se fue sola. Gina recibió una oferta de trabajo para integrar una compañía de teatro liviano que haría temporada en los salones de Metapa, la ciudad naciente del entretenimiento estival en el norte del país. Se fue sin saludar, solo explicó sus motivos a Antonella en una mínima esquela que le dejó sobre la almohada. Antonella lloró dos días y sus noches seguidas. Al tercer día, con los ojos enrojecidos y la voz ronca, le pidió a Giusseppe que la ubicara en un nuevo trabajo lo antes posible, todavía le quedaban muchos pasajes por comprar y las noticias sobre la evolución de los acontecimientos en Europa eran muy poco alentadoras.

Antonella logró traer a dos hermanos más antes del albor de la década del ´30. Robertino y Giulio. Giulio tenía una salud muy precaria y murió de malaria a los pocos años de llegar, mientras trabajaba para la compañía nacional de ferrocarriles, en el tendido de las vías en el extremo sur de la selva septentrional.

Robertino, en cambio, fue un gran compañero para Antonella. Bien parecido, fuerte, visionario, siempre de excelente humor, fue su amigo y su sostén en las horas más difíciles.

Robertino conoció a Adalberto Ordóñez en el Hipódromo, a ambos les gustaban las carreras y los equinos. Se hicieron grandes amigos. Juntos iniciaron varios negocios y emprendimientos, en general con poca fortuna, hasta que un golpe de suerte les puso en las manos una vieja imprenta… El dueño, un inmigrante alsaciano, a quien conocían de los mismos circuitos turfísticos, se las dejó por poco dinero para poder saldar deudas de juego. Rentaron un local y comenzaron a ofrecer servicios gráficos para folletos y papelería comercial a comerciantes de la zona. Enseguida les fue bien. Robertino era muy simpático y conseguía clientes y Adalberto tenía una vitalidad y un vigor inquebrantables para multiplicarse en los distintos aspectos comerciales, artísticos y técnicos de la actividad.

Los dos amigos y sus hermanos, Enrique y Antonella salían jun-

tos los sábados por las noches y los domingos concurrían a misa y luego al hipódromo o algún otro programa que circunstancialmente Enrique proponía, como asistir a un vodevil o al estreno de una opereta española, actividades más intelectuales a las que era afecto.

En esa época Antonella comenzó a trabajar como administrativa en la Imprenta. Enrique era profesor de literatura en el Colegio Secundario de la Merced.

Una tarde plácida, como cualquier otra, un grupo de inadaptados que pertenecían al bajo mundo local, se presentaron en el negocio y le exigieron Robertino el pago de una elevada cuota de dinero "para protección", siguiendo los más básicos procedimientos de la mafia. Robertino se negó. Los mafiosos destruyeron el negocio y le dieron una tremenda paliza. Le dijeron que si no les pagaba al día siguiente, las consecuencias serían aun peores. Robertino le contó todo a Adalberto, quien se puso furioso. Él esperó a los malvivientes en el local, armado con una enorme pieza metálica que usaba como palanca para la imprenta. Faltaba poco para el anochecer cuando aparecieron. Eran cinco. Adalberto casi puede con todos ellos. La improvisada arma parecía un pistón invencible en sus manos. Iba y venía con furia turbulenta y causaba daño en cada golpe. Pero uno de la banda iba armado. Necesitó los seis disparos de su 38 recortada para poder con Adalberto Ordóñez, quien aun luchó horas antes de morir en el Hospital.

Robertino no quiso saber más nada de la Imprenta. Se dedicaría luego a la venta de inmuebles primero como empleado, y luego montaría una pequeña oficina por sí mismo. Le dejó todo a su hermana. A Adalberto lo sucedió Enrique.

Y así fue como Antonella y Enrique devinieron socios primero y marido y mujer después. Al poco tiempo nació Teófilo. Antonella decía que tamaño muchacho era mucho hijo para ella y que ya no podía concebir más. Así que Teófilo resultó único.

Fue a partir de las inquietudes intelectuales y literarias de Enrique, que en unos años la Imprenta Gráfica de Robertino y Adalberto se convirtió en una próspera y respetada Editorial:

Ediciones Vernáculas. El nombre estaba bien puesto; se trató de uno de los primeros intentos de editar en el país, compitiendo con las fuertes editoriales extranjeras, sobre todo contra las importantes industrias españolas, mexicanas y argentinas. La Editorial se especializó en grandes clásicos, que comercializaba en ediciones económicas, y mechaba de tanto en tanto alguna obra en pequeñas tiradas de autores nacionales, tratando de promoverlos. Enrique se movía en ciertos círculos literarios y tenía buen ojo para distinguir a los autores promisorios. Mientras Teófilo crecía, la empresa hacía lo propio. Pudieron comprar el establecimiento que hoy poseía, y en el primer piso montaron un depósito.

A los pocos meses de iniciada la Segunda Guerra Mundial, Enrique falleció. Muchos años de cigarillos le dejaron un cáncer de pulmón que se impuso luego de una larga y sufrida convalecencia.

–Todo cambió entonces –concluyó Ordóñez su relato, sin disimular el pesar que le ganaba el ánimo al recordar los últimos días de su padre–Al principio traté de hacerme cargo de los negocios, con la ayuda del tío Robertino, pero era muy jóven y tomé malas decisiones. Los autores que habíamos ayudado a consolidar se fueron a otras editoriales que les ofrecían mejores perspectivas de futuro. No podíamos comprar derechos de nuevas ediciones extranjeras, y muchas editoriales foráneas se asentaron directamente aquí, complicando la competencia. Así que nos dedicamos básicamente a vender el importante stock que teníamos, que poco a poco fue mermando y solo reimprimimos algunos clásicos cuando podemos. Yo me ocupo de la venta en el interior del país, y mi madre con un par de asistentes fieles se ocupa de la administración, las impresiones y el despacho. Hace unos años vendimos nuestra casa y nos mudamos aquí, a esta planta que refaccionamos, donde antes era el depósito. Pero estamos bien, ¿No es así, *mamma*?

–*Certo, bambino. Alora,* quieres otro plato de pasta, o estás bien así.

–Uno más, *mamma,* sus espaguetis no tienen parangón. Pero después no como postre, eh, por favor no insista.

CAPÍTULO TRES

La vida no sucede en una sola dimensión, tampoco es monocorde ni monocromática. El universo nos puebla y nos controvierte en múltiples estadios y niveles, mixturados en una amalgama multiforme. A veces necesitamos una pausa para ubicarnos en las coordenadas exactas que nos sitúan en el tiempo y el espacio que somos, como también necesitamos traducir los aspectos parciales de los que nos pasa en planos facetados más sencillos, para poder comunicar con claridad lo que nos trascurre; de alguna forma nos las ingeniamos para extender esa amalgama mixturada de los distintos aspectos de la realidad que nos configura, en una suerte de expansión longitudinal, sucediendo la información disponible en tantos planos facetados como resulte necesario, para habilitar la traducción de los aspectos parciales que nos constituyen. Diseccionamos así la realidad en parcelas, sólo por cuestiones de procedimiento o comodidad expositiva, pero sin por ello apartarnos de la evidencia de que la vida es un remolino vertiginoso, donde el cocktail de nuestras acciones, azares y circunstancias gira en forma yuxtapuesta, simbiótica, contradictoria, armónica, violenta, reluctante, sorpresiva o previsible, todo a un tiempo y a veces más.

La reflexión viene a cuento porque al llegar a Ediciones Vernáculas, destino impar del viaje más extenso de mi existencia, me encontraba desesperado por recibir novedades de los míos. Para ser más preciso, ardía en deseos de recibir noticias de Judith.

Mientras nos saludábamos, y hablábamos, y conocía las instalaciones de la planta alta que hacía de vivienda para los Ordóñez, y luego cenábamos y me sumergía en la historia de la familia, y observaba a doña Antonella y aprendía a distinguir sus gestos y facciones, y trataba de comportarme con educación, todo al unísono, una parte

sustancial de mi conciencia clamaba por las cartas, las decenas de cartas que imaginaba doña Antonella guardaba para mí.

Entre el primer y el segundo plato de spaguettis me animé a preguntarle si en estos meses había recibido cierta correspondencia a mi nombre. La madre de Ordóñez pensó un rato, mientras vertía la salsa scarparo sobre la pasta amarillenta y me dijo que sí, que era probable, pero que se tenía que fijar en la oficina. Estaba todo cerrado en ese momento. Al día siguiente, después de desayunar, me mostraría las instalaciones de la Editorial y buscaríamos juntos las cartas.

Mi mente bullía de excitación. Como en piloto automático seguía las alternativas de la historia de Robertino y Adalberto, mientras por otras circunvalaciones cerebrales me permitía jugar a dibujar los rasgos de Judith, a imaginar sus proporciones y adyacencias, su geografía y sus accidentes, sus invitaciones y sus límites. Me puse colorado y pedí agua.

–Hace calor acá –me disculpé.

Terminamos de cenar cerca de la medianoche. Ordóñez no pudo con su genio y después de su tercer plato, aceptó el postre preparado por su madre, un tiramisú monumental, hecho con verdadero mascarpone.

Luego de una copa de Amaretto di Saronno, nos fuimos a dormir.

La planta alta estaba dividida en cinco ambientes, dos baños y una cocina. Los ambientes consistían en tres dormitorios, el comedor donde habíamos cenado y una sala grande donde se disponían varios sillones, un escritorio, un combinado con radio y tocadiscos y un televisor a válvula, aparatoso, de dimensiones generosas.

Con mucha satisfacción apreció que había un dormitorio para cada uno de nosotros. El que me tocaba era bastante impersonal, como para visitas. Un sofá cama, entelado con un color magenta difícil de distinguir con el paso de los años, un pequeño escritorio y una silla de madera un poco renga. El placard de dos puertas estaba empotrado en la pared. Una de las puertas estaba cerrada con llave, supongo protegería enseres y recuerdos de la familia de poco uso. La que se abría, mostraba un espejo algo sucio, pero en buen estado, y

un perchero del que colgaban abrigos pequeños, femeninos, de otras épocas, guardados en bolsas de nylon. Haciendo caso omiso del olor a naftalina, quedaba suficiente espacio para acomodar mis cosas. El colchón del sofá cama era muy viejo y se hundía un poco en el medio, y el elástico de la cama gruñía con cierta gravedad al moverme. Pero no me importó para nada. Jamás habría apostado que allí, en casa de Ordóñez, tendría un espacio de intimidad. Doña Antonella me dejó unas sábanas limpias y un toallón y me acondicioné enseguida. A los pocos minutos estaba recostado, la vista fija en el cielorraso un poco despintado, coqueteando entre el sueño y la vigilia, mientras pensaba en Judith.

A partir de las 4 de la mañana estaba por completo despierto, atento a los sonidos de la casa, pretendiendo distinguir en el silencio cualquier señal o evidencia de que doña Antonella estaba despierta y a través de ella podría acceder a las noticias de mis afectos. La madre de Ordóñez era tempranera pero igual tuve que esperar hasta las seis.

Me la encontré en el pasillo ni bien salía del baño. Pareció sorprendida al verme.

–Mi hijo no se despertará hasta el mediodía –me señaló, como si intentara explicar su sorpresa–. ¿Tú vas a seguir durmiendo o quieres acompañarme a desayunar?

–Con todo gusto la acompaño, Doña Antonella. Para ser franco con usted, ya no puedo dormir. Estoy muy inquieto por recibir novedades de los míos.

–¡Ah! Las cartas… es cierto, me había olvidado. Discúlpame. Te diré lo que haremos; te prepararé un rico café con leche y luego bajaremos juntos a la oficina, ¿te parece? Nadie debería iniciar su jornada sin un buen desayuno; así le digo siempre a mi Teófilo.

Por supuesto acepté la oferta y al rato estábamos compartiendo dos tazones humeantes y tostadas crocantes con mermelada de fresa y zarzamora. Mientras untaba el dulce, doña Antonella suspiró profundo y me dijo:

–Sobre lo de anoche… sobre el relato de la historia de la familia…

–Si…

–Imagino que sabes que Teófilo tiene una natural tendencia a agrandar las cosas, ¿no?, quiero decir, nada fue tan... tan… heroico como él lo pinta, me entiendes. Nosotros siempre hemos sido una familia normal.

–Quédese tranquila, doña Antonella, que he tenido la oportunidad de comprobar por mí mismo la propensión a la exageración de su hijo.

–Exagerado, es cierto, esa es una buena forma de describirlo –concluyó, pensativa y luego se las arregló para sonsacarme, con una cálida sonrisa, más café con leche y preguntas muy directas, toda la información que pudo acerca de nuestro viaje. No estaba interesada en su resultado económico ni –salvo una forma distante de cortesía– sostenía alguna curiosidad por mí. A Antonella solo le preocupaba su hijo, cómo se había sentido, si había sufrido algún percance o inconveniente, si dormía bien, si comía sano. Particular interés demostró en saber si mantenía alguna novia o simpatía en algunos de los puertos que habíamos tocado.

–Es que esas cosas él no me las cuenta –se justificó, con un mohín muy femenino– y, sabes, me tiene un poquitín preocupada. Ya está grande, debería sentar cabeza, tener alguna buena mujer que lo cuide… no voy a estar aquí para siempre, me estoy poniendo vieja.

–Pero si es apenas más que una jovencita, doña Antonella, estoy seguro que todos le dan la mitad de la edad que tiene. Cómo se va a estar poniendo vieja, mire las cosas que dice.

–Veo que te has convertido en un cabal lisonjero; mala influencia la de mi hijo –sonrió– te agradezco los piropos, pero la edad es la edad, el calendario no miente y los años no vienen solos. Algún achaque por aquí, una queja por allá, un dolorcito por el otro lado… En fin, nada grave y ni una palabra de esto a Teófilo, no quiero preocuparlo. Pero bueno, alguna vez soñé con verlo casado, con una familia, trayéndome un montón de nietos a casa.

–Todavía hay tiempo, doña Antonella.

–Carece de sentido mentirse a uno mismo. Mi hijo nunca tuvo la madera para estar atrapado entre cuatro paredes. Cómo imaginar tremendo corpachón encerrado en una rutina. Imposible. Mi cuñado Adalberto, que en paz descanse, era igual. Teófilo necesita aire, las rutas, los caminos. Está bien así… –dijo, como si mirara hacia afuera, más allá de las paredes de la sala. De pronto, volvió a reparar en mí–. Pero, jovencito, ¿qué hacemos todavía aquí? ¿No querías ver tus cartas?

"Benavides, 18 de octubre de 1962.-

Querido Mío: No sé escribir tan bien como tú, y sé que debo esmerarme porque no me resultará fácil enviarte muchas cartas. Tu madre quiso entregarme tus dulces mensajes en la Biblioteca, pero yo había debido quedarme en casa porque mi madre tuvo una recaída. Entonces quiso hacérmelas llegar aquí. Vino personalmente. Tuvo una muy desagradable discusión con mi padre, y se fue disgustada. Yo alcancé a verla desde la ventana pero no distinguí sus palabras. Al irse contrariada arrojó a la calle unos sobres que rompió con desprecio, que adiviné tuyos. Aproveché una diligencia y pude rescatar algunas de tus cartas. Las No. 1, 2, 4 y 7 (tú siempre tan ordenado, identificando cada envío). Así que imagino que habrá otras que nunca veré. Es increíble como describes tus viajes, tus experiencias, me parece que vivo todo a tu lado, como si yo también estuviera a bordo de ese automóvil. Qué ganas de que fuera cierto, ¿no? Gracias por tus palabras. Me reconfortan, así como el recuerdo de tu voz, de tus manos, de tu presencia, el recuerdo de nuestra última noche juntos. Eso hace que mi vida sea más llevadera. Guardo conmigo tu carta de despedida. Es mi amuleto, mi guardián. Aquí en Benavides todo sigue igual, como siempre. Casi no voy a la Biblioteca. La Señora Núñez ha debido tomar otro ayudante. Es la Señorita Ronconi, con la que una vez tuviste un problema, ¿recuerdas? No nos llevamos muy bien. Así que no estoy yendo. Además, mi madre y mi familia me necesitan. A veces siento que actúo como una sonámbula. Solo mi corazón está vivo y te espera. Sé que algún día vendrás por mí.

Te escribo a escondidas. Trataré de enviarte esta carta con Beatriz, mi vecina. Cuídate mucho.

Te amo

Por siempre tuya

Judith"

Sentí un enorme desasosiego. El pecho se me comprimía. Había sólo otra carta de Judith en un sobre delgado, con su letra, su preciosa letra redondeada en el anverso. Yo estaba sólo en una pequeña oficina del primer piso de la Editorial. Doña Antonella me había dejado allí con gran discreción, luego de alcanzarme un puñado de sobres atados con una pequeña cinta azul. Había tres de mi madre, uno de Greta y dos de Judith. Abrí sin cuidado, con desesperación, la última carta de Judith. Era muy breve.

"Benavides, 7 de noviembre de 1962.

Mi amado Christian:

Espero que esta carta te alcance. Como presumía, no me han llegado más noticias tuyas, pero anhelo que estés bien.

Mi madre se ha agravado. Debemos internarla en un hospital más equipado que el de nuestro pueblo. En unas horas estamos partiendo para Coronel Bustos. Yo debo acompañarla. Mi padre y mis hermanos tienen su trabajo aquí, en Benavides y vendrán cada tanto a visitarnos. Trataré de darte mis nuevos datos en cuanto pueda.

Siempre pienso en ti.

Con todo mi amor,

Judith"

Eso era todo. No había más noticias de ella. Y estábamos a 20 de diciembre.

No sabía qué hacer; sentía que me faltaba el aire. ¿Debía viajar a Benavides? ¿Conseguir su nueva dirección?

La parte lúcida de mi mente me indicaba que era inútil. La familia de Judith no me permitiría nunca acceder a ella.

En la Editorial había teléfono. Aunque costara una fortuna el llamado de larga distancia, podía intentar hablar con la Señora Núñez para que me hiciera ella el favor de hallar a mi amada. Pero sabía que no iba a involucrarla en un pedido así. El padre de Judith se ocuparía de que la Sra. Núñez jamás accediera a la información que yo necesitaba. Podría viajar a Coronel Bustos, y buscar en todos los hospitales hasta dar con la madre de Judith. Así podría ubicarla. ¿Y que haría allí? Judith no abandonaría a su madre.

Debía atenerme al plan. Trabajar, hacerme de un porvenir e ir a buscarla cuando no dependiera de la autorización de sus padres. Si tenía el suficiente dinero, podría contratar a una verdadera enfermera para que cuidara de la madre de mi amada y la liberara de su estado de cuasi esclavitud. En todo caso, Judith tenía mis datos y sabría hacerme llegar sus coordenadas para que pudiera encontrarla cuando pudiera romper sus cadenas.

Así aquieté mi corazón.

Con mayor displicencia leí las cartas de mi familia.

Greta me agradecía que hubiera recordado su cumpleaños y me deseaba lo mejor. Mi madre me indicaba que había tomado nota de mis datos y me aconsejaba que negociara bien mi salario y me comunicaba que había pensado que tal vez Ordóñez no estaba a mi altura como un buen jefe; que no debía darle demasiado crédito. En otras líneas me enviaba saludos de Ulrico y en la última me informaba que no le enviaría más cartas mías a Judith porque su padre era un desgraciado.

El resto de la mañana lo pasé recorriendo la empresa de los Ordóñez. Retazos de conversaciones, la experiencia del viaje y alguna intuición que me permití llamar sexto sentido, me protegieron de la desilusión que ofrecía el estado de la que alguna vez fuera una próspera editorial. Doña Antonella me mostraba los rincones decadentes que se abrían a nuestro cadencioso paso con los ojos cargados del orgullo vencido por el paso de los años, teñidos de una nostalgia,

notoria y querible. El primer piso oficiaba de depósito y oficinas, y estaba desoladamente vacío. Uno solo de los despachos estaba ocupado por Antonella y pocos libros se apilaban con orden sobre una de las paredes laterales. Muy pocos libros. La planta baja estaba dividida por un largo y alto mueble, que dejaba un pequeño sector para atención al público, que era el sector con vidriera a la calle y que protegía la gruesa persiana mecánica que observara a nuestra llegada la noche anterior. Detrás de la persiana, se apiñaban las máquinas de olor y aspecto vetusto, que alguna vez constituyeran el brazo fabril de la compañía. La imprenta en sí ya no funcionaba. Antonella me explicó que los repuestos y el mantenimiento y el personal necesario para operarla, eran muy caros para el nivel de ventas que tenían. A duras penas con María, una de sus asistentas, lograban sostener el funcionamiento de la máquina generadora de las películas originales de los textos que finalmente enviaban a imprimir a otra editorial que les trabajaba a façón. Luego los libros eran cosidos y encolados en otra empresa, que les hacía el trabajo por cantidades pequeñas. Hacía años que habían dejado de publicar novedades. Carecían de editores, correctores, especialistas en mercadotecnia y personas duchas para elegir oportunidades literarias. Así que se limitaban a reeditar los clásicos y algunos textos de estudio para escuelas que todavía se vendían, a pesar de estar desactualizados conforme los nuevos programas de estudio. María, una joven delgada, de baja estatura, de sonrisa fácil, voluntariosa, poco agraciada y torpe de movimientos, era la que se encargaba de los tratos con los proveedores. La otra asistenta, Lourdes, una mujer casi de la misma edad de Antonella, de escaso pelo mal teñido de un negro decolorado, ceniciento, un poco encorvada y con los dientes y los dedos amarillos de la nicotina, era quien se ocupaba de tomar los pedidos que hacía llegar Teófilo y el envío de los ejemplares a destino. También atendía al escaso público que concurría al local, tomaba los pedidos de las librerías de la ciudad y ayudaba con las registraciones en los libros contables.

–Soy tenedora de libros matriculada –se ufanaba, extendiendo una sonrisa ocre y breve.

Antonella se ocupaba, por su parte, además de la supervisión general, de la caja, los bancos, las cobranzas y los pagos. Jamás me hubiera imaginado que tras el rimbombante nombre de Ediciones Vernáculas, toda una empresa se sostuviera sobre los escuálidos hombros de estas tres frágiles mujeres. Por supuesto, la editorial había perdido su pujanza y su brillo, pero estaba prolija, ordenada y funcionaba. Me permití hacerle el elogio a la madre de Ordóñez, quien me agradeció con un gesto de humildad, minimizando su esfuerzo.

–Esto lo hicieron Enrique, mi recordado esposo, Adalberto, que en paz descanse y mi hermano Robertino. Yo soy solo una esmerada cuidadora de su lenta desaparición.

–No diga eso; ya vendrán tiempos mejores.

–Dios te oiga. Odiaría saber que un día Ediciones Vernáculas bajó su persiana para no abrirla nunca más.

–Trataré de ayudarla para que eso nunca suceda –dije, y mi énfasis sonó a promesa y los dilatados ojos de Antonella parecieron percibir en mí un entusiasmo que quién sabe de dónde venía, y por un instante se iluminaron.

–Te tomo la palabra, hijo. Te tomo la palabra –repitió, porque una fuerte tos doblaba su esmirriado físico e impedía escuchar su voz quebrada.

Esa tarde le dije a Ordóñez que me parecía debía prestarle algo de atención al estado de salud de su madre. Quise ser delicado y dejé caer el comentario como al descuido, con mucha suavidad, tratando de darle el menor peso específico posible, mientras divagaba sobre el tiempo algo húmedo de la ciudad. Igual, mi observación cayó como una bomba. El rostro de Ordóñez se crispó, sus mejillas se hincharon y se tornaron coloradas de la ira y me acusó con su dedo índice tembloroso de furia, como si fuera un monje inquisidor sentenciando a un blasfemo.

–Mejor métete en tus cosas. Tú no sabes nada de mi familia. ¿Quién te crees que eres, carajo, para darme consejos y lecciones de

conducta? ¿O acaso yo hurgo en tu pasado? ¿Me has visto alguna vez indagar en los muchos esqueletos que tu familia seguramente esconde en lo profundo del clóset de su historia? ¿Acaso te juzgo a ti, que abandonas a tu madre? ¿o juzgo a tu madre a quien bien poco le importas?

Los ojos se me llenaron de lágrimas y el pecho se me hundió bajo el peso de los ataques y las infamias que me atravesaban con insospechada violencia. Enmudecí de pronto, no conseguía inhalar el suficiente aire para hablar. ¿De dónde había salido tanto odio?

–Ordóñez, eres un soberano hijo de puta –atiné a decir, tras conseguir hacerme de una bocanada de aire. Ni llegué a advertir que lo había tuteado por primera vez.

–Vete a la mierda. Te advertí que no te hicieras el monaguillo conmigo.

Me escabullí hacia el exterior, bajando las escaleras como una exhalación. No sé por dónde me perdí, solo buscaba encontrarme. Mis pasos tenían el signo de la vacilación de quien no tiene un destino, solo vaga sin propósito. Todas las calles me eran desconocidas. Las casas bajas y los depósitos sucios de la zona pronto dieron paso a edificios más prolijos, jardines más cuidados y locales comerciales que ofrecían productos de calidad; confecciones, electrodomésticos, marroquinerías. Pero mi mirada turbia no podía distinguirlos, ni mucho menos disfrutarlos. Sólo me focalizaba en la introspección. ¿Qué hacía allí en la Gran ciudad? ¿Quién era mi compañero de ruta? ¿Cuál era mi destino, debía seguir con él? No me consideraba un estúpido, no tardé demasiado en entender el exabrupto de Ordóñez; había tocado una fibra sensible de su alma, se sentía culpable por no ocuparse de su madre y yo justamente le venía a poner el dedo en aquella llaga abierta. Pero una vez procesada y aislada la cuestión del iracundo y violento ataque, despojado el incidente de sus formas, a partir de la comprensión de sus causas, quedaba aun un dolor profundo, y esa herida era más difícil de atender, porque la había inflingido el contenido de las acusaciones de Ordóñez y ese tufillo a verdad que supuraba de su discurso calaba muy hondo en mi espíritu.

¿Resultaba cierto que mi proceder era tan monstruoso? ¿Podía considerarse que había abandonado a mi madre? ¿O ella ya me había abandonado a mí hacía demasiado tiempo? ¿Su abandono era tan notorio? ¿Podría superarlo alguna vez? Las señales de mis intestinos revueltos me hacían adivinar porciones de verdad en ambas cuestiones.

¿Y qué quería decir Ordóñez sobre mi pasado? Tantas veces haciendo referencia a algo terrible ocurrido en los tiempos remotos de mi familia. Yo no sabía nada de eso, nunca había sabido de nada y nada quería saber al respecto. En ese sentido, al menos, Ordóñez se equivocaba. Todos se equivocaban, eran habladurías sin fundamento. Lenguas viperinas que alimentaban rumores crueles que sólo producían daño. Así me habían alejado de Judith, imponiéndome un enfrentamiento racial que no me correspondía. Yo no era nazi, mi familia no era nazi, no tenía ningún sentimiento filonazi. Y amaba a una judía, ¿qué podía haber de malo en ello?

El dolor se hacía más intenso al pensar en Judith, o en la ausencia de Judith que alcanzaba una consistencia densa, tan palpable como una daga filosa.

Luego de vagar por horas, llegué a la conclusión de que nada tenía que hacer en la Ciudad. No podía seguir conviviendo con el odio de Ordóñez. Arreglaría mis cosas y volvería tan pronto como me fuera posible a Benavides. No sabía aun que haría allí, la sola idea de vegetar en el pueblo me producía estreñimiento, pero al menos no habría abandonado a mi madre, y aunque no pudiera mantener una relación formal con mi amada, sólo estar cerca de ella, reconocer su silueta a lo lejos, adivinar su sombra en la distancia, aspirar el perfume que dejara tras su paso, sería mejor al sufrimiento de no verla nunca. Tal vez pudiera ir a Coronel Bustos, donde asistía a su madre, o ella pudiera volver pronto a Benavides, o al menos de tanto en tanto, para visitar a su padre o a sus hermanos. Como mínimo me aseguraría de que mis cartas efectivamente le llegaran, sin depender de la desidia de mi madre ni de la iracunda oposición de su padre.

El aire del atardecer se filtró hasta mis pulmones, aun antes de que me diera cuenta de que la luz del sol era vencida paulatinamente por

el avance de la penumbra. Pronto sería de noche y no tenía la menor idea de dónde estaba. Vi luces que se encendían en la otra cuadra y percibí allí mucho movimiento. Hacia allí me dirigí. Se trataba de un gran supermercado. Nunca había visto uno. La gente entraba y salía con premura. Un nudo de carritos repletos de mercadería se arremolinaba en un vértigo con mucho de hipnótico. Recorrí los senderos que dibujaban las góndolas que ofrecían multiplicidad de productos de variopinto aspecto, que tenían como común denominador un lenguaje de formas y colores que decía "elígeme, cómprame, llévame". Me deje llevar por la multitud y hasta adquirí vino y confituras para obsequiar a doña Antonella, quien tan bien se había portado conmigo, como despedida. A la salida subí a un taxi y le dí la dirección de la editorial porque no sabía cómo regresar.

CAPÍTULO CUATRO

Al llegar, me sorprendieron las luces circulares y el sonido ululante de la sirena de una gran ambulancia blanca y azul que se apostaba en la puerta de la Editorial.

Ni bien atiné a bajar del taxi, Ordóñez se me abalanzó corriendo como un bisonte y me abrazó con su inusitada fuerza. Con mucho esfuerzo logré zafarme de su cariñoso ímpetu.

–Dios quiera que encuentres la bondad o la piedad o la sabiduría suficientes para poder perdonarme. Yo mismo no lo consigo. No sé cómo pude hablarte de la manera en que lo hice. Pero debes disculparme. Tú eres mejor que yo y abrigo la esperanza de que puedas lograrlo. Te he dicho una sarta de sandeces sin ningún justificativo, simplemente porque tenías razón. He sido un imbécil. Me retracto mil veces y te pido...

–Ya hablaremos de eso –dije, cortante para interrumpir el crescendo ornamental de su verborragia–. ¿Para qué es la ambulancia? –pregunté, temiendo lo peor.

–Mi madre, ha tenido un vahído y se ha desvanecido. Como siempre, me ha dicho que no era nada, pero María me confesó que le viene sucediendo lo mismo desde hace semanas, que está muy débil. Así que te hice caso y llamé a un médico, pese a su oposición. Dicen que tiene insuficiencia respiratoria y que deben llevarla a la clínica para hacerle más estudios. ¿quieres acompañarme? –Ordóñez observó mi hesitación y la malinterpretó. Creyó que la falta de disposición automática de mi parte podía tener causa en mi disgusto. Pero lo cierto es que me sentía frustrado al no poder concretar la determinación que me había llevado tanto esfuerzo alcanzar. Pero con ese cuadro de situación no podía volverme a Benavides como había planeado–. Por favor, Christian, te lo pido encarecidamente,

a mi madre también le hará bien verte, te ha tomado cariño –insistió Ordónez.

Por supuesto, le dije que sí, que me diera un minuto, que quería guardar las vituallas que había comprado y que lo acompañaría.

–Muchas gracias, mi pequeño amigo. Mi tío Robertino pasará a buscarnos en su automóvil en unos minutos.

Doña Antonella debió quedarse internada en el sanatorio por un tiempo. Se encontraba estable, y, según los médicos, fuera de peligro; sin embargo, teniendo en cuenta su edad y su estado de salud precario, convenía realizarle estudios complementarios para asegurar un diagnóstico preciso y un tratamiento adecuado. Para no dejarla sola, nos turnábamos para acompañarla Robertino, Ordóñez y yo. A decir verdad, Ordóñez no aguantaba mucho y, como Robertino era un hombre grande y yo no tenía mucho que hacer, me quedaba bastante más que ellos. A veces me cubrían María y Lourdes, las empleadas de la editorial. Pero en general, pasaba muchas horas al lado de la anciana. Cuando doña Antonella dormía, me permitía recorrer el sanatorio. Se trataba de un edificio de inmaculado y aséptico blanco que quedaba en la zona oeste de la ciudad, lejos de la Editorial. Tuve que aprender a tomar los buses para poder llegar, porque caminando el trayecto se hacía un poco largo. Tras unos días me había hecho conocido por enfermeras y personal de maestranza, que pensaban que era el nieto de la enferma. Me saludaban y me permitían el acceso al comedor para el personal, que era mucho más económico que el restaurante para los acompañantes de los pacientes que estaba en el 2do piso; así cuando me apetecía un bocadillo no debía gastar tanto. Además, el sanatorio tenía una biblioteca bastante decente, así que tomé prestadas algunas novedades literarias, y de esa forma retomé el hábito de la lectura, que había perdido en cierta medida durante el periplo por el norte del país, que acometiera con Ordóñez. Doña Antonella me pidió que le leyera en voz alta, así la espera se le aligeraba. Esos momentos me hacían recordar a la biblioteca de Benavides

y a la Sra. Núñez, a los talleres de lectura y finalmente, con una enorme nostalgia, a Judith. No resistía a esos recuerdos, aunque dolieran, porque eran una cálida compañía, eran como amigos que me venían a visitar y aunque no trajeran diversión ni entretenimiento, eran bienvenidos. Mientras, el tiempo transcurría con parsimonia hospitalaria, en sordina pero inexorable. Esa quietud me movilizaba a la reflexión. Ordóñez me había pedido disculpas mil veces en mil formas diferentes y lo había perdonado. Y, con conciencia, volver con las manos vacías a Benavides, a vivir de nuevo con mi madre, no constituía para mí una verdadera opción. Así que debía hacerme a la idea de que pronto debería salir de nuevo de gira, esta vez hacia el sur del país. Sólo pensar en compartir el cuarto con Ordóñez, y volver a sus interrogatorios, caprichos y comilonas, me producía cierta desazón. Pero tenía claro que era mi deber y, además, para un muchacho que apenas tenía colegio primario cumplido, sin familia ni contactos en la gran ciudad, no veía muchas alternativas mejores. Así que traté de no darle más vueltas al asunto.

Finalmente doña Antonella fue diagnosticada con una cardiopatía aguda. El Dr. Salazar, feje de la unidad de cardiología, nos informó que el corazón se había agrandado, presentaba una arritmia acentuada y eso generaba la insuficiencia respiratoria que habíamos percibido y que constituía apenas un síntoma de una enfermedad seria. Con todo, el destacado médico aseguraba que el cuadro había sido tomado a tiempo. Un par de semanas más sin atención podrían haber resultado fatales. El tratamiento, según el Dr. Salazar, consistía en una medicación controlada semana a semana y reposo. Debía caminar, pero no podía trabajar. Había que evitar cualquier actividad que pudiera producir per se aceleraciones intempestivas de su ritmo cardíaco.

–¡Estos médicos! –se quejó doña Antonella, ni bien su hermano Robertino la participó de las noticias–. No saben nada. Qué reposo ni reposo… yo me siento bien. En un par de semanas Teófilo debe-

rá salir de gira. Para entonces me sentiré perfecta y seguiré presentando batalla.¿O me van a obligar a quedarme en la cama? ¡Habráse visto disparate mayor!

Robertino se llevó un dedo a los labios delicados y pálidos con disimulo, y le señaló a su hermana que estaba totalmente de acuerdo con ella. ¿Qué podían saber los médicos?

Esa misma noche Robertino nos invitó a cenar a su departamento. Era un inmueble de tres habitaciones generosas, muy bien ubicado en el centro de la ciudad. Estaba decorado con líneas clásicas y colores definidos: azules, grises y plateados. Robertino parecía una extensión de su casa. Un hombre de sesenta y tantos años, muy bien llevados, vestido siempre de traje azul. De contextura pequeña pero atlética, pelo gris abundante peinado con esmero y gomina y un pequeño bigote apenas más oscuro sobre sus labios delgados. Era parecido a su hermana en su mirada transparente y en su contextura, pero su persona mostraba una predisposición optimista y un carácter alegre que le aligeraban las facciones del rostro y le daban un aspecto muy juvenil. Estaba casado por tercera vez. No había tenido hijos. Su nueva mujer, llamada Irene, parecía bastante más joven, pero se mantenía callada. Nos sirvió la cena, que me pareció escueta en relación a lo que venía acostumbrado, apenas unas chuletas de porcino con patatas hervidas, sobre todo insuficientes para el apetito descomunal de Ordóñez. Irene dejó la fuente sobre la mesa y se retiró haciendo gala de una bien estudiada discreción.

Robertino extrajo unos puros de un bolsillo de su saco y nos convidó, invitación que sólo fue aceptada por Ordóñez. Puso en el combinado un disco de Doménico Modugno, tarareó un par de estribillos y nos invitó a acompañarlo a los sillones del amplio estar.

–Alora, sobrino, ¿ Qui cosa faciamos?

–No sé tío. ¿A qué te refieres?

–A tu madre, a la empresa… Me gustaría saber qué piensas. Está claro que la pobre Antonella no puede seguir a cargo de todo.

–Pero ella dijo…

–Lo que ella dice es una cosa, y lo que aconsejan los médicos es

otra bien diferente. Soy el mayor aquí y debes comprender que no voy a permitir que ella continúe trabajando. Se ha pasado una vida batallando y batallando por todos nosotros. Es hora de que reflexiones, Teófilo. ¿No puedes dejar los caminos? ¿al menos por un tiempo?

–Está bien. Hago esta gira que tengo pendiente, y luego organizo todo para quedarme.

–Si te vas por cinco meses, sobrino, y dejas a tu madre de nuevo con la editorial al hombro, cuando regreses, te aseguro, ya no la verás.

Ordóñez se quedó callado un tiempo. Comenzó a transpirar, se desajustó el nudo de la corbata y se desabotonó dos botones de la camisa, como si se ahogara. La sola perspectiva de quedarse en su casa, y trabajando en la editorial parecía enfermarlo.

–¿Tal vez tú, tío, pudieras hacerte cargo de la empresa? Por un tiempo, digo, hasta que consigamos un gerente; tal vez Irene pueda ayudarte.

–No hables pavadas, pareces un niño inmaduro. Les dejé la editorial a mi hermana y a tu padre hace veinte años, y no voy a volver ahora a ocuparme de tamaña depresión. Además tengo mis cosas, mis tiempos, la Inmobiliaria me permite mucha comodidad en mis horarios y tampoco soy un joven. Y ni se te ocurra meter a Irene en esto. Ella está para otra cosa. Para ocuparse de mí, por ejemplo.

El último comentario me causó gracia y reprimí una carcajada que pareció una tos rara, como si descorchara una botella. Fue suficiente para atraer la atención de ambos interlocutores, que exhalaron el humo de sus cigarros en forma simultánea y parecieron distinguirme entre la humareda en forma diferente, como si me descubrieran de pronto en una nueva faceta. Robertino se aclaró la voz y me dijo en el mismo tono que debía utilizar cuando aguzaba sus habilidades seductoras y convictivas para vender un Pent House de nivel y precio Premium, a un millonario caprichoso.

–Dime, Christian, me ha dicho Teófilo que tienes grandes dotes de mando y eres un ordenado y prolijo administrador. ¿qué dirías tú si te propusiéramos hacerte cargo de la Editorial?

No llegué a contestar que sí, que por supuesto. ¡Cómo negarme! Trabajar con libros, en compañía de la amable Antonella, en la gran ciudad sin tener que volver a los caminos con el desmesurado Ordóñez…la propuesta sonaba como música para mis oídos. Pero aspiré con cierta violencia ante la sorpresa que me producía el ofrecimiento, y el humo que había en el ambiente me ahogó. Tomé lo que pensé era agua de un vaso que había en la mesita baja del estar, y resultó que era gin, o vodka o alguna bebida blanca y me quedé sin voz. Tío y sobrino asumieron que mi silencio implicaba una negativa.

–No te tomes en serio lo que dije de que se trataba de una depresión, en realidad puede ser un excelente lugar de trabajo, y tendrás asistentas. Podemos incluso hablar de un buen sueldo…

–Y hasta puedes quedarte a dormir en la casa si quieres, será como tu casa. Lo podemos poner en un contrato.

El gin ardió en mi garganta y comencé a carraspear. Hice un gesto vago con la mano, para que no me malinterpretaran y tomaran ese vaivén como la refrendación de un no, y desesperaron.

Mi silencio los alentó a ofrecerme mejores condiciones…

–Podríamos pensar en un bono anual también…

Entonces mi garganta se aclaró y mi mente también. Tal vez tenía una oportunidad.

–Y lo que ustedes imaginan… ¿implica cuidar a Doña Antonella? Porque imagino que tomarán en cuenta que si tú, Ordóñez, viajas y usted, Robertino, está absorbido con sus cosas, alguien deberá ocuparse de ella…

Robertino, que era rapidísimo, le hizo una seña a su sobrino.

–Acompáñame, Teófilo, que quiero hablar contigo un minuto. ¿Nos esperas Christian?

Se retiraron al escritorio por cerca de quince minutos. Cuando volvieron, Robertino me dirigió su más amplia sonrisa, que brillaba sobre su bigote oscuro como si pretendiera ejercer un poder hipnótico.

–Dime Christian ¿qué dirías si te permitimos acceder al gran desafío de tu vida? ¿Qué dirías si te ofrecemos ser socio de Ediciones Vernáculas?

Nunca supe por qué las escrituras importantes se firman cerca del mediodía. Es un horario tal vez cómodo para los notarios públicos, pero es un tiempo del día que siempre genera mucha ansiedad. La preparación de la documentación nunca está pronta en el tiempo acordado, algún papel falta o está mal hecho, o se suscitan desavenencias o discordancias entre las partes de último minuto que postergan el final de la transacción. Crecen las dudas, hay momentos en que parece que todo está por volar por los aires, se incrementa el nerviosismo, la temperatura aumenta –porque siempre hace más calor al mediodía– y hay gente a la que el hambre le comienza a apretar el estómago, como un timbre despertador que suena y suena y uno no puede apagarlo aún cuando no lo tolera, y el apetito insatisfecho genera una sensación de laxitud que luego se transforma en clara inquietud y hasta dolor de cabeza. Quienes son los protagonistas de la operación están sentados alrededor de una mesa larga sin entender mucho lo que se discute, mientras los abogados y los contadores y los escribanos y sus asistentes revolotean por la estancia discutiendo, acordando, enmendando, salvando y ajustando nuevos documentos.

Así tal cual fue la caótica firma de la compraventa de acciones por la que me convertí en socio de Ediciones Vernáculas. Había cuestiones sucesorias vinculadas con la muerte del padre de Ordóñez; temas matrimoniales de bienes gananciales vinculados con doña Antonella; nulidades arrastradas por vicios en la vieja donación efectuada por Robertino a su hermana; problemas de personería generados por mi edad, dado que aun me faltaban un par de meses para cumplir los 21, aunque la ley establecía que era capaz porque era huérfano de padre; irregularidades impositivas y contables porque la editorial no presentaba balances desde hacía añares… en fin, un sinnúmero de temas en los que había que trabajar y retrabajar para que todo quedara sentado en forma correcta. Menos mal que entre las partes no había ningún desacuerdo. El trato había quedado así: Ordóñez me cedía un diez por ciento de sus acciones por un valor simbólico, contra mi compromiso de trabajar un año completo como director de la empresa. Se fijaba una remuneración menor para mí. Al final del ejercicio

anual, si había utilidades yo podría utilizarlas para ir incrementando mi participación hasta un tope de diez por ciento por año y hasta alcanzar un máximo del 50%. Es decir que si todo salía bien, y hacía un buen trabajo, en cinco o seis años yo podía llegar a ser socio en partes iguales con los Ordóñez.

Por eso mi nerviosismo. ¡Se trataba de una oportunidad única! En seis años estaría en condiciones de ir a buscar a Judith como un gran empresario de la ciudad. Nadie podría impedir que se viniera conmigo.

Ordóñez también estaba contento. A parir del acuerdo y mis compromisos societarios y personales, su espíritu nómade lograba impedir que las cadenas y lazos que siempre había rehuído lo retuvieran atado a un espacio que juzgaba claustrofóbico. El se encargó de amenizar los tiempos muertos con perlas de su anecdotario rimbombante, hasta que todo estuvo listo para proceder a la firma.

El escribano Achával Acevedo Díaz, nuevamente enfundado en su saco de alpaca oscura y corbata de un gris perlado muy sobrio, que se había quitado para acometer el fárrago de tareas que le impusieron las dificultades de nuestro convenio, y luego de ofrecernos el enésimo café de la jornada, por fin nos alcnazó el conjunto documentario preparado. Estábamos todos sentados alrededor de una hermosa mesa de madera de cerezo, donde una asistente había dispuesto varias plumas fuente de capuchones dorados y plateados refulgentes y rigurosa tinta negra. Ordóñez, Robertino y yo sonreímos. Doña Antonella, algo recuperada, pero todavía pálida y ojerosa, mostró un instante de vacilación. No pude sino comprenderla.

–Doña Antonella, le juro que voy a poner todo lo que esté a mi alcance para devolverle a Ediciones Vernáculas el brillo que alguna vez tuvo y el destino que Usted y su marido soñaron para ella.

–Y sabrás cuidar de mi Teófilo –añadió la anciana.

–Se lo prometo.

Y doña Antonella me sonrió con calidez y dulzura, cogió una estilográfica y mirando al escribano Achával Acevedo Díaz, inquirió:

–¿Dónde tengo que firmar?

CAPÍTULO CINCO

Hacía apenas minutos que se habían agotado las tres de la tarde. Salí de la sucursal del Banco de la República con la que operaba, con la satisfacción de haber obtenido un resultado exitoso. Decidí volver caminando a la Editorial, para paladear y disfrutar esa sensación antes de que las múltiples urgencias y los quehaceres cotidianos me la disiparan, como un haz de luz que se disgrega en el firmamento de una noche cerrada. Con la seguridad obtenida luego de tantos meses de habitar la Gran Ciudad, tomé la Avenida de Los Inmigrantes hacia el sur sin hesitar. Era el mejor camino. Un poco más largo tal vez, pero menos transitado por autobuses y automóviles, y, en su amplitud y anchura, más benevolente por los aires oxigenados que provenían del valle y por la calidez de un sol, todavía primaveral, que podía hacerse paso hasta los transeúntes, sin ser derrotado por las sombras de los altos edificios de la urbe, inevitables en las callejuelas más estrechas. Zigzagueé entre las mesillas de los bares que se expandían sobre las veredas y los puestos de diarios y revistas hinchados de ofertas perecederas, noticias que no sobrevivirían un día, una semana, tal vez un mes.

Llegué a la Editorial cerca de las cuatro. Las mejillas sonrosadas me delataban la larga caminata. María, Lourdes y Matías, uno de los nuevos empleados y mi asistente personal, me esperaban con excitación. Traté de disimular la respuesta a su mirada inquisitiva y les pedí que invitaran a Doña Antonella a bajar. Se acercaba poco a las oficinas, su salud se había tornado aun más precaria. Pero la ocasión lo merecía.

–Bueno, ahora que estamos todos, se los quiero confirmar –dije, sin dilatar más el suspenso–. Acabo de firmar los papeles por la nueva imprenta. Estará en operaciones en 90 días.

–¡Bravo! – aplaudieron y, en particular, el batir de palmas suave pero alegre de doña Antonella, me colmó de emoción.

Matías descorchó una botella de vino y sirvió a todos una copa de plástico. Miré alrededor, ví los estantes llenos de libros y los paquetes multiplicados dispuestos para las entregas comprometidas y creció en mí el orgullo y debí luchar para que no se tornase pecaminosa vanidad. ¡Cómo había mutado Ediciones Vernáculas en menos de dos años! De aquella empresa decadente que sólo podía ostentar como activos su prolijidad y su amor propio, hoy teníamos entre manos a un comercio floreciente, que respiraba y destilaba vitalidad.

Habían sido tiempos de un trabajo extenuante, denodado, quizás quimérico en su planteo original, pero que a la postre había resultado acertado.

Repasé el inventario virtual de decisiones tomadas y ejecutadas por enésima vez, en esa obsesiva recurrencia de la mente, para tildar lo hecho en un trazo imaginario y destacar las tareas aun pendientes.

Fruto de mi experiencia recorriendo los caminos del interior con Ordóñez, me había quedado claro desde un principio, que la editorial necesitaba títulos nuevos. Lo primero que había hecho fue revisar en qué estaba la competencia. Ediciones Horizonte, que bien conocía desde mis épocas de bibliotecario, había sido comprada por una editorial norteamericana y simplemente traducía los títulos más famosos, los Best Sellers, como se comenzaban a llamar los libros más vendidos, que ese sello comercializaba en los Estados Unidos de Norteamérica. ENEPÉ, por su parte, traía títulos de España, para evitar justamente costos de traducción. Había otra editorial importante, subvencionada por el ministerio de Cultura de Francia, que vendía libros en francés y encaraba algunas traducciones, que luego se vendían a través de la Alianza Francesa. Otras editoriales menores vendían textos escolares o universitarios. Como nosotros tampoco podríamos encarar traducciones propias y no teníamos capital para editar con calidad y en número, decidí relacionarme con Editoriales del resto de Latinoamérica. Me suscribí a los suplementos literarios de diarios importantes de Argentina, Chile y México, los países que en ese momento mostraban

más fuerza cultural y me familiaricé con los autores que recibían mejores reseñas de la crítica especializada. Busqué a las editoriales que los publicaban y por carta me presenté, mostrando pergaminos impecables de más de veinticinco años de historia. Les pedí ejemplares sobrantes de grandes tiradas que hubieren sido devueltos de segundas o terceras ediciones, en pequeñas cantidades, requiriendo buenos descuentos. Hablé con doña Antonella y le dije que se jugara conmigo. Que en vez de pagar las nuevas reimpresiones de los viejos clásicos, que venderíamos poco y mal, me permitiera disponer de ese dinero para los anticipos. Yo sumé el dinero que tenía, de los ahorros que traía de mis sueldos desde Benavides. Como no había gastado casi nada, llegaba a una bonita cifra. Lo fundamental fue que Doña Antonella apreció mi gesto. Si la operación no salía bien, perdería todo lo que tenía. Vio que yo creía en lo que proponía y decidió apoyarme.

Fueron días muy trajinados. Hube de inscribir a la editorial como importadora, contratar despachante de aduana, ampliar los servicios bancarios para hacer giros al exterior y abrir cartas de crédito, contratar a una transportadora fluvial y muchas tareas más, firmando documentos y pagarés.

En el ínterin fui armando catálogos con los títulos adquiridos, a los que adosé copias de las páginas de los prestigiosos diarios que les dedicaran elogiosas reseñas a ellos y a sus autores.

Tratando de incorporar lo bueno y eludir lo malo de las enseñanzas de Ordóñez como vendedor, muñido de mis nuevos catálogos, recorrí cada una de las librerías y bibliotecas de la ciudad y sus adyacencias. Me dí cuenta de que en general mi propuesta era apreciada.

Cuando finalmente arribaron los libros, me ocupé de que nuestros propios periódicos recibieran un ejemplar de los mismos y de las críticas que recibieran en los grandes centros culturales de nuestra América. Y los comentarios hicieron eco favorable de sus predecesores y constituyeron un aporte fundamental a nuestra estrategia.

Los escritores locales, los profesores y las personas que se ufanaban de pertenecer a la élite cultural y académica del país, compraron.

Como los ejemplares importados de cada título no eran muchos, la mayoría se agotó con mucha velocidad. Los pocos que quedaron fueron vendidos por Ordóñez con facilidad en su siguiente gira.

Nos llenamos de dinero aun antes de cumplidos los plazos de la financiación acordada con los exportadores. Nos jugamos e hicimos otro pedido, aumentando las cantidades. Y resultamos exitosos.

En un año teníamos un sitio en el reducto cultural de nuestro país. Realicé gestiones de marketing, invité a escritores argentinos y mexicanos, y organicé conferencias de prensa y visitas a librerías que armaron un gran revuelo.

Contraté vendedores y mejoré las instalaciones para tener un verdadero centro de ventas y atención al público en nuestra sede comercial. Conseguí los derechos para editar títulos directamente en forma local. Armé un circuito de proveedores con mejores precios a los obtenidos por Doña Antonella, merced a las mayores tiradas. Tuvimos que tomar más empleados para manejar el depósito y las entregas, además de coordinar la importación y la facturación.

Un trabajo aparte fue ordenar, controlar y organizar a Ordóñez. Sus ventas se habían minimizado en relación al éxito comercial de la editorial. Aproveché uno de sus regresos para capacitarlo. Le enseñé los nuevos títulos, le mostré los nuevos catálogos, le establecí objetivos mínimos a alcanzar y le ofrecí un programa de incentivos. Sabía que el dinero en sí no le interesaba –lo ganaba como socio–así que le ofrecí viajes al exterior, a destinos culturales y exóticos. Le armé planillas muy fáciles para rendición de cuentas, con la obligación de llenarlas día a día, y le impuse su remisión y el giro de los cheques por correos especiales, diagramando sus itinerarios y destinos de manera tal que no visitara nunca más de tres localidades sin tener una oficina postal para realizar el envío. De esa manera me aseguraba que aunque siguiera jugando, jamás pudiera arriesgar el resultado económico completo de la gira en una mano de póker. Y el esfuerzo sirvió. Ordóñez se volvió nuestro mejor vendedor. Y me ocupé de que Doña Antonella supiera al detalle los grandes aportes que estaba realizando su hijo en el crecimiento acelerado de la editorial.

La compra de una nueva imprenta de manufactura germana me permitía concluir un ciclo. El Banco nos financiaría una parte y una Fundación cuyo objeto era solventar la exportación de productos alemanes, financiaría la otra. Mi dominio del alemán me había resultado muy útil por una vez. Había sabido de la imprenta por una revista especializada, y me había acercado a la Embajada de la República Federal de Alemania para acceder a más datos. Cuando supieron mi apellido y mi nacionalidad originaria, se tornaron sumamente amables y receptivos. Me contactaron con la Cámara de Comercio Bilateral, y de allí me hicieron puente con la fábrica de los equipamientos. El valor de la máquina era enorme, pero permitiría producir libros a gran escala a un valor por unidad casi ridículo en comparación con lo que estábamos pagando a los talleres locales. En la misma Cámara me ligaron con la fundación que fomentaba la exportación alemana y así obtuve su fundamental crédito para la compra.

Con esta operación consolidaríamos nuestras utilidades y tal vez hasta pudiéramos editar para terceros. El éxito de la Editorial era un hecho.

Me serví otra copa de vino y abracé a doña Antonella. Los temas aun pendientes los dejaría para otro día. Era tiempo de festejar.

Noté que estaba agitado. Respiraba en forma entrecortada. Claro, últimamente vivía de una manera acelerada. Las obligaciones eran múltiples y todas urgían. Aun las que no era importantes. Yo también me exigía a fondo, no tenía ninguna contemplación conmigo mismo. No admitía errores ni ineficiencias. Debía reconocer que los días se me hacían cortos, pero seguía agregándoles compromisos con obcecado entusiasmo. Ahora, por ejemplo, se me había hecho tarde para ir al Liceo. A veces me preguntaba qué bicho me había picado, por qué debía estudiar en forma tan atropellada, qué me impedía tomarme las cosas con más calma, darme tiempos, disfrutar de los peldaños por los que ascendía. Pero no encontraba siquiera el momento para responderme. Me había obligado a cursar el bachillerato. Quería el título y lo quería ya. Me avergonzaba ser el dueño y director de una empresa de índole cultural habiendo con-

cluido sólo el colegio primario. Me había impuesto esta meta y luego obtener alguna licenciatura, en letras o en negocios. Y el calendario me apretaba. Apenas unos meses después de asentado en la Capital, me había decidido a emprender este esfuerzo académico y había obtenido los datos de varias escuelas nocturnas para adultos a través de las páginas amarillas y finalmente, luego de visitarlas, analizar sus programas y costos, había optado por el Colegio San Francisco. Las materias y programas de primer año eran casi un compendio o síntesis de todo lo aprendido en la escuela primaria, así que me dí un mes, me preparé y dí las materias libres. No saqué notas memorables, pero aprobé todas. Luego me hice un programa muy rígido y exigente como para rendir un año lectivo completo cada seis meses, de manera de concluir todo en dos años. Había algunos cursos cortos, cuatrimestrales y a ellos sí asistía. Sobre todo en Física y Química, donde necesitaba de auxilio docente. La planificación me había salido razonablemente bien. Estaba llegando al fin de los plazos programados y sólo me quedaban un puñado de materias pendientes: Matemática y Astronomía, Química Orgánica y Física, además de algunos trabajos prácticos de adeudaba en Instrucción Moral y Cívica. Estaba seguro de que luego del receso estival, estaría obteniendo el anhelado título.

Con esa prisa que me caracterizaba estaba saliendo de la editorial rumbo al colegio, cuando sentí que me chistaban. Era un llamado seco, apremiante. Me dí vuelta y divisé una sombra pequeña y robusta que salía de atrás de un árbol.

–¡Ehh! Muchacho, ¡aquí! ¿Es que ya no me reconoces?

Por supuesto que lo había reconocido. De inmediato. Aun antes de que la luz tenue del gastado farol de la mitad de la acera diera de lleno en su rostro, lo había identificado con toda claridad. El tiempo había profundizado las entradas en su cabello, que lucía un tanto más canoso, y había dotado de volumen a su abdomen, que se expandía redondeado y sobrepasaba un poco la cintura de sus jeans gastados. Pero lo había reconocido. Sin duda.

–¿Qué tal, Savino? ¿Cómo le va?

No puedo decir que la sorpresa fuera absoluta. Por alguna inexplicable razón, en algún lugar del inconsciente albergaba la certeza de que Savino entraría de nuevo en mi vida. Tal vez cuando, en forma inopinada, había conjurado su nombre y el del Comandante para zafar del problema en que las deudas de Ordóñez nos había metido con la gente del casino, había generado una nueva anudación del destino que nos ligaba, como si hubiera una ley física que nos acechara, como un magneto. A una acción seguía una reacción. Quizás demorara, pero intuía que inexorablemente la reacción sobrevendría.

Por cierto, no la esperaba en ese momento. Mi cuerpo estaba atravesado por la sensación de vértigo que los tiempos le imponían, sujeto a un ritmo veloz y ver a Savino surgir de las sombras y del pasado, me impuso un sobresalto notorio. Savino detectó el respingo.

–Te necesito, Christian.

–Entiendo –le dije. Con esas cuatro palabras y la actitud que le daban marco, quedaba en claro que yo le debía un favor y que estaba dispuesto a pagarlo. Qué había hecho en concreto Savino por mí, era difícil asegurarlo. Si la gente del casino en aquella oportunidad lo había llamado para convalidar mis dichos y él me había cubierto; o si se había enterado de lo ocurrido después y había detenido alguna hipótesis sancionatoria hacia mi descaro; eran hechos poco importantes ahora. Tal vez Savino me lo contara más adelante. Lo importante era que el contexto estaba definido -¿En qué puedo ayudarlo? –inquirí, pretendiendo aquietar lo trémulo de mi voz.

–Necesito un lugar para pasar un tiempo. Pasar inadvertido. Los tiempos del Comandante están llegando a su fin, y hay mucha gente que tiene cuentas pendientes con nosotros o quiere sumar puntos en sus fojas de servicios. No puedo circular por ahí ni buscar refugio en los lugares habituales, los conocen todos y me ubicarían. Tengo que guardarme. Y a tí nadie te conoce. El delgado vínculo que nos liga es invisible. Contigo pienso que puedo estar seguro. ¿ Qué dices?

Sabía que lo que contaba era verdad. Luego de años de dominar el interior profundo del país y el tráfico de armas y el contrabando, las filas del Comandante habían ido sido infiltradas por las ideas de

la extrema izquierda, impulsadas por la influencia de Castro desde Cuba. Un hombre llamado el Profesor había finalmente proclamado su independencia ideológica y liderado varios enfrentamientos armados que llenaron de sangre las crónicas periodísticas durante semanas, para concluir dominando las fuerzas insurgentes. El Comandante estaba desaparecido y algunos creían que había muerto. Darle protección a Savino era peligroso, lo sabía. Lo miré directo a los ojos. Me sostuvo la mirada. Adiviné que yo no había sido su primera alternativa. Y que probablemente fuera la última. La noche se desenvolvía con un frescor amable y aun así la frente de Savino estaba perlada de sudor.

–Está bien – le dije– venga conmigo, por favor.

Ingresé de nuevo a la editorial y Savino, como si se hubiera quitado diez toneladas de peso de la espalda, me siguió.

En aquellos años de expansión, la editorial había sufrido serios retoques. La nueva imprenta y sus accesorios, repuestos e insumos habían ocupado todo el primer piso. Me había quedado sin depósito, y necesitaba más oficinas para los nuevos empleados que se dedicaban a las crecientes tareas administrativas. Yo ocupaba el despacho que había sido de Doña Antonella, pero me faltaba lugar para recibir gente, una sala de reuniones como tenían la mayoría de las empresas. Cuando Camilo Fernández, nuestro vecino, nos invitó al casamiento de su única hija, Hortensia, y me comentó casi como por obligación, emitiendo un suspiro profundo que indicaba con pesar la asunción del paso del tiempo, el clásico lugar común "ahora la casa nos quedará grande", no dudé ni un instante en proponerle la compra del inmueble. El pobre hombre me miró espantado. Ni imaginaba que su comentario vulgar pudiera haber generado tamaña respuesta. Pensó que le estaba haciendo una broma, y con un gesto benevolente me rechazó la oferta. Varias veces le insistí, con énfasis y sin suerte. Un día le dije:

–Ponga usted el precio.

–Christian, un poco de respeto… estamos en el atrio de la Iglesia –me dijo, muy serio–. Mejor lo dejamos para otro momento.

Era cierto. Le había hecho la propuesta mientras lo saludaba luego de que el padre Mario declarara unidos en el santo sacramento del matrimonio a Hortensia y a Luis, el hijo de Rubén, el panadero. Así que, reconociendo que me había extralimitado en mi obsesión adquirente, me corrí un poco, porque Ordóñez, a mi espalda, espera su turno para abrazar con su habitual efusividad al ahora más turbado padre de la novia. Fui a saludar a Hortensia, a Luis y a Rubén. También a las madres de los flamantes cónyuges que sonreían con cuidado para que no se les corriera el maquillaje.

Luego asistí a la recepción que se hacía en el primer piso de una confitería tradicional del Barrio, El Aguila. Me la pasé conversando con Ordóñez, que había acortado su gira con la excusa del casamiento para visitar a su madre, cuya salud era cada vez más débil. Cuando venía su hijo Doña Antonella parecía revivir un poco, un tenue carmín le volvía a las mejillas y se animaba a salir de su dormitorio para cenar en la mesa del comedor. Estaba muy frágil a causa de su creciente insuficiencia respiratoria; apenas probaba bocado. Pero llegaba Ordóñez y era una fiesta. El llenaba sus relatos de desproporcionadas anécdotas, inverosímiles, pero tan vívidas que debo confesar que yo también llegué a anhelar el momento de sentarme en el sillón y escucharlo.

Ahora, en la boda, el que hablaba era yo, mientras Ordóñez engullía cuanto bocado, masa o calentito pasara por nuestro alrededor. Le daba precisiones sobre el tratamiento de su madre, los partes del Dr. Salazar, jefe del cuerpo médico que atendía a Doña Antonella, y las nuevas medicaciones que le habían sido prescriptas. También le contaba acerca del estado de la empresa, las novedades, la facturación, las deudas y las proyecciones.

Cuando hube terminado, Ordóñez me abrazó. No dijo nada, no porque no quisiera, sino porque finalmente habían servido un plato caliente compuesto de arroz azafranado, pollo, champiñones y almendras tostadas que no se quería perder y tenía la boca llena. Pero con el abrazo me había dicho lo esencial.

Cuando nos retiramos, cerca de la medianoche, me acerqué a saludar a los padres de los novios y a agradecerles su hospitalidad. Mientras estrechaba la mano de don Camilo, le susurré a su oído:

–No se olvide de mi propuesta. Usted diga el precio.

Dos meses después, luego de haber firmado la escritura de compra, comencé las tareas de construcción y remodelación del inmueble de los Fernández. Robertino, con más experiencia que yo en esos avatares inmobiliarios, me recomendó un buen arquitecto y me ayudó en los trámites de aprobación de planos ante la Municipalidad. La obra tardó un poco más de un año, pero la noche en que Savino me sorprendió emergiendo de entre las sombras, estaba concluída.

Básicamente había transferido la parte de vivienda y oficinas al nuevo inmueble, y todo el viejo edificio se había transformado en fábrica y depósito, y le había agregado un acceso directo para que los camiones pudieran ingresar para hacer la carga y la descarga en forma cómoda y segura. Ambos inmuebles se comunicaban por una puerta interna, que me permitía cruzar de la vivienda a la oficina o al local, sin tener que salir a la calle y resultaba muy funcional.

Sólo me había costado un poco mudar a Doña Antonella a su nuevo cuarto, pero el Dr. Salazar, el médico que la atendía, que le tenía una inquebrantable paciencia, me apoyó explicándole que lo efluvios de las tinturas que emanaban del quehacer de la factoría poco y nada ayudaban a sus pulmones agobiados. La dejé elegir colores, formas y texturas y finalmente cuando la mudé pude ver que estaba medianamente satisfecha.

Cuando Savino me pidió ayuda, no tuve que pensar mucho acerca de qué haría con él.

–Justo necesito un sereno de confianza. ¿Cómo se vé en el puesto?

Esa misma noche acondicioné un cuarto del depósito, en el que guardábamos las viejas ediciones de clásicos y que acomodé con el material de descarte, y en ese espacio vacío dispuse la cama y la cómoda que yo utilizara en la vieja casa durante los últimos años.

–Tres condiciones Savino –le dije, mientras probaba el gastado elástico del añejo camastro.

–Escucho.

–El sueldo será bajo, pero incluirá techo y comida.

–Bien.

–Para todo el mundo usted será un viejo conocido de mi familia en Benavides, que necesita ayuda, y trabajará de verdad. No quiero minar el espíritu de esfuerzo y contracción al trabajo que llevo edificando en esta empresa en los últimos años.

–Correcto. ¿Y cuál es la tercera condición?

–Si usted llegara siquiera a oler la existencia de peligro o que lo vienen a buscar, me avisa en ese mismo instante. No quiero ni pensar en perjudicar a los Ordóñez, ¿estamos?

–Délo por hecho, jovencito.

No se me escapó que era la primera vez que Savino me trataba de usted.

CAPÍTULO SEIS

Estaba muy nervioso. La luz estival se inmiscuía en mi cuarto con alegre desenfado, trastocando los tonos de los colores y los matices del vestuario que no terminaba de elegir para la ocasión.

Esa noche debía dar un discurso ante los miembros de la Cámara de Comercio de la República Federal Alemana.

Mr. Helmut Himmelmann, el presidente de la institución, me había invitado de manera muy enfática, sin permitirme siquiera pensar en disculparme.

–Será un verdadero honor contar con usted para nuestra cena de gala de fin de año. Lo hemos confirmado como nuestro disertador principal y debo confesarle que marcará un récord, nunca hemos tenido un empresario tan joven, ocupando tal sitial de privilegio.

–Pero Señor Himmelmann…

–Helmut.

–Bueno, Helmut, le agradezco, no sé si merezco tamaña distinción…

–Pamplinas, muchacho. En estos últimos años, nadie ha hecho tanto por el intercambio comercial con nuestra patria de origen y por la difusión de la cultura alemana en este bendito país como usted. Es un orgullo para todos nosotros y debería saberlo. Es más, hemos participado al Instituto de Cultura Germana para que asistan al evento y nos han informado que han hecho lo propio con la Secretaría de Juventud para que nos envíen algunos delegados a la cena. Usted es un verdadero ejemplo para los jóvenes de nuestra comunidad, Christian.

Me sentía turbado por tantos elogios. Yo me había limitado a hacer buenos negocios. Luego de comprar la imprenta, ayudado por la Cámara Alemana, encontré que debía alimentar tamaño monstruo

productivo con nuevas obras y publicaciones. No era fácil para una editorial de un país pequeño como el nuestro, adquirir derechos para editar libros en proporción significativa, que justificara la satisfacción de los gastos asociados. La mayoría de las obras que tenían una gran tirada asegurada en Latinoamérica, venían atadas a las grandes multinacionales.

Así que, luego de cavilar al respecto, se me ocurrió que aprovechando mis contactos y dominio del idioma, podía tratar de introducir buena literatura alemana de post guerra. Luego del 45, la difusión de los autores teutones había menguado hasta su virtual eliminación, como si la derrota militar del nazismo hubiera tenido como consecuencia colateral la extinción de las voces artísticas que pujaban por hacerse oir, por sobre los ecos de los últimos disparos, el óxido y la herrumbre, los ríos de sangre y los gritos de las víctimas, que imponían sellos de desilusión, negación, indiferencia, desasosiego, vergüenza, odio y frustración en el espíritu de las nuevas generaciones.

La idea resultó exitosa y en el último año y medio ya había traducido y editado a más de una docena de noveles escritores, y como consecuencia de ello pagaba a las agencias literarias alemanas interesantes regalías, daba trabajo a traductores del idioma germano y promovía el intercambio cultural, dado que la embajada invitaba a los autores publicados a dar conferencias en los círculos culturales del país, con buena receptividad, lo que me daba una muy económica publicidad.

Los negocios florecían y tal evolución me había permitido terminar de adquirir mis acciones de la Editorial en forma anticipada, además me había podido comprar un elegante vestuario, y adquirir un automóvil propio, un Rambler último modelo con cuatro velocidades, que Savino manejaba con eficiencia, adicionando a sus múltiples y valiosas funciones –asesor, jefe de personal, secretario ejecutivo, director de seguridad– la de chofer personal.

Justamente Savino, luego de ayudarme a optar por un clásico traje de cuatro botones de alpaca azul y una corbata de seda roja, me abrió la puerta del Rambler y, casi sobre la hora, nos sumergió en la oscu-

ra y tórrida noche de la ciudad. Manejando con destreza, Savino esquivó los grandes embotellamientos de las calles y avenidas del centro, tomó las vías de mayor fluidez como la diagonal España, luego la Avenida de los Inmigrantes hasta el viejo puerto, y desde allí subió desde el sur para llegar al Hotel Gran Colón, en cuyo salón principal tendría lugar la velada organizada por la Cámara donde pronunciaría un discurso por primera vez en mi vida.

–… y es así como llegamos al final de estas breves palabras –concluí, luego de tomar un sorbo de agua de la elegante copa que descansaba sobre el atril dispuesto a la derecha de la tarima que dominaba el Salón, y desde el cual, encaramado, me dirigía a mi atenta audiencia–, con la firme intención de llevarles un mensaje sencillo, pero que juzgo contundente. Sin una mínima dosis de suerte, nada es posible. Pero sin trabajo, esfuerzo y tesón, ni siquiera la suerte será suficiente y no nos amparará en el largo plazo. Por eso mi consejo es siempre trabajar más, esforzarse más y nunca bajar los brazos. Gracias a la Cámara por esta oportunidad y muchas felicidades para todos. *Thankeshen.*

Un vigoroso aplauso me abrazó con entusiasmo. Lo juzgué auténtico y lo acepté con emoción. Helmut se acercó desde la mesa principal para felicitarme con un apretón de manos y una amplia sonrisa. Otros funcionarios de la Cámara también se aproximaron, palmeándome la espalda. Conocía a Klein, el tesorero, un hombre fornido, de mandíbula cuadrada, abdomen prominente y baja estatura, pero a los demás no los había visto hasta aquella noche. Helmut me los presentó: Galmarek, su vicepresidente, un hombre jóven, de cabello rubio muy amarillo, que lo llevaba largo y rizado; Kohler, Secretario General, alto, delgado y elegante, con una mirada absolutamente bizca que incomodaba; y la Sra. Heynmann, primera prosecretaria del Consejo; una cincuentona muy elegante con un cierto parecido a mi madre, tal vez en la blancura de su piel.

Al concluir mi disertación, una suave música ambiental bajó desde discretos altoparlantes y con eficiencia una docena de mozos comenzó a circular con sendas bandejas por el coqueto salón, sirviendo los primeros platos. En la estancia debía haber un par de centenares de personas, dispuestas en mesas circulares de diez o doce plazas cada una. El rumor de las charlas que ensortijaban a cada grupo aumentaba, sobreponiéndose a la música y al ruido de platos y cubiertos. La Sra. Heynmann me tomó del brazo con delicadeza y me guió por el salón hasta mi lugar.

–Hemos dispuesto, y estoy segura de que estará de acuerdo con nuestra decisión, Christian, sentarlo con los miembros de nuestro centro juvenil. Yo sé que usted es todo un empresario y un profesional, y que algunos de nuestros jóvenes todavía están promediando sus estudios universitarios. Pero todos tienen casi su misma edad; mi hijo, Gunther, incluso, es un año mayor y todavía está en la escuela de medicina. Pero imaginamos que la va a pasar mejor entre sus pares, que con nosotros que somos unas viejas antiguallas. Además, estamos convencidos de que usted va a ser un buen ejemplo para ellos. ¿Qué opina?

–Excelente, Sra Heynmann, realmente le agradezco su preocupación, y que hayan pensado tanto en mí y se hayan tomado todas estas molestias. Para mí es un placer estar compartiendo esta velada con ustedes. Me acomodaré donde lo hayan dispuesto.

La Sra. Heynmann me sonrió y me dijo algo más mientras avanzaba resuelta hacia una mesa dispuesta en el fondo del salón, pero ahora no la escuchaba. Me había quedado prendido en la palabra "pares". Estaba entre mis "pares". Un cosquilleo extraño me recorrió el cuerpo. Mis pares. ¿Qué querría decir eso? Nunca había estado entre mis pares, jamás había tenido un círculo íntimo. La Señora Núñez no podía ser considerada una amiga, por más afecto que le guardara, ni Ordóñez podía alcanzar tampoco ese estrato. Teníamos una relación, es cierto, que había mutado desde la verticalidad maestro/ guía/ mentor sobre alumno / discípulo/ protegido, hacia una horizontalidad ambigua o justamente "dispar", engañosa. ¿No se

habían invertido los roles? ¿No era yo ahora su protector? ¿No había el tiempo acelerado mi madurez y desnudado sus costados más infantiles? Lo que estaba claro es que no podía considerar a Ordóñez un par. Seguí con el recuento: Rosa no había sido una amiga; había sido mi amante y tampoco desde una posición de reconocimiento igualitario. Ella había ocupado en pedestal ubicado un par de grados por encima de mí. Tampoco entraba en la lista. De Judith no podía hacer ningún análisis. Judith era una ausencia, un dolor inagotable. A veces pensaba que había sido un sueño, una pesadilla que había tomado la forma falaz del milagro, para desesperarme luego en la distancia insalvable que me separaba de aquel fantasma. Había enviado a Ordóñez a Benavides y a Coronel Bustos con una carta de proposición de matrimonio, para que la buscara, para que me la trajera; sin suerte. Nadie sabía dónde estaba. El padre de Judith le dijo a Ordóñez que si la seguía buscando sólo nos esperaba la desgracia. Teófilo me pidió que la olvidara. ¿Olvidarla? Tarea imposible. Estaba grabada en mi piel. ¿Se puede olvidar uno, acaso, de su piel? Sólo le prometí que seguiría adelante, tratando de hacer mi vida, continuar, fugarme hacia el futuro. Tuve otras mujeres. Muchas, para no tener ninguna. Alguna empleada, estudiantes del Instituto Bolivar, compañeras de Licenciatura en Comercio Exterior que acababa de concluir. Los nombres (Rita, Amanda, Claribel, Edith) se me confundían con los cuerpos, los humores y los rostros. Una cita, dos, tres hasta que olía a compromiso; entonces imponía una ruptura y vuelta a comenzar. Muchas conversaciones y ningún diálogo; muchas citas y ningún encuentro. No había "pares" en aquellos recuerdos.

La Sra. Heynmann me tironeó el brazo. Me detuve. Habíamos llegado a mi mesa.

El hijo de la Sra. Heynmann, Gunther, fue el primero en saludarme. Tenía un rostro amplio y afable, de mejillas generosas. Me estrechó la mano con firmeza y me presentó a los demás.

Como hube de saber luego, todos tenían nombres españoles, pero

se llamaban entre ellos por su versión alemana, cuya inscripción el registro civil vedaba. Así Manfred, el hijo de Helmut, se llamaba Manfredo; Franz, el hijo de Galmarek, se llamaba Francisco; Gertrude, la hija de Kholer, se llamaba Gertrudis, y otros como Johan, Adolf y Karl, se llamaban en realidad Juan, Adolfo y Carlos. Solo dos mujeres, Eva e Ingrid, pudieron, como yo, armonizar sus nombres registrados con sus apelativos corrientes.

Me recibieron con amabilidad y enseguida me hicieron sentir cómodo. La cerveza corría con velocidad pasmosa entre ambos sexos y no pude rehusarme a tomar, acompañándolos en sus brindis.

De alguna manera, intuí que mi presencia había revitalizado sus lazos y la dinámica grupal. Todos se conocían desde la más tierna infancia y no había novedades palpables en su discurrir. Yo les permitía contarme todo otra vez. Les prestaba así escucha nueva a sus viejas y remañidas anécdotas, que cada uno de ellos podría haber repetido como propia, de tan conocidas. Todas aquellas historias sacaban renovado lustre y volvían a cobrar vida y sentido ante el recién llegado interlocutor.

Eran muchachos brillantes, alumnos sobresalientes y de buena posición económica; había tanta naturalidad en sus modos, tanta fácil fluidez en sus marcos contextuales, que tal vez, advertí, ello generaba una cierta displicencia, una dejadez, algún distanciamiento que se filtraba entre sus modales y denotaba el sarcasmo con que se manifestaban. Parecían aristócratas de finos modales y acendrado gusto, intelectuales mundanos de apreciable cultura y poco a poco, la sensación de agrado que me había ganado al sentarme con ellos, dio paso a un genuino entusiasmo. Percibí como un lujo ostentoso la forma en que se disputaban el uso de la palabra para dirigirse a mí. Las juvenilias en el colegio secundario, las travesuras en los campamentos de verano, las novedades y chismes acerca de las parejas de novios que se hacían y deshacían con la velocidad de los torbellinos adolescentes me eran descriptas con detalle, elegancia y optimista humor y la cerveza que seguía bullendo nos arrancaba carcajadas genuinas y forzadas que contagiaban nuevas carcajadas.

Franz era, entre todos, quien más se distinguía. Un líder nato. Su voz grave y melodiosa se imponía sobre las demás para acotar este o aquel dato o cambiar el curso de la conversación, sugiriendo un tema más divertido. De alguna manera me parecía que era él quien concedía o quitaba la palabra. Gertrude era la más hermosa entre las muchachas. Hablaba poco, pero su presencia irradiaba magnetismo y sensualidad. Vestía un vestido negro ajustado y su cabello azabache caía con estrepitoso volumen sobre sus hombros desnudos. Sus ojos verdes brillaban y me escrutaban con osadía. Franz le acariciaba el brazo y parecía . por el halo de intimidad que los rodeaba, que eran pareja. Pero él percibió cómo Gertrude me miraba y la dejó hacer, divertido. Incluso la invitó a que me contara una historia de cuando era pequeña y había salido desnuda del baño, pensando que estaba sola en su casa y se encontró en plena fiesta organizada por sus padres.

–No era tan pequeña, Franz –acotó Gertrude.

–Es cierto, ya tenías las tetas enormes, pero eso hace la historia aun más divertida, ¿no es cierto? –dijo Franz, guiñándome un ojo, y todos rieron. Yo no veía lo gracioso en este caso, y tuve que hacer un generoso esfuerzo por evitar imaginar a Gertrude desnuda, y así poder unirme a la diversión general.

Los hombres fumaban habanos y las mujeres cigarrillos delgados y largos, que sostenían entre sus dedos como haciendo equilibrio. Entre el humo, el alcohol y las sonoras risotadas la vista se me había nublado un poco y lagrimeaba y tosí un poco.

Eva, una muchacha altísima, a quien le había encantado que le dijera que se parecía un poco a mi tía Greta, me tomó de la mano y me dijo:

–Ven, te hará bien salir a tomar algo de aire fresco al jardín, te despejarás un poco.

Era tan fuerte que me arrancó del asiento sin siquiera poder atinar a reaccionar o contestar.

–Vé, Christian, no te resistas, Eva sabe lo que hace –gritó Manfred. Adolf respondió con un aullido y todos aplaudieron en señal de aprobación.

Seguí a Eva como un vagón desvencijado sigue a una locomotora potente y de última generación; sin resuello, recorrimos todo el salón hasta la puerta de salida, y en vez de tomar la derecha hacia la calle, nos internamos en un pasillo lateral que desembocaba en los fondos del predio del hotel, donde, tras una amplia puerta imperial, se desarrollaba un vasto jardín de especies tropicales. El aire cálido del verano y el frescor de las plantas y especies que se alineaban con prolijo orden me despejó un poco y me trajo resabios de los olores de Benavides. Eva siguió su marcha forzada, ahora entre árboles y arbustos frondosos que formaban senderos más estrechos, hasta que nos alejamos bastante del bullicio de la fiesta. Eva se detuvo bajo un conjunto de palmeras medianas que tapaban la escasa luz de los lamparones. Giró sobre mí y me dio un largo y húmedo beso sobre mi boca. Luego, en un sorpresivo, eficiente y único movimiento, me desabrochó el cinturón, me bajó los pantalones y los calzoncillos, se arrodilló y me envolvió con energía.

–¡No! – grité con entusiasmo– ¡Doble falta!. Punto y *game* para nosotros –agregué, mientras hacía rebotar las *balls* blancas sobre el piso de arcilla batida del Goethe Club para recogerlas y disponerme al servicio.

Me concentré, elevé la pelota, flexioné las piernas, desplegué mi brazo hacia lo alto empuñando mi flamante Slazenger con encordado de tripa y saqué con potencia. El pobre Adolf vio pasar la pelota sin poder devolverla con su deficiente *drive.*

–Quince/ cero –vociferó Franz, mi compañero en el dobles–, tremendo *ace,* Christian–agregó sólo para mí, mientras me alcanzaba otra bola para un nuevo servicio y me guiñaba un ojo–sigue así y me iré a tomar un café con las niñas; estás ganando prácticamente tú sólo.

–Vamos, vamos. Menos elogios y mantente atento en la red, que necesito de tu colaboración; el partido recién empieza.

El sol lamía mi rostro y una suave brisa refrescaba el sudor que dibujaba acuosos entramados sobre mi frente. Serví de nuevo y Karl devolvió hacia arriba con dificultad, dejándola fácil para el *smash* de Franz. Gertrude, Eva, Ingrid y Ute se bronceaban sobre las tarimas que rodeaban los *courts,* mientras fingían alentarnos, y cuchicheaban secretos entre ellas y sonreían al mirarnos de soslayo.

Hacía meses que los muchachos me habían incorporado a su juego de *tennis.* Me habían presentado y recomendado, firmando las solicitudes correspondientes, ante la estricta comisión de admisión del Goethe Club. Una vez aceptado, y luego de sesenta días de exigente entrenamiento y clases intensivas con Gustav, el riguroso profesor del Club, comencé a jugar dobles con ellos, en reemplazo de Gunther, intimado por su padre a terminar con el último año de medicina, bajo apercibimiento de quitarle su manutención mensual, y las llaves de su BMW.–

Franz era el mejor jugador, hábil, veloz y talentoso. Por eso yo jugaba con él, dada mi condición de novato. Como para equilibrar fuerzas. Pero rápidamente me puse a tono, compensando la falta de estilo con mi entusiasmo, mi incansable trajinar y la enorme dosis de esfuerzo que dejaba sobre la arcilla. Pronto nos convertimos en una pareja invencible y llegamos hasta las finales del torneo interno de invierno.

Luego de jugar y de bañarnos en el vestuario, tomábamos unas cervezas en el bar en compañía de las muchachas que siempre estaban allí, salvo Gertrude, todas disponibles para nosotros.

Descubrí que no había asumido ningún compromiso con Eva la noche del Hotel Colón.

–Vamos Christian, que se vienen los setenta, el amor libre y la modernidad. Déjate de mojigaterías, hombre y disfruta –me había dicho Franz, luego de la fiesta–, tómalo como un rito de iniciación, todos nosotros hemos pasado por Eva –señaló, abarcando con su brazo extendido a Manfred, Gunther, Adolf y Hans –ahora puedes considerarte uno más del grupo.

Un par… eso era. Comenzaba a darme cuenta de ello. Los fines de semana aprovechados al máximo, las discotecas de moda, las salidas al cine o al teatro, el tiempo compartido que excedía el ocio. Casi sin darme cuenta, los vínculos se extendieron a los negocios. Cambié el flamante Rambler por un aun más flamante Mercedes Benz, adquirido en la concesionaria del padre de Gertrude; contraté mis seguros con la compañía de la familia de Hans y la limpieza fabril la empezó a brindar una compañía donde el padre de Adolf era accionista. Mudé de banco, y abrí una cuenta corriente en aquel que pertenecía a los progenitores de Franz y por último decidí modificar al tenedor de libros de nuestra Editorial, un viejo amigo de los Ordóñez, el Contador Raúl Indorain, por el estudio contable-impositivo donde trabajaba Manfred.

–No puedes dejar de lado a un hombre tan leal, que ha acompañado a la empresa en las malas durante tanto tiempo –me espetó Savino una noche en que llegaba tarde. Me había esperado despierto, como siempre que quería que habláramos de algún tema de la Editorial, con algo para comer. Esa tarde se había enterado por un memo interno que esperábamos la visita del nuevo estudio para el lunes próximo.

–Tú no comprendes, Savino. Estoy tratando de modernizar nuestra empresa, profesionalizarla.

–No me subestimes, chaval. Lo que comprendo es que tus nuevos amiguitos de la Juventud Germana te están sorbiendo el coco. Mucha salida, mucho tenis, mucha mujer grandotota disponible y apetitosa, y la editorial está pagando facturas más suculentas que antes no pagaba.

–Mira Savino, no te puedo permitir ese tono. Por un lado déjame elegir los amigos que quiero. Por primera vez en mi vida tengo amigos de verdad, que me quieren y aceptan y me hacen la vida más agradable. Tengo "pares". ¿O acaso yo te objeté alguna vez a tus camaradas, aquellos con los que convivías en la filas del Comandante, y que cuando el tute se puso pesado más que tu dinero buscaban quitarte tu propia vida?

–Touché –dijo Savino, inclinando la cabeza un poco apesadumbrado.

–Y en segundo término, permíteme decirte que, si bien es cierto que tenemos más gastos, hemos mejorado la productividad en el segundo semestre, es decir que tenemos un gasto más eficiente.

–Eso no lo sabía.

–Bueno, más vale que te vayas enterando antes de apresurarte a criticarme con tanta liviandad.

–Entiendo, Christian, y espero sepas disculparme. –me dijo, en una entonación que aparentaba claudicación y servilismo, pero que escondía una ambigua condescendencia, un pequeño rencor. Porque Savino sabía que tenía razón, y sabía que yo también sabía que él tenía razón, pero carecía de las herramientas retóricas para vencerme en el discurso, y, además, seguía dependiendo de mí, lo que no le hacía aconsejable llevar la discusión aun más lejos. Me sentí culpable. Lo de la eficiencia en los gastos era una patraña. Habíamos mejorado la productividad, era cierto, pero por otras acciones que había emprendido, no porque los nuevos gastos hubieran contribuido especialmente en ello.

–Mira, Savino. Te diré lo que haremos. Mantendré a Indorain como contador, para los registros en los libros y la preparación de balances, y circunscribiré la tarea de Manfred a un servicio de auditoría y asesoramiento tributario. ¿Qué opinas?

–Lo que tú digas estará bien –me contestó. Pero su voz ya recuperaba un matiz de mayor sinceridad.

–Y no quiero que nunca dejes de decirme lo que piensas. A veces puedo defender una decisión con firmeza, pero siempre lo que me digas me quedará resonando en los oídos y la consideraré una voz sensata. Como la de Pepe Grillo.

–¿Como la de quién?

–Me ha contado Savino que mantendrás a Indoráin. Me parece muy elogiable de tu parte. Es un buen hombre –me dijo en un susu-

rro Doña Antonella. Tenía que inclinarme casi a la altura de su boca pálida para escucharla. Estaba muy débil. Yo intentaba, todas las mañanas, antes de cruzarme a la oficina, que comiera algo en el desayuno. Muchas noches no estaba a la hora de la cena, porque me quedaba trabajando hasta muy tarde o porque salía con Franz y los muchachos. Pero la mañana se había convertido en un ritual. Ambos nos despertábamos temprano, así que me acercaba hasta su cuarto, llevándole al lecho una bandeja con el café con leche como a ella le gustaba y unas medialunas todavía calientes que me hacía traer de la confitería el Águila. Le mojaba las medialunas en el tazón humeante y trataba de que comiera un poco, mientras le hablaba y le contaba las novedades de la empresa. Ella me preguntaba alguna cosa, y sobre todo si tenía novedades de Ordóñez. Aunque fuera una nota de pedido de mercadería, o una ampliación de crédito para el pago de un extra en un hotel, cualquier cosa le interesaba y le adicionaba una cuota de vitalidad y entusiasmo a su discurrir, aunque fuera mínima. Así que yo le inventaba novedades plausibles, aunque sólo fuera por el placer de ver un poco de carmín en sus mejillas evanescentes.

Aquella mañana la encontré particularmente despierta, lúcida. Varias veces me pidió que le acercara la máscara de oxígeno, y me habló así con voz más inteligible. Sabía de Indorain, y de varios cambios que había realizado en la cadena de producción. Me preguntó por María, su antigua colaboradora, que estaba embarazada, y me pidió que le otorgara, luego del parto, un mayor plazo de excedencia con sueldos pagos. Me informó que le había encomendado a Savino que le comprara un pequeño ajuar para la criatura, para que se lo entregare al nacer.

–Antes no, porque es mala suerte –me aclaró, forzando una mueca que pretendía ser una sonrisa, mientras me pedía un poco más de oxígeno– y ahora, mi querido Christian, debemos hablar seriamente. Deberás tenerme paciencia, porque es mucho lo que debo decirte y me llevará tiempo y varias bocanadas de oxígeno; pero debemos hacerlo.

–Lo que usted diga, doña Antonella, sabe que sus pedidos me son irresistibles. –La anciana me tomó la mano en la que sostenía la mascarilla, y con una leve presión me indicaba que debía aplicársela. La otra mano también me la tomó, pero sólo como muestra de cariño.

–Bien, Christian. Ahora no me interrumpas. Lo primero que debes hacer es enviarle un telegrama a Teófilo para que regrese en cuanto pueda. Sé que no le gusta y sufre verme en este estado, pero estoy por partir muy pronto y quiero que me vea antes. Es importante que no se quede con la culpa de no haberme dado el último adiós. No hagas ningún gesto. Una sabe cuando el final está cerca. Ya me he hecho muy amiga de la parca, y le ha hablado a mis huesos y sé que no miente. Y la verdad es que ya estoy muy cansada. ¿me prometes que llamarás a Teófilo?

–Lo haré –dije, mientras la dejaba oxigenarse.

–Y debo decirte algo a ti. Pensé en escribirte porque estas cosas son melosas y dramáticas para decir personalmente, pero no tengo fuerzas para empuñar un lápiz y no quiero dictarle esto a nadie. ¿Prometes que me escucharás hasta el final?

–Prometo.

–Perfecto... Christian, tienes que saberlo, te quiero como a un hijo. Has hecho por mí y por esta editorial más de lo que mi esposo, mi cuñado, mi hermano y mi querido Teófilo hicieran nunca. Jamás hubiera siquiera soñado que mis ojos verían el día en que Ediciones Vernáculas alcanzara la posición de privilegio a la que la has llevado. Has cumplido con creces tus promesas y me has cuidado y atendido como si fuera tu propia madre. Antes de dejarte quería agradecerte y decirte que me llenas de orgullo.

Con leve temblor, me pidió más aire. Tomó una pausa y siguió, sin tomar nota de las lágrimas que corrían por mis mejillas.

–Ahora bien, previo a despedirme de este mundo, quiero dejar las cosas ordenadas. Tú sabes del amor que siento por mi Teófilo. Pero por eso mismo debo hacer algo que no le va a gustar y vas a ayudarme en eso –aspiró un poco de oxígeno, sin ser consciente que la obligada pausa imponía mayor dramatismo al suspenso–. Antes de tu

arribo, Christian, esta era una empresa en decadencia. Teófilo no quería asomarse a sus problemas ni administrar su miseria. Imagino que por eso aceptó que tú te hicieras cargo y darte el 50% de acciones. No debió pensar mucho, te estaba dando el 50% de nada, mientras tú le solucionabas la vida. Pero al partir yo, él recibirá mi 50% y te hará la vida imposible. Es bueno, pero irresponsable. No entiende del manejo de una empresa, pero sentirá que tiene más derechos que tú por ser el heredero de la tradición familiar y en la pelea terminará arruinando todo, o jugándose la hacienda y el patrimonio en una partida de póker–una nueva y oxigenada pausa-; Sí, no pongas esa cara, siempre lo he sabido, más de una de vez he debido pagar en secreto sus deudas de juego. En fin, todo este prefacio es para hacerte saber que he decidido testar en tu favor un 10% de las acciones que poseo, que es lo máximo que legalmente puedo hacer para que no resulte atacable por mi hijo y único heredero. Savino me ha traído al notario Achával Acevedo Díaz ayer por la tarde y he firmado los papeles. Con este 10% adicional tendrás el 60% de las acciones y el control de la Editorial. Confío en que utilizarás este poder con criterio y sabiduría y te encomiendo, una vez más, que cuides de Teófilo. Estará imposible al principio, pero cuando vea que le sigues girando dinero se calmará, lo aceptará y sabrá comprender y perdonar esta decisión.

–Doña Antonella, no sé qué decir.

–Pues no digas nada, entonces. Vete a trabajar, que ya te he demorado mucho. Ya sabes, de esto ni una palabra a nadie. Y envía el telegrama a mi hijo, urgente, que se me está acabando el aire.

CAPÍTULO SIETE

Tal como Doña Antonella presentía, a los cuatro días de nuestra última conversación, y cuatro minutos después de ver cómo su hijo enorme, de arrugado y transpirado traje amarillo se sentaba a su lado, le tomaba la frágil mano entre sus manazas y la saludaba con un beso en la frente, y ella le decía: "qué suerte, amado hijo, has podido llegar a tiempo", falleció en paz. Aun no habían dado las diez y el sol ya dominaba firme el prístino cielo de aquella triste y bochornosa mañana de verano.

Con la ayuda de Savino y de Robertino, dispuse lo necesario para el velatorio. Declaré asueto en la Editorial, contraté a una empresa de pompas fúnebres para que acondicionara nuestra casa para los servicios, llamé al viejo padre Mario, de la antigua capilla del barrio, para que oficiara y le pedí a Lourdes, la primera colaboradora de Doña Antonella, que hiciera los llamados de rigor a todos los deudos. María, con un vientre enorme y las manos hinchadas, se presentó espontáneamente para colaborar en lo que hiciera falta. Le pedí que preparara toneladas de café y que ordenara media docena de termos al bazar de la otra cuadra.

Mandé a Matías a publicar avisos destacados en El Heraldo y en Crónica Vespertina. Le pedí a Ordóñez que escribiera el obituario. Al menos así lo mantenía ocupado, porque me lloraba sobre el hombro con frecuencia y fragilidad paradójicas en un hombre de sus proporciones y no me dejaba actuar, y todo el tiempo había que tomar decisiones: que la madera apropiada para el féretro, que la elección de las flores, que la definición del lote en el cementerio – es decir, si íbamos a disponer que Doña Antonella acompañaría a su difunto marido,

que en paz descanse, en su última morada-, y las características de la nueva lápida, el horario del entierro, los transportes, el certificado de defunción. Pero Teófilo no pudo siquiera con la tarea del obituario. Era como si intentara diagramar en el aire sus ideas rimbombantes, de viva voz, y al no satisfacerle el desordenado resultado de su zaherida inspiración, volviera al principio, no sin antes propinar insultos a diestra y siniestra culpando a todo el mundo por impedirle concentrarse. Savino me dijo después que había sido un poco insensible pedirle a un hijo que escriba sobre su madre a las pocas horas de su fallecimiento; así que hablé con el periodista del diario, le dí algunos datos biográficos, y le pedí que ellos, que tenían sobrada experiencia, armaran el resto.

–¿Quiere hacer una mención especial respecto de los deudos que la despiden? –me preguntó el periodista.

–¿A qué se refiere?

–Bueno… –me dijo el periodista, un poco condescendiente, imagino habituado a tratar con familiares de gente fallecida, en estado de shock–, es simple, me refiero a quiénes integran su familia, quiénes la despiden. ¿Pongo los nombres, de un hijo, un hermano, un marido, o simplemente señalo que la despiden "familiares y amigos"?

–Este… lo último, por favor, sólo "familiares y amigos" –dije y colgué.

En ese momento hice el clic, el famoso instante de toma de conciencia. Yo también debía despedirla, pero, ¿qué había sido yo de Doña Antonella? "Tú eres cómo un hijo para mí". Me había dicho al despedirse. No, en realidad me había dicho mucho más que eso, me había dicho "te quiero como a un hijo". Nunca mi madre me había dicho algo así. El amor que esta pequeña mujer me había prodigado se me había instalado en el cuerpo y ahora no podía físicamente retribuirlo. Se había ido. Una vez más, me dejaban, se me iban, me dejaban sólo. Corrí con desesperación hacia el cuarto de la querida anciana, a buscarla, a buscar lo que de ella quedara allí. Robertino, Ordóñez

y Savino me vieron correr y pasarlos como una exhalación, mientras subía las escaleras de dos en dos peldaños. Abrí la puerta y me encontré con su cama vacía, todavía con las sábanas puestas. Al lado del lecho se erguía el tubo de oxígeno, alto, tosco, de frío e imperturbable acero. La mascarilla descansaba sobre la almohada. La tomé con delicadeza, la acaricié y me la llevé a los labios. Aspiré como hacía Doña Antonella, exhalé y volví a aspirar, a sentir su olor, a exhalar y a aspirar, a exhalar, a sentir, a oler, a exhalar, a aspirar, mientras me permitía llorarla, allí, a llorarla y a comenzar a recordarla, en soledad.

La primera en arribar fue Irene, la joven mujer de Robertino. Se había vestido con un vestido corto, de color violeta. Robertino la miró con franco e indisimulable disgusto y la mandó de vuelta a su casa. Aunque actuó para la audiencia cierta resistencia, en realidad Irene no hizo mucho problema en volverse; era notorio que el último lugar en el mundo donde quería estar era en el velatorio de su cuñada. Cuñada en los papeles, cabría aclarar, porque el vínculo entre ellas era inexistente, y no sólo por la diferencia de edad. Antonella había aceptado a desgano que su hermano se hubiera casado con una mujer treinta años menor, sólo porque "quería verlo acompañado", pero siempre trataba a Irene con una sorda indiferencia.

Enseguida llegaron Camilo Fernández, el anterior dueño de la casa que habitábamos, con su esposa, su hija Hortensia, embarazada de su tercer hijo… " y seguimos hasta que venga la nena…" decía, con su marido Luis, y el padre de éste, Rubén, el panadero, que cargaba con dos bandejas de masas secas, que recibió Savino y llevó a la cocina, donde María y Lourdes lo ayudarían, para servir en sendas bandejas junto con el café. Tras cartón apareció el escribano Achával Acevedo Díaz, junto a su esposa y su asistenta. Ordóñez los recibió y se sentó con ellos en la salita. Varios empleados de la editorial, entre ellos Matías, se acercaron para dar su pésame, a los que se sumó, primero Induráin, el contador de la empresa, quien vino acompañado de su esposa, y el Dr. Salazar, junto con un par de médicos asisten-

tes, que habían atendido a Doña Antonella desde que se le declarara su afección cardíaca.

A esta altura ya éramos muchos en la casa, cuando sonó el timbre y aparecieron, en masa, todos los miembros de la comisión directiva de la Cámara Alemana, Hymmelmann, Heymann, Klein, Galmarek y Kholer, acompañados de mujeres y maridos, respectivamente, y sus hijos, Gunther, Franz, Karl, Gertrude, Manfred y algunos otros amigos de la Juventud Germana, como Adolf, Eva, Ingrid, Ute y Sigfried, a quien había conocido recientemente a su regreso de un viaje de estudios en Bonn.

Todos venían a manifestarme sus condolencias a mí, lo que me sorprendió, dado que eran los únicos que nunca habían conocido a la difunta Antonella, ni a Ordóñez ni a Robertino. Se habían enterado por la edición de la Crónica Vespertina,…" y no podíamos dejar de venir", según afirmó, solemne, Helmut Hymmelmann.

Me emocioné por la multitudinaria visita. Estaba triste y susceptible, y el dolor me había generado un profundo cansancio. En determinado momento fui al baño, y al verme frente al espejo me asusté de mi aspecto, las ojeras vastas, los iris rojizos, el cabello grasoso y enmarañado, la vestimenta arrugada, desprolija. No me parecía a la imagen que tenía de mi mismo. Tampoco tenía ánimo de arreglarme.

El padre Mario dio un servicio sencillo y sentido. Conocía a Doña Antonella desde hacía más de 50 años y la consideraba una pequeña gran mujer; solidaria , buena vecina, buena esposa y buena madre.

Rogó porque tuviera el merecido descanso que le correspondía junto a los justos y bienaventurados de este mundo.

Hacía mucho calor, éramos demasiados en la pequeña sala y la atmósfera se había puesto densa, agobiante; de tal suerte que ni bien concluyó con su pequeña prédica el religioso, las visitas se apresuraron en marcharse; muchos con la promesa de que nos acompañarían temprano en nuestra visita al cementerio.

Me aproximé al féretro, donde descansaba el cuerpo sin vida de Doña Antonella. Creí que estaba solo, sentí la extrañeza de la pre-

sencia hueca y marmórea del cadáver y me permití atisbar, apenas, en la inescrutabilidad metafísica de lo vano y efímero de la vida. Volví a llorar un poco.

Sentí un brazo cálido que se apoyaba en mi hombro.

Era Franz. Me dijo dos o tres palabras de consuelo, y me anunció que tenía algunos compromisos impostergables que lo obligaban a retirarse.

–Pero te dejo en buena compañía. Espero que te confortes en sus brazos –concluyó, haciéndole un guiño a Gertrude, que me esperaba a sus espaldas.

Cuando los últimos visitantes hubieron partido, y sólo quedó Ordóñez, dormido en la sala en un sillón, al lado de su madre, velándola, Gertrude me tomó con mucha delicadeza una mano y me susurró:

–Me gustaría conocer tu habitación.

El cementerio hervía. El calcinante calor desdibujaba los bordes bajos de las criptas, borroneaba los contornos de las lápidas más lejanas y distorsionaba las rectas rotundas de las cruces del camposanto, trastocando límites de una forma en que la ilusión óptica ayudaba a profundizar la sensación de irrealidad que me circundaba.

Ordóñez encabezaba el séquito, junto a su tío Robertino. Yo los seguía con respetuosa distancia. Detrás de mí estaban Savino e Irene, esta vez de riguroso negro, y más atrás el resto de los deudos. Ordóñez me había tratado desde temprano con una frialdad inequívoca y sorprendente. Ni siquiera me contestó cuando le pregunté si quería algo especial para el desayuno. Imaginé que se había percatado de la pernoctación de Gertrude.

Gertrude. Un cosquilleo me erizó la piel del cuello. Entornaba los ojos y sentía, revivía la perfección de su cuerpo desnudo, la elasticidad de sus movimientos, el arrullo de sus voces en mis oídos, la tersura de su piel firme, la excitación de su abrazo, ella sobre mí, acariciándome, lamiéndome, abriéndose a mi explorar impetuoso, en una pulsión

vital multiplicada por la cercanía de lo luctuoso. Pero volvía a abrir los ojos y me veía caminando por el cementerio, entre tumbas y la confusión me ganaba. ¿Por qué a mí? ¿Por qué Franz me había cedido a Gertrude? ¿Se trataba de un acto de conmiseración hacia el sufriente? ¿Simplemente querían levantarme el ánimo? Había algo oscuro en ese juego de seducción, de entrega y favores que no entendía. Me sentía atrapado por el magnetismo lujurioso que se agazapaba entre las miradas, los guiños, los gestos de Franz y Gertrude. Me sentía débil, el calor crecía y traspiraba, si me estaban atrapando… ¡cuánto goce en el proceso! Y qué tenía para elegir; la orfandad por un lado, y el amor pleno y libre por el otro, ni siquiera podía merituar la sospecha de una tentación pecaminosa, ante la falta de opciones.

Mas tuve que detener mis cavilaciones y mis pasos a un tiempo. Ante mí se habría el foso negro destinado a Antonella, custodiado por dos fibrosos peones de mirada torva y torso desnudo, y armados con gigantescas palas. Me sentía mareado. Parecía que esa gruta oscura quería tragarme. Savino me sostuvo. El Padre Mario comenzó con su letanía en latín, los peones manipularon con eficiencia el cajón para iniciar su descenso al foso, Ordóñez gritó un desaforado adiós a su madre y yo, blandamente, me abandoné al rito.

Savino me despertó con un café negrísimo. Había dormido treinta horas. La habitación me daba vueltas.

–El señor Ordóñez lo espera en el comedor –me indicó Savino.

Me dí una larga ducha con agua fría y logré despabilarme. Tracé una excusa para Teófilo acerca de la noche con Gertrude porque imaginé que seguía enfadado por eso y bajé al comedor.

Mi desproporcionado socio estaba de pie, aguardando mi ingreso y su rostro crispado anticipaba el odio con que me trataría en los siguientes minutos.

–¿Qué nombre darías a la traición más vil, más artera de quien más te debe? ¿Debo llamarte Bruto, porque como él me has apuñala-

do por la espalda? ¿Eres como el perro del Hortelano, que muerde la mano de quien lo alimenta? ¿O eres otra clase de perro? Los perros son más fieles que tú. No te da el pinét siquiera para alcanzar la categoría canina. Todo eso, me pregunto, y no encuentro respuesta, como tampoco encuentro respuesta a los porqués que arden en mi espíritu vilipendiado por tu despiadada y alevosa deslealtad. ¿Por qué lo has hecho? ¿por ambición desmedida? ¿por mera crueldad? ¿por qué he sido tan ingenuo?

–Por favor, Teófilo, por una vez basta de tanta cháchara lingüística. No me siento bien, me duele la cabeza, nos conocemos bastante. ¿Por qué no vas al punto y nos dejamos de embromar?

–No te hagas el ingenuo, que no te sale. He estado hablando con el escribano Achával Acevedo Díaz, y me lo ha contado todo. Al fin has triunfado, te has quedado con la compañía, te has ganado con malas artes la confianza de mi madre y te ha regalado el patrimonio de mi familia. ¿Qué buscarás ahora, dejarme en la calle?

–¡Ahhh!, así que por ahí se cocinaba el estofado.

–¡Las frasecitas de pueblo te las puedes meter bien en el culo! A mí no me vas a hacer esto, como que me llamo Ordóñez que recuperaré la honra familiar.

–Por favor Teófilo; déjate de bravuconadas. Hace ocho años la editorial se caía a pedazos y prácticamente me rogaste que me hiciera cargo de ella, para poder seguir huyendo de tu madre hacia cualquier parte; cualquier destino era bueno con tal de no quedarte aquí. ¿qué quieres ahora? ¿Volver el tiempo atrás?

–Ese no es el punto. Te has aprovechado de la débil salud de mi madre, le has coptado su voluntad y has procurado quedarte gratis con lo que no te corresponde. Eso es una estafa.

–No es ninguna estafa. Tu madre redactó su testamento sin que siquiera yo estuviera enterado. No quería dejarme toda la editorial, sino sólo el control, para que no pudieras rifártela en un juego de naipes. Ella conocía muy bien tus debilidades. Me legó el control accionario para protegerte, nada más.

Ordóñez entonces explotó; la conversación había ido subiendo de tono, y concitando la atención del personal de la editorial, que se asomaba por la puerta que comunicaba la casa con la empresa.

–Eres un hijo de puta. Siempre lo supe; le has contado a mi madre mis secretos para aprovecharte de ellos en tu beneficio; me habías jurado que nunca le contarías de mis debilidades y adicciones y has faltado a tu palabra de honor. Te has quedado sin palabra, sin honor, has perdido todo. No tengo más nada que hablar contigo. Anularé ese testamento, lo verás, pronto sabrás de mi por mis abogados.

–Pero Ordóñez, tu madre lo sabía, yo no tuve que decirle…

–Cállate. Antes de hablar de mi madre enjuágate la boca. Y apártate de mi camino, porque no respondo de mí – concluyó, dirigiéndome una mirada tan filosa, que si hubiera sido un estilete me hubiera atravesado el corazón sin esfuerzo. Se puso su sombrero panamá y partió, dejando una estela de furia amarilla a su paso.

Efectivamente Ordóñez contrató a un abogado, el Dr. Hermosilla, quien se puso en contacto conmigo a través de una carta de franco tono hostil, donde me invitaba a una reunión para resolver el conflicto antes de iniciar las acciones legales. El padre de Ute era el abogado de la Cámara, el Dr. Büch, así que lo entrevisté un día y le pedí que me acompañara a la cita en las oficinas de Hermosilla. Büch me señaló que normalmente estos primeros intercambios las mantenían los letrados, que no era necesario que yo fuera, pero quería terminar pronto el conflicto, así que insistí.

Previamente lo llamé al escribano Achával Arevalo y le conté lo que estaba pasando. Le dije:

–Mire escribano, sé que doña Antonella lo respetaba mucho. Lo que no sé es qué habló usted con Teófilo el día del velatorio. Lo cierto es que de esa conversación Teófilo sacó la peregrina idea de que intenté coptar la voluntad de su madre en perjuicio de él. Está amenazando con pedir la anulación del testamento. No quiero endilgarle a usted la culpa, pero…

–No piense usted mal, joven. De ninguna manera quise interferir…

–Déjeme terminar, por favor, escribano, lo hecho hecho está y no estoy interesado en hacer historiografía de lo sucedido. Lo que quería decirle es que si bien no sé mucho de leyes, me imagino que si Teófilo sigue adelante con esa idea, deberá demandarlo también a usted, en tanto es usted el que dió fe de que doña Antonella estaba en su sano juicio al legar en mi favor en la forma en que lo hizo. Y si esa demanda llegara a prosperar, me preocuparé de no resultar el único dañado por esa hipotética sentencia. Quiero decir, todos en la ciudad se enterarían de que usted da fe de cosas que no lo merecen. Eso afectaría su prestigio y credibilidad, ¿no? Y si Teófilo no lo demanda, deberé ser yo quien lo incluya en el pleito. Con toda seguridad el Dr. Büch sabrá cómo hacerlo.

–No lo entiendo, ¿me está usted amenazando?

–Interprételo como quiera, escribano. Con todo respeto, quería decirle que hay una reunión fijada para mañana en las oficinas del Dr. Hermosilla y quiero que venga. Voy a concurrir con una propuesta conciliatoria. Quiero ponerle punto final a este conflicto antes de que se convierta en una batalla legal. Sería muy positivo que usted influyera para que la propuesta sea aceptada. Ordóñez confía en usted.

–Deme la dirección de Hermosilla.

Hermosilla ofrecía un aspecto harto desagradable. Tenía una cara pequeña y unos labios inmensos, carnosos y desproporcionados. Cuando hablaba seseaba un poco y babeaba. Cada tanto debía limpiarse la barbilla con un pañuelo celeste que llevaba en el puño de la camisa.

Cumplió su papel en la pequeña representación montada con mucha convicción, mostrándose hostil y despiadado, tratándome como si fuera un delincuente que había birlado a una pobre anciana toda su fortuna al aprovecharse de su senilidad.

Lo dejé terminar, sin perder la compostura y luego hablé:

–Mire Hermosilla, doña Antonella era más inteligente que usted y yo juntos. Era sabia con la sabiduría que dan los años. Ella me distinguió con su confianza y yo voy a honrar esa confianza pese a usted y al propio Teófilo. Si quieren pleitar, estaremos diez años en los tribunales. El escribano Achával –y señalé a mi lado al notario que había concurrido con su imperturbable elegancia y respetado porte, quien asintió cuando lo nombré, exhibiendo con su estudiada proximidad el vínculo que nos unía en este entuerto–, que es un pilar de confianza de esta comunidad, un hombre querido por todo el notariado nacional, dará batalla junto a mi respecto de la validez del testamento. Así que ustedes deberán pleitear años de años para inhabilitar el documento. ¿Para qué? ¿Para recuperar un 10% de acciones? En el interín, Ordóñez, que no tiene un cobre, no accederá a ingreso económico alguno, y no podrá pagarle ni un céntimo de honorarios. Si pierden la demanda, que será lo más probable, usted habrá trabajado gratis. En el hipotético e improbable caso de que ganase, Ordóñez, es cierto, recuperará aquel diez por ciento de acciones. Pero ¿quién le asegura a usted que valdrán algún peso en ese momento? No se olvide que yo tengo asegurado el gerenciamiento. ¿me comprende? Tampoco habrá nada para usted entonces. ¿Me sigue?

–Lo sigo, habla usted muy claro. Entonces, ¿qué propone?

–Tengo una propuesta para usted, para terminar esto aquí y ahora. Que Ordóñez le ponga precio a sus acciones, como si hoy tuviera todo su 50%, como si el testamento no existiera, le reconoceré implícitamente ese porcentaje. Yo se las compraré. Así cumpliré con mi palabra, protegiendo al hijo de Doña Antonella. En un pleito no recibirá nada. Hable con él ahora y que le diga cuánto quiere. Si me es accesible el precio, haremos la operación mañana mismo. De ese valor, le reconoceré a usted un 10% de honorarios. Si no hay acuerdo mañana, no tendrá nunca más una oferta mía. ¿Está claro?

Al día siguiente, a las 10 de la mañana, me llamó Büch para informarme que Hermosilla le había comunicado el precio pedido por

Teófilo. Me dio el número. No me extrañó. Era muy bajo. Ordóñez había pedido una cifra que imaginaba desproporcionada para regatear, y así y todo era bajísima. Mi socio no tenía idea del negocio ni de sus proyecciones. Le dije a Büch que pidiera algo menos, sólo para que Teófilo no sospechara de una aceptación incondicional. También lo instruí para que le pidiera cuotas, con un interés, no porque no pudiera conseguir el dinero, sino porque no quería que Ordóñez se gastara todo junto en una semana. Por último le indiqué a Büch que transmitiera a Hermosilla que la condición fundamental para cerrar el acuerdo era que Ordóñez se juntara conmigo una hora a solas, una vez que se firmaran todos los convenios.

A la tarde estaba todo acordado, y los abogados se dieron 48 horas para armar los documentos. Se fijó fecha, hora y lugar para que pudiéramos firmar.

Llovía a cántaros, fenómeno meteorológico extraño en nuestra ciudad, así que no me molestó esperar a Ordóñez en el bar El Águila, mirando las cosas tras el prisma de las gotas de lluvia a través de la ventana. Los parroquianos abrían y cerraban sus paraguas con placer, redescubriendo el uso de la útil herramienta, testeando sus mecanismos y resortes, como si fueran niños. El aire olía a mojado y la inhabitualidad de la sensación ataría para siempre, en mi memoria, aquel aroma a mi soliloquio frente a Teófilo.

Cuando arribó, su traje amarillo estaba totalmente estropeado, ostentaba lamparones de humedad por todas partes. Se sentó frente a mí sin poder disimular su ostensible incomodidad, abrumado por una mezcla de indignación y culpa. Yo podía adivinar que seguía enojado conmigo por merecer más confianza que él frente a su madre, y, al mismo tiempo, se sentía mal por haberme birlado una enorme cantidad de dinero, más del que nunca hubiera imaginado acceder, sobre la base de una estratagema leguleya.

–Teófilo –le dije, sin ambages ni prolegómenos–, tu madre te amaba mucho. Más que a nada ni a nadie en el mundo. Sus ojos se

iluminaban solo de recordarte o al hablar de ti; su corazón palpitaba de felicidad cuando llegabas, y se encogía de tristeza cuando partías. Y te conocía como nadie te conocerá nunca. Varias veces debió pagar tus deudas de juego. Nunca te dijo nada para no generarte vergüenza o sufrimiento. Pero ella lo sabía. Yo nunca se lo conté, nunca quebranté la confianza que me dispensaste. Una noche me citó junto a su lecho, me contó del legado que me hacía y me hizo jurar que siempre velaría por ti. Y yo juré hacerlo y voy a cumplir con mi palabra, aun si debo hacerlo a pesar o en contra de tí. Ella también me anticipó que esta decisión que tomaba iba a generar tu enojo. Así que estoy pertrechado para actuar de esta forma, porque ella me preparó para la circunstancia y porque conozco tus desproporcionadas reacciones e ignoro cuándo tamaña ira podrá disiparse. Así que simplemente te informo, que he dispuesto que de las acciones que te he adquirido, cuando termine de pagar la última cuota que te debo, un 20% volverán a ti en forma gratuita, para que siempre te sientas propietario de Ediciones Vernáculas y sigas recibiendo sus beneficios. También he decidido que si algo me pasara antes de formar una familia, cosa muy probable así como va mi vida, todas las acciones vuelvan a ti. He establecido, adicionalmente, un usufructo vitalicio en tu favor, sobre la casa que le compráramos a Fernández, para que sepas que aquí tienes tu hogar y siempre serás bienvenido. Y por último he firmado los papeles del Plymouth para que quede definitivamente a tu nombre. Todos estos papeles están a tu disposición en lo de Achaval. Hermosilla recibirá una copia de ellos mañana a primera hora. Y no hace falta que digas nada en este momento, imagino que debes tener todas las ideas un poco revueltas. Sé que partirás pronto. Sólo hazme saber dónde estás, y como estás, de vez en cuando, y cuándo estarás listo para que volvamos a platicar. Buen viaje – dicho lo cual, ante la atónita mirada de Ordóñez, me levanté y abandoné la confitería.

Esa tarde llamé a mi madre. Me contacté con la operadora de la telefónica estatal y le pedí la llamada interestadual. Me comunicó que la espera rondaría los 30 minutos y le señalé que estaba bien. Dos veces por año llamaba a mi madre, para su cumpleaños y para Nochebuena. Las llamadas seguían siendo extremadamente costosas, pero ahora me podía dar esos lujos. Ella me mandaba una tarjeta de salutación por mi onomástico, en la que invariablemente escribía sobre un fondo azul pálido: "¡Felicidades! Espero que sigas bien y que pases un buen día de cumpleaños. Tu madre" En tres oportunidades le había enviado dinero para que viniera visitarme, a conocer la editorial, y le había reservado uno de los cuartos que se alquilaban sobre la confitería el Águila, para que estuviera cerca. Ella venía con Ulrico, en su auto, pero nunca me devolvía el dinero. La visión de Ulrico me revolvía el estómago; sin embargo con el tiempo comencé a agradecer su presencia, porque sus intervenciones de mal gusto, o fuera de tono, o sus carcajadas luego de sus gigantescos eructos hacían menos densos y más llevaderos los silencios que poblaban los encuentros con mamá. Después de contarme sobre las novedades de mi tía, y sobre su estado de salud, poco quedaba para decirnos. A ella la editorial no le interesaba y de Greta y su pareja sabía poco, salvo que estaban de viaje, cada vez en un lugar distinto, hasta donde le permitían los ingresos de Peralta. Una vez tomamos el té con Doña Antonella, que ya se auxiliaba con tubo de oxígeno para respirar y Ulrico le preguntó por qué no se casaba de nuevo. Mi madre no pudo disimular una sonrisa, Doña Antonella lo miró muy mal y nunca más los volví a juntar. Cuando retornaban a Benavides, la tensión se disipaba y yo exhalaba un suspiro de alivio. Pero esta vez estaba con ganas de llamarla.

Respondió al tercer ring.

–Hola.

–Hola, mamá, soy yo, Christian.

–¿Qué pasa?

–¿Cómo qué pasa?

–Nunca me llamas en esta época del año.

–Es cierto, quería hablar.

–Bueno, entonces dime, ¿Qué pasa?

–Falleció Doña Antonella.

–Ah, pobre mujer. Bueno, ya estaba grande y enferma.

–Sí, es cierto.

–¿Y algo más?

–Bueno, acabo de comprar el control de la Editorial, soy el dueño, tengo la mayoría.

–¿Y eso es bueno?

–Supongo que sí, sí, es una buena noticia. Quería compartirla, no sé, contigo.

–Bien, entonces, me doy por notificada y espero que estés contento. ¿Alguna otra cosa?

–Y tú, mamá, ¿cómo estás?

–Todavía en buen estado. Tengo que preparar algo de cenar para Ulrico, ¿querías decirme algo más?

–No, en realidad, no, nada más.

–Entonces nos hablamos para Navidad. Que sigas bien.

CAPÍTULO OCHO

La excitación hormigueaba por nuestros cuerpos sin ambages ni frenos inhibitorios. Las camisas se nos pegaban a las espaldas sudorosas y movíamos las extremidades en forma continua, buscando en el movimiento sin pausas apaciguar o canalizar, aunque fuera de momento, el deseo que nos invadía. Las muchachas reían con intención, nos tomaban del brazo y se alejaban, jugaban a perseguirse entre ellas mientras no dejaban de mirarnos. Sus minifaldas, incorporadas como novedad a sus vestuarios, no dejaban terreno a la especulación. La visión de la carne, tanto tiempo oculta, exacerbaba la atracción magnética. Nuestras manos parecían imanes descontrolados. Franz y Manfred tenían la broma fácil y respondíamos con naturalidad a su invitación a lo gracioso y al trazo grueso.

Yo me inclinaba más al sarcasmo, pero sabía que era mal entendido, así que prefería sumarme a la juvenilia bulliciosa sin más.

Recién salíamos del Metropolitan, acabábamos de ver la cinta Más Allá del Valle de las Muñecas, y la procacidad sexual de las imágenes, poco usual hasta entonces, dejaba un surco de influencia en nuestros terrenos fértiles y propicios. Habíamos visto un drama, y poco importaba el claro mensaje desalentador que entre líneas llevaba el argumento: el final trágico que esperaba a quienes se internaban por los senderos de las tentaciones. La moralina endeble de la película tal vez hubiera servido para sortear los cerrojos ciegos de la censura que imponía nuestro Ministerio de Cultura; a nosotros ni nos alcanzaba. La moraleja tenía un sabor tan rancio que rápidamente la desechábamos para quedarnos con las imágenes que más nos interesaban y que no podíamos apartar de nuestras retinas, que las proyectaban una y otra vez: cuerpos jóvenes entregándose a los goces y placeres disponibles.

Fuimos todos juntos a la casa de Adolf; sus padres habían viajado a España de vacaciones, a la Costa Brava. Teníamos todo el territorio a disposición. Ingrid llevó discos de The Who y los Rolling Stones. Karl había dejado en la nevera varias cajas de Heineken y enseguida bailábamos con la música a todo volumen y una botella de cerveza en la mano.

A una seña de Franz, Gunther desplegó el contenido de unas bolsas de plástico que había traído. Como flamante médico tenía acceso a pastillas de ácido y heroína. Los muchachos consumían y la vida se encendía en miles de colores y la sensibilidad se multiplicaba, como si un rayo descendiera y nos impactara y nos elevara a alturas insospechadas. Al principio me había resistido. Tenía miedo al consumo, no había todavía mucha literatura preventiva, pero existía cierta conciencia cultural de lo dañino de la adicción a las drogas.

–¡Patrañas! –sentenciaba Franz– como siempre, quieren impedir que disfrutemos. ¿Por qué? Porque ellos no lo han hecho. Nuestros mayores no han tenido acceso y por eso nos restringen, nos limitan, nos reprimen. ¿Acaso no ha sido lo mismo con nuestra libertad sexual? ¿No nos han dicho que iríamos al infierno si nos permitíamos este grado de satisfacción? ¿Y alguno ha ardido en el Averno? ¿Ha sentido alguno de vosotros siquiera la tibia caricia de una lengua de fuego?

–¡La única caricia que he sentido es la de la lengua de Eva! –gritaba Manfred, todos reían y el debate concluía con el reparto de LSD y polvo blanco y jeringuillas.

Yo tenía también miedo a la inyección en sí, aunque no quería admitirlo. De alguna forma Gertrude se dio cuenta y fue muy persuasiva. La primera vez, me llevó a un cuarto mientras me arrullaba en el oído una melodía muy suave, y me acariciaba el cuello, me sacaba la camisa con delicadeza, me iniciaba en el rito de la primera ingesta, y me acompañaba y me hacía el amor.

En esos momentos Gertrude era todo. El universo tomaba la forma de su rostro, de su cuerpo, el sonido de su voz. Yo sentía que era un globo multicolor que ascendía a un cielo violeta intenso y el

cielo era Gertrude. Que me envolvía y me abrigaba y me susurraba frases dulces que aquietaban mi corazón.

Con Eva, con Ute, los mecanismos y procesos de apareamiento estaban más cercanos a la investigación. Éramos cuerpos utilizados como herramientas dispuestas para el uso y goce del propio y el del otro, ambos considerados como entidades ajenas, objeto de análisis y experimentación. Luego del clímax, los cuerpos nos sonreíamos y no separábamos.

Con Gertrude sentía otra comunión; me dejaba ir en sus brazos delicados.

Mas Gertrude no era mía, no me pertenecía. Su tiempo me era compartido con Franz. Aquellas noches que no la tenía, sabía que eran noches de Franz. A veces me preguntaba si Gertrude era un espíritu libre que jugaba a mantener sus opciones abiertas. Si hubiera sido afirmativa la respuesta no la hubiera tolerado. Hubiera sucumbido a un fácil entramado de egoísmo y celos. Intuía, en realidad, que Gertrude pertenecía a Franz en cuerpo y alma y era él, en un gesto de generosidad magnánima, quien me permitía acceder a una de sus posesiones más preciosas, como un invaluable gesto de amistad y generosidad. No podía abrigar celos, sino agradecimiento; no podía ser egoísta, porque Gertrude nunca me pertenecería, pero si envidiar en secreto el poder de Franz. En ese juego, Gertrude dejaba de ser un alma libre y dispuesta hacia mí en forma genuina, para alcanzar, en la hipótesis, un grado más banal, como si se tratara de un instrumento disponible en el guión escrito por Franz. ¿Podía amar a un mero instrumento? Al asumir el rol que me era asignado, ¿no me convertía yo mismo en un títere? ¿Podía, desde la impostura de la actuación, considerar auténticos a cualesquiera de los sentimientos que pugnaba por abrigar: agradecimiento, celos, amor, rencor? Muchas reflexiones, muchos interrogantes, pocas respuestas, sobre todo cuando en una habitación de la casa de Adolf, Gertrude se desnudaba para mí con una sonrisa fresca, mientras cantaba “Let it Be” y el mundo comenzaba a girar y girar sobre mí, y me sentía cada vez más ligero y volábamos y el cielo violeta se abría y allí me

internaba y era suave y las nubes fucsias y magentas tenían el rostro, la voz y el sexo de Gertrude.

El tiempo pasaba de manera indolente en la editorial, en piloto automático, como si las jornadas reducidas de trabajo fueran apenas la excusa para la programación y ejecución de las mucho más placenteras actividades que realizaban con mi grupo de "pares". Cine, teatro, música, campeonatos de tenis, partidas nocturnas de bridge, salidas en lancha los fines de semana. Me jactaba de que el tiempo invertido en la organización de la empresa en el pasado me estaba rindiendo sus frutos. La realidad era que el desarrollo de los negocios se había estancado, sin mi vigor empujándolos, pero el tamaño comercial alcanzado permitía todavía el retiro de buenos dividendos, sobre todo teniendo en cuenta que la empresa tenía un solo accionista.

Sin embargo, mientras gozaba de un momento de mucho goce y satisfacción, algo parecía influir de manera negativa en mis amigos. Era como si las mismas salidas, los mismos paseos, las mismas bromas, los mismos bailes, que para mi eran excepcionales, para ellos adquirieran una pátina de rutina que los deslucían. Necesitaban sucesos y cambios en permanente evolución Yo había sido una explosión de novedad en sus vidas porque les había permitido reverdecer su completo repertorio vivencial con mi subjetividad virgen; ahora comenzaba a convertirme en un engranaje gastado, que conocía el desenlace de cualquier anécdota y podía anticipar el remate de las bromas; había dejado de ser novedoso.

Gertrude pronto comenzó a dilatar sus visitas a mi casa y una noche, después de un largo partido y una extensa ducha en los vestuarios del Club, la sorprendí coqueteando con Gustav, el nuevo profesor de tenis, mientras a lo lejos, desde el bar, fumando un cigarrillo, Franz no los perdía de vista. Cuando advirtió mi presencia, mi amigo forzó una media sonrisa a lo Humphrey Bogart, alzó una copa de champagne y me invitó a acompañarlo. Con una amargura que me nacía de algún sitio no determinado de mi páncreas, me negué y seguí camino hacia mi casa.

Algunos de los muchachos y sobre todo Ute comenzaron a preocuparme, por su alto consumo de estupefacientes y barbitúricos. A Ute tuvimos que llevarla a una clínica que nos recomendó Gunther, donde no hicieron demasiadas preguntas, y la trataron con eficiencia. Tenía un raro temblor en las manos y en los labios y no se podía tener en pié. Le lavaron el estómago, le pusieron suero, la tuvieron setenta y dos horas internada y la enviaron de nuevo a la casa, con apariencia casi normal. Al Dr. Büch, padre de Ute, Franz le dijo que la muchacha había tenido una indigestión por ingerir pescado en mal estado, algo común en la ciudad , y al abogado la explicación le pareció muy satisfactoria.

A principios de octubre Franz me llamó por teléfono a la oficina para decirme que me esperaban después del trabajo en la antigua Casa de la Cultura Germana, en cuyas facilidades la Juventud Germana gozaba de un par de salas propias. Sonaba excitado, jovial y desbordaba entusiasmo por alguna circunstancia.

–¿De qué se trata? –inquirí, sin poder reprimir la curiosidad.

–Tú ven –me ordenó, sin dar mayores explicaciones.

Cerré a desgano una operación de venta de una nueva novela de un autor austríaco cuyos derechos había adquirido a una librería del sur, que me sacó más descuento del que podía haber regateado, pero me acicateaba la urgencia de encontrarme con Franz y su exaltación.

Cuando llegué, toda la banda estaba reunida en la puerta de la Casa, un edificio vetusto de dos plantas, que había sido refaccionado íntegramente por la embajada de la República Federativa de Alemania en época reciente, y pintado su frente de rosa y blanco. Yo había accedido a su recepción solo un par de veces para buscar a Franz que, como secretario general de la Juventud, tenía allí un despacho, pero no me había quedado mucho tiempo y no conocía sus recovecos. Esta vez tampoco entré.

–Vamos, que no hay tiempo que perder –me espetó Franz.

–¿Adónde vamos? –inquirí.

–Ya verás, paciencia –me contestó Franz, sus ojos azulísimos iluminados por un brillo infrecuente.

–Díselo, Franz, díselo, cuéntale de nuestro rito anual –dijeron casi al unísono Manfred y Adolf, que llevaban sendos bolsos de campaña.

–Nos vamos de caza –contestó Franz, y lanzó una carcajada feroz, carcajada que enseguida clonó en las restantes gargantas del séquito que lo rodeaba.

–Ute, Ingrid y Gertrude –las llamó–ustedes se quedan preparando todo para nuestro regreso. Ya saben, máxima discreción.

–Pero Franz…, por favor, yo también quiero ir –rezongó Ute de manera lastimera–, ¿por qué todos van y yo no?

–Ya sabes por qué, Ute. Estás descontrolada. Así como estás, en este estado, eres un peligro no sólo para ti, sino para nosotros también. Dá la gracias de que todavía te autorizo a participar de una parte significativa del acontecimiento. Y no me hagas arrepentirme porque te quedas afuera, para siempre.

Fue como si a Ute las últimas palabras tuvieran el efecto de un cascotazo impactado en su rostro. Frunció el seño y bajó la cabeza de inmediato, en señal de obediencia y no habló más.

–Y ahora, ¡vámonos! –dijo Franz, tomándome del cuello con afecto – vamos mi amigo, que debemos llegar temprano, todo debe salir perfecto –lo miré desde la ignorancia más supina, no sabía de lo que me estaba hablando. Me devolvió la mirada de una forma extraña, y me dijo al oído–. ¿No lo entiendes, no? Quiero proteger tu sorpresa. Porque la excitación de la primera cacería es inigualable, es inenarrable. Y ahora podré revivir esa magia contigo, volveré a disfrutarla contigo, porque además, de entre todos ellos – dijo, señalando a la muchachada: Adolf, Eva, Karl, Gunther, Manfred, Sigfried, Gustav, y los demás, que se encolumnaban detrás nuestro– eres el único como yo, el único que puede entender las cosas como yo, dominarlas como yo. Lo sé desde el día de tu discurso en la Cámara. Tú eres de los que profieren las órdenes, no de los que las reciben. Eso nos hace únicos. ¡Ven, acompáñame en primera fila! –concluyó y echamos a andar.

La columna que nos seguía reía y murmuraba:
–A cazar, a cazar, nos vamos a cazar…

La noche se había enseñoreado de la ciudad cuando ingresamos al pequeño barrio judío por su calle principal, continuación de la avenida de Santo Tomé, que olía a pescado y rábano picante. Las tiendas estaban todas cerradas y mucha gente, familias enteras en general, se sumaba a la arteria principal, desde las callejuelas más residenciales que allí confluían, en resuelta caminata hacia la sinagoga antigua, que se situaba dos cuadras hacia arriba. Esa noche iniciaba el Año Nuevo israelita y los feligreses concurrían a orar la noche de la víspera. Franz nos impuso un andar lento, y miraba con atención hacia ambos lados, girando su cabeza con aparente desaprensión. Me pareció que escrutaba, indagaba en las figuras que nos pasaban como poste camino a su templo, que corrían más que caminaban, debían estar llegando tarde. Las miraba, las medía, las sopesaba, las desechaba y pasaba a las siguientes. De pronto, sin que se hubiera detenido, percibí que había encontrado lo que buscaba, porque su cuerpo se arqueó, sus músculos se tensaron, sus labios se estiraron en una pálida mueca y sus nudillos se tornaron blancos por la fuerza con que cerró sus puños.

–Ese es –dijo Franz, señalando con un mínimo gesto a un muy pequeño hombre, todo vestido de negro, que parecía haber ingresado en sus sesenta años. Caminaba encorvado bajo el peso de su solideo y su grande y tupida barba grisácea, algo absurda y grotesca en relación al cuerpecillo diminuto. En su mano derecho llevaba un libro de rezos. Era uno de los pocos hombres que había venido solo y se me ocurrió que también era de los pocos entre los que habíamos visto, que se asemejaban al arquetipo del judío en el inconsciente colectivo: cabello oscuro, nariz ganchuda y prominente, barba ensortijada, ojos pequeños y un poco bizcos escondidos tras lentes de gruesa armazón, espalda algo cargada, como si algún peso milenario le impidiera enfrentar el mundo erguido y orgulloso. Su volumen escaso era aun

más escaso que el esperable en el paradigma. Lo seguimos hasta que entró a la sinagoga, pero de lejos. No se percató de nosotros.

–Ahora a esperar. Divídanse.

Desde nuestro parapeto, un improvisado refugio en el descanso de la escalera de una pequeña galería de locales, teníamos una mirada oblicua, algo distante pero suficiente, de la puerta de acceso de la sinagoga, un edificio de piedra que parecía más antiguo de lo que en realidad era. La construcción no podía datar de una fecha más lejana que la década del veinte, en la que la colectividad hebrea tomó la mínima consistencia en la ciudad como para obtener los permisos y los recursos necesarios para afrontar su emplazamiento. Sin embargo, el estilo constructivo, los materiales rocosos utilizados, los colores oscuros y la escasa iluminación, le daban el aspecto de una obra de finales del siglo XVII o principios del XVIII. Durante las fiestas de Año Nuevo y el Día del Perdón, el templo abarrotaba su capacidad y muchas veces debían mantener sus ventanas o alguna puerta abierta para que entrara el aire. Me imaginaba que con los altos calores que imprimía sobre octubre la avanzada primavera, la alta densidad de feligreses y las ropas pesadas que utilizaban, el calor durante los servicios debía ser insoportable. Las ventanas abiertas permitían no sólo que se renovara el aire, sino también que abandonaran el recinto los cánticos y las plegarias que intercalaban los rezos. Se desatacaba una voz poderosa, de tenor, que seguramente pertenecería al oficiante, a la que luego contestaba la congregación. No entendía las palabras del idioma ancestral utilizado, pero las melodías eran dramáticas y subrayaban la tensión que me dominaba. Todavía no sabía que hacía allí, pero mi incomodidad crecía. Franz parecía intuir mi estado de ánimo, y atemperaba la rigidez de sus facciones en alerta máxima, para dirigirme palabras de entusiasmo.

–Nunca te habrás de divertir como hoy. Estás a punto de vivir una jornada estupenda y memorable. Ya verás.

CAPÍTULO NUEVE

Tenía los músculos agarrotados por la tensión de la espera y el temor a lo desconocido. Luego de algo más de dos horas, el servicio religioso llegó a su fin. Los asistentes a la ceremonia comenzaron lentamente a abandonar la sinagoga. Muchas familias parecían resistirse a la despedida y se quedaban en el pórtico del edificio saludándose y deseándose salud y buenaventura para el año recién iniciado. Las mujeres se informaban sobre qué habían preparado para la cena y se comprometían a pasarse las recetas para la próxima festividad. Los hombres se dividían entre los que criticaban al rabino por su prédica y los que elogiaban los progresos del cantor. Poco a poco, los temas de conversación se agotaban, los niños, aburridos, arrastraban a sus padres, y la masa humana se fue deshilachando. Franz se incorporó de pronto, había divisado a nuestro hombrezuelo. Salió en forma precipitada pero con cautela de nuestro escondite, incorporándose con plasticidad al tráfico de gente que retornaba a sus hogares. Yo lo seguí, igual que el resto de nuestros compañeros, pero todos en grupos de dos o tres, a distinta distancia de nuestro objetivo para no llamar la atención.

El israelita siguió un par de cuadra por Santo Tomé, y giró hacia la derecha en Encarnación. A esa altura de la noche, y en esa zona de la ciudad no quedaba nadie en la calle.

Nuestros pasos resonaban amplificados en el silencio. Nuestro perseguido debió haber percibido o intuído algo, porque su marcha comenzó a acelerarse. La mirada de Franz brillaba en la oscuridad; yo casi podía escuchar sus pulsaciones en aumento. Su lengua se deslizaba por los delgados labios, humedeciéndolos, como si de esa forma refrendara la sensualidad de su goce. Con un gesto hizo una seña a Eva que se adelantó de manera inmediata, ejecutando con precisión

su parte en un procedimiento previamente ensayado y ejecutado con eficacia.

En cuatro largos pasos Eva alcanzó y sobrepasó a israelita. Entonces giró y se detuvo en seco delante de él. El hombre no tuvo más remedio que detenerse también.

–Señor, necesito su ayuda –le dijo, en un tono que dosificaba en medidas iguales la súplica y la orden imperativa.

–¿Qué puedo hacer yo por ust..?

El sujeto no pudo nunca concluir la frase. Franz se abalanzó a su espalda y le cubrió la cabeza con una capucha negra. Al mismo tiempo Gustav, Manfred y Sigfried lo redujeron, tomándole de sus brazos y piernas. No les fue difícil, debido a la escasa contextura física del hombrecillo, que comenzó a zarandearse y a gritar, aunque sus aullidos se oían debilitados por la gruesa capucha que lo cubría. Franz tomó un objeto oscuro de la bolsa que le mantenía abierta Adolf y me lo dio, me hizo extender mis manos y allí lo depositó.

–Es tu momento, Christian, esto está reservado para ti. –Miré mis manos; Franz había allí dejado una enorme y negra cachiporra– vamos, hermano, disfrútalo.– Franz me susurró al oído y me acarició el brazo, y en el mismo movimiento me acercó al bulto que se retorcía en manos de mis amigos. Eran mis amigos, que me sonreían y me alentaban, "vamos Christian, adelante, tú puedes"; "Fuerza, Christian, dale por todos". Yo estaba paralizado. Eva se me acercó y me acarició la entrepierna:

–¿Qué pasa, bonito? ¿tienes miedo? ¿quieres que lo haga por tí?

Transpiraba, el corazón me latía con furia, la cachiporra me pesaba en la mano, mis amigos, mis pares, me alentaban con aprecio, toda mi vida me daba vueltas por la cabeza en ese instante, pensé en mi madre y sus ausencias, pensé en los hermanos de Judith, castigándome aviesamente por la espalda y dejándome inconsciente en la vereda de la biblioteca de Benavides, pensé en Ordóñez, gritándome que era un hijo de puta, pensé en la policía de Benavides, reduciéndome en su comisaría con mangueras de alta presión para disipar mi furia y mis soledad, pensé en Gertrude, abrazándome en la cálida y recon-

fortante oscuridad de mi cuarto y pensé en los partidos en el club, y las salidas al cine y las cenas, y los paseos en barco, entonces Franz bramó a mis oídos:

–Ahora, hermano, es ahora o nunca, hazlo por nosotros, por nuestra fraternidad, por nuestro futuro, golpea, golpea, ¡golpea!

Y no pensé más… mi brazo respondió con soltura. Como si extendiera la raqueta de tenis hacia lo alto para dar el mejor saque de mi vida, un ace seguro, devastador, elevé la cachiporra y la hice descender con eficaz violencia sobre la cabeza oculta por el lienzo negro. Los chillidos cesaron y los forcejeos se detuvieron.

–Bien hecho… un buen golpe. No esperaba menos de ti –me dijo Franz, y me palmeó la espalda. Luego hicieron lo propio Günther y Manfred, mientras Sigfried y Gustav maniataban al cuerpo caído con unas gruesas cuerdas que también extrajeron del bolso que cargara Adolf.

Eva se me colgó del brazo, el que todavía sostenía la cachiporra, ese que ahora yo miraba extrañado, midiéndolo y analizándolo, como si fuera un ente independiente, un órgano que había cobrado vida propia y ya no me pertenecía.

No sé cómo, de la nada, a los cinco minutos se materializó Karl conduciendo una camioneta Ford. Franz me forzó a sentarme junto con él en la cabina, al lado de Karl, y los demás se subieron atrás, cargando el cuerpo del israelita.

–Y… ¿Cómo van esas sensaciones? Quiero que me cuentes, quiero participar de tus sentimientos… quiero volver a experimentar todo como si fuera también mi primera vez… ¿No sientes, acaso, como si te expandieras? Como si confirmaras la existencia de un nuevo poder que te eleva y pudieras ahora trazar un mapa y ver a los demás sobre ese mapa como soldados de plomo que debes dirigir… Es como si construyeras una gigantesco tablero de ajedrez y tú manejaras los hilos de las piezas; es más, como si tú tuvieras el don de distribuir las asignaciones y roles, quién será peón, quién alfil, quién la reina y quién el rey.

Estaba loco. Franz estaba demente. Los destellos de sus ojos no eran producto de su determinación, ni de su excitación ni de su algarabía. Eran los destellos de un lunático. Recién ahora lo veía con claridad, podía despejar el velo que había mantenido oculta la realidad por tanto tiempo, el velo que había tejido para proteger esa tenue ilusión de pertenencia a la que me abrazaba con ahínco y desesperación. ¿En qué me había metido? En mi mente volvía a escuchar una y mil veces el crujido del cráneo del pobre judío bajo la dureza de mi golpe y sentía asco; un asco infinito sobre todo hacia mí mismo. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a continuar? ¿Qué precio estaba dispuesto a pagar por sujetarme a mis pares? Trataba de convencerme que no había tenido alternativa. Que dar ese golpe me había salvado de una situación extrema; que si no hubiera participado del hecho de violencia también se hubieran vuelto contra mí; que tal vez hubiera acabado en la misma situación que nuestro inerme y desguarnecido rehén. Pero en el fondo sabía que no era cierto; me estaba justificando como un falsario. Por una fracción de segundo, la fuerza de mi golpe había surgido de mis peores instintos. Franz había logrado domesticarme a mí también. El hecho notorio de dar ese golpe podía definir el trazado definitivo de la línea divisoria, la frontera entre tantos años de soledad, indiferencia y frustraciones, de la verdadera alegría del compartir y participar de un grupo de pertenencia. Había decidido dar ese golpe, había aceptado victimizar Y no por las razones protectivas que la necesidad ulterior de justificación había pergeñado, sino en un acto positivo de asqueroso y deliberado consentimiento. La repugnancia por mí mismo, la deliberada conciencia de aquello en lo que me estaba convirtiendo dotaron a aquel golpe de mayor virulencia. La conciencia feroz de que estaba dispuesto a traicionar mis valores por no traicionar a mis amigos, de que en esa fatal fracción de segundo había estado dispuesto a todo con tal de cruzar esa frontera, me sobrecogía. No me toleraba, tenía ganas de vomitar, de desaparecer.

De pronto, me aferré a una idea. Tal vez hubiera vuelta atrás. Tal vez pudiera enderezar el rumbo, encontrar alguna forma de redención. En algún lugar de mi conciencia, anidaba un mecanismo reci-

liente que me empujaba a cambiar el rumbo, a torcer la dirección autodestructiva cuyo impulso inercial se amplificaba de manera exponencial a partir de ese cruce de fronteras que nunca debió haber sido. Una parte de mí acudía en mi rescate. Pensé en Judith, quise aferrarme a su imagen, para beber en ellas las fuerzas que me abandonaban. "Yo no soy nazi ni nadie fue nunca nazi en mi familia" le había jurado. Recordé su dulzura auténtica, su entrega total, y no pude evitar compararla con la controlada actuación de Gertrude. ¿Cómo podía haber atenuado en este tiempo el poder de su recuerdo? ¿Cómo me había dignado a reducir la fuerza de su inspiración? ¿Tan bajo había caído? Volví a recrear con paciencia las líneas de su rostro y la entereza de su carácter. Las tejí con paciencia y solidez porque las necesitaría como sostén, viga y arbotante en las horas por venir. Poco a poco la figura de Judith se iba consolidando en mi memoria, y en ella me apuntalaría como el Cid sobre el corsé metálico montado sobre su Babieca.

–… es por ello, Christian, que tu visión me resulta tan atractiva, porque me complementa, me alimenta, ¿me entiendes, Christian? Me nutriré de ti y, a cambio, te ofreceré el universo… –Franz había seguido hablando, insuflado por su megalomanía. No sabía qué contestarle. Aposté por seguirle la corriente.

–Sí, Franz, es como una gran partida de ajedrez…

–Exacto, Christian, yo sabía que podías comprenderme –y me dio un suave puñetazo en el hombro en señal de entusiasmo. Había acertado–. Tú eres el que puede comprenderme, por eso te necesito. Porque no tengo con quién compartir este poder, nadie que pueda entender de verdad lo que siento, y a veces eso me deja muy solo. Todos me siguen, pero apreciar mis planes, lo que se dice de verdad distinguir el diseño y concepción de mis métodos, eso no lo consigo de nadie. Son marionetas, ¿me entiendes? Y tú a las marionetas las manejas, pero no puedes compartir nada con ellas. Por eso celebro que hayas llegado para quedarte con nosotros, quién sabe lo que juntos podamos hacer. Con mis ideas y mi liderazgo y tu capacidad organizativa y tu visión de empresa, ¡el mundo nos quedará chico, Christian!

El estómago me rugía, revuelto, las piernas me temblaban y sentía que me bajaba la presión. Karl frenó de golpe, habíamos arribado a la Casa Germana.

Bajé de la camioneta, y tuve que sostenerme en Franz para no caerme.

–¿Qué te pasa, Christian? Estás lívido…

–Es tanta excitación, la alta temperatura, se me ha revuelto un poco lo que comí al mediodía. No me habías contado nada, y la verdad es que la realidad ha superado mi imaginación… se me pasará.

Franz me miró de manera extraña, iba a contestarme algo, con seguridad él esperaba cierta euforia de mi parte que no estaba en condiciones de fingir; no debía subestimarlo, tal vez intuía que algún cambio sutil iba operándose en mí. Pero debió interrumpirse porque Günther lo reclamaba. La puerta de acceso estaba cerrada y pedía instrucciones; alguien debía ir por la entrada trasera y avisar a las muchachas para que nos abrieran.

–Siempre tengo que estar en todo, te das cuenta… –me dijo.

Al entrar en el salón adjudicado a la Juventud Germana dentro de la Casa, sentí que el corazón se me comprimía, los pulmones se agrietaban y no podía respirar. De una de las paredes, a la izquierda de la puerta de acceso colgaba un gran tapiz con la efigie del águila alemana sobre un fondo rojo. A la izquierda, sobre el otro muro, se habían aplicado una serie de banderolas, rojas también, con la cruz esvástica. Al frente, un enorme Hitler nos observaba con gesto adusto y amenazante desde un gigantesco póster. A su lado se presentaba la ampliación de una de las célebres fotografías del Tercer Reich en su esplendor, todas las tropas de la SS marchando en Berlín, tronando el Heil Hitler como ofrenda a su Führer.

En el centro de la sala había una silla giratoria, donde acomodaron a nuestra víctima, todavía desvanecida y con la capucha puesta. A su lado había una mesa dispuesta con ciertos utensilios, que Manfred preparaba.

De un costado y otro había varios sillones dispuestos para nosotros, como si estuviéramos invitados a un gran espectáculo.

Para Franz, intuí, había un gran sillón tipo presidencial atrás, al lado de un tocadiscos. Distinguí varios discos de Wagner preparados. Sigfried puso El Anillo de los Nibelungos, en bajo volumen.

La ambientación era excelente. Ingrid, Ute y Gertrude se habían esmerado.

Me acerqué a la mesa de los utensilios. Alcancé a ver varias jeringas hipodérmicas, un par de bisturís, unas pinzas y otros elementos cortantes que desconocía. No tuve duda alguna: se trataba de una mesa de tortura.

En ese momento ingresaron a la sala Franz y Günther. Se habían ido a cambiar para la ocasión. Vestían uniformes relucientes de las SS de color negro. No sé de dónde los habrían sacado. Günther, el silencioso Günther, el buen estudiante, el joven médico, dispuesto a flagelar a la víctima.

Justamente el hebreo parecía empezar a recobrar el conocimiento. Franz le pidió a Sigfried que subiera el volumen.

–Que comience la función –dijo Franz en tono teatral, subiendo los brazos y un corrillo de entusiasmo recorrió a los espectadores que se arrellanaron en sus butacas–. Günther, quítale al prisionero su protección.

No sé de dónde me surgió, de dónde me salió la idea, pero volví a dar dos rápidos saltos, blandí la cachiporra que había guardado en el bolsillo como un acto reflejo, y le propiné al "prisionero" un nuevo golpe en la nuca, concluyendo con sus incipientes movimientos.

–Pero… ¿qué has hecho, Christian? ¿quién te autorizó a dar ese movimiento? –Franz no lograba enfadarse del todo. Por un lado, no estaba acostumbrado a que un súbdito diera un paso fuera de su master plan, que un hilo fuera movido por un designio que no él no hubiera dictado. Pero por otro, le divertía confirmar que me había sumado a su festín diabólico. Jugué a que me había convertido en un juguete rabioso.

–Discúlpame, Franz, pensé que la primera vez no le había dado a este cochino bastardo lo suficiente. Me quedé con las ganas, y no sé si después habrá más oportunidad para mí. Además…

–Además, qué…

–Te dije, tengo el estómago revuelto, estoy blanco, necesito ir al baño, y no me quiero perder el show. Así te doy tiempo para que me esperes, por favor. No empiecen sin mí – y era cierto, veía a Günther con su uniforme negro simular sus próximos pasos con el bisturí sobre los miembros de la víctima y a Gertrude aplaudir con inocencia como si estuviera por presenciar una película de la Disney y sentía que las entrañas se me escurrían.

–No sabía que eras tan delicado –me dijo Franz, ofuscado. Pude darme cuenta que se debatía por dentro; no se decidía si podía confiar mí, si podía creerme. Un eructo real me creció desde las vísceras y me ayudó. La cara de Franz se contrajo de desagrado y me autorizó–Vé, pero vuelve pronto. Adolf, acompáñalo, por si se descompone–agregó, pero al pasar, detuvo a Adolf y le dijo algo al oído, con severidad, apuntándome con un dedo. Entendí que no confiaba del todo.

Cuando salíamos de la sala traté de memorizar dónde estaba cada uno, haciendo un esquema mental de sus ubicaciones. Al girar, ví cómo el hebreo volvía a moverse y a quejarse, seguramente por el dolor de los golpes. El último no había sido muy fuerte.

Una vez que salimos de la sala, camino al baño, escuché a Franz a hablar con marcado acento alemán:

–Oye, judío. ¡Despiértate! Hemos venido de muy lejos a visitarte. ¿O creías que estabas a salvo? ¿Qué nos olvidaríamos de ti? Nunca nos olvidaremos de ti, judío, ni estarás a salvo jamás. Oficial, por favor, quítele la protección al prisionero.

La obertura de Wagner comenzó a escucharse más fuerte, seguramente Sigfried había subido el volumen a una orden de Franz. Debía apresurarme. Fuera lo que fuese aquello que iba a hacer, debía apresurarme. No quedaba mucho tiempo.

El baño estaba en el piso superior; ante su cercanía todos los órganos de mi aparato digestivo se activaron y casi no llego al inodoro a vomitar. Devolví bilis y hiel. El cuerpo sufrió pequeñas convulsiones. El hedor era significativo. Adolf, al ver que era verdad lo de mi descompostura, se relajó. Tampoco convivía muy bien con los malos olores.

–¿Estás bien?

–Sí, me siento más aliviado. Sólo dame unos segundos para reponerme. ¿OK? –le contesté y cerré la puerta. Me saqué el jersey y me lavé con fruición. Me mojé la cabeza y me eché una colonia barata que encontré tras el espejo de pared. Al cerrar el botiquín volví a encontrarme con mi imagen. Entre los pliegues de mi rostro demacrado ví impresa la vergüenza de lo que había hecho, el desasosiego por haber participado de la ignominia que todavía transcurría escaleras abajo. Debía evitarla; debía terminar con esa crueldad salvaje. Ute, Kart y los demás ni siquiera lo hacían por convicción o ideología nazi; eran crueles porque podían serlo, porque esa vileza los entretenía, les sacudía la modorra y les agitaba las endorfinas. Y Franz lo hacía por el poder. Él era el peor. No sabía si tendría éxito; ni siquiera tenía un plan. Pero sólo el intento me redimía.

Salí del baño.

–¿Estás mejor?

–Sí, Adolf, gracias, me siento mejor. Lo único estoy preocupado.

–¿Por…?

–Cuando estaba en el baño me pareció oir ruidos al otro lado de la pared. Creí entender que estábamos sólos en el edifico.

–Claro que estamos sólos, Ute se ocupó de verificar…

–¿Ute? Ute no está en condiciones de verificar ni siquiera si se ha atado bien los zapatos; creo que hay alguien más en el edificio –dije de manera admonitoria y entonces miré por encima del hombro de Adolf, como si me dirigiera a otra persona–. Ah! …Señora Heymann, qué gusto verla…

Adolf giró con la velocidad del rayo para verificar la aparición inoportuna de mi interlocutora aparente y me ofreció su nuca. Cerré mis dedos sobre el mango de la cachiporra y por tercera vez en el día, golpeé fuerte, muy fuerte.

Adolf cayó inconsciente, lo até y amordacé con unas toallas que había en el baño y allí lo encerré. Busqué por toda la planta alta un teléfono. Lo encontré en lo que debía ser el despacho de Helmut Hymmelmann. Disqué el número de la Editorial. Al cuarto ring me atendió Savino.

–Estoy en peligro –le susurré, economizando las palabras– te necesito lo antes posible con el auto en marcha en la puerta de la Casa Germana. Si no salgo en veinte minutos llamas a la policía.

–Ahí estaré. –Savino no necesitaba más.

Calculé que a esta hora de la noche, y aun si estuviera desnudo en la cama, Savino no tardaría más de diez minutos en llegar. Así que esperé exactamente siete minutos y bajé las escaleras. Me acerqué a la sala, se escuchaba la música de Wagner a todo volumen, y tras ella, amortiguados por sus compases grandilocuentes, los gritos del israelita. Eso me alegró. Si gritaba todavía estaba vivo. Llevaba conmigo dos libros societarios de la Asociación Civil Casa de Cultura Germana, de tapa dura y quinientos folios, que debían pesar cerca de diez kilos cada uno. Eran lo más parecido a un arma que había podido conseguir. Abrí apenas dos centímetros la puerta de la sala y por tal hendija traté de confirmar la posición de todos, que más o menos seguían en los mismos lugares que antes de mi partida; entonces escurrí dos dedos por el mínimo espacio y apagué el interruptor de la luz.

–¿¿¡¡Qué carajo… –sólo atinó a maldecir Franz, pero no pudo terminar la frase porque los diez kilos del libro de Asistencia a Asambleas de la Asociación Civil Casa de Cultura Germana le golpearon justo en la glotis y lo dejaron gorjeando. El otro libro se lo tiré a Günther y el lomo le dio en la nariz, el dolor lo hizo trastabillar, se tropezó con la mesa y se precipitó al piso. La oscuridad y la

sorpresa estaban de mi lado, pero debía ser veloz. Conté tres pasos a mi derecha y me topé con el aliento de Sigfried, que avanzaba hacia mí. Yo había calculado cinco pasos de distancia, pero no había tenido en consideración que él se movería en mi dirección. De todas formas contaba en mi favor que sabía lo que buscaba y él todavía estaba atolondrado. Tenía la cachiporra pronta e hice lo único que podía hacer, le propiné un golpe de revés. Debo haberle pegado en el occipital, porque sonó hueco y luego Sigfried cayó hacia atrás y se llevó el tocadiscos en su caída. La desaparición de la orquesta de la filarmónica de Bonn del aire de la sala me fue muy útil, porque había perdido un poco el sentido de la ubicación al girar por efecto del golpe a Sigfried y los gemidos del hebreo me ayudaron a ubicarlo con mayor facilidad.

Lo levanté en andas, era realmente muy pequeño, pero comenzó a forcejear. Le dije al oído:

–Quédese quieto, que he venido a sacarlo de aquí. Si se mueve mucho no podré hacerlo y nos matarán a los dos.

El hombre se resignó.

Mis ojos comenzaron a habituarse a la oscuridad, y busqué la puerta. Los otros comenzaron a reaccionar también.

–¡Cortadle el paso! ¡Que no salga! –logró gritar al aire Franz con la voz quebrada. Creo que Gustav fue el único que atinó a levantarse, pero se dio contra el cuerpo de Günther, semidesvanecido y tirado cuan largo era sobre el piso de la sala, y dio de bruces arriba de él. Para los demás ya era tarde, yo huía por el pasillo hacia la calle, hacia Savino, hacia la libertad y hacia la redención.

Primero dejamos al israelita en su casa. Durante todo el camino se la pasó rezando en su incomprensible idioma. A su letanía adosaba un movimiento pendular hacia delante y hacia atrás, y luego hacia los costados, y luego de vuelta a comenzar. Mientras le retiraba las cuerdas que aun le ataban las manos y las piernas, lo revisé: tenía dos cortes profundos en ambas mejillas por los que sangraba, y otro corte

en forma de esvástica, no tan profundo, en el antebrazo derecho. Tenía dos contusiones en la cabeza, que le habían generado sendos hematomas. Uno más significativo que el otro, y ambos llevaban mi firma, pero no se lo dije. Por lo demás estaba en razonable buen estado. Al llegar a su hogar se largó a llorar. Le dije que se quedara tranquilo, que iba a estar bien, que nunca más lo molestarían.

–No lloro por mí –me dijo, y me miró con tristeza–. Que Dios ilumine su camino.

Savino, que había estado a tiempo en la puerta de la Casa, me había mirado desde que abordara el auto, callado, sin preguntarme nada, pero con un signo de interrogación grabado en su frente. Así que una vez que estuvimos solos, le conté la historia, o sus aspectos esenciales, para ser más precisos, lo que me llevó unos quince minutos de esfuerzo adicional. Me sentía agotado.

–Has hecho bien –me dijo– pero a partir de hoy deberás cuidar tu espalda. Sabes demasiado.

–¿A qué te refieres?

–A que ahora te temerán. Este no es el primer judío al que martirizan. Hubo al menos otro caso reportado hace dos años. Por lo que cuentas, debe tratarse de un evento anual. Vendrán a buscarte. No querrán que los denuncies.

–Pero yo no los denunciaré. Sería escupir para arriba, terminaría también involucrado.

–Eso no lo saben con certeza. Los moverá el miedo. Y a ese Franz, lo moverá también otra cosa. Lo has vencido y lo has hecho frente a su gente. Lo has traicionado, lo has decepcionado. ¿Cómo va a imponer ahora su dominio? Has abierto un hueco a través del cual ahora su autoridad puede ser cuestionada. El debe volver a imponer el equilibrio. Debe castigarte. En este momento su fuerza más poderosa es el odio que te tiene y del que se alimentará día tras día. Deberemos tomar medidas. En cualquier momento vendrá por ti.

No tuve que esperar mucho para que llegara ese día. Savino me dejó en la casa, y se fue a guardar el Mercedes al aparcamiento a la vuelta de la esquina. Había subido algunos peldaños hacia la planta principal, cuando sentí que la puerta de calle explotaba. Me debían haber estado esperando afuera. Eran cinco: Franz, con unas vendas en la garganta, Günther con la nariz aplastada y negra, Sigfried, con un tremendo hematoma en la frente y tras ellos Gustav y Adolf. Karl y Manfred debían haber quedado apostados afuera, por si alguien venía, con el auto en marcha. Todos blandían largos bastones, salvo Adolf que cubría con una manopla amenazante su mano izquierda y cargaba unas gruesas cadenas en la izquierda. Cuando entraron yo estaba en lo alto de la escalera. Si hubiera accedido a la planta principal, me hubieran seguido y alcanzado en cualquiera de los cuartos y acabado conmigo en un santiamén. Pensé rápido, antes de que llegaran al primer piso, tomé una pesada silla que descansaba apenas alejada del dintel de la puerta, y la arrojé hacia abajo. Dí de lleno en el cuerpo Sigfried que se precipitó hacia atrás, arrastrando a todos en su caída. Aproveché el instante, y bajé al descanso donde estaba la puerta que comunicaba con la editorial, la abrí y la traspuse. Si llegaba a la puerta de salida del local, podía alcanzar la calle y escapar. Corrí varios metros en esa dirección, pero sentí un tremendo golpe en la nuca y dí contra el piso. Adolf me había lanzado sus cadenas con muy buena puntería. Me levanté un poco mareado, mas atiné a recoger las cadenas y comencé a revolearlas con furia, mientras constataba que Gustav ya me interrumpía el paso hacia la puerta. Enseguida me rodearon Sigfried, Adolf y Günther. Sigfried me tiró su bastón a la cabeza, giré para eludirlo con éxito, pero los tres usufructuaron ese instante de dispersión de mi alerta para tirárseme encima; me golpearon y patearon y las manoplas de Adolf me hicieron mucho daño. Comencé a ver todo rojo, y las fuerzas se me acababan y pensé que tal vez había llegado el final y en eso tronó un tiro en el aire. Mis tres adversarios dejaron de golpearme, sacudidos por el estampido y se levantaron inmediatamente. Quedé despatarrado en el suelo. Me limpié la sangre de los ojos, y ví a Savino con una escopeta humean-

te, Con la otra mano mantenía a Franz agarrado por el cuello, y lo arrastraba hasta donde yo estaba. Lo hizo agacharse a mi lado, y le puso los dos caños de la escopeta en la boca. Luego, con lentitud, amartilló los percutores; Franz tenía los ojos desorbitados y temblaba como una hoja en el viento.

–Ustedes, jovencitos, que juegan a ser matones y no salieron del kinder, escúchenme bien lo que les voy a decir. En cinco minutos se van a ir de acá por donde vinieron, y me van a jurar que nunca más volverán ni molestarán a Christian. Los conozco, sé sus nombres, los de sus familias y donde trabajan. Si le llegara a pasar algo a Christian, cualquier cosa, yo voy a sufrir y les devolveré multiplicado ese sufrimiento a cualquiera de ustedes. No necesariamente encontrarán la muerte. Puede ser algo peor, el dolor a veces puede ser algo muy intenso, profundo, insoportable. No querrán conocer el dolor que les puedo llegar a infringir –las facciones de Savino se habían transformado, como yo sólo lo había visto una vez; aquel día en que lo conocí en su gran camión y supe que ese hombre era capaz de matar; ahora todos podíamos sentir la certeza de esa capacidad–. Por otro lado, les aseguro que Christian no los denunciará. El estuvo con ustedes en el desgraciado evento del día de la fecha, y es tan culpable como ustedes, así que hemos convenido que lo que hoy pasó, de hoy no trasciende. Pero si, digamos, me entero que el año que viene, se produce otro extraño hecho entre la comunidad israelita, supongo que podrá darse que la policía reciba alguna denuncia anónima. ¿estamos en claro? No me hagan repetirlo, o son sordos, ¿estamos en claro? –los cinco intrusos asintieron– Tú también, ¿verdad Franz? ¿te portarás como un buen niño? ¿O debo ponerte estos cañoncitos dentro de otro orificio? ¿Tal vez deba disparar? Imagino que sabes que este juguetito lanza perdigones, cada proyectil lleva cientos de perdigones, pequeños pedazos de metal introduciéndose en tus partes íntimas, destrozándote por dentro, quemándote, desgarrándote y dañándote para siempre… ¿puedes anticipar tanto dolor? –Los ojos de Franz ahora mostraban terror. Asintió desesperadamente. Los demás lo miraban denodados, fláccidos; habían perdido su voluntad, la fuerza

que movía los hilos que los sostenían. La voz de mando ahora pertenecía a Savino, y su voz sonaba poderosa–. Afuera, entonces, ¡Todos afuera! –Los cinco salieron corriendo como almas que lleva el diablo.

Esa noche Savino curó mis heridas y veló mi sueño, para que pudiera descansar. Soñé con Judith, que me perdonaba.

La semana siguiente supe que Franz había salido del país en viaje de estudios a Francfurt. De los demás nunca supe más nada.

CAPÍTULO DIEZ

Luego de un largo gobierno militar, nuestro país volvía al régimen democrático. Las escasas fuerzas cívicas que alguna vez habían actuado en política volvían a juntarse, a tejer alianzas y coaliciones y a desempolvar viejas consignas partidarias.

Se habían anunciado elecciones parlamentarias y presidenciales para el mes de julio.

En la ciudad se vivía un clima de fiesta y de cierta euforia. La población cifraba en el regreso de la democracia el retorno a las buenas épocas y la recuperación de ilusiones y esperanzas. Todos los discursos políticos ponían énfasis en el hecho de volver a ser dueños de nuestro propio destino.

Yo era muy escéptico a todo ello, pero no podía evitar sentirme influído por ese júbilo popular, que le daba un poco de color a la vida, que se me había tornado tan sepia, tan rutinaria, tan desabrida desde que me quedara solo con mi integridad.

No más partidos de tenis, ni cenas con amigos, ni noches de éxtasis. Había perdido a mis amados "pares" y luego del infortunio me había dedicado a aplicar todas mis fuerzas en la empresa, que florecía de nuevo. Había adquirido más máquinas y exportaba libros a todo Latinoamérica. Dos editoriales españolas habían querido comprarme mis acciones y las había rechazado sin siquiera escuchar sus ofertas. Si me sacaban el trabajo ¿qué haría?

Una noche, durante la cena, Savino me comentó que lo habían contactado viejos compañeros de armas. Me preocupé. Ante mi alarma, Savino me tranquilizó.

–Quédate tranquilo, Christian. Son caballos cansados que han decidido volcarse a la política. Tienen muchos contactos en el interior, líderes barriales, punteros que pueden arrimar votos a cualquier

partido, y se están aliando con el Frente Cívico Democrático. Me están ofreciendo integrarme a sus listas de diputados para el parlamento.

–Uy, diputado…

–Sí, figúrate, diputado de la nación.

–Ajá, y a cambio….

–Exacto, a cambio me piden que la editorial imprima folletos, libros de campaña, volantes, cartas, en fin todo en lo que podamos contribuir.

–Dalo por hecho.

–Me aseguran que si salen elegidos por el Gobierno, te darán la exclusividad para la impresión de textos oficiales, el diario de las sesiones parlamentarias...

–Te dije que lo dieras por hecho.

–Si sale todo bien, hasta podría ser de verdad diputado, tener un despacho, secretarios…

–Savino, te debo la vida. No hace falta que me argumentes más. Solo pídeles con precisión lo que necesitan y haremos lo que mejor sabemos hacer. Imprimir.

Increíblemente, el Frente Cívico Democrático no triunfó en las elecciones presidenciables, pero metió mayoría propia en el Parlamento. Savino figuraba como candidato No. 62 en la lista de diputados, pero entró igual, con holgura.

Lo acompañé en algunos de sus viajes de campaña, me dejé seducir por el ajetreo eleccionario y festejé con él en el búnker de la coalición hasta muy entrada la madrugada cuando supimos de su éxito.

La fecha de asunción de cargos se había pactado para el 20 de setiembre, día de la Patria.

–Tengo muchos proyectos de ley –me anunció Savino-. Subsidios para mujeres solas, madres de familia numerosa; reparación histórica para las víctimas del Gobierno Militar; trasporte gratuito para estudiantes de los estados del interior.

–Suenan muy bien.

–Me va a llevar tiempo ocuparme de ellos.

–Lo entiendo.

–Tendré que redactarlos, conseguir adhesiones, probablemente deba viajar a otras ciudades, devolver favores. Quieren que además integre la Comisión Parlamentaria de Transporte. Es un tema sobre el que sé mucho.

–Ajá, es verdad.

–Eso me va a llevar un montón de tiempo también.

–Lo sé, Savino. Lo que quieres decirme es que deberemos despedirnos. ¿No es cierto?

–Bueno, nos seguiremos viendo, con toda seguridad podremos encontrar lugar en nuestras agendas para almorzar o cenar y el mandato dura sólo cuatro años…

–Savino, debes hacer tu vida. Es lógico. Tiene que ser así, y me alegro. Yo estaré bien.

–¿Me aseguras que estarás bien?

–No, no te lo aseguro… –Nos reímos un buen rato. Después diagramamos cómo armar la transición y la delegación de las responsabilidades de Savino hacia las dos o tres personas que lo suplirían. Quiénes serían esas personas, me era muy difícil siquiera imaginarlo. En ese intercambio de ideas estábamos, cuando Savino me preguntó, como al pasar:

–¿Has sabido algo de Ordóñez, últimamente?

El interrogante me caló hondo. No sabía nada de Teófilo desde hacía mucho tiempo. No tenía ningún vínculo con él. Había dejado de pagarle las cuotas por la compra de las acciones, pero le hacía depositar en una cuenta bancaria las regalías que le correspondían por su veinte por ciento accionario. Con eso podía vivir con holgura cualquier familia tipo; ¿pero Ordóñez? ¿Con su desmesura? A veces pensaba que no le estaba haciendo honor al juramento que le había hecho a Doña Antonella. Le había asegurado a Ordóñez un techo, que no utilizaba, le había pagado una pequeña fortuna en dinero por sus acciones, que quién sabe para cuántas partidas de póker le habí-

an alcanzado, y le seguía girando todos los años una suma digna, pero aun así sentía que no cubría mi responsabilidad. En realidad no sabía si Ordóñez estaba bien, si necesitaba algo. Suspiré hondo:

–No, no he sabido nada de él. ¿Por qué lo preguntas?

–El podría ayudarte en algunas cosas. Sabe de la editorial como pocos, es socio, es honesto, te aprecia…

–Si me apreciara, se hubiera contactado conmigo en todos estos años.

–¿Tú lo aprecias?

–Pues claro.

–¿Y por qué entonces no lo contactas tú?

–Touché –me quedé pensando-, pero de todos modos no tengo sus datos, su dirección, no tengo idea a dónde puede estar.

–Eso es fácil de resolver. Estoy seguro que Robertino tiene los datos de su sobrino. ¿quieres que lo llame?

–No, está bien. Lo llamo yo.

Nunca me había tomado vacaciones. Era una sensación extraña para mí. Pero ahí estaba, manejando mi Mercedes, escuchando un cassette de música clásica en el estéreo, percibiendo como el motor ronroneaba mientras el asfalto desaparecía bajo el desarrollo del cuentakilómetros, con destino a Metapa. Debí haber imaginado que Ordóñez estaría allí. ¿Dónde, sino? Robertino me había facilitado su dirección, tal como había sugerido Savino. Ordóñez en Metapa…con solo cerrar los párpados podía vislumbrar su corpachón atravesado por la excitación del juego. Con dinero en el bolsillo, con remesas anuales, estaría en su esplendor. Existía la posibilidad de que hubiera perdido todo también, y que estuviera viviendo en una pensión de mala muerte, sumando deudas hasta que le llegara mi próxima transferencia. Por las dudas llevaba cheques y dinero por si debía rescatarlo de alguna situación comprometida. No sería la primera vez y quería estar preparado. Le había pedido a Robertino que no le dijera a Ordóñez que iba en camino. Quería sorprenderlo.

También quería asegurarme que no me esquivara. Desde que había conversado con Savino al respecto, me había reverdecido el compromiso asumido con Doña Antonella, y el sino de la urgencia avivaba mi ímpetu.

Traté de disfrutar del viaje. Las carreteras estaban en mejor estado, en varios tramos se habían ensanchado agregando vías y había muchos más servicios a los costados para los automovilistas, como gasolineras y locales de renombradas cadenas de comida rápida. El viaje era mucho más placentero, más aún al considerar que el auto en el que viajaba me proporcionaba más comodidades que el viejo Plymouth que compartiera con Ordóñez. ¿Cuánto hacía de aquel viaje? Según mis cálculos, 12 años Increíble. Rememoré moteles, bares, restaurantes, librerías, mujeres. En aquel viaje iniciático había conocido el miedo, el placer, el negocio, la codicia, el cine, el juego. No eran todos buenos recuerdos, pero la verdad es que, de alguna manera, debía todo lo que era a aquella travesía y a Ordóñez. Él me había sacado de Benavides, me había llevado a su casa, me había enseñado todo lo que podía, había confiado en mí y hoy yo era el dueño de la empresa fundada por su familia. El corazón se me expandía de agradecimiento. Rogaba que a Ordóñez se le hubiera pasado el enojo y pudiéramos hacer las paces.

La sínfonía Júpiter de Mozart sonaba ahora en la pasacassetera, subí el ventilador del aire acondicionado y aceleré suavemente hacia Metapa.

Arribé a la ciudad del entretenimiento pasado el mediodía. Busqué instintivamente el mismo hotel, el Gran Conquistador, que había ocupado con Ordóñez en nuestros viajes juntos. Lo encontré sin problemas. Estaba un poco más desgastado de lo que mi memoria registraba, pero conservaba sus ambientes amplios y cierto alarde de ampulosidad que me habían llamado la atención años atrás. Me alojé en una buena suite en el último piso, me di una ducha, me cambié y salí en busca de Teófilo.

El conserje me dio las instrucciones acerca de cómo llegar a la dirección que me había facilitado Robertino. Debía estar a una distancia de unas seis o siete cuadras del hotel. Decidí caminar, el tiempo se mostraba delicioso, con el sol iniciando su camino hacia el ocaso sobre el mar, y una fresca brisa aleteando y jugando con nuestros cabellos.

El reloj no marcaba aun las cinco de la tarde cuando llegué a mi destino. Me llamó la atención que la dirección coincidía con un amplio Restaurant, decorado con líneas sobrias, llamado el Mediterráneo. Abundaba en colores blancos y azules, pintura algo rugosa, sillones cómodos en vez de sillas y mesas rústicas, algo más bajas que las habituales. Ofrecían comida mediterránea y frutos del mar. El local estaba cerrado pero se percibía una gran actividad en su interior. Seguramente se estaban preparando para la cena.

La puerta estaba abierta, así que entré.

Un mozo se me acercó.

–Señor –me dijo con amabilidad– estamos todavía cerrados, abrimos dieciocho y treinta horas; ¿quiere usted hacer una reserva?

–No, gracias; no de momento. En realidad estoy buscando a una persona, el señor Teófilo Ordóñez. No sé si estará…

–Y puedo preguntarle al señor quién lo busca…

–Por supuesto, dígale, si está, que un amigo de hace muchos años viene a buscarlo. El muchacho me hizo un gesto con la mano, como para que esperara y fue hacia el fondo del establecimiento. Para hacer tiempo, me dediqué a estudiar el menú. Ví que los platos tenían preparación sofisticada, nombres estrafalarios y precios carísimos.

A los cinco minutos volvió el mozo:

–Dice el patrón que ya viene.

–¿Cómo el patrón…?

No hizo falta concluir con la pregunta, porque Ordóñez venía a nuestro encuentro, en un trotecito ligero. Era claramente Ordóñez; seguía exhibiendo una voluminosa extravagancia, pero tenía como quince quilos menos. Estaba bronceado, lucía saludable, hasta tenía un poco de cabello grisáceo en las sienes y en la nuca, que se dejaba

largo. Vestía unas gigantescas bermudas, sandalias, y una multicolor guayabera que le quedaba holgada. Parecía diez años más joven.

Venía distendido, con una sonrisa en los labios. Cuando me vió y me reconoció, se paró en seco. Su sonrisa se desdibujó en el gesto de sorpresa que dominó su boca. Tuve la impresión de que mis temores eran fundados y que no se le había pasado el enojo. Pensé que me echaría.

–Teófilo, soy yo, Christian. Vine porque… –y tuve que detener la frase porque se me abalanzó, con una agilidad que no le recordaba, me abrazó con su descomunal fuerza, me hizo crujir las costillas y me alzó por el aire como si fuera un muñeco de peluche desarticulado.

Teníamos tanto para contarnos, que la comida se nos atragantaba, y nos interrumpíamos y todas las anécdotas quedaban inconclusas, suspendidas por la intersección de otra historia que nacía de ella y se bifurcaba, hasta que otro personaje cobraba entidad para continuar con su vida y dejaba trunco lo narrado por un momento, hasta que el personaje pudiera retomar la historia original, pero eso nunca sucedía, porque una idea disparaba otra por libre asociación, y volvíamos a interrumpirnos y así hasta el infinito, mientras reíamos y también dejábamos correr alguna que otra lágrima nostálgica, al recordar a Doña Antonella.

Le dije a Teófilo que no se preocupara, que me quedaría una semana completa y eso nos daría tiempo suficiente para seguir conversando y recuperar el diálogo perdido.

–De todas formas –me dijo–, hay un par de impostergables y trascendentes cuestiones que debemos cerrar entre nosotros. En primer lugar, he sido un ingrato contigo, de tan gran tamaño que me ha dado una vergüenza inconmensurable siquiera llamarte para pedirte disculpas. Hay ofensas tan desproporcionadas, exabruptos tan desmesurados, que una palabra de contricción, aunque sincera, no puede aplacarlos. Tú sabes que soy un bravucón, un pendenciero y

un antojadizo sin frenos inhibitorios. Pero aquella vez sobrepasé mis propios límites. Mil veces ensayé qué te diría si me encontrara contigo, si tuviera la fortuna de enfrentarme a ti en un espacio azaroso, traté de concebir qué explicaciones urdiría, y a mí, de quien nadie puede decir que sea un negado para las construcciones gramaticales, no se me aparecía nada que pudiera lucir apropiado.

–Teófilo, sigues tan barroco como siempre. Hazlo más sencillo. A ver… dí perdóname.

–Perdóname.

–Listo, perdonado, sácate el peso de encima, y sanseacabó. –Le tendí la diestra a mi amigo, quien me la estrechó con su gran manaza y así sellamos nuestro acuerdo y cerramos el capítulo de lo pasado–. Bueno, qué más debes contarme.

–Como no podía disculparme ante ti, armé una estrategia disfuncional; me inventé un diálogo en el que tú eras un personaje al que trataba de enorgullecer.

–¿Cómo es eso?

–No jugué más. Ofrendé al personaje de mi creación una lucha denodada, feroz y finalmente victoriosa contra la adicción del juego. He dejado para siempre el juego y las apuestas. Soy un hombre libre de ese pecado. No toco un mazo de naipes desde hace más de cinco años.

–Bueno, Teófilo, eso es maravilloso; me has dejado boquiabierto. Debes saber que es el Christian real, el de carne y hueso, quien ahora está orgulloso de ti.

–Hay más –me dijo mi amigo, ahora el pecho henchido y la cara iluminada, esplendorosa de regocijo–. Todo el dinero que me enviaste, lo ahorré y lo invertí. Primero tuve un bar que se llama El Vernáculo, me fue bien, crecí, y luego armé este proyecto, donde he puesto todo mi conocimiento y mi pasión por las exquisiteces culinarias. El Mediterráneo fue distinguido el verano pasado como uno de los tres mejores restaurantes de Metapa.

–Pero te felicito, Teófilo. Es realmente increíble. No sé qué decirte.

–Espera a oír esto. Hace tres años me casé.

–¿Cómo? ¿Con quién?

–Con Lucía, así se llama. Hoy mismo la conocerás, debe estar por llegar. Era la jefa de meseras del Mediterráneo. Ella me ayudó y me ayuda mucho con todo esto, sabe una eternidad acerca del manejo interno de la actividad gastronómica, fue cocinera, mesera, adicionista, hasta llegar a jefa de meseras de un restaurante competidor donde solía comer. Era tan competente, que un día le propuse que se viniera conmigo a participar de esta aventura y aceptó. Y al cabo de un tiempo le propuse la aun mayor aventura de casarse conmigo, y aceptó también. Y aquí vamos.

En eso un chiquillo de tez morena, y atlético, pero con una cabeza enorme, de forma de huevo, con muy poco pelo y grandes orejas, que no tendría más de dos años, se acercó a la mesa y se le arrimó a Teófilo, quien lo tomó con una sola mano y como quien sostiene un pañuelo lo alzó y se lo montó sobre su regazo.

–Y por último quiero presentarte a mi hijo.

–¿Tu hijo?

–Sí, era hora. Hijo, quiero presentarte al tío de quien tanto te hablé. Amigo, te presento a tu joven sobrino, se llama Christian.

Sin dudas, aquella fue la mejor semana que había pasado en años. Teófilo insistió en que abandonara el hotel y me mudara con ellos. Había adquirido una casa en las afueras de Metapa, sobre una colina con vista al mar y un extenso parque, pintada con colores vivos, muy alegres. El parque se mostraba prolijo, cuidado, con el césped de un verde claro bien cortado, y pequeños rincones de flores, pensamientos, margaritas, hortensias y petunias, diseminadas en forma irregular. También tenía juegos infantiles para el pequeño Christian, hamacas y un tobogán. Lucía, una morenaza imponente, de caderas anchas y mirada penetrante, pelo ensortijado, sonrisa amplia y contagiosa y casi tan alta como yo, me recibió con calidez y cariño, como si me conociera de toda la vida.

–Es que Teo habla siempre de ti –me dijo, luego de recibir mis maletas y acompañarme a la habitación de huéspedes que tenía disponible.

Las cenas se hacían interminables, comíamos hasta más no poder en el Mediterráneo, o en el Vernáculo, hasta la medianoche, y luego seguíamos la conversación en el jardín de su casa, hasta el amanecer. Con más tiempo, los relatos de nuestras anécdotas se hicieron más ordenados, y pudimos armar los rompecabezas de nuestras vidas respectivas con razonable precisión.

Ordóñez casi se queda mudo de espanto, lo que era mucho decir, cuando le conté lo de Franz y su pandilla, y yo me destornillé de risa cuando él me pintó con paleta de múltiples colores sus historias con el sindicato de gastronómicos, cuyos representantes nunca entenderían los requerimientos exquisitos de Ordóñez en el arte del servicio culinario.

La pareja me dejó varias veces al cuidado del pequeño Christian. Eran momentos mágicos, porque yo nunca había pasado tiempo con un niño. Ni siquiera de pequeño. Jugaba con él, y aprendía más de lo que enseñaba. Juntos fuimos al cine, al Majestic, el primer cine de mi vida, y comíamos palomitas de maíz mientras disfrutábamos juntos las películas de matinée: de la Disney vimos una de la serie Herbie, Cupido Motorizado, otra de un perrito tierno llamado Benji y una argentina que se llamaba Papá Corazón Viene a Casarse. Los dos Christian estábamos fascinados con las historias, y las comentábamos con dicha mientras nos dirigíamos al Carrousel de la plaza principal de Metapa y lo ayudaba a subirse a un hipopótamo celeste que le encantaba, y terminábamos comiendo perros calientes en un pequeño puesto, sin control sanitario. Ese era nuestro secreto.

Los días pasaron volando y muy pronto llegó el momento de volver.

Tal como me figuraba, Ordóñez se escandalizó de siquiera especular con volver a ocupar un puesto en la Editorial. Ahora más que nunca, luego de habernos reencontrado y recuperado, le encantaba la idea de seguir como socio de la editorial y mantenerse informado de

lo que acontecía. Pero nada más. Así estaba feliz, y no quería ninguna interferencia en ese estado de gracia. Pero me dijo que el hermano menor de Lucía, llamado Néstor, que estaba terminando de estudiar una licenciatura en administración en la Ciudad estaría más que entusiasmado en trabajar conmigo.

–Es muy capaz. Todos los veranos trabaja conmigo, para hacerse un dinerillo. Es muy competente y confiable. Te encantará –me dijo, mientras me acompañaba al automóvil–, yo lo llamaré y él te contactará en los próximos días. Estoy seguro que te será de gran utilidad.

Nos comprometimos a que nos veríamos con asiduidad y que no dejaríamos que el tiempo volviera a atravesarnos de esta manera. La despedida con el pequeño Christian fue muy difícil, pero le prometí que debía volver para armarle un paquete con un montón de juguetes que en Metapa no se conseguían, y que le enviaría por encomienda. Con esa condición y luego de un emotivo y tierno abrazo, me dejó partir.

La imagen de los tres; Teófilo, Lucía y el niño, saludándome con las manos en alto mientras me encaminaba con lentitud hacia la autovía me invadía de melancolía, pero, al mismo tiempo, me llenaba de calor el corazón.

El viaje por la carretera fue muy cómodo; había poco tráfico en aquella época del año. Llegué a la Ciudad luego de dos días de manejo relajado. Al arribar, María, mi asistente, me informó que había un señor, que dijo ser de mi familia, que esperaba en un hotel la noticia de mi llegada, porque debía verme con urgencia. Ella tenía los datos de la residencia, pero no le había dejado el nombre. ¿De mi familia? ¿quién?

Intrigado, le pedí que telefoneara al hotel y me pasara al sujeto en cuestión.

Grande fue mi sorpresa cuando me encontré hablando con Ulrico.

–¿Puedo pasar a verte?

–Acabo de llegar de un viaje muy largo, ¿lo podemos dejar para mañana?

–No, lamentablemente debo verte hoy.

–Bueno, déjame darme un baño y paso a buscarte por tu hotel para ir a cenar. ¿Mamá está contigo?

–No. Estoy sólo. Puedes ir bañándote, yo salgo para ahí.

No llegué a bañarme, me distraje con la correspondencia acumulada. No había leído más de tres cartas, que Matías me hizo saber que Ulrico había arribado y me estaba esperando. Lo hice subir a la sala. No solo estaba viejo, sino demacrado. Triste, diría.

Tenía en sus manos unos sobres de papel madera de tamaño oficio. No sabía aún que en esos documentos estaba sentenciado el cambio más drástico y definitivo de mi vida; el giro más insospechado al que debería enfrentarme como si un terremoto de pronto hiciera desaparecer el suelo bajo mis pies.

–Tu madre ha muerto Christian –me dijo sin preámbulos–. Un ataque cardíaco. Igual que tu padre. Fulminante. Estábamos tomando el té, me dijo que le dolía el brazo, se desvaneció y enseguida falleció. No hubo nada que hacer. Dejó esto para ti. Para ser leído después de su muerte.

Dicho esto, me alcanzó los sobres papel madera que portaba como si fueran un tesoro. Sin poder reaccionar, ni reponerme, ni asimilar la frase "tu madre ha muerto", que era solo una frase, porque su contenido me era aun extraño, como la narración de una otredad lejana, extendí una mano levemente temblorosa y tomé los documentos que me acercaba Ulrico. Y el mundo, entonces, no fue el mismo para mí, nunca más.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO UNO

"Christian: cuando leas estas líneas estaré muerta. Es raro escribirte con tal certeza, aun cuando me brinde cierto alivio. Porque debes conocer ciertos hechos y no quiero estar ahí en ese momento. Juré que te contaría toda la verdad. Se lo prometí a tu padre. Pero no prometí hablarlo cara a cara contigo. Así que prefiero esta manera. Te contaré una historia, larga por cierto. Sabes que no tengo mucha paciencia, por lo que trataré de ser lo más sintética posible. Y como toda historia, te la contaré desde el principio.

Conocí a tu padre en 1930, en Berlín. En ese entonces él se llamaba Ludwing Von Trajt. Era un destacado estudiante de neurología en la Universidad de Berlín. Provenía de una aristocrática familia germana, que había perdido mucha posición y dinero en la "belle epoque". Pero él era brillante, culto, hermoso y me enamoré perdidamente de él. Mi nombre por aquellos años tampoco era Dorotea; me llamaba Erika Schneider. Mi familia había hecho una gran fortuna vendiendo colchones. Mis padres no veían de buen grado mi unión con Ludwing, su familia había empobrecido y no lo consideraban un buen partido. Ellos tenían una lista enorme de candidatos, hijos de prominentes y acaudalados industriales como él; pero me impuse. Nos casamos dos años más tarde en una imponente ceremonia en la catedral de Berlín, y luego festejamos en una gran gala que mi padre nos regaló. Toda la sociedad alemana estuvo presente. Mi vestido blanco refulgía, yo era jóven y estaba enamorada; una enorme orquesta tocaba los valses de Strauss y bailábamos y bailábamos hasta más no poder.

Ludwing se recibió de médico y todo parecía fluir con felicidad, hasta que en 1933 los nazis subieron al poder. Mi familia se adhirió al régimen con beneplácito. Mis dos hermanos varones y mi cuñado se alistaron al ejército y mi padre fue un gran contribuyente del

Tercer Reich. Pero Ludwing volvía todas las noches amargado. Decía que nuestro país se había vuelto loco, que íbamos camino a la destrucción. Que no comprendía cómo nuestro pueblo decidía ponerse en manos de un demente criminal. Yo no entendía nada de política, eso era cosa de hombres, pero trataba de animarlo, sin suerte.

Mi familia estaba radiante, asistía con orgullo ario a los desfiles militares, accedía a favores importantes por su acceso al poder. Sin embargo, con mi marido nos sumíamos en una gran frustración. Discutimos y peleamos. Ludwing no quería afiliarse al partido y sin la afiliación no podía trabajar en ningún instituto ni hospital. Empezamos a pasar hambre, mientras mi familia prosperaba más y más. Mi madre me ayudaba a escondidas, porque mi padre le tomó enjundia a Ludwing.

El clima que se respiraba en Berlín era cada más opresivo para quienes no comulgaban con el régimen nazi.

Un amigo de Ludwing, condiscípulo de su época en la universidad, Otto Zylberberg, nacido en Austria y con quien se carteaba, le ofreció un puesto de profesor en una cátedra de neurología en la universidad de Viena. Allí había mayor tolerancia, nos dijo. Con mucho dolor, me separé de mi familia, a la que adoraba, pero me fui siguiendo mi destino, mi amor, y con Ludwing nos mudamos a fines de 1936.

Mi esposo había recuperado su estima, su orgullo y su buen humor. El ambiente intelectual de Viena era maravilloso, y fuimos bien recibidos. Otto y su mujer, Berta, nos abrieron las puertas de sus amistades y así tuvimos momentos de auténtica alegría. Sólo hacía mella en mi espíritu lo que demoraba en darle un niño a Ludwing. Soñaba con consolidar nuestra familia con muchos hijos, pero por alguna razón que la medicina no comprendía, la gestación se demoraba.

En 1938 sucedió lo que Ludwing ya temía. El ejército alemán cruzó la frontera y anexó Austria a sus dominios. Los austríacos, que sufrían entonces una severa crisis política, aceptaron a Hitler como su líder y abrazaron también el nazismo.

Pronto comenzaron las persecuciones de judíos. Otto, de origen israelita, fue expulsado de la Universidad.

Como todavía no se había generalizado la afiliación al partido nazi en Viena, Ludwing conservó su cátedra, pero su semblante se ensombrecía a diario.

Con la invasión a Polonia y el estallido de la guerra la persecución a judíos se extendió con virulencia. Ocultamos a Berta, a Otto y a su pequeña hija Sofía en nuestro departamento. Comenzaban las deportaciones.

Ludwing y yo nunca éramos molestados por nuestra nacionalidad alemana original. En Austria gozábamos incluso de cierto privilegio. Ludwing colaboraba en el hospital, atendiendo a los primeros heridos que volvían del frente y yo comencé a trabajar como enfermera voluntaria. Conseguíamos comida y remedios con cierta facilidad, que Sofía necesitaba porque era asmática.

Berta quedó embarazada.

Estaba oculta en nuestro departamento, no podía trabajar, había perdido todas sus propiedades, status, privilegios y amigos. Y yo la envidiaba. Veía crecer su vientre semana a semana, y mi envidia crecía. ¿Por qué yo no podía quedar encinta? ¿Qué mal había cometido? ¿Por qué tanta injusticia?

En octubre de 1941 nació Samuel, llamado así en homenaje al padre de Berta. Con dos médicos y una enfermera en la casa, no hubo inconvenientes en el parto y la criatura nació sana y vivaz.

Sofía no aguantó los celos por la venida de su hermano menor. Les hacía la vida imposible a sus padres con llantos, berrinches y caprichos y en cuanto tenía oportunidad escapaba del departamento, para ir a jugar al patio del edificio. Otto le hacía prometer que volvería pronto y la dejaba ir, con tal de gozar de unos minutos de calma.

Sofía jugaba con otra niña en el patio, hija de un funcionario de la intendencia. Le debe haber mencionado que eran judíos, o la niña debe haber sospechado. Lo cierto es que una tarde, cuando todavía Ludwing y yo no habíamos regresado de nuestros trabajos, las briga-

das de la SS irrumpieron en nuestro departamento con una orden de deportación, para toda la familia, para los tres. Otto pensó rápido. No sabían nada de Samuel. Debe haber pedido un momento para preparar a Sofía y tomar unos abrigos. Con una inyección sedó a su hijo, sabiendo que pronto vendríamos nosotros, y lo ocultó entre la ropa de cama junto a una breve esquela que nos escribió. Y luego se los llevaron. Nunca más supimos de Otto, de Berta ni de la pequeña Sofía.

Cuando llegamos a la noche, nos encontramos contigo, plácidamente dormido junto a la nota de Otto, que te encomendaba a nosotros. Todavía conservo esas líneas apretadas de letra urgente.

Esa misma noche nos enteramos por un compañero de Ludwing de la Universidad, Ulrico, que se había iniciado un proceso en contra nuestro por haber protegido a criminales judíos.

Ludwing me dijo que debíamos escapar, irnos lejos, probablemente a América. Ahora tenía al hijo que siempre había querido, éramos una familia y debíamos protegerte. Yo no quería irme. En Viena era alguien, gozaba de privilegios, todavía estaba cerca de mi familia, compartíamos el mismo universo germano; con riesgos y dificultades, había logrado visitar a mi madre y a mi hermana en el verano. Mi padre me escribía a diario y me enviaba regalos cada vez que podía. Todo eso lo perdería.

Ludwing dijo que quedarse allí era una locura. Que nos matarían, y, aun si sobrevivíamos, te matarían a ti, y él no podría sobrellevar tu muerte en su conciencia. Tú eras el hijo que el destino le había enviado.

Y una vez más, por amor, lo seguí.

Pero una parte de mí, la más alegre, la más optimista, la más generosa, quedó allí, en Europa, para siempre.-

Cruzar la frontera a Suiza fue relativamente fácil. Todavía no nos buscaban, el proceso contra un honorable médico alemán y su esposa, hija de prominentes miembros del partido y el ejército nazi, no era cuestión sencilla, imagino. Quien firmara la orden de detención podía temer futuras represalias; necesitaría un padrino de alto rango para animarse.

Así que actuamos rápido, tomamos el tren y huimos en la noche. Nos alojamos en un pequeño hotel en Lucerna. Allí contratamos nuevos pasaportes y los billetes de huida. Nos convertimos en Dorotea y Juan Schmidt, y tú en nuestro pequeño hijo Christian. Ningún nombre mejor para ocultar tu verdadera identidad.

Salir de Suiza y cruzar el Atlántico fue más difícil, toda una odisea, pero la capacidad y la determinación de Ludwing pudieron contra todas las dificultades. Llegamos a Benavides en 1942. Convinimos con Ludwing que no te contaríamos la verdad hasta que fueras mayor, para no repetir la historia de Sofía. Todavía era incierto el futuro de Europa y teníamos miedo. Cuando mi querido esposo falleció, me quedó la responsabilidad de custodiar la verdad y no tuve la entereza de contártela personalmente.

La lejanía y la nostalgia fueron mucho para mí. Perdí a toda mi familia en la guerra. Mi hermano mayor fue tomado prisionero en la batalla de Stalingrado, y luego asesinado vilmente por los rusos en un campo de trabajos forzados. Mi hermano menor perdió la vida en las arenas del Sahara, en África, combatiendo bajo las órdenes del General Rohmel. Mi madre y mi hermana fallecieron bajo un bombardeo que la RAF, la aviación británica, descerrajó contra la población civil de Berlín. Mi padre, abrumado de soledad y dolor, por la pérdida de su mujer y de todos sus hijos, fallecidos o exiliados, se suicidó.

Así que me convertí en una sombra, solo sostenida por el amor de un hombre íntegro y maravilloso como Ludwing. Cuando lo perdí, quise morir también. Greta, la prima de tu padre, me sostuvo, y me señaló que debía vivir por ti, que me necesitabas. Yo no quería saber de nada, sólo quería partir también. Pero Greta insistió, me dijo que así Ludwing lo habría querido. Y así lo hice, por él.

Le he dejado instrucciones a Ulrico para que te dé esta nota, y la que guardé que Otto nos escribiera. Entiendo que te pertenece.

No sé si podrás entenderme y si consideras que he sido una buena madre para ti. Hice lo que pude para criarte bien, cuidarte y protegerte y creo que has salido un buen muchacho.

Te dejo todas mis pertenencias.
Espero que seas feliz."
Al final de la carta había una firma, sin aclaración.

No recuerdo que pensé al terminar de leer la nota. Es probable que el shock me impusiera un blanco absoluto, y que actué simplemente por inercia al tomar el otro sobre que, solicito, me extendía Ulrico. Abrí la solapa y extraje con cuidado un papel amarillento protegido por un folio de plástico. Estaba escrito en alemán, con una caligrafía muy cuidada, pero la falta de algunas letras y lo apretado de los espacios denotaba la prisa de su autor. Pude entenderla con facilidad.

"Queridos Ludwing y Erika: Nos han descubierto. Las tropas de las SS están en la puerta esperándonos a Berta, a Sofía y a mí. Desconocen la existencia de Sammy. No sé si sobreviviremos al destino al que nos llevan; debo pensar rápido aun a riesgo de equivocarme, y concluyo que el niño estará más seguro con ustedes que con nosotros. Se los encomiendo como último favor. Sé que se han jugado la vida al protegernos, pero debo abusar de vuestra comprensión y amistad una vez más. Si no sobrevivimos y nunca volvemos a vernos sepan que les estaremos por siempre agradecidos, si es que la eternidad existe. Y por favor háganle saber a Sammy de nosotros, que sepa su origen, que fue concebido con profundo amor por sus padres, que nos desgarra el dolor de separarnos pero que el amor por él y el deseo de que viva es mayor que la pena que la separación produce en nuestros corazones. Que lo amamos tanto como para renunciar a él. Por favor, díganselo. Con la esperanza de volver a veros, vuestro agradecido amigo, Otto.-"

Era pequeño y viajaba en el asiento trasero del Plymouth, que avanzaba a gran velocidad. Mis padres estaban adelante, no alcanzaba a ver sus rostros porque miraban hacia el frente, sólo me mostraban sus nucas. Me sentía angustiado, presa de un gran desasosiego,

no sabía por qué. Habíamos retirado la capota, un sol inclemente caía a plomo sobre nuestras cabezas y el aire que la aceleración traía a nosotros era caliente y no lograba mitigar el calor abrasador que incrementaba el asfalto que devorábamos con desaforado apetito.

Klaus, un enorme ovejero de lustroso pelambre oscuro y hocico orgulloso que había pertenecido a mi padre, estaba a mi lado, inquieto. Me incliné para juguetear con él y, arisco, me mostró sus colmillos amenazantes. Gruñía.

–¿Qué te pasa Klaus? ¿No me reconoces? – le dije y acerqué una mano para apaciguarlo–Soy yo, soy… –y no recordaba mi propio nombre, ¿quién era yo? ¿cómo me llamaba?

El can no me reconoció, olió el miedo que me ganaba y se me abalanzó, mordiendo mi mano. La sangre comenzó a manar en forma profusa, y manchó el traje amarillo que vestía. Mi madre advirtió que algo pasaba y giró hacia mí.

Entre las lágrimas de dolor atisbé sus facciones y ví que mi madre no era mi madre, era una mujer desconocida que me miraba con una mezcla impropia de ternura, urgencia y temor.

–¡Otto, haz algo! Klaus mordió a Sammy, detén el auto.

Y una persona que no era mi padre, detuvo el Plymouth y tomó una barra metálica de la guantera y le pegó al perro para que me soltara. Pero Klaus comenzó a ladrar y a crecer y a ladrar y a multiplicarse y se convirtió a un ser negro y oscuro de proporciones gigantescas que abrió sus fauces insondables y deglutió a mi padre y a mi madre, que no eran ni mi padre ni mi madre, y me dejó sólo en la carretera, inerme, viendo sangrar mi mano, mientras musitaba quedamente un nombre que no me pertenecía: “ Sammy”.

Desperté, empapado en sudor, en mi dormitorio, tendido, aun vestido, sobre mi cama. Debí haberme desvanecido. Mi mente, al no poder procesar tanta información, se desconectó. Ulrico dormitaba en el sillón bajo la ventana. Alerta, sintió mi súbito movimiento y se me acercó.

–¿Estás bien?

–No sé cómo contestar a esa pregunta.

–Entiendo.

–¿Tú quién eres, Ulrico? Si ese es tu verdadero nombre.

–Si, es mi nombre, Ulrico. Era compañero de tu padre en la universidad. Fui yo quien les advirtió a tus padres en Viena que los buscarían y los ayudé a escapar. Tu madre me menciona en su carta. Luego de la Guerra, en Europa había una gran hambruna y mi mujer murió de una infección, por septicemia, las condiciones de salud eran deplorables. Tus padres me ayudaron a venir y asentarme aquí, como a otros amigos de nuestro círculo.

–¿Conoces el contenido de las cartas?

–Sí, tu madre me pidió que las leyera para ayudarla.

–¿E insistes en llamarla "mi madre"?

–Entiendo tu confusión. Pero creo que Ludwing y Erika fueron verdaderos padres para ti. Salvaron tu vida. Te criaron y alimentaron. Y en ese proceso perdieron cosas muy valiosas. Creo que eso vale algo. De todos modos, son cuestiones que deberás decidirlas por ti mismo. Por mí, puedes llamarlos como quieras. Ahora tenemos algunos asuntos que discutir y decidir.

–No creo que en estos momentos esté en condiciones para decidir nada sobre ninguna cuestión. No sé quién soy.

–No hay mucho tiempo. Tómate un baño y a la hora de la cena seguimos hablando.

Como siempre, la ducha fría y larga me ayudó a pensar, a hacer funcionar los engranajes de mi cerebro que habían colapsado por la conmoción del shock. Era difícil asimilar tres décadas de ocultamientos y mentiras. Mi vida se había hecho trizas y mis recuerdos se habían descompuesto en centenares de pequeñas piezas de un rompecabezas que debía reconstruir a la luz de un patrón desconocido, siguiendo pautas de armado que debía aun develar.

Mirándome al espejo descubrí que no era más aquel Christian de

ayer. No se trataba de jugar con la fantasía de la otredad, con la fábula de una identidad bifurcada, sino que de verdad debía encontrar los elementos constituyentes de mi ser, las coordenadas de mi historia y mi pasado, si quería volver a tener un futuro, si quería saber a qué nombre debía responder cuando fuera llamado por mi destino; ¿era Samuel Zylberberg, Christian Von Trajt, o seguiría siendo Christian Schmidt, velando el pasado tras una venda oscura puesta sobre mis ojos? Un pensamiento sorpresivo, pensé con sarcasmo, irrumpió en mis cavilaciones; ¿tal vez debía informarle a Ordóñez que debía cambiarle el nombre a su hijo si seguía pensando en honrarme?

Bajé a la sala. Ulrico me esperaba sentado a la mesa. Había comprado lewerbucht y pepinos agridulces. De alguna manera esa cuota de férrea sujeción a sus manías y costumbres tuvo un efecto balsámico sobre mi espíritu atribulado. Algo seguía igual en el mundo.

–Entonces, ¿soy judío, Ulrico?

–Técnicamente, diría que sí. Las leyes alemanas te hubieran considerado tal, y te hubieran enviado a las cámaras de gas.

–¿Ese fue el destino de mis… progenitores? –un nudo enorme se me había alojado en la boca del estómago. Pensé en el israelita que había golpeado y secuestrado con Franz y los muchachos. ¿Por qué había actuado en la forma en que lo hice aquella noche? ¿Me habían sostenido valores morales o simplemente me había dejado llevar por una suerte de llamado de mis raíces ocultas? ¿Existía una naturaleza esencial, inmanente? Recordé la sesión de tortura trunca del hebreo… Y Otto y Berta, ¿habían pasado por lo mismo, habían sido torturados? ¿Habían sido asesinados?

–Supongo que sí, que han perecido, casi con certeza. Lo último que averiguó Ludwing fue que habían sido trasladados a Auchwitz. De ese campo de concentración muy pocos sobrevivieron.

–Pero no se sabe con seguridad…

–No. Supe que hace unos años, en Israel, organizaron un monumental archivo de datos sobre los sobrevivientes y fallecidos en los campos de exterminio. Hay millones de personas con la misma incertidumbre que concurren allí a diario a consultar. Se llama Museo del

Holocausto. Tu padre intentó acceder a él una vez, antes de morir, pero en los cincuenta todavía la base de datos era muy precaria.

–Entiendo, en Israel…

–Discúlpame ahora, Christian, pero debemos atender unos asuntos urgentes…

Con frialdad, Ulrico me explicó que mi madre había pedido ser cremada. Como en Benavides no se practicaban ese tipo de procedimientos, había traído el cuerpo hasta la ciudad y estaba en un local de servicios fúnebres especializado esperando mi conformidad para realizarlo. El sentido común exigía que actuáramos rápido, hacía cuatro días que Ulrico y el cuerpo que había pertenecido a la mujer a la que llamaba "madre" aguardaban mi regreso de Metapa.

No llamé a nadie. Eran adecuados y reparadores el silencio y el frescor que imponían el negro mármol, impoluto, y los altísimos techos abovedados del local. Formábamos una curiosa dupla Ulrico y yo cuando el solemne empleado de pompas fúnebres me entregó la urna con las cenizas de Erika, Dorotea, mi madre. La urna fue depositada en mis manos, por el parentesco. Pero yo no sabía qué hacer con ella, me pesaba un tonelada de sentimientos confusos y contrapuestos. Entre esa maraña de emociones, percibí que Ulrico sí quería sostenerla, y se la alcancé. Sus facciones no se alteraron, pero sus manos temblaron un poco al recibir los restos de mi madre. Abrazó la urna sobre su pecho. Pensé que yo era la única persona en el mundo que podía notar cómo se acentuaba la tristeza en su mirada.

–Tú la querías, ¿verdad, Ulrico?

–Sí, y la voy a extrañar.

–Lo siento – le dije– lo lamento mucho –agregué, y me sorprendió descubrir sinceridad en mi congoja.

Como siempre, el sol constituía una iridiscente compañía en cualquier viaje por los caminos de nuestro país. Salimos con Ulrico temprano hacia el este. El manejaba. Había cambiado su viejo Pontiac, por un Chrysler 72. La urna viajaba con las cenizas de Erika, Dorotea, mi madre en el asiento de atrás, bien asegurada.

–Erika también me pidió que sus cenizas fueran volcadas sobre el océano Atlántico; tenía la esperanza que así sus restos volverían a Alemania, a su hogar, a la tierra de sus padres. Podemos aprovechar el viaje para conversar sobre otras cuestiones pendientes.

Por supuesto que lo acompañé. No tenía fuerza de voluntad en aquel momento y estaba dispuesto a seguir cualquier instrucción que pareciera razonable.

Buena parte del camino Ulrico la dedicó a explicarme las cuestiones patrimoniales que debían ser resueltas por el fallecimiento.

Para mi sorpresa, me contó que nunca le había comprado a Erika su parte en la empresa de la que fuera socio con mi padre. Según él, era una forma de mantener la relación y acentuar el contacto. En su mente simple, ambos habían quedado viudos, se conocían, compartían el pasado, tenían códigos comunes. ¿Qué mejor que continuar juntos la vida?

Por supuesto que Erika se resistió al principio, tal vez por años; Ulrico reconocía que le era muy difícil competir con el fabuloso e impoluto recuerdo de Ludwing. Pero poco a poco fue cediendo. Cuando Erika se resignó a la idea de que seguiría viviendo, Ulrico resultó mejor opción que la soledad.

Sin Ludwing, la empresa de exportaciones había perdido su vigor y empuje extraordinarios. Pero Ulrico era persistente, trabajador y obsesivo por los detalles y ello permitió que la empresa continuara evolucionando, muy despacio, pero sin pausas, a lo largo de los años.

Erika, sin deseos, no tenía en qué gastar, nada la interesaba. Así que todo el dinero se reinvertía. Así también había crecido la cuenta bancaria que mi padre había dejado a su muerte. Sus ahorros iniciales, más lo que había quedado de la venta de la casa, se habían acrecentando notablemente en estos veinte años.

Todo era mío, ahora. Había que iniciar la sucesión de mi madre. Le dije a Ulrico que le firmaría poderes para que se ocupara de todo. Que siguiera con la empresa como hasta ahora, que el departamento se lo cedía a Greta, a quien bien le vendrían algunos dineros, y que con el efectivo ya pensaría que hacer…

–Confío en usted, Ulrico. Sé que hará lo mejor en cada caso.

–Tu confianza me hace bien, Christian -Me dijo, sin tapujos, mientras sujetaba el volante del Chrysler con firmeza y mantenía fijo el rumbo hacia el océano.

El mar era de un azul muy profundo. Habíamos detenido el auto en lo alto de un promontorio. La playa lucía estrecha, muy abajo, y rocosa. Las olas se estrellaban contra las salientes con gran estruendo. Las gaviotas graznaban en el horizonte que se extendía hacia el este, y hacia allí mirábamos Ulrico y yo, tratando de adivinar en la distancia las costas de Europa, la geografía a la que Erika, Dorotea, mi madre soñaba con volver algún día.

Le pregunté a Ulrico si quería decir unas palabras antes de lanzar las cenizas al agua.

–Adiós, Erika. Gracias por aceptarme en estos últimos años. Gracias por hacer más confortable el tiempo que hemos compartido. Espero encontrarte pronto– musitó, con voz queda, y al concluir me hizo un ademán con la mano derecha.

Removí la tapa de la urna, que sacudí hacia arriba con un solo movimiento, preciso, y las cenizas se elevaron con el viento, gráciles, avanzaron en el aire varios metros y poco a poco fueron descendiendo hacia el mar azul, donde fijamos la vista por un largo rato, hasta mucho después de que hubieran desaparecido.

CAPÍTULO DOS

Demoré cerca de un año en organizar los detalles necesarios para poder emprender mi viaje a Israel.

Debía profesionalizar la gestión de la empresa y transferir mis conocimientos a quienes quedaran al comando de la operación. Ascendí a Matías, mi asistente, que había evolucionado mucho en los últimos tiempos, y contraté a Néstor, el hermano de Lucía, la mujer de Ordóñez, de quien había recibido tantos comentarios halagüeños. Y la verdad es que le hacían justicia. Era un muchacho alegre, serio y responsable, con muchas ganas de trabajar y aprender. Me gustó enseguida. Estaba preparado académicamente, tenía buenos conocimientos teóricos y ardía en deseos de ponerlos en práctica.

Matías era la memoria de la empresa y Néstor un hacedor motivado. Hicieron una gran dupla.

En seis meses entendí que podía emprender el gran viaje.

Le pedí a Ordóñez que viniera un fin de semana. Se apareció un viernes temprano con toda su familia. La llegada del joven Christian me llenó de satisfacciones y gozoso lo acompañé al parque de diversiones, al tiovivo, al tren fantasma y a las tazas voladoras. El pequeño me tomaba con fuerza la mano y su cariño me aliviaba y me daba fuerzas.

Con Teófilo y con Robertino nos juntamos a cenar en la noche del domingo. Les conté todo y les leí las cartas, con la voz quebrada de emoción.

–¡Joder!, que siempre pensé que en tu familia se ocultaba algún secreto, pero esto ha excedido todas mis expectativas. Así que Samuel en vez de Christian, ¿eh? Pues será un cambio muy brusco para acostumbrarme –dijo Ordóñez.

–Por ahora, prefiero que me sigan llamando Christian.

–Por supuesto, hijo, así lo haremos –terció Robertino, meditabundo.

– ¿Cambia algo entre nosotros ahora?

–¿A qué te refieres?

–No sé, pregunto –dije sin poder evitar la tensión en la que me sumía; como si cierta vergüenza de origen impreciso dominara algún aspecto de mi nueva condición.

Ordóñez se echó a reír con su voz potente e hizo añicos todo atisbo de tensión. Me puso su manaza sobre el hombro y apretó fuerte.

–Nada cambia entre nosotros. ¿Lo entiendes? Podrás ser judío, budista, testigo de Jehová, hare krischna, musulmán, baptista, evangelista, mormón, ortodoxo griego o católico apostólico romano. Mientras no intentes convertirme de mi ateísmo puro y nihilista, nada podrá cambiar entre nosotros.

–Gracias.

–Nada que agradecer. Y ahora, lo importante… ¿qué vamos a comer?

Savino reaccionó diferente.

–Nunca había conocido de cerca a un judío –me dijo y comenzó a inspeccionarme, como si fuera la primera que me veía y estuviera diseccionando una rana en el laboratorio de ciencias.

–No embromes, Savino –le dije, y me lo saqué de encima con un empujón, mientras los dos nos sonreíamos.

Había ido a visitarlo a su despacho en el parlamento. La sala gozaba de generosas proporciones, su escritorio era de caoba auténtico, y tras su impecable sillón acolchado con cuero lustroso, presidían la estancia la bandera tricolor y el escudo de la patria. Una atenta secretaria nos trajo café y agua mineral. Savino se arrellanó en su sillón. Lo estudié con atención. Estaba cambiado. No se trataba solamente de su traje de alpaca y su inusual lazo de corbata francesa. Ni de su peinado con gomina, sus lentes pequeños de armazón de oro sobre el

puente de la nariz o sus uñas brillantes de manicura esmerada. Estaba orondo de satisfacción, pletórico de orgullo. Había llegado más lejos de lo que sus sueños le habían permitido nunca ilusionarse. Me sentí bien por él.

–¿Me puedes ayudar con los trámites en Migraciones? Necesito pasaporte, visa, y una recomendación para que nuestra embajada en Israel me ayude, tal vez me resulte útil.

–Dalo por hecho.

Tenía palpitaciones; sentía como la aorta se engrosaba en mi cuello con ritmo creciente. Me abrumaba la ansiedad.

–La primera vez, ¿no? –a mi lado, un hombre maduro, de cabello canoso y barba candado me miraba con interés y cierta conmiseración.

–¿Cómo dice? –barboteé.

–Digo, es la primera que vuela en avión, ¿no es cierto? Lo puedo notar por la transpiración, y la ansiedad.

–Es cierto, es mi primera vez –confesé.

–No se preocupe. Pasa. Le voy a pedir a la azafata que le traiga un whiskey. Lo va a relajar.

Y eso hizo. Me obsequió una pequeña botella ocre de scotch, que vertí en un vaso de plástico con hielo, me lo bebí en largos sorbos y poco a poco la respiración se fue acompasando.

Recién habíamos despegado y me permití observar por la ventanilla las luces de las ciudades que dejábamos atrás. Eran tan pequeñas. Se me ocurrió que a medida que la aeronave ascendía, también se elevaba nuestro nivel de conciencia, como si se diera una conjunción metafísica entre las capas atmosféricas y la expansión espiritual. Podíamos ver el mundo desde una perspectiva diferente, no sólo a nivel geográfico, por la mayor amplitud que permitía la gran altura, sino también en profundidad, al comprobar nuestra pequeñez y debilidad relativa en relación al universo. Y desde lo alto todas las luces se veían idénticas.

¿Quién era yo? La pregunta que me atormentaba, de pronto, dejó de horadar mi espíritu con inquina. Avistando el universo a doce mil pies de altura me ví como fruto de una serie fortuita de accidentes históricos, una hoja delgada impuesta a los caprichos de vientos azarosos. Ahora iba en busca de respuestas básicas para reconstruir mi historia, para enriquecer mis bases, para multiplicar mis raíces. Pero ello no debía imponerme descartar de plano aquello que hasta entonces había considerado que me constituía; no debía dar todo por falso o inexistente. Debía, sí, agregar, completar, añadir, fundir. De resultar exitoso un procedimiento sutil de rescate y añadidura, podría pararme de cara al futuro con un sostén más sólido, dotado de mayor firmeza. Así delineada, aquella debía ser mi meta. Y la pregunta definitoria de mi identidad se me hizo más llevadera. Me aflojé el nudo de la corbata y me acomodé en el asiento, presionando la pequeña palanca para reclinarlo hacia atrás.

–¿Se siente mejor? –me preguntó mi canoso vecino– ¿El whiskey le sentó bien?

–Me siento mucho mejor, gracias –le contesté, mirando la botellita ocre que todavía sostenía en mi mano–. Mucho mejor de lo que pensaba.

Luego de un prolongado y tedioso trasbordo en Roma, tomamos un vuelo de El Al, con destino al aeropuerto Ben Gurión en Tel Aviv. Gracias a las recomendaciones de mi providencial vecino, que había hecho la misma combinación que yo, compré abundante goma de mascar, para mover las mandíbulas y tragar con profusión a fin de evitar que se me taparan los oídos y me dolieran los tímpanos.

La comida era espantosa, sabía a plástico y estaba muy condimentada con especias. Y a la incomodidad de los asientos estrechos de la clase turista, sumaba mi ya proverbial insomnio. Por la pantalla grande dieron una película, Amarcord, de Federico Fellini, que había tenido gran aceptación aquel año. Por los auriculares estaba disponible en el idioma original, italiano, y doblada al hebreo, así que no

entendí nada. Sin embargo, la subyugación de las imágenes me permitió pasar el tiempo un poco más entretenido.

Por fin, una voz magnética anunció por los altoparlantes que comenzábamos el descenso a Israel. Para mi sorpresa, escuché gritos de júbilo, voces que comenzaban a rezar, alguien lloraba, y algunos hasta cantaban.

Para muchos, su primer viaje a Israel genera una enorme y profunda emoción.

–Es el regreso a la Tierra Prometida, la tierra de sus antepasados –me explicó mi vecino, que a esta altura de los acontecimientos me había contado que se llamaba Iosi, que era ingeniero hidráulico, que trabajaba para una empresa de riego por goteo, que estaba casado y que tenía dos maravillosas hijas y cuatro nietos, uno más inteligente que el otro, cuyos rostros me enseñó concienzudamente a través de varias fotografías que guardaba en su porta documentos– Los judíos nos prometemos todos los años que el año próximo estaremos en Jerusalén. Y, como verá, sólo algunos pocos logran cumplir esa promesa.

Si sentí algo de congoja al aterrizar, fue sólo por contagio de los sentimientos de quienes me acompañaban en aquel vuelo. En lo personal, ningún sentimiento visceral me ganó al tocar suelo israelí. Sólo desesperaba por llegar al hotel, darme una buena ducha, e iniciar mis averiguaciones acerca de mi familia de sangre.

CAPÍTULO TRES

Me alojé en el hotel King David, un moderno y confortable edificio en una calle central de Jerusalén. Arribamos muy tarde. El paso por migraciones fue lento y burocrático. Nos escrutaron a cada uno de los pasajeros con particular detenimiento. Por motivos que me fueron sencillos de comprender, el soldado que me recibió no fue muy amable al ver mi pasaporte con el apellido Schmidt. Yo estaba cansado, hambriento y tenía mal olor. No encontré fuerzas para contarle la historia de mi vida; incluso debí reprimir un deseo extraño de decirle: "Déjame pasar de una vez, que yo también soy judío". Pero simplemente sostuve su interrogatorio y revisión con estoicismo, hasta que me dejó pasar.

Al llegar al hotel me ubiqué en la cómoda habitación que había reservado, me dí un largo baño, acomodé mi ropa y observé por la ventana cómo la noche se adueñaba de la ciudad. Pedí un sándwich al servicio de habitación, y me quedé dormido.

A la mañana siguiente pregunté al conserje cómo llegar al Museo del Holocausto, donde se encontraban los registros de las personas fallecidas en los campos de concentración nazis.

¿El Yaad Vashem, dice usted? Así lo llamamos en Israel al Museo de la Shoá– me contestó el conserje, en un discreto alemán–con todo gusto le indico en el mapa cómo llegar, pero será mejor que se tome un bus o un taxi, porque está ublicado sobre el Monte Hazikaron, el Monte del Recuerdo, bastante lejos del centro de la ciudad, son muchas cuadras desde aquí. De todas formas, hoy es lunes, es el día que permanece cerrado al público. Podrá visitarlo mañana.

–¿Cerrado? –dije, y el conserje debió haber notado mi profundo gesto de desaliento y frustración.

–¿Ya conoce nuestra Ciudad? –ante mi negativa, prosiguió– déjeme entonces recomendarle un city tour privado, con un chofer de mi confianza, que conoce la historia de cada roca de esta bendita tierra. Lo guirá, lo acompañará y lo protegerá. Y habla alemán ¿Le parece bien?

–No tengo nada mejor que hacer –dije, elevando mis hombros.

–¡Moshé! –llamó entonces por el intercomunicador y me hizo una seña para que esperara unos minutos.

Enseguida se me acercó un hombre mayor, completamente calvo y de increíbles ojos celestes, grandes y expresivos. Me extendió una mano arrugada y suave.

–¡Welcomen!, mi nombre es Moshé y seré su guía por el día de hoy –extendió un brazo hacia la salida del Lobby y agregó–. Después de usted.

La Ciudad de Oro se abrió ante mis ojos con una luminosidad diferente bajo la mirada culta, expansiva e increíblemente celeste de Moshé.

Recorrí con él el Monte de los Olivos, la muralla y la Torre de David, el Santo Sepulcro, la Mezquita de Omán, el mercado popular (o shuk) y finalmente nos detuvimos frente al Muro de los Lamentos.

Supe que se llamaba a la ciudad vieja de Jerusalén "de Oro", por la piedra de sus construcciones, que refulgía en forma dorada frente a los rayos del sol, y que el Municipio de la ciudad había exigido que los nuevos edificios continuaran utilizando aquella piedra para no perder la identidad mítica de la bíblica urbe. Supe que bajo el Monte de los Olivos estaba el antiguo cementerio y que, por eso, para el pueblo hebreo, de aquella ladera descendería el Mesías, para ser seguido por los vueltos a la vida en su entrada triunfal a la ciudad. Supe que la Torre de David no había sido construída por el gran rey judío, sino que llevaba su nombre en honor a su memoria. Supe también que la

mezquita de Omán era el segundo lugar más sagrado en el planeta para los musulmanes, luego de La Meca, porque allí había descendido el Profeta Mahoma en su corcel alado. Supe, en mi visita al Convento Franciscano, ubicado en la Vía Dolorosa, que el lugar exacto de ubicación del Santo Sepulcro era disputado por varias corrientes académicas, pero finalmente había prevalecido la posición que hoy era reconocida como tal. Durante nuestra caminata, Moshé contaba anécdotas y me abrumaba con cifras y fechas que nunca podría recordar. A nuestro paso, compartíamos el trayecto con centenares de turistas de las más lejanas culturas y con contingentes de religiosos de las más dispares confesiones, aspecto y vestimentas. En aquellas pocas hectáreas se habían concebido tres de las más extendidas creencias religiosas del mundo cuya devoción se multiplicaba con el discurrir de la historia. Entre aquellas colinas los hombres se habían matado por asegurar la primacía de sus dominios y convicciones. Era tierra sagrada regada de fe, esperanza, enfrentamientos, fanatismo y sangre. Toda esa energía convergía allí, entre las miradas amorosas, fervorosas, piadosas y recelosas de los visitantes que cargábamos nuestra insignificancia al hombro para ser parte de una totalidad que no siempre era armónica con la del semejante, pero que de manera consecuente reclamaba para sí la comprensión del sentido del mundo, la trascendencia y la univocidad conceptual de la Verdad.

Ante el Muro de los Lamentos sentí un poco de lástima. El lugar de devoción por antonomasia de los judíos era apenas una pared antigua, sucia y corroída por el paso del tiempo, mucho más pequeña e insignificante que lo mi imaginación pergeñara. Y su insignificancia era aun mayor en comparación con los grandes monumentos y templos alzados en la Ciudad Vieja y sus alrededores.

–Es interesante su punto de vista –me señaló Moshé, muy respetuoso, cuando verbalicé mi impresión en voz alta–; por el contrario, a mí siempre me ha dado cierto orgullo que los judíos veneremos un símbolo de piedra gastada, donde no hay nada más que memoria y la demostración de la voluntad de un pueblo de sobrevivir a las peores persecuciones, matanzas, disgregaciones y calamidades. Ese muro es

la esencia de nuestro espíritu, despojado de vanidades, despojado del polvo que somos y al que volveremos, despojado de sueños de grandeza inútil. Cada piedra no es nada, pero las piedras unidas por una amalgama milagrosa, construye una unidad de fuerza que es invencible al paso del tiempo y nos demuestra que aquí estamos, que aquí seguimos y que vale la pena.

–Nunca lo había mirado de esa forma –le dije, pensativo–, tal vez hay cosas que sólo se pueden sentir, y no pensar.

–Discúlpeme. Me extralimité en mis comentarios –me contestó Moshé, con una humildad innecesaria–. Me gustaría que ahora recorramos un poco el shuk. Quizás quiera comprar usted algunos recuerdos para su familia. Permítame aconsejarle que siempre debe regatear el precio y cualquier cosa que desee comprar debe ser lo último sobre lo que se interese, pero en forma casual, liviana. Siempre enójese con el vendedor por el pecio y amenace irse. El vendedor se mostrará irritado e intentará retenerlo con su última oferta. Repita la operación varias veces, si le gusta la gimnasia retórica. Puede ser entretenido. Pero debemos apurarnos porque en una hora comenzará a oscurecer y el mercado se convierte en un lugar peligroso.

La incursión por el shuk me reveló un lugar increíble de pasillos estrechos que se multiplicaban y bifurcaban con tendencia laberíntica, surcados por miles de turistas que mucho regateaban y poco compraban y militares vestidos con ropa de combate y armados con ametralladoras de grueso calibre, pasillos donde convivían puestos de frutas y semillas donde los vendedores se la pasaban escupiendo carozos, y pescaderías, de fuerte olor y pésimo aspecto, con tiendas de alfombras de rica ornamentación y mobiliario suntuoso. Luego decidimos cerrar el city tour con una rápida visión en el automóvil de Moshé, un Mercedes Benz algo antiguo pero impecable, de los nuevos edificios que se construyeran en la ciudad luego de la declaración de independencia de Israel. Modernos edificios como el Parlamento (Knesset), la Corte Suprema y el Ayuntamiento. Las mismas piedras doradas, que daban marco y contención a diseños de avanzada, tecnología de última generación y amplios ventanales.

Recordé a Ordóñez, de pronto. Por el hambre. Estaba famélico. Le pregunté a Moshé si conocía algún buen lugar para cenar y si quería acompañarme.

A ambas preguntas me contestó afirmativamente.

El restaurante parecía salido de una narración de las Mil y una Noches. Un hombre de espesa barba negra, tez oscura y cabello cubierto con turbante, nos guió hasta un extremo del local, lleno de humo y olor a tabaco áspero y nos ubicó en una mesa baja a la que nos sentamos sobre almohadones azules y verdes. En seguida nos sirvieron pan de Pita, sin miga y una pasta hecha a base de garbanzos, llamada Humus. Como el menú me era incomprensible, Moshé me sugirió que pidiera el plato típico, falafel, de carne picada. Por supuesto, le permití pedir dos porciones y me encomendé a la suerte. Mientras esperábamos miré a mi alrededor, y aprecié las formas irregulares arábigas, las almenares, los aljibes internos, los techos bajos y la ausencia de sillas. Tomé conciencia en ese momento que Jerusalén resultaba mucho más oriental de lo que había imaginado. A mi apreciación, Moshé asintió.

–En efecto, la inmigración judía aquí a sido fundamentalmente sefaradí, es decir, judía procedente de países árabes. La inmigración ashkenazi, judíos de origen europeo, ha sido menor. Es que la mayoría pereció en los campos de concentración.

–Y usted ¿de qué origen es?

–Yo soy marroquí, igual que mi mujer. Mis hijos ya son sabras. Huímos de Marruecos, de la hambruna, en el propio año 48, presenciamos la declaración de independencia de Ben Gurión y luchamos contra los ingleses y contra los árabes. Perdí a mi hijo mayor en esa lucha, en la Guerra de los Seis Días –me dijo y sus ojos celestes se llenaron de humedad,– un héroe. Todos mis nietos primogénitos de cada hijo, llevan su nombre, Gilad. Tengo tres Gilad. ¿se da cuenta? Mi hijo dejó su simiente multiplicada.

–¿Y cómo los distingue a uno de otro? ¿A los tres los llama igual?

–Al mayor lo llamamos Gilad, al del medio Gil y al menor Lad , Ja, Ja–se rieron sus ojos celestísimos–hemos sido ocurrentes, ¿no es así?

–Muy ocurrentes–contesté y sostuve la mirada de Moshé, sabiendo que el esperaba que yo le contara mi historia. Él sabía que yo tenía una digna de ser contada y aguardaba pacientemente a que mi muro de contención se quebrara. Era demasiado respetuoso para preguntar, pero ardía en deseos de saber. El silencio se tornó espeso. No quise prolongar el suspenso. Pedí una botella de vino tinto de sólido cuerpo y aroma intenso para aligerar mi lengua y me dispuse a contarle de los Zylberberg y los Von Trajt. Moshé tomó la copa de vino con ambas manos, se reclinó en su asiento y se dispuso a escucharme con sumo interés y, al correr de los minutos, con intensa y genuina emoción.

Al dejarme en el hotel, y luego de cobrar sus honorarios, Moshé me dijo:

–Mañana a las 8:30 lo paso a buscar para llevarlo al Yaad Vashem –ante mi frágil intento de negativa, insistió–. Gratis, corre por cuenta mía, salvo los gastos, claro. Puedo dedicarle la mañana y le seré de utilidad, no todos hablan alemán o español. Déjeme hacerlo. Para mí será un honor y una Mitzvá.

–¿Una qué?

–Una mitzvá. Mañana le cuento lo que significa.

CAPÍTULO CUATRO

El museo parecía un amplio galpón de paredes blancas y techos altos. Su arquitectura era algo anárquica y rudimentaria y luego supe que el Yaad Vashem tal como lo conocí era en realidad un proyecto aun inacabado, que los planos y la idea de su construcción cabal se encontraban demorados para ultimar detalles y conseguir fondos para su emplazamiento definitivo, y que la presentación actual era fruto de la decisión y funcionalidad que la necesidad imponían a la voluntad judía de honrar a sus muertos en el Holocausto, orfandad que no entendía de demoras ni postergaciones.

Las salas ofrecían un espectáculo macabro, duro y sin anestesia. La consagración del Mal Absoluto, como había sido dado en llamar. El alma se sobrecogía ante la simple acumulación de fotografías, documentos y testimonios que exhibían la supresión de seis millones de personas, en una tarea metódica, esforzada y planificada con técnicas depuradas y ejecutada con eficacia sobrecogedora.

Me faltaba el aire y sentía la urgencia de salir de allí, de armarme con una coraza indestructible que impermeabilizara mi mente, que me protegiera del dolor, la angustia y el desasosiego que esas imágenes me producían, horadando mi espíritu. Pero no podía escaparme. Continuaba avanzando sala tras sala, preso de una necrofilia hipnótica.

Mi afición por la literatura me había permitido saber de la Segunda Guerra y del nazismo, y mi ambiguo origen había acicateado cierta inconsciente curiosidad por saber qué había pasado en aquellos años oscuros, de manera tal que muchas veces había optado por títulos que hacían referencia, dentro de su trama, a la gran contienda bélica. Pero ahora mi punto de vista había cambiado, aun cuando todavía no había metabolizado esa transformación. Esos

cuerpos esqueléticos que desde aquellas fotografías me transmitían la desesperación que habitaba en el cuenco de sus ojos sin brillo, sorprendidos, en barracas grises atiborradas; esos espectros desnudos, de pie ante la fosa común recién abierta por ellos mismos, esperando el tiro final; esos brazos y manos que sobresalían de los vagones sin ventanas, clamando por piedad o redención o un último milagro, o al menos rogando no ser olvidados; esos individuos, que habían tenido nombre y apellido –antes que un número grabado en su antebrazo-, que amaban y eran amados, que habían diseñado una carrera o una profesión, que habían imaginado un futuro para sí y para sus hijos y que, un día, un último día esperaron pacientemente ingresar a la Cámara de Gas; cualquiera de ellos podría haber sido mi padre o mi madre biológicos, mi hermana Sofía, o yo mismo. En algún punto del camino sentí que cualquiera de ellos ERA yo mismo.

En una de las recámaras, me detuve, me tildé, me quedé firme frente a la imagen sonriente y luminosa de una niña; Sara, se llamaba. Era polaca. Junto a su fotografía descansaban sus muñecas, sus pequeños zapatos, y unos dibujos muy creativos y coloridos que había dejado tras su muerte en Treblinka. No podía avanzar. Estaba pétreo, fosilizado. La niña me miraba tras el cristal y sus zapatitos tan coquetos me llamaban y me preguntaban por qué, por qué, por qué.

–Vamos, sigamos por aquí –me dijo Moshé quien, como un lazarillo, me conducía a través del horror, al darse cuenta que había llegado al punto máximo de tolerancia–, las oficinas del museo están al final del recorrido. Allí podrá preguntar por su familia.

La presencia de Moshé fue vital por su dominio del hebreo, aún cuando tuve la impresión de que la barrera del idioma hubiera sido sorteada horas más o menos, porque los funcionarios del Museo habrían procurado los interlocutores válidos necesarios. Es que entre aquellas paredes confluía gente de todos los confines del planeta; tanta que tal vez recién allí tuve una mínima conciencia del volumen y magnitud de la tragedia. En la línea me precedían veintitantas per-

sonas que procuraban información sobre los suyos. Era mucha gente, mucha historia personal, mucha anécdota, mucha ansiedad, preocupación y llanto. Cada búsqueda era seguida por todos los que estábamos allí con aprehensión, con esperanza y con dolor. De aquella diligencia dependía que una persona conociera el destino de sus progenitores, hermanos, novios, esposos, amantes, hijos. En ese espacio y esa espera germinaba la ilusión de un reencuentro. La carga emotiva era inconmensurable. Cada lágrima era desgarradora, cada confirmación de una muerte una tragedia y la noticia de una supervivencia una verdadera fiesta, vivida con exultación contenida y culposa frente a quienes se retiraban con las manos vacías; quienes presenciábamos el drama en primera fila, sufríamos con todo el cuerpo aquella experiencia visceral. Cuando me tocó el turno, estaba exhausto. Y sólo habíamos sido atendidos veinte individuos. ¿Cómo extrapolar esa vivencia a seis millones de situaciones similares? Excedía a mi capacidad de imaginación.

Traté de focalizarme. Moshé hablaba con el jóven de tez cetrina y cabello oscuro y crespo que atendía tras el mostrador. Sus ojos me miraron con compasión.

Dijo algo en hebreo, que Moshé me tradujo:

–Debe llenar un impreso, en su propio idioma, no se preocupe. En él señale todos los datos que conozca de las personas que busca, y al pié los suyos. Debe prestar consentimiento de que sus propios datos quedarán registrados por si alguien quiere dar con su paradero.

Asentí, y el muchacho me extendió un formulario y un bolígrafo. Dudé antes de escribir. Me había preparado para el momento que estaba atravesando decenas de veces. Así y todo me costó dejar sentado negro sobre blanco el nombre de mis padres biológicos, escribir con mi letra prolija y de caracteres angulosos " Auchwitz", afirmar mi vínculo: "hijo" y rubricar el formulario con el nombre que soñaron para mí quienes me concibieran con amor, como ellos mismo me hicieron saber a través del tiempo y el espacio, y a quienes nunca había conocido. Firmé: Samuel Zylberberg. Moshé le entregó el formulario al muchacho que esperaba. Yo no podía, mis manos temblaban.

El muchacho constató que la letra fuera legible, movió la cabeza en señal de asentimiento y me dijo algo en hebreo, que entendí en la voz de Moshé:

–En unos minutos volveré con la información disponible.

–Hert Schmidt –me decía Moshé con la voz templada de la prudencia –mire que es información antigua, que puede ser obsoleta.

–No importa, en cualquier caso debemos verificarla. ¿No puede ir más rápido, hombre?

Mi voz todavía vibraba del impacto emocional y mi guía no quiso contradecirme. Aun en riesgo de ligar una multa por contravención a las reglas sobre velocidad máxima permitida, aceleró un poco más su Mercedes.

Ramat Gan; hacia allí nos dirigíamos. Al Kibbutz denominado Hatikva, que significaba esperanza, en hebreo, como me había enseñado Moshé.

–Igual que nuestro himno nacional, Hatikva –me enseñó, mientras entonaba las estrofas de la balada, impostando la voz.

El funcionario de Yaad Vashem había regresado de su búsqueda con un bibliorato abierto en un formulario que nos exhibió. Con letra clara, en idioma alemán, se informaba del deceso de Otto y Berta Zylberberg, ambos de nacionalidad austríaca, en Auchwitz, entre 1943 y 1944. La denunciante del fallecimiento era Sofía Zylberberg, su hija. El formulario estaba fechado en 1954, un año después de la creación del Museo; Sofía tendría entonces, calculé, alrededor de dieciséis años y con su grafía dura, alejada de cualquier viso adolescente –quién sabe lo que debió haber visto y vivido aquella chiquilina-, fijaba domicilio en el Kibbutz Hatikva. En otras observaciones, Sofía también denunciaba de la desaparición, en 1942, en Viena, de su hermano Samuel de ocho meses de edad y rogaba por cualquier tipo de información acerca de su paradero.

Luego de la guerra de Iom Kipur, ocurrida en 1973, el Kibbutz Hatikva había comenzado un acelerado proceso de deterioro y emigración.–Durante la contienda varias bombas habían caído sobre sus viviendas y muchos de sus miembros habían perecido. Otros, desalentados o tristes por la pérdida de amigos y familiares, se habían alejado. El kibbutz se dedicaba a la producción agrícola y sin manos suficientes y sacrificio idealista era imposible que prosperara. Así nos lo explicó la persona que no atendió, una mujer de unos cincuenta años, grande y de manos fuertes, curtidas en el trabajo con la tierra. Se llamaba Hanna. Era de pocas palabras y por supuesto se dirigía exclusivamente a Moshé, que entendía su hebreo cerrado.

–De todas formas –explicó–, no conozco a esa tal Sofía Zylberberg que ustedes buscan. Nunca la ví.

–Pero ella indicó esta dirección en un documento oficial. ¿Por qué habría de mentir? – cuestionó Moshé, al tiempo que me traducía.

–¿No sería posible –pregunté, luego de cavilar al respecto– que ella viviera en este kibutz antes de que Hanna llegara? Estamos hablando del año 1954.

Luego de ser requerida por Moshé al respecto, Hanna admitió que ella había llegado al Kibbutz en diciembre de 1959. Que era dudoso, pero probable que alguien hubiera abandonado el kibbutz en aquella época. Ante mi insistencia, accedió a ir a revisar los antiguos registros.

–No soy muy afecta a los libros y documentos, pero veré qué puedo hacer.

Mientras esperábamos, invité a Moshé a comer algo. Era el horario del almuerzo y todos los miembros del centro agrícola hacían un alto en su tarea y se acercaban al comedor. Moshé contó mi historia y logró que se interesaran por mí y se mostraran solícitos en ayudar. Dos hombres jóvenes se acercaron a la oficina tras la cual había desaparecido Hanna para auxiliarla en su tarea. Los demás se quedaron conversando mientras nos servían un almuerzo consistente en papas hervidas, arvejas y albóndigas de carne muy pequeñas y picantes.

Moshé iba por su segundo plato, cuando Hanna regresó con rostro triunfal.

–Aquí está. Hanna Zylberberg. Vivió acá entre octubre de 1953 y marzo de 1959. Prestaba servicios en la cocina.

–¿Dejó alguna dirección al irse?

–Sí, por suerte. Indicó que si recibía correspondencia, se la enviaran a Bersheba, a la calle Teodoro Herzl 224.

–Mil gracias. Todá rabá –agradecí yo mismo en hebreo, articulando las únicas palabras que había logrado entonces aprender.

–Si me permite terminar el almuerzo –me atajó Moshé, antes de que pudiera siquiera insinuarle nada-, hoy mismo podemos ir a Bersheba. Para Israel es una distancia considerable, en términos relativos, pero aquí todo es cerca, como ya aprenderá. Podemos estar allí antes de que anochezca.

El viaje a través del desierto fue una experiencia única para mí. Tan distinto a los paisajes acostumbrados… el sol perforaba el aire con una fuerza diferente. En el trópico su calor podía ser tórrido, desmesurado, pero iba siempre acompañado por una idea vital de crecimiento, de alegría que explotaba en el verdor de la vegetación exuberante que enmarcaba los signos del día. En cambio, en el suelo pedregoso, seco y duro del desierto israelí, el sol era un contrincante, una dimensión enemiga que golpeaba con violencia. Las montañas rocosas, de sinuosos perfiles, también se me antojaban hostiles y sin magia. Sin embargo, con el tiempo, a medida que avanzábamos por las bien cuidadas carreteras me fue dado distinguir matices de color en la vastedad caliza, y en los claroscuros que sus sombras proyectaban. Con cierta majestad silenciosa, las montañas se elevaban a los costados del Mercedes, escoltando su paso.

Tal como me había anunciado Moshé, cerca del atardecer arribamos a destino. En el medio del desierto, con la insobornable ausen-

cia de lógica de los milagros, se desarrollaba un oasis, florecía un vergel, crecía Bersheba. Nos detuvimos en un bar a tomar unos refrescos y, en lo personal, a juntar valor para enfrentarme con Sofía.

La dirección que teníamos nos condujo a un gran conglomerado de departamentos, de colores gris y verde, construído por el gobierno durante los años sesenta; las unidades, amuebladas con economía de recursos y dudoso gusto, se entregaban con grandes facilidades financieras a los ciudadanos e inmigrantes, para favorecer el desarrollo de estas ciudades, en el límite mismo de la civilización.

En la administración del Complejo nos atendió un hombre muy joven, completamente calvo, y de tupida barba negra, combinación que le daba un aspecto curioso, asimétrico. Iba armado con un fusil al hombro, lo que aun me impactó, pese a que ver gente armada en Israel era bastante usual.

No era tosco como Hanna, parecía un hombre educado; Moshé lo impuso de nuestro cometido y para mi sorpresa, el joven me estrechó la mano y me habló en un alemán aceptable.

–Mi nombre es Mordejai, nací en Israel, pero mis padres son de la zona de la Selva Negra. Vinieron a Israel antes de la independencia, antes de la Guerra. Mi madre me enseñó a hablar alemán, aun cuando a mi padre no le gustaba la idea. Pero me ha sido muy útil; estoy haciendo el traductorado, y mientras tanto trabajo como administrativo aquí. Los salarios en Bersheba son muy buenos. Acompáñenme a la oficina, por favor, que aquí el calor nos derretirá.

–Muchas gracias, Mordejai –le dije, con alivio. Era bueno poder comunicarme en forma directa con las personas– y dígame… ¿tiene usted un registro de los habitantes del complejo?

–Sí claro… ¿en qué año dice usted que su hermana vino aquí a vivir? –me preguntó, mientras ingresábamos a su oficina, pequeña pero prolija y con el alivio de un aire acondicionado funcionando a pleno.

–Debe haber llegado aquí a partir de abril de 1959, no más allá de principios de los 60.

–Déjeme unos minutos, que buscaré en el archivo, pero de todas formas, yo que usted no me haría muchas ilusiones, permítame decirle.

–¿Por qué lo dice? –inquirí, haciendo fuerza para que un dejo de frustración temprana no se colara en mi ánimo.

–Como usted ha visto, este es un conglomerado de viviendas de bajo precio. La gente aprovecha la oportunidad, y trata de hacer una diferencia en esta zona de ingresos altos y vida sacrificada. Cuando juntan algunos ahorros, se marchan. Hay pocas personas que estén aquí alrededor de quince años, como sería el caso de su hermana. Pero si ha vivido aquí, al menos tendremos sus datos y su destino. Por favor tomen asiento.

Con esfuerzo, método y ahínco, Mordejai buscó y rebuscó en cada cajón de su archivo, en cada folio, y en cada carpeta.

–Entiendo la decepción que esto significará para usted, pero no tengo registro de ninguna Sofía Zylberman en nuestros archivos, desde la inauguración de los edificios.

Quedé alelado. Alguna explicación debía haber. Si Sofía había dejado con meticulosidad su nueva dirección en el Kibbutz, debería haberse mudado aquí.

–Tal vez cuando llegó aquí, no le gustó el condominio y se fue a otro lugar –aventuró Moshé.

–En ese caso seguramente habría informado al Kibbutz del cambio –repuse.

–Pero es probable, que ella hubiera informado del cambio en una carta, y no la hayan volcado al libro de registros. Tal vez esté la carta guardada por allí, aun –dijo Moshé – tal vez podamos llamar por teléfono a Hanna, ella me dio su número, y tal vez pueda buscarla.

Yo no tenía muchas esperanzas de que una carta de más de doce años de antigüedad hubiera sobrevivido entre los papeles del Kibbutz; y eso en la hipótesis de que tal carta hubiera existido. Pero Mordejái ofreció gentilmente el teléfono. ¿Qué podía perder?

Moshé discó y al tercer intento ubicó a Hanna. La mujer le pidió

que colgara, le diera veinte minutos y volviera a llamar, explicándole que buscar de nuevo entre los papeles y documentos le llevaría un tiempo y que la llamada saldría un dineral. Moshé colgó y encendió un cigarrillo negro que le ofreció Mordejai.

No soporté la tensión de la espera ni la expansión de la humareda negra que despedían los cigarrillos en ese ambiente cerrado.

Salí a la balaustrada del edificio menor del complejo que daba a los jardines exteriores, mantenidos con riego por goteo. Pequeños arbustos, rosales y ficus de llamativo verdor custodiaban el acceso a cada edificio.

El atardecer daba paso a una penumbra tenue que desdibujaba los contornos del oasis. Los habitantes del complejo comenzaban a regresar a sus hogares. La mayoría era gente joven, parejas, matrimonios con niños pequeños, lo que me confirmaba la opinión de Mordejai respecto de que no se trataba de un espacio habitacional definitivo.

Me llamó la atención una pareja que se besaba apasionadamente, con ardor, como si no se vieran desde hacía meses. Me pregunté si Sofía hubiera sido así, como esa muchacha enamorada… Pegué un respingo. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Entré como una tromba a la oficina de Mordejái. Tanto él como Moshé despegaron con sorpresa su vista neblinosa de la colilla aun encendida de sus cigarrillos y la posaron a mí.

–Moshé, vuelve por favor a llamar a Hanna. Pregúntale si en la misma época en que Sofía se retiró del Kibbutz no lo hizo otra persona, un hombre, probablemente. Si no hay registro de que Sofía compartiera su cuarto con una pareja, si estaba casada o comprometida. En cualquier caso, debemos saber el nombre de esa persona.

La corazonada resultó acertada. Sofía había abandonado el Kibbutz junto con un muchacho llamado Simón Goldberg. En los registros consultados por Hanna figuraba que compartían la habitación y se habían alejado el mismo día, dejando idéntica referencia de Bersheba para el reenvío de correspondencia. Con seguridad se habí-

an enamorado en el Kibbutz, compartiendo las largas jornadas de trabajo y habían diseñado un futuro juntos. A Sofía, sin lazos familiares, cualquier destino le debe haber parecido adecuado.

En los libros de Mordejai aparecían ingresados en mayo de 1960, Simón y Batia Goldberg.

–Batia es un nombre en hebreo muy común, se lo usa mucho como traducción de Berta –me informó Mordejái.

–Son ellos. Berta era el nombre de mi madre biológica – dije– ¿qué sabemos de la pareja?

–Bueno, estuvieron aquí lo normal, diez años. Se fueron hace algo más de cuatro años, en 1971. Han dejado una dirección, en Tel Aviv, calle Ben Hilel. Es muy probable que allí los encuentren.

–Dios lo escuche, Mordejái. Muchas gracias por todo –se despidió Moshé, que había tomado nota de los nuevos datos.

Le ofrecí a Mordejái un dinero, por el tiempo, la hospitalidad, los llamados. No me quiso aceptar nada. Me dijo que me agradecía haber tenido la oportunidad de practicar el alemán. Le prometí que ni bien volviera a mi país, le enviaría varios libros y textos y le daría algunos contactos que lo ayudarían en su traductorado. Nos dimos un fuerte apretón de manos. Cuando salí del complejo, estaba oscuro, y Moshé había puesto en marcha y encendido las luces del Mercedes.

Llegamos al King David pasada la medianoche. No sin esfuerzo, había aceptado que debía dejar Tel Aviv para el día siguiente. Había protestado con tibieza al principio, pero hube de admitir que Moshé tenía razón, no podía tocarle el timbre a nadie a esa hora sin riesgo a que nos llevaran presos los de la milicia. Y además estaba fatigado hasta el límite de mis fuerzas. La tensión nerviosa, los viajes, las altas temperaturas, un coctail desusado para mis usos y costumbres.

Con todo, invité a Moshé a cenar en el bar del hotel. Era lo menos que podía hacer, tampoco había aceptado ni un centavo de honorarios.

–Ya le dije, no insista –pareció enojarse Moshé cuando reiteré por

enésima vez mi vocación de pagarle su tiempo y dedicación inestimables–¡es una mitzváh! –me había explicado que una mitzvah es un acto de justicia, un vínculo ético con los principios de rectitud que pregona el judaísmo–. Su deseo de pagar por mi compromiso moral es, en definitiva, egoísta, porque privilegia su necesidad personal de dar dinero por aquello que no tiene precio, antes que respetar las necesidades propias del otro. Piénselo.

Yo estaba demasiado cansado y atravesado por sensaciones y emociones tan dispares y desconocidas, que no quise internarme por los devaneos ético-filosóficos de Moshé y preferí dejar las cosas como estaban y dedicarme a hincar el diente en la pasta, unos enormes raviolones rellenos de papa, que ofrecía el servicio del hotel.

Luego de saborear un intenso té de menta, Moshé me informó que no podría acompañarme al día siguiente. Tenía un viaje comprometido a Tiberíades, que le llevaría toda la jornada, pero con gusto me llevaría a Tel Aviv el jueves.

–Moshé, no sé qué hubiera hecho sin usted. Le estaré eternamente agradecido, así que considere su mitsbá, o como se llame, íntegramente cumplida. Voy a tratar de ir a Tel Aviv por las mías, mañana. La necesidad que me impulsa es muy grande e irreprimible y siento que no puedo esperar. Le pido su teléfono, por las dudas, si no le es mucha molestia. Le prometo que en cualquier caso, lo llamaré para contarle cómo me fue.

Tel Aviv era la contracara de Jerusalén. A apenas una hora de trayecto, uno sentía que regresaba a occidente, a una sociedad moderna y cosmopolita. Los edificios, las tiendas, los automóviles en las calles, los transeúntes vestidos según los dictados de la moda. Era como emerger de la Edad Antigua, atravesar un túnel estrecho y aterrizar en el siglo XX sin escalas.

La gente, como la de cualquier urbe, atravesaba las coordenadas de tiempo y espacio con un ritmo más febril, acuciados por él vértigo contemporáneo y pude comprobar, no sin cierta decepción, que

no adosaban a la alforja de su carácter los rasgos de amabilidad propios de las comunidades más pequeñas.

Había viajado en micro y descendido en la estación central. Hasta allí, sin inconvenientes. Pero desde ese momento, llegar a la calle Ben Hilel me resultó una odisea mítica, una epopeya de ribetes heroicos. No entendía los planos de la ciudad, nadie comprendía mi inglés rudimentario y me era imposible conseguir gente que hablara español o alemán. No sé cómo aterricé en una avenida muy elegante llamada Disenhoff y entré en una librería importante. En la sección diccionarios, encontré un tomo Hebreo/Español, que contenía frases comunes y su traducción en fonética. Lo adquirí con esperanza y me senté a tomar un café en un pequeño y coqueto bar de la avenida. Con un resaltador y señaladores improvisados con retazos de servilletas de papel, marqué las frases que me serían más útiles, y las repasé varias veces.

Extrañaba a Moshé, y revalorizaba su ayuda a cada minuto. Pero me armé de fuerzas, me insuflé confianza y salí nuevamente al ruedo.

Me fue mejor. Con paciencia, y utilizando el método de prueba y error, luego de tres intentos fallidos dí con la calle Ben Hilel.

La recorrí aquietando el pulso y los latidos de emoción. Estaba seguro que encontraría a Sofía/ Batia tras la puerta de la dirección que tenía en un papel que apretaba en el puño. Finalmente llegué. Me acomodé el saco, me ajusté el nudo de la corbata y llamé a la puerta de una casa pequeña. Salió de allí un hombre mayor, encorvado y de largos cabellos grises y desaliñados, que sufría un leve temblor en las manos y en la mandíbula inferior; probablemente estaba aquejado del Mal de Parkinson. Advirtió mis esfuerzos por hablar en hebreo, en inglés, en español y finalmente en alemán. Algo reconoció en mi discurso y me pidió que repitiera. Entonces, de sus labios surgió una frase de algún modo extraño comprensible para mí. Poco a poco, variando en mi mente el sonido de algunas vocales y consonantes y el ritmo y las entonaciones del anciano, pude hacer de su habla, al menos en ciertos aspectos, un entramado inteligible. El hombre hablaba en ydisch, el dialecto judío de la Europa central, que

se nutría de las lenguas alemana, polaca y rusa. Con paciencia y tras varias repeticiones e intercalaciones en inglés y en hebreo –con la ayuda del diccionario–entendí que Sofía, Batia para él, había dejado la casa hacía poco más de un año, luego de la muerte de su marido, Simón; la casa le pertenecía a mi interlocutor y se la alquilaba al matrimonio; cuando Batia la dejó, decidió ocuparla él mismo ya que también había enviudado y no necesitaba el departamento grande que tenía en el Centro. Que sabía que Batia había conseguido algo más económico, dentro de la ciudad, pero lamentaba no recordar la dirección. Eso era todo. Se despidió de mí en el mismo porche y me cerró la puerta en la cara, dejándome sólo con mi enorme desilusión.

Me senté en un banco de plaza sobre la rembla, que daba al Mar Mediterráneo, a pensar. El azul de las aguas era intenso y el cielo estaba despejado. A mi izquierda se divisaba la antigua ciudad de Yaffo, el primer puerto de la ciudad, que había sido fundado por franceses. La playa estaba concurrida por jóvenes y adolescentes que tomaban sol, despreocupados. No era mi caso. Mi frente surcada de arrugas de preocupación, era el reflejo fiel de mis hondas cavilaciones y pesares. Allende el mar, adivinaba el océano Atlántico, y más allá el continente americano y mi hogar. ¿Quién me esperaba allí? ¿Qué había podido saber de mi origen? Pensé en Ordóñez y en Savino…Savino. En la pequeña cartera con documentos y el dinero guardaba, prolijamente doblaba, la carta de recomendación que me había escrito mi amigo para presentar en la embajada. Tal vez allí me pudieran ayudar.

Averigüé en una guía telefónica de un teléfono público la dirección de la sede diplomática y tomé un taxi, a quien sencillamente le espeté el dato.

En apenas diez minutos estaba tocando el timbre de una moderna casona, pintada con suaves colores pastel, y un coqueto y discreto jardín en la entrada, donde desde dos altos mástiles ondeaban, paralelas, las banderas de Israel y la de la Patria.

El embajador me sonrió con cuidada hipocresía tras su café humeante. Tenía el pelo engominado y un bigotito fino de oscuro pelambre casi oculto bajo su prominente nariz. Vestía un suntuoso saco azul cruzado y ostentaba piedras de azabache en sus enormes gemelos de oro.

–Los amigos de un diputado de la Nación son bienvenidos en esta casa. Estamos para servirlo, señor Schmidt –me dijo, luego de haberme hecho esperar más de dos horas en una anodina sala de espera, bajo la vigilancia atenta de personal de seguridad de expresión pétrea. Seguramente había hecho constatar la validez de mi carta de recomendación y mi pasaporte, antes de perder su precioso tiempo conmigo. Su aire desganado y ligeramente aburrido me certificaban lo poco proclive que era, justamente, a prestar servicios.

–Le agradezco muchísimo su amabilidad, predisposición y cortesía, señor embajador –a esta altura de los acontecimientos, yo sabía también jugar estos juegos– quiero anticiparle que me ocuparé personalmente de que el diputado Savino, el jefe de bancada y el propio gobierno se enteren de la magnífica tarea que está usted desarrollando en este remoto y problemático país. Ello, sin perjuicio de que yo mismo, desde mi modesta posición de exitoso empresario, estaré dispuesto siempre a saber agradecer la dedicación y empeño de su excelencia.

–Ejem, me adula usted, demasiado pronto –me contestó, sonrojado, y supe entonces que ahora sí me prestaría su esmerada atención– Dígame, en qué podemos ayudarlo.

–Necesito que encuentren a una persona. Sé que vive aquí en Tel Aviv. Se llama Sofía o Batia Goldberg. Tiene alrededor de 40 años. Es viuda de Simón Goldberg. Su apellido de soltera es Zylberberg. Vive en Israel desde, al menos, 1953. Es sobreviviente de Auschwitz. Antes vivió en el Kibbutz Hatikva, en Ramat Gan y en Bersheba. Hace cuatro años que reside en Tel Aviv. Su dirección anterior era Ben Hilel 514. Se mudó hace algo más de un año. Es todo lo que sé.

–Permítame que llame a un subordinado para que tome nota de la información que conoce. Mientras tanto voy hablando con un conocido que tengo en el Mossad, el Servicio Secreto israelí. Si está viva, ellos la encontrarán.

El subordinado resultó ser un medio analfabeto que demoró media hora en transcribir con dos dedos, los datos que le dictaba en una máquina de escribir que había conocido tiempos mejores. Me pidió una vez más que esperase, y esta vez la demora llevó casi tres horas, mientras mis nervios crecían y mil veces me preguntaba si estaba haciendo lo correcto, sino debía buscar por otro lado. Tal vez el Gobierno tuviera una oficina para buscar personas desaparecidas. Moshé podría ayudarme…

El embajador volvió con una esquela cuando estaba por avisar al guardia de seguridad que me iba y que volvería en otro momento.

–Señor Schmidt, mi amigo del Mossad me informa que con el nombre de Sofía Goldberg hay seis mujeres en el radio de la ciudad de Tel Aviv, pero por el cotejo de datos que usted proporcionó, están todas descartadas como para constituirse en la persona cuya identidad se pretende. En el caso de Batia Goldberg, existen sesenta y nueve mujeres con ese nombre, y luego de las exclusiones por descarte, permanecen aun veintiséis personas que podrían resultar ser la indicada. Hay que realizar cotejos y entrevistas individuales para dar con ella. Sería trabajo para la policía local, que además de estar escasa de personal, preguntará acerca del caso y su urgencia, y me permito anticipar que la calificación policial de "urgente" cuadre en su caso. En definitiva, la búsqueda puede demorar entre unas dos o tres semanas. Eso es lo que me dice mi contacto, yo creo que puede demorar un poco más aun. Pregunto: ¿no tendrá usted algún otro dato que nos permite ajustar un poco más el universo de posibilidades?

–¿Cómo qué?

–No sé, profesión, por ejemplo, si es maestra o profesional matriculada. Si se volvió a casar, si tiene hijos…

–Hijos… –musité, ni se me había ocurrido pensar en esa posibli-

dad. Tal vez Mordejái, el administrador del complejo en Bersheba que tan amablemente nos hubiera atendido, tuviera algún registro de ello. Le pedí el teléfono al embajador y llamé al número que me había dado Mordejai. Quien me atendió no sabía hablar alemán, y con la ayuda del embajador pude saber que Mordejai no cumpliría nuevo turno hasta el domingo y que, de todas formas, no se llevaban registros de si había niños en los departamentos desocupados hacía más de tres años.

–Piense, algún otro dato… –me insistió el embajador, tal vez ya cansado de ocuparse de este tema– en todo caso le diría que vuelva a su hotel, disfrute de unos tours por Israel y nos vuelve a visitar en un par de semanas. Si tenemos algo antes, se lo hacemos saber en el hotel donde se hospeda.

Pensar, pensar, recordar, algo más sabía de la pequeña Sofía. Algo que mi madre adoptiva me dijera en su carta. ¿Qué era? Los espamentos y la voz chillona del embajador me impedían concentrarme. ¡Por qué no has traído la carta contigo!, me increpé.

–¡Asma! –grité con todas mis fuerzas– la niña era asmática, por eso mi madre le llevaba medicamentos mientras la ocultaba.

–¿Qué le llevaba qué? –me miró horrorizado el embajador, de seguro había concluído que yo había perdido la razón.

–No importa eso ahora. Usted me pidió un dato más. Batia Goldberg es asmática. Lo era de niña y esa es una enfermedad crónica. Con toda seguridad debe atenderse en algún hospital, debe figurar ese antecedente en sus registros médicos. Ello ayudará a ubicarla.

–Espere un poco más, en seguida vuelvo –dijo el embajador, mientras incorporaba el nuevo dato en su anotador, no fuera a ser cosa de que se lo olvidara.

Por primera vez en mi vida me comí una uña, y la cutícula de mis pulgares desapareció tras el hurgar meticuloso e incontenible de mis índices.

La puerta tronó al abrirse en un santiamén.

–La tenemos –manifestó exultante el embajador– hay una sola Batia Goldberg de alrededor de 40 años, de origen alemán, viuda y

con asma crónico. Vive a apenas diez cuadras de aquí. Y su última consulta en el hospital fue la semana pasada.

Para mi propia sorpresa, ni qué decir para la del embajador, lo abracé, le dí un beso sonoro en la mejilla y salí raudo de la embajada con la dirección de mi hermana, bajo la mirada perpleja del guardia de seguridad.

CAPÍTULO CINCO

Las primeras cinco cuadras que me separaban del hogar de Sofía las recorrí en veloz carrera, las siguientes tres en digno trote y las últimas dos con acompasado y tranquilo paso. Por un lado debía sosegar la emoción. No quería verme frustrado. El servicio secreto podría haber incurrido en un error, o Sofía podía haberse mudado de nuevo o, tal vez el domicilio con el que contaba correspondiera, en efecto, con su casa, pero ella estar de viaje, o transitoriamente en otro lugar. Por otro lado, debía saber qué decir si me enfrentaba otra vez a una persona que no hablara español o alemán. Releí el diccionario y, mientras caminaba, traté de memorizar las frases que tenía subrayadas, y escribí trabajosamente en el retiro de la contratapa del texto unas líneas en inglés, que también memoricé para que me salieran más veloces y naturales en caso de colisionar con otra situación de diálogo, y no trabarme al buscar y no encontrar las palabras adecuadas.

Justo estaba releyendo estas frases al llegar a la dirección presunta de Sofía, Batia, demorándome unos minutos ante la puerta de una casa pequeña, de una única planta, con una sola ventana. Estaba concentrado en la memorización, cuando aquella puerta de madera roída y mal pintada se abrió de par en par y una mujer de cabellos cortos y canosos, de frente amplia y nariz pequeña y respingada y ojos oscuros y apesadumbrados, hundidos en un rostro cuyo cutis había perdido todo rastro de lozanía, se aprestó a salir. Llevaba una cartera de manijas largas que colgaba de su antebrazo y unas llaves en su mano derecha que introdujo en la cerradura, mientras cerraba la puerta con la mano izquierda, en un solo movimiento eficiente. Vestía un vestido verde muy sencillo, que dejaba sus hombros y pantorrillas al descubierto.

Al girar me vió, pero no me prestó atención, y se dispuso a caminar hacia su derecha.

Se trataba de mi hermana, no tuve ninguna duda. No tenía descripciones ni imágenes de ella. Pero la certeza me nacía de las entrañas. Mi corazón galopaba. La llamé, debía detenerla porque tenía un paso rápido.

–¡Sofía!

Ella no detuvo su marcha.

–¡Batia! – insistí, llamándola por el nombre al que se había acostumbrado.

Entonces se dio vuelta, y tal vez su mente incorporó el dato de que la había llamado por su primigenio nombre. Me miró con una mezcla de extrañeza y suspicacia.

–¿Má? – creo que me dijo, algo así como "qué", en hebreo.

–Sofía , debemos hablar –le dije en alemán.

–¿Quién eres? –me preguntó, también, en perfecto alemán, alejándose un paso, y ahora agregaba recelo y temor en su voz– ¿Qué quieres, qué pretendes de mí?

–No te asustes –pretendí tranquilizarla –no debes temerme.

–¿Quién eres? –preguntó de nuevo, y su tono adquiría matices de histeria y su miedo ahora era manifiesto. No quería precipitar todo de esa manera, en el medio de la calle, pero era evidente que el hecho de que un desconocido supiera su nombre y le hablara en el idioma de los campos de concentración despertaba en Sofía el reverberar de los ecos del infierno más temido.

–Entiendo que mi nombre –le contesté con la mayor suavidad de la que era capaz–, que mi verdadero nombre es Samuel, Samuel Zylberberg y espero, creo, tengo la esperanza de que tú seas Sofía, Sofía Zylberberg, hija de Otto y Berta; Sofía, mi hermana.

Sofía me miró con ojos desorbitados, sus labios comenzaron a temblar y se pusieron níveos, sus rodillas se aflojaron, intentó levantar su mano hacia mí, pero no llegó a hacerlo… se desvaneció. Atiné a sostenerla antes de que cayera al suelo.

Utilicé las llaves de Sofía que todavía aferraba su mano blanda, y entré en su casa y la acosté en el primer sillón que se me cruzó. La acomodé lo mejor que pude y me senté a su lado a esperar que recuperara la conciencia. No quise moverme de allí, ni siquiera para ir a buscar agua a la cocina – que debía estar por algún lado–para no exacerbar la sensación de intrusión que me ganaba; estaba invadiendo la casa de un extraño, sin su consentimiento.

Cuando por fin Sofía despertó, le pregunté si se sentía bien y si recordaba nuestra reciente conversación. Me contestó con un gesto afirmativo, todavía asustada, sin proferir palabra. Intentó incorporarse y le ofrecí mi ayuda, con timidez. No la aceptó.

De mi pequeña cartera, extraje las copias de las dos cartas que mi madre me había dejado al morir.

–¿Puedes leer en alemán?

–Creo que sí.

–Por favor, lee esto, entonces. Es una carta que mi madre adoptiva, entiendo que tu debes recordarla con el nombre de Erika, me dejó para ser leída después de su fallecimiento, que ocurrió hace algunos meses. Por esta carta estoy aquí –le dije, y le extendí el pequeño manuscrito.

Sofía leyó la carta con avidez, sin levantar la vista ni por un segundo. Su tensión nerviosa sólo era perceptible por la forma insistente en que se acomodaba los cabellos grises detrás de las orejas, aun cuando no había nada que acomodar, y se reclinaba sobre sí misma en un movimiento de vaivén, semejando una posición de rezo laico.

Cuando terminó de leer, casi como si imitara los movimientos de Ulrico cuando cumpliera el encargo post mortem de Dorotea, le extendí la segunda carta.

Aun antes de concluir la segunda línea, Sofía se echó a llorar.

–Es la letra de papá… es la letra de papá –decía y lloraba. Sus hombros se convulsionaban con violencia; su aspecto era el de una mujer aun mayor al de su verdadera edad, como si sus tristes experiencias la hubieran envejecido de manera prematura. Pero al llorar tan visceralmente parecía una niña. Una niña huérfana, tal como en

realidad era. No me pude contener y me acerqué al sillón, me senté a su lado y le pasé un brazo sobre el hombro, en señal de afecto y contención. Esta vez no me rechazó. Con esfuerzo, trató de aquietar el temblor de sus manos y se concentró en terminar de leer. Al concluir, giró, para mi sorpresa, y me abrazó con fuerza.

–Oh, Sammy, pequeño, ¡Estás vivo!, ¡estás vivo! –exclamó, entre vertientes de lágrimas que surcaban su rostro– Gracias a Dios, estás vivo, y te he encontrado.

Hacía calor. Sofía encendió un ventilador de techo a baja velocidad y abrió la ventana de la sala. De la cocina trajo una bandeja con una jarra de té frío y dos vasos delgados y altos. Ambos bebimos con avidez.

–Tienes los mismos rasgos que mamá –me dijo, entornando sus ojos. La miré con detenimiento. Su frente amplia surcada de arrugas, mirada franca y serena, sus labios gruesos, su cabello canoso. Debió haber sido una hermosa mujer, dedicada a recomponer su vida dibujando estrategias para blindarse de los fantasmas de su historia, de sus soledades y sus trágicos recuerdos. Y conmigo había retornado como un huracán todo su pasado. No sabía cuánto dolor podía estar imponiéndole con mi presencia. No había pensado en ello. Sólo había sido consecuente con mi necesidad de saber, mi egoísta búsqueda de la identidad.–Espera un minuto, por favor –interrumpió Sofía mis cavilaciones, y se internó por un pasillo lateral de la sala.

Al rato volvió con una pequeña caja, que guardaba entre sus manos protectoras como a un tesoro.

–Esto es todo lo que pude rescatar de nuestra familia, Mamá me lo dio antes de que se la llevaran, quién sabe cómo lo ocultó. Yo la escondía en la ropa interior –me señaló y abrió la cajita de la que extrajo dos fotografías, un documento amarillento y un anillo de oro–Esta fotografía es de nuestros padres el día de su boda. Coincidirás conmigo que eres muy parecido a mamá, en versión masculina, claro.

Sofía me extendió la fotografía como si fuera una preciada y frágil joya y tuve el mismo cuidado al tomarla. Fue como ver a dos extraños en color sepia, que sonreían desde otra dimensión del tiempo. Tuve que hacer mucho esfuerzo en ver cierto parecido entre mis rasgos y los de Berta, una muchacha jovial, con un tocado blanco que miraba enamorada a su flamante esposo, de riguroso smoking negro. El cabello oscuro, tal vez, los labios gruesos, un par de caracteres podían resultar similares. Igual asentí, para no defraudar el entusiasmo de Sofía. La otra foto era de Otto sosteniendo a una pequeña Sofía en brazos. No tendría en ella más de dos años, pero se la reconocía.

–Ves, yo me parezco más a Papá.

–¿Puedes contarme qué pasó allí, en Auchwitz?

El rostro de Sofía se ensombreció y sus rasgos se endurecieron.

–No, no puedo. No puedo hablar de eso. No puedo hablar contigo ni con nadie de aquello. Es inenarrable. A veces pienso que cada día que vivo es para sepultar ese horror más hondo, echarlo lo más lejos posible; sé que no puedo ni nunca podré; que el horror está aquí, bajo mi piel, en este número que tengo tatuado en el brazo –me dijo, corriendo la manga de su vestido para que pudiera ver bien los números de su ignominia–; recuerda todas las imágenes que has visto de la Shoá, multiplícalas por mil y luego piensa que estabas inmerso en esa tragedia, lidiando con esa incomprensible maldad minuto a minuto, tratando de convivir con ella. Recordar lo que pasó, lo que me hicieron y lo que hice, es peor que haberlo vivido, pretendería sacarme todo eso de adentro, volver mi espíritu hacia fuera como un guante y lavarlo, quitarle todas las suciedades y las esquirlas, todos los recuerdos y las pesadillas, pero no puedo, no puedo –me dijo, y con las manos se frotaba sus brazos, su cara su cuello, su rostro, como si de verdad quisiera arrancar todo de su cuerpo, de su mente, de su memoria. Comenzó a sollozar de nuevo, ahora quedamente, mirando el vacío. La dejé calmarse. Hipó un rato y luego miró con apremio–. Pero debes saber que nos separaron enseguida; en el campo, digo. A papá lo mataron pronto; tenía carácter y

no era dócil. Mamá duró más; era muy suave y muy dulce. Se dejó morir. Se marchitó, empequeñeció y murió en mis brazos. –Sofía se levantó-; perdóname, ya vuelvo –dijo, y se volvió a internar por el pasillo. Oí cerrarse una puerta. Y tras la puerta, me llegaron nuevamente los gemidos de Sofía, ahora más fuertes, más terribles, aun cuando ella hubiera querido preservarlos en su intimidad; allí solo, en la sala, observando la fotografía añeja de mis desconocidos, sonrientes y asesinados padres, oí la pena y la aflicción de Sofía en su llanto fuerte, desesperado, animal.

–Hay algo que debo confesarte, Sammy. Es cierto lo que dice Erika en su carta. Nos descubrieron por mi culpa. Yo jugaba con una niña en el patio, una vecina y le conté que éramos judíos. Le dije que pronto sería el Día del Perdón y ella me preguntó si era judía y yo le dije que sí. Y así fue como nos descubrieron. Maldigo ese momento, Dios me perdone, maldigo a esa niña, y me maldigo a mi misma. Así murieron nuestros padres, y siempre pensé que tú también habías muerto, abandonado, un bebé, apenas, sin protección, sin el amor de su familia. Mamá sollozaba todas las noches antes de dormir pronunciando tu nombre. Papá le decía que gracias a que te había dejado con los Von Trajt, sobrevivirías a aquella negra pesadilla. Pero Papá murió, y quedamos solas y tú no estabas con nosotras, y mamá continuaba llorándote y todo por mi culpa. Perdóname, por favor, perdóname -me dijo Sofía, abrazándome, enterrando su cara en mi hombro–. Todo es mi culpa. –Sofía ya no tenía lágrimas para seguir llorando, pero se convulsionaba con violencia –perdóname, mamá; perdóname papá. Es mi culpa; perdonadme, por favor.

Sofía había retornado del sanitario, de haber buceado en lo más hondo de su conciencia, de sus aflicciones y agobios con la determinación de expiar su responsabilidad, de encontrar redención. En mí le pedía perdón a su familia entera. Me era imposible dimensionar la magnitud del peso que esta mujer llevaba en su conciencia desde su más tierna niñez. Era imposible siquiera concebir cómo había logrado sobrevivir.

Comencé a repetir, casi sin sentido:

–Sofía, no tienes la culpa. Los asesinos eran los nazis. Tú eras solo una niña de cinco años. Tú no tienes ninguna culpa, no tienes la culpa, no tienes la culpa, eras sólo una niña, no tienes ninguna culpa.

Poco a poco se fue aflojando, sentía su peso creciente sobre mí, y la fui llevando, sin dejar de repetir: "no tienes ninguna culpa" nuevamente hacia el sillón, la ayudé a recostarse, y le seguí susurrando mi letanía hasta que se durmió. Le saqué los zapatos, la cubrí con el mantel que había sobre la mesa, apagué las luces y velé su sueño, acariciando la frente de mi hermana, aquella desconocida, hasta el amanecer.

CAPÍTULO SEIS

Sofía me pidió que me quedara con ella unos días y acepté con gusto. Había previsto un viaje de al menos un par de meses, y no había pasado aun ni una semana desde que había arribado a Israel, así que disponía de tiempo. Llamé al Hotel King David, en Jerusalén, donde me hospedaba, y les pedí que pusieran mi equipaje a disposición de Moshé, que él me lo traería. Que cargaran el costo a mi Diners. Tras consultar sobre las bondades de mi crédito, no pusieron objeción. Tras ello, me comuniqué con Moshé. Le conté las buenas nuevas, le confirmé que podía dar por cumplida su Mitzvá, porque había dado con mi hermana. Le pedí que trajera mi equipaje a Tel Aviv, porque allí me establecería unos días. Esa era la excusa para invitarlo a cenar y presentarle a mi hermana. Aceptó con gusto. Vendría al día siguiente por la tarde.

Le pedí a Sofía que me llevara al correo porque también deseaba compartir el descubrimiento con unos amigos en mi ciudad. Les escribí escuetamente a Ordóñez y a Savino en unas coloridas postales con fotos de plantaciones de naranjas y vergeles en el medio del desierto, acerca de mi encuentro con mi hermana. Les comenté brevemente dónde estábamos, cuánto más pensaba quedarme en Israel y que luego les escribiría para darles más detalles. No tenía mucho tiempo ahora para dedicarles a ellos porque las conversaciones con Sofía eran eternas. ¡Había tanto para descubrir, confirmar, rectificar, aprender!

Sofía pidió licencia en su trabajo; era secretaria medio turno en el consultorio de un médico dermatólogo. Explicó el motivo. El médico, que la conocía, al ver su infrecuente entusiasmo inocultable en la novedosa luminosidad de su rostro, no pudo negarse.

Sofía a todo el mundo me presentaba, a sus vecinos, a su amiga

Shulamit, a su cuñada Tamara, a su sobrina Lea, a su compañero de trabajo en el consultorio, el practicante Ioram;

–Es mi hermano –decía–, es un empresario exitoso en América – y lo repetía con orgullo, y al pasar de los días, y al ganar en confianza, me llevaba del brazo y al presentarme me pasaba una mano por el cabello, despeinándome apenas, como una madre orgullosa hace con su chiquillo.

Caminábamos por la rambla observando el océano, y conversábamos. Almorzábamos en la calle queso, salame y frutas secas compradas en el Shuk y conversábamos. Cenábamos comida ligera preparada por Sofía y conversábamos en la cocina durante la cocción y en la sala, sentados a la mesa, durante la ingestión.

Hube de contarle cada detalle de mi vida con un nivel de minuciosidad que me producía un esfuerzo que me dejaba agotado. En una ocasión, en la que me había hecho retornar por décima vez la narración de la anécdota de mi épico examen escolar ante el profesor Peralta, para saber cómo iba vestida Greta aquel día, le dije:

–¿Conoces el cuento aquel del argentino Jorge Luis Borges, sobre unos cartógrafos que pretendían hacer un mapa del mundo tan perfecto, tan detallista, tan completo, que cuando terminaron el mapa quedó del tamaño real del mundo y ya no servía para nada?

–No lo conozco, no soy muy lectora, hermano mío. Deberás disculpar ese aspecto ignorante en mi formación cultural.

–No importa, yo he leído suficientes libros por los dos. Pero a lo que iba es que con tu exigencia por el detalle harás que contarte mi vida lleve treinta y tres años. ¡Es imposible!

–Está bien, discúlpame, cuéntamelo como quieras –dijo sonriendo, y sentí que su sonrisa me hacía feliz, y no me importó inventarle a Greta un jersey blanco y una capelina al tono, porque la pequeña alegría de Sofía me llenaba de plenitud.

Así, Sofía supo detalles de Benavides, de sus plazas, de los atardeceres exuberantes sobre el río verdoso, de los olores intensos de su vegetación esmeraldina, de sus gentes y sus costumbres: la Sra. Erminda Núñez, bibliotecaria y mentora, del comisario Vargas y su

hermano no vidente, del intendente Ronconi y de su sobrina Estela, la comadrera del pueblo, de los almacenes Huidobro, donde todo se compraba, de Rosa, mi primer amante y mi primera frustración; supo también de la magnificencia engolada y de la desmesura barroca de Ordóñez, y de mi viaje de iniciación por el país a bordo de un mítico Plymouth 57, de los peligros corridos y de mi extraña e indisoluble relación con Savino, hoy diputado de la Nación; también le conté de Ediciones Vernáculas, de cómo el azar, las perseverancia y el esfuerzo me permitieron ser dueño de una empresa floreciente y le conté de mi gente allí, de mis fieles colaboradores María y Lourdes, de mi mano derecha Matías y de la ayuda que estaba recibiendo de Néstor, el hermano menor de Lucía, la novísima esposa de Ordóñez. Dediqué dos noches enteras a hablarle de Doña Antonella, de su valor, de su inteligencia y su sacrificio, cómo había influído en mi, albergándome en su casa, cuidándome y dándome su afecto y un futuro como una madre. Le conté la historia de los Ordóñez, tal como Teófilo me la había narrado a mí en aquella noche de espaguetis, una saga épica, grandilocuente y romántica, permitiéndome todas las exageraciones posibles en homenaje a ellos, a mi enorme amigo, a doña Antonella y a Robertino. Sofía me escuchaba con gran interés, a veces hasta altas horas de la madrugada, con un café o una copa de vino entre sus manos, los ojos serenos abiertísimos, alertas, interrumpiendo aquí y allá para detenerse en algún detalle, para asegurarse su comprensión, para sacarse una duda. Le describí, una tarde, el momento en que Ulrico me explicó de la muerte de mi madre adoptiva, el momento en que leí las cartas, cuando mi vida cambió para siempre y decidí buscarla. La encendía seguir con precisión cada paso que dí en su búsqueda y me hizo repetirle el relato varias veces; como una chiquilla aplaudía con fervor y emitía algunos chillidos de excitada aprobación cuando llegaba al momento en que recordaba su asma para tratar de ubicarla en los listados de la salud pública.

Sólo omití dos partes sustanciales de mi vida. Mi vínculo con la Juventud Germana, y mi relación trunca con Judith. Por qué no

podía hablar de Franz, Günther, Manfred, Gertrude y compañía era transparente para mí. Me daba vergüenza. Y tenía miedo de que Sofía se asustara y me rechazara. Me sentí mal por esa omisión deliberada, porque conocía el motivo interesado de la ocultación. Pero la mantuve, y tal vez hice bien en hacerlo. Nunca lo sabré. El motivo por el cual, en cambio, oculté a Judith, sobre todo cuando me preguntó Sofía si aparte de Rosa había habido alguna otra mujer en mi vida, se me escapaba. No tenía razón aparente. Tal vez era una cicatriz que no había cerrado y la herida dolía y no podía andar toqueteándola. Y eso era todo. O tal vez no.

–Por favor, Sammy, pásame el jrein –me pidió Tamara, la cuñada de Sofía, mientras compartíamos la cena de la víspera del Año Nuevo Judío, el Rosh ha Shaná.

–Aquí tienes –repliqué, mientras le alcanzaba el rábano picante, con el que se condimentaba el pescado relleno, el famoso guefilte fish judío, que había preparado Lea, la hija de Tamara y sobrina de Sofía. Tamara era la hermana mayor de Simón, de quien había enviudado Sofía, y Lea era la hija del primer matrimonio de Tamara, divorciada dos veces.

–Dime, Sammy, tesoro, ¿te has acostumbrado ya a nuestras comidas y a nuestras fiestas? Digo porque ahora debes saber que lo más importante para ser un buen judío es reunirse para comer en las fiestas, y comer bien y lo que corresponde. Eso es mucho más importante que leer la Torá o saber colocarse los tefilim. Si respetas todas las cenas y aceptas de una buena idishe mame todo lo que se te ofrece, desde el hígado picado hasta la sopa con kneidalaj, desde los varenikes de papa con cebolla saltada hasta los latkes de queso, hasta que la comida te sale por las orejas, eres un buen judío, te lo digo yo.

Tamara era una mujer baja y regordeta, con el pelo teñido de rojo intenso, labios demasiado pintados y várices incipientes, que exudaba buen humor y vitalidad. Quizás era un poco demasiado chismosa y entrometida, pero compensaba con creces ese aspecto de su perso-

nalidad con su buen talante. Era una de esas personas que siempre veía la copa medio llena.

Lea había alcanzado recién los 18 años. Era algo más alta que su madre, delgada y de complexión atlética. Su largo pelo negro caía en salvajes bucles sobre sus hombros y su mirada azabache se ponía un poco bizca sobre el puente de su importante nariz. Cuando terminara el secundario, debería cumplir con su obligación de ciudadana israelí y prestar el servicio militar obligatorio.

–No entiendo por qué deben llevarse a una niña a esta tierna edad para prestar ese tipo de actividades tan masculinas. Correr, saltar, disparar, hacer sus necesidades en cualquier lado; nada de perfumes, ni maquillajes, ni polleras. ¡Usan borceguíes! Le sacarán todo resto de femineidad, ¡Oy vei!. Como oyes, Sammy, entran al ejército y las convierten en marimachos… ¿dónde voy a encontrar después un buen pretendiente para casar a mi bella Lea? ¡Se me quedará solterona! – exclamaba medio en serio, medio en broma. Pero Sofía se lo tomaba muy en serio, y se prestaba a la discusión.-

–Tammy, no sabes lo que dices. No puedes ni bromear con esas cosas. Acabamos de pasar una guerra que hubiera sido fatal si esta tierra bendita no contara con el apoyo y el sacrificio de todos sus hijos. Hombres y mujeres por igual, poniendo el hombro para sostener nuestra Patria. Israel es muy pequeño y tiene muchos enemigos. Nuestros vecinos árabes serían muy felices si desapareciéramos de la faz del Universo. Cada judío es necesario. Lo sabes. Si hubiera existido el estado de Israel en 1939, el Holocausto no se hubiera producido –concluyó Sofía, repitiendo una frase que le había escuchado decir varias veces.

Una de las cosas que había aprendido en estos casi dos meses de convivencia, acerca de Sofía, era su inquebrantable espíritu sionista. Era realmente una pionera del estado de Israel. Al poco tiempo de ser rescatada de Auchwitz por los rusos, y pasar una breve estadía en un campo de refugiados, un grupo de jóvenes se unieron para viajar a la Tierra prometida, aun Palestina. Cuando David ben Gurión proclamó la independencia del estado Judío, en 1948, Sofía se encontraba

allí. Ayudó en la guerra de la independencia, se enlistó en las milicias que combatieron contra árabes e ingleses, realizando tareas de logística y luego participó en la fundación de varios kibutzim como voluntaria. Cuando veía que comenzaban a funcionar, levantaba campamento y se comprometía con otro nuevo. Siempre inquieta, cabalmente integrada con la causa que abrazaba sin pliegues ni condicionantes. Puedo imaginármela, huérfana, sin familia, sin ambiciones, Israel era todo para ella. En Hatikva conoció a Simón, un joven que compartía sus ideales. Se enamoraron y continuaron con su tarea. Cuando supieron que se necesitaban brazos y espíritus trabajadores en Bersheba, en el medio del desierto, allí fueron.

–Sólo lamento no haberle podido dar un hijo. Fue otra de las orfandades que me impusieron los nazis –me contó mi hermana, con la vista dura inyectada en sangre mirando la nada. Aceptando el compromiso de silencio que me había impuesto, no le pregunté más de lo que me quiso decir–Simón era un hombre maravilloso. Era un gran compañero y nos amamos mucho. El me rebautizó Batia, porque debía tener un nombre en hebreo, y sugirió que llevara el de mi madre, en su homenaje, lo que era posible de acuerdo a nuestra tradición porque mamá no estaba con nosotros. Pero portando con honor su nombre, la llevaba conmigo en todo momento. Fue una buena idea. Simón era maestro, tenía especialización en matemáticas. Trabajaba de cualquier cosa, pero siempre era útil para impartir instrucción a nuestros niños –cuando hablaba de "nuestros niños", Sofía se refería a todos los niños de Israel–, todos lo querían. Debes saberlo, fui muy feliz con él. Fueron casi veinte años de mucha plenitud, hasta que enfermó. Un tumor. Debimos venir a Tel Aviv para que recibiera el tratamiento adecuado. El estado se portó bien con nosotros, pagó los mejores médicos, importó los medicamentos que no producíamos y tuve a Simón conmigo casi cuatro años más. Falleció el año pasado. Me hubiera encantado que lo conocieras, que él supiera que por fin te he encontrado, que estás vivo.

–Estoy seguro que de alguna manera, lo sabe, hermana.

–¡Este guefilte fish está exquisito!, –exclamó con entusiasmo

Tamara, para cortar la sensiblería del ambiente– Hija, ¿dónde habrás aprendido a cocinar así? Yo nunca fui buena en la cocina, en la cama sí, pero en la cocina… un desastre, un verdadero desastre. Y Dios sabe que a los hombres los conquistas en el lecho, pero los retienes en la cocina. Yo llevo dos divorcios, Lea, así que sé lo que te digo. ¿O no es así Sammy?

–Lo que tú digas, Tamara, lo que tú digas.

CAPÍTULO SIETE

Una tarde, mientras recorríamos la zona portuaria al norte de la ciudad, y apreciábamos los incipientes trabajos de remodelación que allí se estaban realizando, en viaje hacia Hertzlia, un nuevo emplazamiento urbano que se desarrollaba con mucha velocidad, le pregunté a Sofía cómo eran nuestros padres, y si recordaba algo, dado que era muy pequeña, de quienes me adoptaran, los Von Trajt. No le gustaba remontarse a ese pasado, así que tantee el terreno con mucho cuidado, explicándole que ella era mi única fuente de memoria y que la memoria era una piedra angular del pueblo judío.

–Tú no eres judío, pequeño –me dijo, con una sonrisa que restaba peso a la acusación.

–De sangre lo soy.

–¿Y seguirías los ritos básicos? ¿Te consagrarías a nuestra tradición? ¿Serías Bar Mitzvá?

–Déjame pensarlo. Te prometo que lo pensaré. Pero ahora cuéntame.

–Muy bien. Como bien dices, yo era muy pequeña. Pero te puedo decir que nuestro padre, Otto, era un hombre grande, corpulento, que le gustaba mucho su profesión, no tanto la práctica, como la enseñanza. Era un gran profesor, un poco como mi Simón, me imagino, para darle un nuevo crédito a Freud. Era serio, concentrado, responsable. Transmitía mucha seguridad. Creo que en estas características era muy parecido a Ludwing, tu padre adoptivo. Por eso se llevaban tan bien. Una vez los escuché decir que ellos eran como los hermanos que la vida les había negado. Yo estaba muy atenta a eso de los hermanos, porque mi madre te tenía gestándote en su vientre. Sin embargo, eran diferentes en cierto aspecto, ahora que lo pienso.

–¿En cuál?

–Nuestro padre era muy cariñoso con mi madre y conmigo. De abrazarnos, besarnos y mimarnos. Ludwing, en cambio, parecía más distante, más frío. Sólo se encendía, se apasionaba en relación a sus ideales. Era un hombre muy decente, muy íntegro. Recuerdo con mucha claridad la noche que fuimos a su casa. Habían comenzado las deportaciones. No teníamos dónde ir. Primero intentamos buscar refugio en la casa de Inge una prima segunda de mi madre, de su misma edad y de la cual era muy amiga. Estaba casada con un político importante, creo que era secretario o ministro de algo, no recuerdo. Para poder casarse, esta prima había debido convertirse al protestantismo, algunos años antes de la guerra. Mamá compró unas confituras, me cargó en sus brazos y tocamos a su puerta. Al vernos, Inge empalideció y nos echó como a ratas. Estaba asustada, tenía el pánico dibujado en su rostro. Mamá no lo podía creer. Cuando papá dijo que le pediría protección a Ludwing, mamá dijo que estábamos perdidos; que Erika jamás nos aceptaría, que su familia estaba muy involucrada en el Partido Nazi. Fuimos igual, era de noche, muy tarde. Tu padre adoptivo, Ludwing, ni preguntó qué, o quién o cuándo. Papá no tuvo siquiera que pedir. Ludwing nos vió con las maletas, y con la desesperación pintada en nuestros semblantes y nos hizo pasar. "Rápido, rápido" dijo. Y le ordenó a Erika que armara su estudio como cuarto de huéspedes. "Pasarán una larga temporada con nosotros" agregó "siéntanse cómodos". En ese momento, lo recuerdo, tenía una lámpara de mano bajo su rostro y sonreía. Sabía que estaba actuando con justicia, y sabía que estaba corriendo un riesgo importante. Y eso le daba placer. Su rostro resplandecía. Era un hombre hermoso. Yo lo recuerdo así.–Un cosquilleo emparentado con una aguda sensación de orgullo recorrió mi cuerpo.

–¿Y mi madre?

–De tu madre recuerdo poco. Era una muchacha de facciones agraciadas, bonitas. No tenía mucho carácter, ni aspiraciones. No se llevaba muy bien con mamá, que era una mujer dulce, pero de convicciones firmes y muchas inquietudes. Mamá era una gran organi-

zadora, ¿sabes? Cuando estalló la guerra estaba gestionando la apertura de una Casa de Té. Era muy eficiente. Estoy segura de que hubiera tenido éxito económico, era una gran planificadora, no se perdía detalle –en este punto pensé que tal vez sí me parecía un poco a Berta, pero no quise interrumpir el relato de Sofía–. Por eso, imagino, había tanta distancia entre mamá y Erika. La vida para ella era Ludwing, el mundo giraba alrededor de él, sus deseos, necesidades y objetivos. Así que cuando llegamos a su casa aquella noche oscura, presos del miedo y la desesperación, y tu padre, sin hesitar, dispuso que fuéramos acogidos en su hogar, Erika no puso objeciones ni reparos aunque imagino que los tendría; a pesar de todo, ella no discutió nada. Tu padre ordenó y ella obedeció. Así de sencillo.

Nos quedamos sumergidos por un largo rato en propias y profundas cavilaciones. Sofía había abierto una puerta a su pasado y debía estar procesando anécdotas, imágenes y sensaciones ocultas mucho tiempo tras gruesas capas de olvido; debía tamizar, depurar los buenos recuerdos de los malos, como quien distingue la paja del trigo. A juzgar por su entrecejo fruncido, debía ser una tarea ardua. Por mi parte, me dedicaba a procesar los datos incorporados que expandían mi memoria hacia otros niveles, dotando de densidad a aquella parte de mí de la cual no había registro, la parte Zylberberg que también me constituía.

Las últimas horas de la tarde traían cierto frescor al puerto. Una sostenida brisa marina aligeraba el ardor de nuestras mejillas sonrosadas, mientras el sol nos regalaba sus últimos rayos iridiscentes antes del atardecer. Una delicada bruma anidaba en el lugar del ocaso, y protegía los cromados rojizos y violetas que auguraban un formidable espectáculo en el horizonte del Mediterráneo. Las velas azules y verdes de un yate deportivo, que se inclinaba , escorando a estribor para aprovechar los ligeros vientos de la bahía, bebían las aguas saladas que duplicaban su imagen y contribuían a enriquecer la paleta cromática que la naturaleza disponía, generosa, para nosotros.

Varias parejas de turistas sacaban fotografías de sus hijos o parejas, recortando sus figuras con el marco del sol que desaparecía.

–¿Sabes algo? –me preguntó Sofía cuando emergió del trance hipnótico que nos envolvía.

–¿Qué?

–Creo que podríamos pedir que Ludwing y Erika sean declarados tzadikim.

–¿Qué significa eso?

–Ahh, perdona, olvidaba que mi hermano es prácticamente un goy –remarcó Sofía con maliciosa intención–. Disculpa, estaba bromeando. En realidad debería ser más respetuosa con el tema –agregó, mientras colocaba la voz en el tono que utilizaba para sus declamaciones idealistas–. Tzadik significa justo, íntegro, defensor de la decencia y de los valores que surgen de los mandamientos de nuestras tablas de la Ley. Nuestros mayores han pensado establecer una sección en Yaad Vashem, en el Museo del Holocausto, donde se rinda merecido homenaje a aquellos que, a riesgo de perderlo todo, incluso sus vidas, tomaron la decisión de ser justos, ayudar a los hombres y mujeres de nuestro pueblo perseguidos por el nazismo. Aquellos que tuvieron el coraje y la valentía de enfrentarse a la locura generalizada y redoblar su compromiso ético con la vida y con sus semejantes, como los Schindler, o Wallemberg.

No me lo esperaba. No sabía que existía esa iniciativa. Me parecía encontrar cierta pulsión vital en una decisión de tanta dignidad; de algún modo extraordinario hacía sentido que en el medio del infierno de las imágenes de la shoá, se ofrecieran merecidos honores a aquellos hombres y mujeres que, a pesar de estar inmersos en el horror, un vasto, demencial y trágico infierno, colocaron sus vidas por delante de la línea del peligro para tratar de remediarlo; ofrendaron lo mucho o poco que podían, lo que tenían para mantener encendida la luz de esperanza sobre los valores de la humanidad.

–¿Y te parece que mis pad…, perdona, que Ludwing y Erika pueden a aplicar a ese sitial de honor?

–No te disculpes, Sammy. Creo que debes considerarlos tus padres. No me ofende ni debería afectarme. No tienes otros recuerdos que los de ellos en tu infancia. Ellos te criaron y cuidaron, a ries-

go de sus vidas, y perdieron todo lo que tenían por ello. Sus pertenencias, su posición social, sus antecedentes profesionales, su patria, su familia, su pasado. Cruzaron medio mundo para salvarte, para salvar a un judío y te trataron como a un hijo. Creo que tienes el deber de llamarlos papá y mamá–

–Pero a nuestros padres… me los negaron y a mi me birlaron mi origen, mi nombre, mi memoria. Ahora que conozco la verdad, elegirlos a ellos como padres ¿no sería nuevamente condenar a Otto y Berta a una suerte de olvido?

–Tanto Ludwing como Erika hicieron lo mejor que pudieron. ¿quiénes somos nosotros para pedirles más? Ya ves que no te ocultaron la verdad para siempre. Y te han permitido saber de nuestra familia, de mí, de nuestros padres. Sabes ahora quién eres y que nunca quisimos abandonarte. Fue una tragedia, pero papá, Otto, se aseguró de enviarte un mensaje de amor, de asegurarte que habías sido concebido con amor. Y ese legado es tuyo, lo has hecho propio viniendo hasta aquí, a buscarme, a rescatarme del olvido y de los arañazos del pasado y de la culpa. –Sofía hizo una pausa, suspiró y se esforzó en ahuyentar sus fantasmas– Has ganado una hermana y si estamos juntos es gracias a Ludwing y Erika. Eso es verdad. Más allá de todos los defectos, humanos y comprensibles, y los errores que hayan cometido para contigo, los sinsabores que hayas sufrido y que a la distancia quizás puedas comprender mejor, si tus padres adoptivos no nos hubieran acogido en su casa aquella noche, tú ni siquiera hubieras sido concebido. Si me hubieran llevado a Auchwitz más pequeña, tal vez no hubiera podido sobrevivir, y si no te hubieran llevado consigo, hubieras perecido, sin duda. Les debes mucho a ellos.

–Les debo mucho…

–Es cierto, convéncete, y yo también. Les debo un hermano. Creo que haremos justicia llenando la aplicación para que se los reconozca como tzadikim. Luego el Consejo de Yaad vashem decidirá si corresponde o no la distinción, pero nosotros habremos cumplido con nuestro deber moral. Por lo menos siento que debo hacerlo.

–Está bien, lo haremos juntos.
Entonces, decidido. Mañana nos vamos a Jerusalén.

El Museo del Holocausto estaba igual a cómo lo había dejado, dos meses antes. Pero yo no era el mismo. Tenía una sensación extraña respecto del paso del tiempo. En general, solía percibir que transcurría muy rápido y lo habitual hubiera sido que al ingresar por los altos pórticos del edificio hubiera pensado algo así como "qué increíble que hayan pasado dos meses desde que estuve aquí; me parece que fue ayer". Sin embargo, en esta oportunidad se me antojaba que una vida entera me separaba de aquel muchacho esperanzado que había ingresado a aquel recinto buscando noticias sobre su familia de sangre. No era para menos, de verdad había sumado una vida a mi vida, era definitivamente otro diferente a aquel que había atravesado aquellos pasillos de horror y de muerte.

En la entrada, Sofía habló con un administrativo en hebreo. No comprendí lo que decía, salvo dos o tres frases sueltas que había aprendido en mi corta estancia, pero sabía qué era lo que quería. No estaba en condiciones anímicas de pasar por todas las salas de exhibición para llegar hasta la oficina central donde queríamos plantear nuestro objetivo. Explicó que era una sobreviviente de Auchwitz, mostrando el número de pesadilla que ostentaba su antebrazo. La solidaridad del muchacho que estaba en el escritorio fue inmediata. Discó un número interno en su teléfono y a los pocos minutos nos vino a buscar un guardia que nos acompañó por un pasillo lateral hasta la misma oficina donde iniciara mi periplo investigativo acompañado por Moshé. Con satisfacción percibí que unos de los jóvenes que atendía al público era aquel que con buena voluntad nos había proporcionado los primeros datos de Sofía. Quise compartir con él el éxito de mi búsqueda. Le expliqué a mi hermana mi intención; la necesitaba porque recordaba que el muchacho no hablaba alemán ni español. Sofía asintió de buen grado y se le acercó y le dijo al muchacho dos o tres frases en hebreo, mientras me señalaba. El muchacho

me miró, y creí que me reconocía, así que sonreí, me acerqué para darle un fuerte apretón de manos, mientras le decía " Todá, Todá Rava, muchas gracias". El muchacho dijo algo en voz alta para todas las personas que estaban haciendo la fila, personas con las mismas miradas anhelantes, susceptibles y recelosas que debía haber portado yo sesenta días antes. Hubo vítores de alegría y aplausos. Sofía sonrió y me pasó su brazo por el hombro. Una señora mayor, con los ojos acuosos se me acercó y me dio un beso y me pellizcó en la mejilla. Me dijo algo, pero no alcancé a comprenderla. No hacía falta.

El trámite fue bastante sencillo y rápido. Nos atendió un hombre mayor, con importantes entradas, pero con el cabello todavía fuerte y oscuro, bien cortado al ras. Era bajo y corpulento, vestido con una camisa caqui. Por la eficiencia de sus movimientos tuve la impresión de que tenía un pasado militar. Para mi suerte, hablaba un razonable alemán. Nos escuchó con atención, nos hizo algunas preguntas, nos tomó los datos y pidió evidencias. Le entregué copia de las cartas de mi madre adoptiva, Erika, y de la de mi padre natural, Otto. Además de nuestros testimonios, le dije que seguramente le podrían ser de interés declaraciones de Greta Schmidt –no sabía su verdadero apellido, aunque bien podía ser también una Von Trajt-, y de Ulrico Schneidel, antiguo socio y amigo de mis padres adoptivos. En cuanto pudiera, le enviaría sus nuevas direcciones. Cuando terminamos, lo miramos, en silencio, expectantes. No dijo nada, por un rato, mirando sus anotaciones. Luego habló, guturalmente:

–Bien, pueden completar y firmar este formulario.

–Esto quiere decir que mis padres adoptivos serán aceptados…

–No, quiere decir que he aceptado el inicio del trámite. Las evidencias serán analizadas. Es muy probable que nos comuniquemos con ustedes varias veces. Lleva un tiempo hasta que el Consejo decide –al ver cierta decepción en mi rostro, añadió–: debiera estar más contento. La mayoría de los pedidos son rechazados enseguida.

El sol ardiente aun no había alcanzado el alto cénit del verano abrasador de Jerusalén, y estábamos de nuevo en la calle. Las piedras doradas de la ciudad de oro refulgían y centellaban con vívida potencia. Un grupo de ortodoxos rusos pasó a nuestro lado, enfundados en largas túnicas negras y calzados con sandalias medievales y se topó con un grupo de estudiantes que revoloteaban y se agitaban, impulsados por sus jóvenes hormonas bullentes, algunos bailoteando al compás de la música que surgía de modernos equipos de audio portátiles, otros tomando coca cola y comiendo papas fritas, pistachos, semillas de girasol, galletas de sémola y jalbá.

Un automóvil blindado y de vidrios polarizados tocó su claxon para pedirle a un árabe que corriera su camello a la izquierda y un policía se acercó con prontitud para regularizar el tránsito.

Invité a Sofía a almorzar. Tenía hambre. Me preguntó si había visitado el mercado ben Yehuda en mi estancia anterior en la ciudad. Le dije que no.

–Debes verlo y experimentarlo. Es sensacional.

–Si tú lo dices.

Una explosión de colores y aromas saludó nuestro paso divertido por el mercado. Una multitud acompañaba nuestro andar entre puestos de flores, rebosantes de rosas, claveles, margaritas, hortensias, begonias, petunias y crisantemos, puestos de frutas, pletóricos de naranjas, manzanas, duraznos, damascos, uvas, sandías, dátiles y melocotones; puestos de verduras, abarrotados de tomates, espinacas, papas, coliflores, repollos, espárragos, paltas, ajíes colorados y amarillos, zanahorias y pepinos de diferentes tamaños y calidades; puestos de pescados, con ejemplares que colgaban de ganchos atados al tejado de zinc, como salmones, dorados, abadejos, brótolas, lenguados, merluzas y congrios; había también puestos de chocolates blancos y negros, amargos y dulces, que se vendías al peso, o envasados, toneladas de jalbá , una especie de turrón muy dulce, y millares de almendras, avellanas, castañas, maníes, y nueces por doquier; también

maestros panaderos exhibían distintos tipo de panes, rellenos de queso, o cubiertos de cebolla frita. Los vendedores gritaban sus ofertas con vozarrones imponentes para asegurarse la escucha de los transeúntes que por allí paseábamos con bolsas de compras, hipnotizados, extasiados por la variedad de propuestas.

Luego de un paseo más bien turístico, con Sofía nos decidimos por unas piezas de pastrón , pepinos macerados en salmuera, unos pickles, tres piezas de quesos diferentes, blancos y amarillos y unos panes redondos con cebolla que Sofía llamó Pletzalaj, comida que regamos con un buen vino proveniente de la zona de Tiberíades.

Nos sentamos en un banco de la plaza que estaba fuera del mercado que gozaba de un poco de sombra proveniente de un altivo abedul que crecía despreocupado. La luminosidad del día exacerbaba la multicromía radiante del mercado y le daba un marco alegre al ir y venir de los compradores que pasaban ante nosotros con sus carritos, atendiendo a los gritos y llamados de los dueños de los puestos. Algunos mensajes eran muy ocurrentes. Sofía se reía de ellos con francas carcajadas y luego me traducía del hebreo para que pudiera compartir con ella la jocosidad de la ocurrencia.

Compramos luego café a un vendedor ambulante y Sofía me dejó unos minutos al cuidado de nuestro banco con sombra propia y fue a buscar unas barras de chocolate rellenas de fresas y menta para acompañar el café.

Los vasos de telgopor aun humeaban cuando Sofía me manifestó:

–No es muy tarde aun. Me gustaría ir al kotel, quiero decir, al Muro de los Lamentos. ¿Me acompañarías?

–Por supuesto, si tú lo deseas…

–¿Has ido a visitarlo?

–Si, el día que llegué. Hice un City tour y pasé por allí, entre otros lugares que visité.

–¿Qué impresión te causó?

–¿El muro? Pues, la verdad, fue una decepción. No te ofendas, pero pensé que iba a enfrentarme con un ícono cultural importante, de cierta trascendencia, y me desilusioné un poco.

–¿Te acercaste?

–No demasiado. No me llamó la atención y había demasiada gente. ¿Y tú? ¿Para qué quieres ir ahora? Después de tantos años de vivir aquí debes haberlo visitado miles de veces.

–Tanto como miles de veces no, pero es cierto, he ido unas cuantas.

–Y ¿por qué?

–¿En serio quieres saberlo?

–Sí, si no te incomoda decírmelo.

–Antes, cuando era joven, iba a rezar. Rezaba por ti. Por mi pequeño hermano. Rogaba a Dios que te hubiera mantenido vivo. Y luego, si se me daba tamaña bendición, pedía porque alguna vez pudiera reencontrarme contigo. Debe haber varias docenas de papelitos con mi letra temblorosa entre las intersecciones de las piedras del muro, con pequeñas variantes, pidiendo por tí, por tu salud, por tu buena ventura. Creo que por agradecimiento, hoy debo ir, porque el milagro se ha cumplido y mi mayor ilusión se ha tornado realidad.

Llegamos al Muro de los Lamentos a media tarde. Feligreses y visitantes de todos los rincones del planeta se acercaban para tocar su rugosa, antigua y erosionada superficie y dejar entre sus huecos y espacios, aquellos ruegos, anhelos, sueños, ilusiones que anidaban en lo más íntimo de sus corazones. Deseos garrapateados en distintas lenguas en pequeños papeles que se introducían a presión entre los intersticios de la piedra, de la Historia, de la Fe.

Aparecimos en la explanada principal por la puerta Este, por donde arribaban la mayoría de los turistas. Soldados armados hasta los dientes custodiaban el lugar. Sentí sus vigilantes y escrutadoras miradas posarse sobre mí en reiteradas oportunidades. Sofía me dio un rápido beso en la mejilla y bajó por la izquierda, el lado del muro reservado a las mujeres. Por respeto a la antigua ortodoxia, cada género tenía reservada su propia área de acceso, contacto y espacio de contrición.

Yo podía esperarla en la explanada principal o bajar por la derecha, el sitial reservado a los hombres. Como aquella tarde no había mucha gente, decidí descender yo también por la rampa lateral. No dí ni cinco pasos que escuché que me chistaban con insistencia. Giré y advertí que un par de religiosos me hacían señas, tocándose la cabeza y dándome indicaciones para que me acercara a ellos. Me había olvidado de que para acercarme al Muro, única pared que había sobrevivido por siglos a la destrucción del antiguo, sagrado y magno templo de Salomón, debía cubrirme la cabeza con un solideo, quipá en hebreo. Los jóvenes religiosos me proporcionaron uno. Me lo calcé con inocultable torpeza y continué mi descenso. Tal como había percibido desde la explanada, la concurrencia aquel día era poco significativa y pude acercarme bien. No sentía mayores emociones que las que había experimentado la vez anterior en compañía de Moshé. A mi derecha varias personas rezaban, entonando cánticos del libro de oraciones, cubiertas por el manto de oficios, o talit.

En eso, llevado por algún impulso desconocido, llevé mis manos a la piedra y apoyé todo mi peso sobre ellas, alcanzando un contacto pleno. Fue como si una descarga de energía atravesara mi cuerpo. Cientos de imágenes poblaron mi mente, expandiendo mi nivel de conciencia. Todas las fotos y películas que había visto sobre el holocausto se sucedieron en un collage estremecedor, al que se adosaban mis propias experiencias. Recordé a Franz vestido de oficial nazi, las svásticas en la sala de la juventud germana, la imagen del pobre judío, hermano mío, perseguido y herido por mi propia mano y sentí repugnancia por mí. Rememoré mi reencuentro con Sofía, y la primera vez que me llamó Sammy. Me acordé de mis padres adoptivos, y los ví a través del nuevo prisma que la mirada de mi hermana me ofrecía. Y llegué a distinguir a mis padres de sangre, alegres y sonrientes en la fotografía arrugada que me había exhibido Sofía. Otto y Berta se agrandaron y parecieron salir del estrecho marco sepia que los contenía y sus rostros se humanizaron y se acercaron a saludarme, desde algún lugar, como si me dieran la bienvenida.

Comencé a llorar, sin lágrimas. Pequeñas convulsiones me sacu-

dían mientras todavía me apoyaba en el muro. Una mano cálida se apoyó sobre mi hombro.

–¿Quiere que recemos juntos? –me preguntó. Era un anciano de barba rala, piel arrugada y ojos escuetos, casi invisibles. Sostenía un pequeño libro entre sus manos huesudas y arrugadas con todas las venas a la vista. Habló en un Ydisch comprensible para mí. Asentí.

–Por favor, ¿quiere decirme su nombre y el nombre de su padre?

–Soy Christian –le dije–. Hijo de Otto e hijo de Ludwing.

El anciano no hizo ninguna pregunta, ni se sorprendió. Bajó la vista hacia su libro abierto y se aclaró la garganta:

–Itgadal, veitcadash she me rabáh….Amén.

Era tarde cuando abandonamos la ciudad vieja. Sofía quería ir a tomar algo a la calle Ben Maimón, donde solía encontrarse con sus amigos cuando visitaba la ciudad. Caminábamos tomados del brazo mientras, agotado, trataba de transmitirle la experiencia mística que había vivido. Sofía asentía con un gesto de complicidad, animándome a continuar con el relato, con una tácita actitud de comprensión más allá de la razón y de la lógica.

En una de las escasas oportunidades en que dejé de hablar para recuperar el aliento, percibí una suave melodía que emergió de una casa discográfica y resonó en mis oídos. Pese al tiempo y la distancia, las cicatrices que me poblaban y los callos que me recubrían, reconocí aquella dulce canción de inmediato. Y tuve todo claro.

–¿Por qué te interrumpes, por qué te detienes? Sammy, ¿te ocurre algo?

–¿Escuchas esta melodía? ¿La conoces?

–Sí, por supuesto –asintió Sofía, aguzando el oído–, es una canción muy conocida en Israel.

–¿Habla de un pequeño pájaro y de los consejos de su madre para que vuele alto y seguro?¿Le advierte de los peligros que sin duda lo acecharán y aún así lo anima a cortar el cielo?

–Sí, algo así. Pero, ¿cómo la conoces tú?

–Ven, aceleremos el paso –le dije, mientras recordaba otra tarde en Benavides, cuando escuchara aquellos acordes por primera vez, y sus estrofas dulcificadas en los labios tersos de una joven que la entonaba para los niños que visitaban nuestra Biblioteca, capturando su atención y cautivando mi corazón para siempre–. Ven –reiteré– vamos a tomar un café a ese lugar que quieres ir. Debo contarte algo importante. Debo hablarte de Judith.

La noche se había adueñado de Jerusalén y el aire se había tornado límpido y lúcido cuando terminé mi relato. Estaba transpirado y exhausto, pero mi mente operaba despejada, diáfana. Era como si hubiera terminado de encastrar la última pieza de un vasto rompecabezas.

–Debo volver, Sofía. Debo volver y encontrarla.

–¿No te quedarás aquí? ¿Y si esa muchacha se ha casado, o no la encuentras, o su padre sigue siendo demasiado influyente para ella? Además, debes considerar que Israel es tu patria. Debes venir a vivir aquí, Sammy.

–No, Israel no es mi patria, al menos no lo es para mí como sí lo es para ti.

–Hazlo por mí, entonces, no quiero perderte ahora que te he reencontrado. Sammy, por favor, tú me has devuelto la alegría.

–Escúchame, no me volverás a perder, estoy aquí, y estaré a tu lado para siempre, no importan los kilómetros que nos separen. Nos comunicaremos por teléfono, vendré a visitarte, vendrás a visitarme; si te gusta América podrás quedarte conmigo. O, quién te dice, tal vez mi familia algún día se decida por acompañarte.

–Sammy, oh, Sammy…

–Y no debieras llamarme Sammy. Así como tú ya no eres Sofía, sino Batia, yo soy Christian. Ahora lo tengo claro. Soy Christian Zilberberg Von Trajt. Ese es mi nombre.

Ambos nos pusimos de acuerdo en que Batia no vendría a despedirme al Aeropuerto. Sería muy triste. Así que preparamos un opíparo almuerzo en su casa, donde invitamos a Tamara y a Lea para que la alegraran. Le dije a las tres que les enviaría sendos pasajes aéreos para que me visitaran en sus próximas vacaciones, así me aseguraba sus promesas de que vendrían a visitarme.

–Batia, dame un beso y un abrazo. Arriba el ánimo, en apenas unos meses nos estaremos viendo de nuevo.

–Gracias, Christian, por haberme encontrado.

–De nada, hermana, el placer ha sido todo mío.

Moshé me esperaba a la salida con el auto en marcha. El avión de El Al despegaría en un par de horas. Debíamos apresurarnos. Batia cumplió su promesa y contuvo sus lágrimas hasta que hube partido.

CAPÍTULO OCHO

Para encontrar a Judith, debía despejar todo temor a descubrirla casada, o incapacitada o muerta. Tenía claro que debía concentrar mi esfuerzo en consolidarla en mi mente tal como la había dejado quince años atrás en Benavides. Una muchacha hermosa, inocente y enamorada de apenas dieciséis años, tal vez proyectada hacia una madurez algo más plena, pero sin más innovaciones que aquellas. Ese era el recuerdo de Judith que debía proteger en mi memoria y que, como un pistón formidable, insuflaría de determinación mis movimientos y no me permitiría flaquear ante ninguna valla ni dificultad.

Mi plan estaba trazado. El Al me dejó en Fiumicino, y allí cambié pasajes con Iberia y me permití una escala en Madrid. Me alojé en un hotel sobre la Plaza Mayor y pregunté al conserje sobre ciertas librerías que necesitaba visitar. La tarde iba siendo mordida por la penumbra tardía del verano y un aroma dulzón y desprejuiciado me despertó el apetito, así que cené en la propia Plaza aquel jamón del besugo sobre el que tanto me había hablado Ordóñez y un tapeo surtido, mientras cantantes ambulantes hacían turnos para entretener a los turistas a cambio de unas monedas. Unos "duros" como ellos le llamaban.

Luego de un descanso reparador, me dirigí a las librerías que me había recomendado el conserje del hotel. No estaban demasiado lejos, así que fui caminando. Madrid se estaba despidiendo del Generalísimo Franco con una efervescencia notable. Miles de turistas deambulaban por sus calles, y fotos y posters de mujeres desnudas se encontraban por doquier en quioscos y locales de todo tipo, en el llamado destape español. Visité las tres librerías, y en una de ellas encontré lo que necesitaba. Me gasté una pequeña fortuna en mi pedido, pero valía la pena. Solicité que enviaran el baúl con la mer-

cadería adquirida directamente al aeropuerto, era demasiado pesado para manipularlo yo solo.

Al cerrarse en forma definitiva la noche estaba de nuevo en Barajas, mi vuelo partía a la madrugada.

Benavides me recibió con una exuberante lluvia tropical. Lo tomé como señal de buen augurio, porque como suelo explicar, solía llover poco en mi pueblo. Mi pueblo. Tantos años que había partido y un nudo se retorcía en mi estómago. La salida de la carretera me dejaba, luego de andar unas seis cuadras, en la plaza principal. Todo seguía igual, pero bien mantenido. No había innovaciones, pero imagino el esfuerzo de Ronconi y los ulteriores intendentes, para mantener la imagen del pueblo idéntica a lo largo del tiempo. Un esfuerzo encomiable. Era como ingresar en un paréntesis temporal, un agujero negro cavado en el medio del almanaque. Allí estaba el colegio de Peralta, la Iglesia donde asistiera a misa con la Sra. Núñez y la Casa de Gobierno, donde pactara con el Dr. Ronconi mi puesto de bibliotecario. Justamente, un par de cuadras más allá, la Biblioteca Municipal, mi biblioteca y tantos recuerdos y un kilómetro al fondo, la playa y el río Saucedo, cuyo rumor audible me susurraba al oído el nombre de Judith.

El Mercedes llamaba la atención. Los vidrios polarizados no le permitían a la gente verme ni reconocerme, pero tamaño auto jamás había recorrido el pueblo. Le había pedido a Matías que viniera a buscarme al aeropuerto de la Capital, y desde allí había manejado sólo durante dos días, pernoctando en distintas pensiones, como no hacía desde hacía siglos, cuando mis aventuras con Teófilo.

Me dirigí a la pensión de Doña Jiménez, en cuyas habitaciones despertara al amor y al sexo con Rosa, mi púber amante. Había un muchacho en la oficina de recepción. Le pregunté por la Sra. Jiménez. Se sorprendió ante mi requisitoria.

–Falleció hace tres años. ¿Usted la conocía?

–Sí, de otra vida.

–Yo soy Pedro, el sobrino. ¿Busca alojamiento?

–En efecto. No sé por cuántas noches. Espero que no más de dos o tres. ¿Me puedo registrar?

–Por supuesto, ¿su nombre?

–Christian Zilberberg Von Trajt – dije, paladeando el sabor de mi identidad.

A las 10 de la mañana me presenté en la casa del Comisario Vargas. En la comisaría me habían dado su dirección; de todas formas no era ningún secreto, figuraba en la guía telefónica del Pueblo, que constaba de apenas sesenta páginas.

Me abrió el mismo comisario. Ofrecía idéntica fisonomía al de aquel firme oficial que me había perdonado algunas noches de calabozo en reconocimiento por mis tareas a favor de los no videntes del pueblo. Quizás lucía un poco más delgado, el cabello apenas más canoso en las sienes. Debía tener alrededor de 60 años.

No se sorprendió al verme. En realidad, el sorprendido fui yo, cuando me saludó:

–¿Cómo le va, Christian? ¿Qué lo trae por Benavides?

Hacía quince años que no me veía, y me recordaba perfectamente.

–Hola comisario. ¿Cómo está usted? ¿Cómo está su hermano Eusebio? –me refería a su hermano ciego.

–Por suerte muy bien. Debe estar descansando todavía, ¿por qué la pregunta? ¿Lo está buscando? –su rostro se transfiguró en un rictus receloso, producto de su prosapia policíaca y su proteccionismo filial.

–Tengo una propuesta que hacerle. Y un obsequio. Me gustaría que usted esté presente, también. Es algo muy interesante y que va a ser de mucha utilidad ¿Puedo pasar?

Vargas me franqueó el acceso y me acompañó hasta una modesta salita, donde me ofreció asiento y un café. En el trayecto me ayudó a cargar con mi pesado baúl. Estaba intrigado, pero fue respetuoso de mi silencio, hasta que apareció Eusebio, animoso y de buen humor, tal como lo recordaba.

–Don Christian, gustosos los oídos que lo escuchan, qué honor recibirlo en esta casa. ¡Cómo lo hemos extrañado en el pueblo! Benavides no fue lo mismo para los no videntes desde que usted dejó su puesto en la Biblioteca. La Señora Núñez siguió con las lecturas, de tanto en tanto, hasta que no pudo más. Y luego nadie siguió la posta.

–Bueno, Eusebio, justamente vengo con una propuesta para mejorar esa situación. ¿Conoce usted el sistema braile, verdad?

–Por supuesto, lástima que no hay mucho material en lenguaje apto para no videntes en nuestro país.

–Exactamente eso es lo que quiero remediar. He adquirido en Madrid una primera partida de 36 textos de exquisita literatura en braile y he firmado un convenio con la editorial que los produce para ir adquiriendo nuevas obras con un programa anual. Y he decidido donar esos libros a la Biblioteca de Benavides en homenaje a mis años en este pueblo y a doña Erminda Núñez. Quiero que esa sección de la biblioteca lleve su nombre.

–Pero eso es maravilloso, don Christian. Me ha dejado sin palabras.

–He traído los libros conmigo, aquí están –dije, abriendo el arcón y facilitando a Eusebio que se inclinara sobre él y tocara los lomos de los libros que había adquirido en mi excursión por Madrid-

–La Guerra y la Paz –leyó con sus dedos rugosos y sensibles, que con un leve temblor reconocían los relieves ilimitados del sistema braile impreso en las portadas de las obras que se le ofrecían en mi pesado baúl–El Proceso, En Busca del Tiempo Perdido, Ulyses, El Sonido y la Furia, Cien Años de Soledad, Crimen y Castigo, La Ciudad y Los Perros, Rayuela, 1984, El Viejo y el Mar, La Montaña Mágica, El Aleph … –y siguió palpando y recitando los títulos, mientras su rostro se iluminaba de la emoción–Esto es increíble, cómo agradecerle…

–Hay más, Eusebio. No todos dominan el braile. Usted sí y lo propondré para que dirija esa sección de la biblioteca, como funcionario municipal. Voy a donar una pequeña partida presupuestaria mensual, para atender gastos, ¿qué le parece?

–Chistian, me parece increíble, usted es increíble, no nos va a alcanzar la vida para agradecerle. No puedo esperar el paso de las horas para llamar a los amigos y compañeros y contarles las buenas nuevas. –Eusebio casi se tropieza con el baúl al tratar de alcanzarme con efusivo abrazo.

–Bueno, me tengo que ir, Eusebio. Ha sido un gusto reencontrarme con usted. Con toda seguridad, seguiremos en contacto. Comisario ¿me acompañaría a la puerta?

Vargas me guió hasta la puerta de salida. Me miraba con incredulidad y suspicacia.

–Has crecido, muchacho. Es una gran obra de bien la que propones.

–La que estoy ejecutando, comisario, ejecutando. No proponiendo.

–Exacto. Ejecutando. De todas formas… me preguntaba si, ejem, hay algún tipo de requisito previo que deberemos cumplir para concretar tan extraordinaria propuesta.

–Requisito previo, no, de ninguna manera, comisario. Jamás condicionaría esta obra a ningún requisito previo. Pero, ahora que lo menciona, sí, hay un pequeño favor que quisiera pedirle.

–¿Favor?

–Necesito averiguar en forma urgente la actual dirección o paradero de Judith Shwartz, su familia vivía aquí en Benavides, en la época en que me fui del pueblo, ella fue mi asistente en la Biblioteca. Espero los datos y el paradero de Judith lo antes que pueda. No escatime recursos en obtenerlos. Los estaré esperando en la pensión de la Sra. Jiménez.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo.

–Los tendrá.

Viajé de noche. Nunca lo había hecho. Menos mal que había tomado la precaución de llenar dos termos de café negro y amargo

para acompañarme en el largo trayecto. El café me supo agrio al principio, pero luego me acostumbré al sabor. Cuando sentía que el sueño avanzaba por detrás de la nuca, subía por el cráneo y luego de llegar al punto máximo de la cabeza, comenzaba su descenso sobre la frente, con destino hacia mis párpados lábiles, sacaba el tapón del termo y sorbía un buen trago. Así me mantuve despierto y llegué a Coronel Bustos en menos de ocho horas.

Tal vez la elección de la noche y las sombras resultaran una precaución exagerada. Pero había llegado hasta aquí y no iba a dejar que una vida de preparativos se me fuera por la borda por una distracción, o una planificación deficiente.

Llegué a Coronel Bustos a las 5 de la mañana. Dejé el automóvil que me había prestado Vargas –había desistido de seguir utilizando el demasiado llamativo Mercedes– a cinco cuadras de la clínica donde estaba internada la madre de Judith. Y comencé a caminar.

Vargas no sólo me había alcanzado la información que le requerí, sino que me permitió acceder a los retazos de la historia que me faltaban.

La madre de Judith, llamada Aída, padecía un Alzheimer que se le diagnosticó en forma precoz. Los primeros síntomas se le presentaron luego de los embarazos de sus hijos; olvidos ocasionales, escasa memoria. Cuando Judith alcanzó la adolescencia comenzó a tener episodios graves: salía a caminar y no volvía, gritaba de temor en lugares públicos, perdía el control de sus esfínteres. Era una enfermedad vergonzante y por eso no salía de su casa. Su marido la ocultaba del mundo. Judith la cuidaba. En determinado momento, debió ser internada en un establecimiento especializado, no podía permanecer en su casa, sin riesgo para ella y para su familia. El traslado al sanatorio de Coronel Bustos fue una doble solución; para el tratamiento de la enfermedad, por un lado, y para alejar a Judith de mí por el otro. Los gastos de manutención de Aída eran altos. La situación de la familia se deterioró, al punto de que cuando el padre falleció, solo dejó deudas. Los hermanos de Judith viajaron a Estados Unidos en busca de un mejor porvenir. Judith quedó sola con su

madre. Se recibió de enfermera en el mismo hospital donde se encontraba internada Aída, y pagaba la atención médica y el alojamiento de su madre y el suyo propio, con la dedicación de su trabajo. De lunes a lunes, las 24 horas del día, Judith estaba disponible para las necesidades del hospital. Así me había explicado Vargas, consultando una libreta de notas.

–¿Cómo nunca la encontré? –

–Utilizan el apellido de la madre, Plotkin, usted no lo sabía. Y el sanatorio es una pequeña clínica bastante nueva especializada en problemas neurosiquiátricos, no es conocida. Y tal vez Judith no quería ser encontrada.

–No entiendo, ¿por qué? ¿Por qué nunca me llamó?

–¿Usted escuchó el tipo de vida que lleva esa pobre mujer? Tal vez haya pensado que no tenía nada que ofrecerle, más que una existencia miserable y triste.

Esperé más de media hora frente al acceso de la clínica, un edificio moderno de tres plantas, y cuando ingresó un grupo de personas con una consulta, tal vez de emergencia, me sumé a ellos, como si formara parte del grupo. Mientras se acercaban al mostrador, dí una rápida mirada, divisé las escaleras y me escabullí hacia ellas. Subí los peldaños de dos en dos hasta el segundo piso. Allí tenía su habitación la madre de Judith, la número 205. Al dejar el rellano de la escalera percibí cómo por la alta ventana se filtraban los primeros rayos de sol. Amanecía. Un cartel blanco indicaba con una flecha que las habitaciones 201 a 210 se encontraban a mi derecha. Un largo y silencioso pasillo, de paredes y baldosas relucientes y desinfectadas se abría en esa dirección. Apreté el paso. Habitación 205. Entré. Una mujer, anciana, delgadísima, dormía en una cama que le quedaba enorme. Aída. La cama miraba a una pared que estaba recubierta por una decena de fotografías. La familia de Judith. Algunas, más viejas, en blanco y negro, mostraban al matrimonio joven y entusiasta con sus tres hijos. Reconocí algunas vistas de Benavides y de la casa que allí

tenían los Schwartz. Luego, algunas más recientes en color, Judith y su madre. Judith con uniforme de enfermera, con cofia blanca y mirada forzosamente sonriente y su madre, Aída, la mirada perdida y una alegría hueca.

Salí de la habitación, me arrellané en el único sillón que había en una pequeña salita de espera desde la que tenía dominio visual y esperé.

Al cabo de unos minutos que se hicieron eternos, sentí suaves pasos, amplificados en el gran silencio del sanatorio, y alcé la vista. Era ella. Todavía ágil la figura, su cabello rubio oculto bajo una impecable cofia, la mirada tal vez menos vehemente, un poco más triste, pero magníficos, inolvidables los ojos verdes que la sostenían, quizás algunas imperceptibles arrugas bajos los finos labios cuya humedad anhelaba. Era Judith. Mi Judith.

En los escasos segundos que trascurrieron hasta el inminente ingreso de Judith a la habitación de su madre, imaginé vívidamente cómo la abrazaría con furia, con desesperación, como si pudiera borrar con ese gesto tantos años de separación inútil; como si pudiera sellar con el esfuerzo una fusión definitiva que asegurara que nunca más volveríamos a alejarnos. Tal vez no pudiera hablar, tal vez la emoción ahuecara mi voz; debía transmitirle con ese abrazo que la amaba, que nunca la había olvidado, que a partir de ahora siempre estaríamos juntos. Imaginé por un minuto, como tantas veces en mis sueños, que las manos de Judith acariciaban mi espalda, mi cuello, mientras su rostro se apretaba sobre mi pecho.

No demoré más.

–¡Judith! –la llamé y ella alzó la vista y me vio y en sus ojos sorprendidos, inundados de lágrimas inmediatas y elocuentes, me sentí reconocido y bienvenido, y entendí que aun estaba a tiempo y supe, extendiendo mis manos, que por fin había llegado a mi destino.

EPILOGO

Hace tiempo que mi horario preferido es el que sigue al alba. Los rayos de sol, aun tibios, combaten con delicadeza, casi con ternura, los últimos resabios de la penumbra en retirada. A veces queda una nieblita suave que juega a aligerar contornos y los perfiles de las cosas se permiten ciertas ambigüedades con las que mi imaginación juega: hoy pienso que los troncos de los frondosos sauces que descansan a la vera del Saucedo y que veo desde mi ventana, se calzan botas de alto calce y chapotean con imperceptible vaivén sobre las aguas verdes y mansas del río.

Como mi sueño es corto, abandono con sigilo el lecho que comparto con Judith, para no despertarla. Invariablemente, antes de abandonar la habitación, observo su descansar acompasado y feliz compruebo que es sin duda ella quien comparte mis días y mis noches. Su pecho sube y baja con delicadeza bajo las sábanas de satén y su respiración se mantiene constante.

Bajo a la cocina y preparo el desayuno para los dos. Tostadas con mermelada y queso, té con limón para mi y café con leche para mi mujer, bien batido, para que salga espumoso. Si ella tarda mucho, lo calentaré en el microondas. Cuando está todo pronto, sorbo despacio mi primera taza y comienzo a leer el periódico. Judith siempre me alcanza antes que concluya la lectura. De alguna forma percibe mi ausencia y se apresura en acompañarme. Adoro esa urgencia.

Hace calor y bajo el termostato del aire acondicionado. La temperatura es elevada en Benavides, donde pasamos siempre el verano. He construido una gran casona cerca del predio donde viviera de pequeño. Claro que ahora tenemos televisión satelital, telefonía celular y conexión a Internet.

A veces nos pasamos una semana en Metapa, para compartir con los Ordóñez. Salvo que lo convenza a Teófilo de bajar hasta Benavides, lo que resulta difícil. En general somos nosotros los que viajamos al norte. Judith ha logrado alcanzar una rápida empatía con Ordóñez, y lo hace reír mucho con sus ocurrencias. Y Lucía es una gran anfitriona. Nos llevamos muy bien.

El pequeño Christian es casi un hombre, pero siempre se ha llevado de maravillas con nuestros mellizos, Otto y Ludwing, a pesar de la diferencia de edad. Los apadrina un poco, les enseña a dominar los juegos electrónicos, a acercarse a las muchachas, esas cosas. Ahora que empieza la universidad, vendrá a vivir con nosotros a nuestro hogar en la ciudad. Seguimos manteniendo la casa al lado de la editorial, claro que la hemos ampliado con dos pisos más y está tan alta que le hemos debido incorporar un ascensor. Es que las habitaciones para huéspedes están en el último piso, y resulta imprudente pretender que Teófilo o Ulrico Schneidel, que está tan mayor, suban las largas escaleras. Cuando preparamos la fiesta por el Bar Mitzvá de los mellizos, la casa desbordaba. Invitamos a mi hermana Batia y nos visitó también el hermano menor de Judith, Arón; ambos lograron recomponer su relación, luego de algún tiempo de distancias y resentimientos. Con su hermano mayor, David, todavía quedan rencores y heridas abiertas.

Batia estaba muy emocionada en la sinagoga. Trajo de regalo una ampliación de la foto de nuestros padres, algo que ahora se puede hacer con mayor calidad gracias a la computación, y la mandó a enmarcar con fina ebanistería. El rabino le hizo el honor de permitirle recitar las bendiciones de la lectura del Pentateuco y Batia quedó encantada con la ceremonia. Cumpliendo con mi promesa, le hago llegar todos los años los pasajes para que venga a visitarnos para las Pascuas Judías, cuando tiene unos días de vacaciones. A veces la acompaña Tamara.

A Judith se le ocurrió presentársela a Savino. Si se daba bien, tal vez Batia hubiera aceptado mi enésima propuesta de que se viniera a vivir a con nosotros. Pero el intento nunca cuajó. Savino jamás acep-

tó la idea. "Estoy demasiado mal acostumbrado a mí mismo" me dijo. No sé que hubiera dicho Batia; tal vez hubiera pensado igual.

Justamente ayer recibí un email de mi hermana. Dice que el Yaad Vashem está considerando por fin nuestra propuesta de designar tzadikim a mis padres adoptivos. Nos piden una colaboración económica para el emplazamiento del nuevo Museo y unas palabras acerca de ellos y de nuestra historia.

Preso de un repentino impulso y con una gran dosis de entusiasmo, ayer mismo comencé a escribir. Abrí un nuevo archivo del programa Word en mi notebook y escribí: "Recuerdo vagamente a mi padre. Se llamaba Juan Schmidt…

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría alcanzado jamás su destino de libro, sin el invalorable apoyo de la Fundación Victoria Ocampo.

Agradezco profundamente a su Presidenta, María Esther Vázquez por su calidez y generosidad, y, en especial, a su Director Ejecutivo, Jorge E. Clemente, mi mayor reconocimiento por sus consejos, su permanente asistencia y su gran empeño editorial.

Ambos, con su esfuerzo y dedicación, enaltecen la obra de la Fundación Victoria Ocampo y la hacen digna continuadora de la tarea de quien fuera la creadora de la mítica revista "Sur" y su fuente de inspiración.

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
SIN FINES DE LUCRO
fundacion@victoriaocampo.com / www.victoriaocampo.com